



**PRESENCIA DE LA CULTURA INGLESA EN
LOS HOMBRES DEL 80 A TRAVÉS DE
ALGUNOS AUTORES MODÉLICOS.**

Doctoranda: Cristina Andrea Featherston

Directora: Dra. María Minellono

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

JUNIO DE 2005

**PRESENCIA DE LA CULTURA INGLESA EN LOS HOMBRES DEL 80 A TRAVÉS DE
ALGUNOS AUTORES MODÉLICOS.**

Doctoranda: Prof. Cristina Andrea Featherston

Directora: Dra. María Minellono

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

El presente trabajo se atiene a las disposiciones vigentes para obtener el título de Doctora en Letras, en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

La Plata, junio de 2005.

A la memoria de mi padre, Carlos Alfredo Featherston. Él está en el origen de mi amor por la lectura.

Agradecimientos

A la Dra. María Minellono, por su inquebrantable confianza y sus infatigables correcciones, sin su ayuda este trabajo hubiera sido imposible. Todos sus conocimientos han estado a disposición de este trabajo.

Al Profesor Eithel Orbit Negri, por tantas consultas, por tantos comentarios fructíferos, por su magisterio permanente.

Al personal de Hemeroteca, de la Sala de Documentación y de la Sección "Préstamos" de la Biblioteca Central de la Universidad Nacional de la Plata, por su permanente disposición, sin la colaboración de todos y cada uno de ellos, la tarea de investigación hubiera quedado trunca.

Al personal de la Sala de Microfilms de la Biblioteca del Honorable Congreso de la Nación, sus "turnos de la mañana", ayudaron e hicieron posible un trabajo arduo.

Al encargado de la "Sala Europa", de la Library of Congress, Washington D.C., quien con su eficiencia y sus búsquedas "personales" del material multiplicó el escaso tiempo de mi estadía.

A mis colegas de los Departamentos de Letras del Colegio Nacional y del Liceo "Víctor Mercante", especialmente a Silvia Moreno, a Daniel Torres, a Adriana Coscarelli, a Nora Iribe, a Cristina Licursi y a María Inés Saravia, por su permanente aliento, inspiración y colaboración.

A la cátedra de Literatura Argentina "A", que me ha aportado un espacio de reflexión y crecimiento académicos.

A mi marido, Víctor Arregui, por su paciente tolerancia, por su activa colaboración en la búsqueda de material bibliográfico en las librerías extranjeras. Sin su generosidad, las tareas hubieran quedado inconclusas.

A mis hijos, María Cristina y Víctor Miguel, por innumerables “pequeños grandes favores cotidianos”, por su aceptación de tantas postergaciones y desatenciones, por su confianza en que el trabajo podía y debía ser finalizado.

A mi sobrino, Santiago, su colaboración técnica, su ojo crítico y su paciencia con mis desprolijidades técnicas disminuyeron los errores de este trabajo.

A mi madre, Nelly Virginia de Featherston, porque desde siempre es el apoyo incondicional de todo lo que emprendo.

A Vlad Gonulenko, su ayuda me aportó una confianza indestructible y su ausencia, “tan temprana” dejó un sentimiento muy grande de zozobra.

Índice

1. INTRODUCCIÓN	1
1.1. El 80 y la búsqueda de “modelos”	1
1.2. Las determinaciones culturales y la bibliografía literaria.	9
1.3. Las relaciones con el mundo británico en la bibliografía histórica argentina.	22
1.4. La visión de los historiadores británicos	30
2. REPRESENTACIÓN DE LA CULTURA INGLESA EN LOS TEXTOS DE DOS MEMORIALISTAS DEL 80.	38
2.1. El 80 y la idea de nacionalidad.	38
2.2. El repliegue hacia el pasado	40
2.3. Buenos Aires desde setenta años atrás de José Antonio Wilde.	46
2.4. Los aportes de los ingleses vistos por José Wilde	52
2.5. La visión de Santiago Calzadilla	64
2.6. Representaciones de los ingleses en <i>Las beldades de mi tiempo</i> .	71
2.7. Las apetencias del Imperio enfocadas por un costumbrista porteño.	78
2.8. Los relatos de los viajeros ingleses como hipotextos de los memorialistas del 80.	85
3. GRAN BRETAÑA BAJO LA MIRADA VIAJERA DE MIGUEL CANÉ Y LUCIO V. LÓPEZ	97
3.1. El viaje sarmientino: la orientación de la mirada.	98
3.2. Cané en Europa: un americano/ europeo mira el Viejo Continente	109
3.2.1. El primer relato de viajes de Miguel Cané.	110
3.2.2. En viaje	119
3.3. Cané en Venezuela y Colombia: mirada “europea” del norte sudamericano.	136
3.4. Panamá- Estados Unidos de América: predicciones de Cané.	141
3.5. Lucio V. López y sus <i>Recuerdos de viaje</i> .	150
3.6. López y la añoranza del pasado.	158
3.7. El mundo británico según López.	162
3.8. El imperio como mecanismo de cohesión	172

1. INTRODUCCIÓN

1.1. El 80 y la búsqueda de “modelos”

En la primera página del diario *La Nación* del 6 de febrero de 1884 se publicó un artículo titulado “*El año 1883*”, donde, contrariamente a lo que podría esperar un lector desprevenido, no se alude a lo acontecido durante el lapso de referencia en la República Argentina sino que se realiza una síntesis de las memorias anuales aparecidas en los periódicos ingleses de mayor tirada¹. El columnista da cuenta, de este modo, de la preocupación e interés con que la política del Viejo Continente, y en particular la del Imperio Británico, eran seguidas por los hombres del 80². Los balances publicados coinciden en afirmar que el año 1883 no sería recordado en la historia por un suceso en particular; sin embargo, se insiste una y otra vez, en destacar la importancia creciente de Inglaterra que es considerada, además, como la única potencia que puede realizar “*ciertas acciones*”³. Cita palabras del diario conservador *The Standard* y se hace eco de las opiniones del matutino para concluir con la siguiente reflexión :

La política de Francia ya no es tal vez el elemento más importante en los anales europeos, **pero es él siempre el más interesante**⁴. Las derrotas, los desastres y los desengaños no parecen haber disminuido materialmente la capacidad del pueblo francés

¹ En este caso se trata de la reproducción de una nota aparecida en el periódico británico *The Standard* de Londres.

² Este interés al que aludimos se observa ante la compulsión de los diarios de la época. Al cotejar los ejemplares microfilmados del diario *La Nación* de 1884 – a modo de ejemplo- se puede observar un marcado interés por lo que ocurre en Londres y en Gran Bretaña. Se publican notas dedicadas a las fiestas tradicionales inglesas, a las cuestiones políticas con Irlanda, etc. Lo mismo es observable en *El Nacional* que incorpora, en muchos de sus números, una sección titulada “Ecos de Londres” donde se da cuenta de lo que ocurre en la capital, tanto en el aspecto político como en el cultural.

³ El cronista al referirse a los sucesos de Egipto se expresa en los siguientes términos, que permiten advertir el prestigio del que gozaban, entre los redactores del periódico, Inglaterra y lo inglés a fines de siglo: “*Este es más afortunado en Egipto, donde la tarea que recientemente se ha impuesto es de común acuerdo reconocida como **sólo realizable por Inglaterra***” (“*El año 1883*”, *La Nación*, febrero 1884)(*La negrita es nuestra*)

⁴ La negrita es nuestra

para cierta actividad sin objeto; y lo precario de su posición presente y la incertidumbre de su porvenir, atraen todavía la atención y curiosidad de la humanidad(*El año 1883_1*)⁵

El diario *La Nación* cuya opinión puede asimilarse –de algún modo- a la que sostiene uno de los sectores que disputaba el poder⁶, pone de manifiesto de esta manera, dos cuestiones que son de suma importancia para el punto de partida de este trabajo: en primer lugar, el interés que lo francés despertó siempre entre los hombres del 80; en segundo lugar, la acertada percepción del cronista, quien advierte que a esa altura del siglo XIX, Francia estaba cargada de derrotas y desastres mientras que Inglaterra –nación que indudablemente eclipsaba a los franceses en el plano político- atravesaba “*un período de prosperidad*” observable a través de “*la múltiple actividad comercial e intereses políticos del Imperio*”.

Diez años antes, Miguel Cané se había definido a sí mismo y a su grupo intelectual como “*franceses*”. En “*Cartas a un amigo*”, reunidas en *Ensayos*, al hacer un balance de los libros leídos por entonces se refería al año 1873 y acotaba:

En tu última carta me pedías no te hablara de bailes ni de manifestaciones: prefieres libros y música.(...)

El último libro grave que he leído, viene de Francia...¡siempre el espíritu ha de irradiar de ese cerebro(Cané 91)

Sin abandonar este reconocimiento de la cultura francesa, su admiración por “lo inglés” se manifestó reiteradamente. En sus *Charlas literarias*, publicación que reúne escritos redactados entre 1875 y 1884, afirma:

La humanidad debe a la Francia la tradición de su exquisita sociabilidad, de su concepción artística de la vida, como debe a los ingleses gratitud porque uno de ellos, peluquero sin clientela, inventó la máquina de tejer algodón(Cané 130)

Aún más explícito en cuanto a su relación con la cultura inglesa se mostró en el relato de uno de sus viajes. En *En viaje* (1884) define al mundo inglés como “*el*

⁵ En todos los casos en que incorporamos una cita, mantenemos la ortografía del original.

⁶ Debemos señalar que los redactores responsables de *La Nación* eran, hacia 1884, los “opositores del régimen roquista”. Más allá de ciertas coincidencias que mantenían con el grupo dirigente, *La tribuna nacional*, órgano periodístico del roquismo, suele referirse a ellos como “nuestros opositores, “la prensa opositora”, “el matutino de la oposición”, etcétera.

mejor de los mundos imaginables(Cané 74) y en la “Introducción” a su traducción de *Enrique IV*, de William Shakespeare, lamenta -bien que con cierta cuota de ironía-, “no haber tenido el insigne honor de nacer en tierra británica”(Cané, *Introducción* 28)

Estos fragmentos de Miguel Cané ponen de manifiesto, del mismo modo que el artículo periodístico, la búsqueda de modelos que caracterizó a los hombres del 80 y su fluctuación entre paradigmas diferentes. Podríamos señalar los años 70 como un hito en el abandono de la admiración acrítica del modelo francés. Una muestra cabal de esta actitud se encuentra en el diario *La Tribuna*, que frente al conflicto franco-prusiano, tomó abierto partido en favor de Francia lo que motivó la reacción airada de los suscriptores de origen alemán que anunciaron -en el mismo medio- la suspensión de sus suscripciones.⁷ El periódico alemán redactado en Buenos Aires acusó específicamente a Héctor Varela por su actitud parcial e invitó a los lectores a comparar las opiniones de *Orión* con las de Emilio Castelar, a la sazón también corresponsal de *La Tribuna*, que escribía desde el lugar de los hechos. Este último -alejado ya en 1870 de la devoción por lo francés- se refirió , en una de sus tantas epístolas, en los siguientes términos a la situación de Francia. Sus opiniones pueden ser consideradas como la manifestación de una nueva relación entre los intelectuales⁸ de la época y la cultura francesa:

El Cesarismo se había enjendrado en los cuarteles; era la sombra del pretoriano, enemigo implacable de la República y para alimentar ese partido militar, que razgó con sus bayonetas las leyes, tenía que darle de beber sangre y carne humana(...)

La victoria de Francia es la victoria de Napoleón.

La Francia es una gran nación

Yo le reconozco cuando escribe con la pluma de Voltaire, cuando habla por la boca de Mirabeau, cuando canta las estrofas de la Marsellesa, cuando escribe en el Sinai de la revolución los derechos del hombre, cuando pelea con Hoche por la libertad de los pueblos; pero no la reconozco cuando sacrifica la paz del mundo y degüella un millón de hombres para asegurar la dinastía de los Bonaparte, eternos enemigos del derecho, sangrientos asesinos de la República(Castelar, *Correspondencia* 1))

⁷ El 31 de agosto de 1870, varias “casas” alemanas, suscriptoras de *La Tribuna* acusan al medio de manifestar una abierta actitud pro-francesa. La misma problemática se aborda en la página editorial del 7 de setiembre de 1870.

⁸ Utilizo el concepto de “intelectual” aún cuando este todavía estaba en gestación.

Otro hombre del 80, en este caso un crítico literario, que se preocupó por establecer, ya en 1891 las constantes de lo que consideraba la “joven generación”, se refirió al mismo tema. Aludimos a Martín García Mérou quien, preocupado por el creciente materialismo de la sociedad argentina y su consecuente olvido e indiferencia por los trabajos del espíritu, se abocó a la tarea de estudiar las asociaciones intelectuales de su época. La lectura de sus *Recuerdos literarios* permite rastrear, en muchos casos, el punto germinal de varias afirmaciones de la crítica posterior sobre la llamada “generación del 80”. El trabajo de García Mérou tiene la virtud y las limitaciones que corresponden al protagonista de una época que se da a la tarea de definirla, advirtiendo, desde temprano, las limitaciones que se imponen a los autores que deben compartir con el trabajo periodístico -fuente, muchas veces, del sustento económico- sus actividades literarias. Asimismo, lamenta la postergación que la tarea política de los miembros de la generación ha impuesto a lo que él denomina el latente “genio poético”.

Tras detenerse en el estudio particularizado de varios poetas de la época, García Mérou focaliza la presencia de dos “*sociedades intelectuales contrapuestas*”⁹ y advierte que las mismas siguen tendencias diferentes. Mientras en la “Academia argentina”¹⁰ cuyos maestros eran Martín Coronado y Rafael Obligado, se observaba una clara inclinación a nacionalizar la literatura y el arte, los jóvenes del “Círculo científico literario” sustentaban gustos contrarios, orientándose hacia una educación y tipo de lecturas completamente extranjeras. García Mérou revela en sus reminiscencias las controversias que se dieron dentro de la generación:

⁹ Ver capítulos XXIX y siguientes del texto *Recuerdos literarios* de García Mérou.

¹⁰ Se trataba de la “*Academia Argentina de Ciencias y Letras*”. Su presidente fue el dramaturgo Martín Coronado. “*La corporación alentó hasta 1879, año en que suspendió sus sesiones para siempre*”(Barcia, *Brevísima* 10). García Mérou considera que, en general los miembros de la “*Academia*” pertenecían a una generación anterior(316). Una de las empresas proyectadas fue el *Diccionario de argentinismos*. Tras contar en 1878 con cuatro mil voces definidas, según testimonios de los miembros, en 1891 estaba abandonado y perdido.

nunca existió una franca simpatía entre ambas asociaciones intelectuales, compuesta la primera de jóvenes de mayor edad y reposo intelectual y la segunda de muchachos turbulentos y entusiastas que exageraban fácilmente los odios y las rivalidades de las escuelas disidentes(García Mérou, Recuerdos 321)

Más allá del interés que esta cita aporta en cuanto a una observación clara acerca de las tensiones que atravesaban las posiciones estéticas de los hombres del 80, nos interesa destacar que al profundizar el análisis de los criterios de los jóvenes del “Círculo literario y científico”, García Mérou destaca en reiteradas oportunidades el predominante europeísmo de la nueva intelectualidad. A excepción de los ya mencionados miembros de la “Academia argentina”, los hombres del 80 desarrollaron su formación estético-literaria sobre la base de lecturas europeas, sin dejar de advertir que en más de una oportunidad, *“adoraban a dioses y á ídolos que fueron”*¹¹(García Mérou Recuerdos 220). Destaca la presencia de los autores extranjeros en el debate intelectual de la época:

En las discusiones del Círculo nos arrojábammos á la cabeza unos á los otros, citas de Sainte Beauve, Nizard, Civillier Fleury, Schorer y Taine, Víctor Hugo y Gautier; revelábamos el estudio detenido de la literatura moderna francesa, inglesa y alemana y apoyábamos nuestros argumentos en los principios de la estética y la filosofía. Digamóslo de una vez por todas, en aquel grupo de jóvenes argentinos no se traían al debate sino autores extranjeros. Estábamos dominados por la influencia europea(García Mérou, Recuerdos 221).

La cita testimonia, amén de la sostenida nota europeísta,¹²de la preferencia por los autores de la literatura francesa.

García Mérou es consciente del anacronismo de ciertos modelos y para corroborarlo, incorpora una cita de Ernesto Quesada, publicada en *La Nueva Revista de Buenos Aires*:

¹¹ Martín García Mérou en el capítulo XXIII del texto que estamos comentando se refiere a los debates que tuvieron lugar en el seno del conocido **Círculo científico literario**. Allí observa que la juventud leía con pasión a los adalides de 1830 y que en general se adoraba a ídolos del romanticismo franceses a quienes califica con las palabras que citamos: *“ídolos que ya fueron”*(García Mérou 218) . No olvidemos que tras un ataque inicial García Mérou adherirá más tarde a las corrientes realistas y naturalistas.

¹² En el capítulo XXVI, García Mérou se refiere al *“americanismo”* de algunos de los miembros de la antigua Academia y lo contrasta con el europeísmo de *“la legión eminentemente revolucionaria y exaltada que soñaba con las luchas de 1830”*(264-265).

Nuestra juventud lee con pasión a los adalides de 1830 de los que Musset es el ídolo y Víctor Hugo el pontífice, Gautier para muchos un modelo(...) Se lee mucho pero casi exclusivamente libros franceses(García Mérou, Recuerdos 219)

En el mismo sentido se manifestaron los hermanos Mansilla..¹³ En 1882, mucho tiempo después de uno de sus viajes(1860), Eduarda Mansilla, ya autora consagrada y separada, por entonces, de su marido, Manuel García, a quien había acompañado en una comisión de observación del funcionamiento de los tribunales de justicia estadounidenses, publica su texto *Recuerdos de viaje*. En él relata, fundamentalmente, su contacto con la sociedad norteamericana de la década del 60. Sin embargo, en sus apreciaciones puede observarse nuevamente la fluctuación entre el “aura” con la que rodea a la cultura francesa y el respeto por una cultura inglesa que es crecientemente percibida como cultura hegemónica del período, aunque la autora señale permanentemente su falta de refinamiento.

En el capítulo introductorio del texto, la viajera relata la trayectoria desde el puerto francés de Le Havre, punto casi obligado de embarque hasta la ciudad de Nueva York. Nos confiesa sus dudas acerca de qué compañía marítima elegir para realizar la travesía del Atlántico. Evalúa las diferencias entre las naves francesas y las inglesas. Las ventajas de las compañías francesas: cosmopolitismo, servicio de hotelería inmejorable, mundanidad, “savoir faire”. Las compañías inglesas, por su parte, pese a caracterizarse por la mala comida, la presencia exclusiva de ingleses, y la imposibilidad de ahondar trato social con los pasajeros, son garantía de disciplina, cumplimiento de los horarios y seguridad. Sin embargo, Eduarda concluye con las siguientes palabras que dan testimonio de su parcialidad:

¹³ Nótese que incluimos a Eduarda Mansilla dentro de la llamada generación del 80. Pese a las reiteradas inectivas que su hermano Lucio Mansilla lanza en *Entre-nos* contra las literatas mujeres (“mi horror a las literatas”(Mansilla 316) el mismo autor, cuando en otra causerie se refiere a la “lengua nacional” menciona a: “la Gorriti, la Manso, la Sagasta de Pelliza(sic), la Mansilla”. (Lucio Mansilla 481). En cuanto el problema particular que propone la periodización de la literatura escrita por mujeres, consultar el artículo introductorio de *The Norton Anthology of Literature written by women* de Sandra Gilbert y Susan Gubar.

Viajar con los Franceses es más agradable en verano; pero, lo es más seguro en invierno con los Ingleses.

Y aquí para no ser ingrata ni olvidadiza con una nación que tanto quiero, diré, que **personalmente, yo prefiero hasta naufragar con los franceses.**¹⁴ Pero en mi calidad de viajera, que escribe con la mira honrada de dar luz á los que no la tienen, creo mi deber consignar en estas páginas, lo que he oído repetir a tan famosos *touristes*. Pues en ciertas materias, forzoso es contar votos, por más amigo que uno sea de pesarlos. Además quien á Yankeeland se encamina tiene por fuerza que democratizar su pensamiento . (Eduarda Mansilla 22)

Una vez más, el prestigio de lo francés y el encanto atrapante de esa cultura y sus usos. Aclaremos que pese a todas estas sentidas razones, Eduarda viajó en una compañía inglesa, de acuerdo con los consejos de “los votos”, a los que tan socarronamente se refiere. Se prefiere la distinción francesa pero se reconoce la supremacía inglesa en lo que a seguridad y modernidad se refiere.

Coincidentemente, su hermano Lucio, en las “causeries” recopiladas en *Entre-nos* reitera su predilección incuestionable por el mundo francés. Pese a la repetida mención de autores de lengua inglesa, su preferencia por Francia y por París no es ni siquiera disimulada:

Por la filosofía, o por la moral, como ustedes quieran, que de este comienzo se desprende, París, París de Francia, como suelen decir algunos para que no quepa duda, es para mí la ciudad ideal. Así es que cuando alguien me dice que no le gusta París, yo me digo interiormente: será porque no te alcanza la renta para vivir allí(Mansilla 324)

Si como la mayor parte de los críticos y aun el mismo Mansilla afirman, las “causeries” se constituyen en uno de los textos que mejor representan el clima cultural de la época, en ellos se perciben las influencias europeas y en especial, el afrancesamiento de los gustos y de las costumbres.

Todos los textos anteriormente citados, elegidos -si se quiere- de un modo arbitrario, nos permiten, en primer lugar, corroborar el marcado europeísmo del 80 argentino. Todo los autores dejan testimonio de su mirada hacia Europa pero el cronista lo hace desde un punto de vista sociopolítico y destaca la importancia del

¹⁴ La negrita es nuestra.

Reino Unido frente a la atracción que siempre ha producido Francia. Cané, por el contrario, parecería distinguir los aportes de una y otra cultura, y los hermanos Mansilla se inclinan –“*aunque sea para naufragar*”- por lo francés. García Mérou, quizá el menos parcial se refiere a la influencia general de lo europeo sobre el mundo cultural argentino. Es necesario aclarar que esta característica de la cultura nacional no es original y que, el siglo XIX fue, como lo ha llamado Eric Hobsbawm, “*el siglo de Europa*”, en la medida que ésta representó los valores de Occidente, sin que corresponda en este punto discutir si la categoría sólo es una creación discursiva. .

Los diferentes textos consultados nos permiten captar, asimismo, que los hombres del 80 fluctuaron entre dos de los modelos que el Viejo Continente proponía: Francia e Inglaterra, a los que sólo a fines de siglo se le agregó Alemania y, muy posteriormente, Italia. Nuevamente, deberíamos señalar que esta fluctuación no es una nota particular de los intelectuales argentinos sino que, especialmente, a partir de 1870, muchas naciones del globo se lanzaron a la búsqueda de modelos sobre los cuales construir el futuro y la nacionalidad . Los más prestigiosos fueron Gran Bretaña -por su movilidad política, estabilidad y dinamismo económico- y Francia, por su tradición revolucionaria y su prestigio cultural. Un tercer modelo, de menor peso histórico pero de sostenida relevancia a la hora de imaginar el futuro de las naciones, fueron los Estados Unidos de Norteamérica, por “*su admirable proceso de democratización*” (Tombs 40). Admiradas o denigradas, las experiencias de estos países eran consideradas significativas. En ese sentido, la intelectualidad argentina de los 80 no hizo más que repetir lo que ocurría en otras regiones, no sólo de Europa sino también de los vastos territorios colonizados.

1.2. Las determinaciones culturales y la bibliografía literaria.

A la hora de estudiar las determinaciones culturales que operaron sobre los hombres del 80 argentino, se observa en la bibliografía existente sobre el tema un sensible desequilibrio crítico: se destaca insistentemente el afrancesamiento de la generación descuidando la vigencia de otros modelos y los aportes de otras culturas prestigiosas. La crítica ha insistido -no sin justeza- sobre la influencia de Francia en la formación del imaginario de esta generación y se han estudiado con cierto detalle las repercusiones de ese contacto cultural¹⁵. Esta postura podría sintetizarse en la expresión de Manuel Mujica Láinez quien afirmó que *“los hombres que actuaron en Buenos Aires de 1875 a 1890 se arrojaron con los ojos cerrados en los brazos de Hugo, o, cuando evolucionó el criterio artístico, de Emile Zola”*(Mujica Láinez 2). La actitud es diferente cuando se trata de la cultura inglesa: sólo tímidamente se menciona la presencia de lo inglés. Quizá opere en los críticos lo que el cronista de 1884 señalaba: *“la atracción que lo francés ejerce sobre la humanidad”*. No obstante, se advierte claramente que muchos de los hombres del 80 también captaron el prestigio creciente que *“lo inglés”* ejercía sobre el mundo occidental de las últimas tres décadas del siglo XIX. Por otro lado ¿estaban capacitados para eludir el influjo cultural de un Imperio que en ese momento no sólo dominaba extensas regiones del planeta sino que estaba en la instancia de *“inventar sus tradiciones”*(Hobsbawm 12) y exportarlas a todo el mundo? ¿Podían los hombres argentinos que se habían propuesto a partir de un pasado traumático la construcción de una “ república verdadera”, desdeñar el modelo de una nación cuya imagen en el siglo XIX era la de una evolución paulatina hacia los ideales de democratización y la prosperidad

¹⁵ Por ejemplo, hay varios estudios dedicados a los debates generados por el realismo balzaciano y el naturalismo de Zola. Por ejemplo, “El naturalismo y el tema del inmigrante” por Antonio Pagés Larraya.

económica? Una de las hipótesis del trabajo que emprendemos consiste en demostrar que la cultura inglesa y sus diferentes manifestaciones y representaciones tuvieron para muchos hombres del 80 un peso definitorio

La “cultura rica”¹⁶ de 1880, la cultura de un país que se sentía llamado a ser uno de los más prósperos del globo, con un desarrollo y crecimiento económicos que permitían al Ministro del Interior declarar que “*la situación del país es próspera y lisonjera*”(La Nación, junio 1884),¹⁷ hizo el gesto de “*apropiarse de toda la literatura occidental sobre todo la europea*”(Ludmer25). En este sentido, los líderes del 80 transformaron su relación con la lengua nacional y con la tradición literaria heredada.

Por otro lado, debieron redefinir su posición frente a un mundo que, según la visión de Eric Hobsbawm en su libro *La era del capital*, distaba mucho de ser un mundo homogéneo sino que estaba formado por dos sectores enfrentados que se integraban en un único sistema global: los desarrollados y los atrasados, los dominantes y los dependientes, los ricos y los pobres.(24). Los líderes del 80, quienes tenían clara conciencia de la posición de Argentina en la periferia, la ubicaba dentro de los sectores *atrasados, dependientes y pobres*, aspiraron, en todo momento, a romper las fronteras y plegarse a esa cultura europea que lideraba el mundo. La civilización argentina era posible, comenzaba con ellos y suponía contactarse con los modelos occidentales. Para hacerlo, era necesario, ante todo, conocerlos.

Esta europeización del mundo que se produjo entre los años 1875 y 1914 no estuvo desligada de la consolidación y expansión del imperio inglés y de nuevas

¹⁶ La expresión la tomamos de Josefina Ludmer, *El cuerpo del delito: un manual*.

¹⁷ Hemos preferido, en esta sección, incluir una noticia aparecida en *La Nación* porque si bien reproduce dichos oficiales, los ratifica. Como se trata de un periódico opositor, su reconocimiento testimonia el optimismo que se vivía en los primeros años de la década del 80. Se sabe que *La Nación* fue poco proclive a reconocer los avances logrados por el roquismo. Los periódicos oficialistas *Sud-América* y *La Tribuna nacional* son más proclives, aún cuando se insinúe la crisis, a mirar la realidad con optimismo.

colonizaciones.¹⁸ En medio de una humanidad dividida por la idea de raza que permeaba la ideología del período, de modo tan consistente como la idea de progreso, el grupo que consolidó el poder en la Argentina de esa época aspiró a colocarse en los stands de los avances tecnológicos, y no en los “pabellones coloniales” de las grandes exposiciones universales.¹⁹

Sería pertinente acudir a algunos autores clásicos de la historiografía literaria e histórica para buscar puntos de partida que nos permitan avanzar en la búsqueda que nos proponemos. ¿Cómo ha sido presentada esta relación con los países hegemónicos en los múltiples trabajos que el período ha suscitado? Revisaremos algunas de las apreciaciones que el tema ha suscitado.

En primer lugar, advertimos la reiterada consideración del “*européismo*” como una de las características primordiales del grupo.²⁰

Es poco lo que aporta para la caracterización del grupo la historiografía literaria anterior a 1913, año en que se crea a nivel universitario la cátedra de literatura argentina. Podríamos señalar como valioso el aporte del mencionado Martín García Mérou, quien acerca datos interesantes sobre el movimiento literario e intelectual del período; es uno de los primeros que señala al año 80 como un mojón que marca el comienzo de una época signada por el optimismo económico y la organización creciente de la república, pero también demarcatorio del final de un

¹⁸ Es sumamente interesante constatar que hay abierta coincidencia en la “*européización*” del mundo entre los años mencionados. Los historiadores varían en sus valoraciones sobre los efectos de esta “*européización*” que pueden ser resumidas, en líneas generales en tres tendencias: aquellos que acentúan los efectos negativos que dicho proceso tuvo para los colonizados; aquellos que destacan el modo en que el siglo XX es hijo de ese período y , por último, un fuerte grupo de orden liberal que señala los efectos contrarios que el proceso tuvo sobre los colonizadores. En la primera categoría se incluyen autores tan diversos como Gholam Hossein Kan(*Seir Mutaqherin* 1789) hasta el académico palestino-estadounidense Edward Said. Confrontar el libro de Niall Ferguson: *Empire*, el texto *La era del imperio* de Hobsbawm.y el trabajo de Hobson, *Imperialismo*.

¹⁹ Ver Eric Hobsbawm, *La era del capital*. Fundamentalmente capítulo 2.

²⁰ Un penetrante estudio acerca de las diferentes y numerosas aproximaciones críticas a este período aparece en el texto de María Minellono y José Panettieri: *Argentina: propósitos y frustraciones de un país periférico*.

período cuando las divisiones no eran definitivas. García Mérou cree que la Revolución de los Corrales significó la expresión de tensiones que estaban latentes y que a partir de ese momento, quedaron fisuradas ciertas empresas comunes. En este sentido, García Mérou como testigo de la época, planteó una valorización de los hechos diametralmente opuesta a la que en 1999, casi cien años después plantearía Josefina Ludmer, que insiste en una creciente despolitización a partir de 1880.

García Mérou se expresa en los siguientes términos:

Por desgracia, vinieron las agitaciones del año 80. Nuestra eterna política casera, caldeó la atmósfera hasta un grado insostenible. Vinculaciones de amistad y de gratitud, que no desoyen jamás las almas bien nacidas-, nos llevaban á algunos a un campo donde no estaban los demás. Coronado que tenía un corazón dulce y un carácter de paloma, se convenció que debía convertirse en un Tamerlan literario para combatir á los que entonces se llamaban "los bárbaros del Norte". Una noche que precedió en pocas semanas a la tragedia deplorable cuyo acto final fue la batalla de los Corrales -nos recitó la primera estrofa de un brulote guerrero con que quería azotar el rostro de sus enemigos(...)

Las agitaciones políticas fueron, pues, un enérgico disolvente para nuestras dulces y gratas reuniones amistosas(García Mérou, Recuerdos 325).

Pedro Luis Barcia, en una reciente investigación sobre el tema, llama la atención sobre la incorporación de material de "literatura argentina" en la enseñanza media argentina con anterioridad a su inclusión en el nivel universitario. El primer manual de dedicación exclusiva a la literatura argentina fue escrito por el doctor en jurisprudencia Juan Marcial Contreras, mendocino. Fue publicado en los primeros meses del año 1894 y presentó una novedad en cuanto a criterios de inclusión de los autores: "*el manualista rompe la tradición de incorporar al canon sólo autores muertos*"(Barcia, *Historiografía* 263). De acuerdo con el criterio explicitado, incluye en su análisis a creadores que todavía estaban vivos, tal el caso de Miguel Cané, Joaquín V. González, Eduardo Wilde y otros. No se presenta en el texto del mendocino una caracterización general del grupo, y acorde con lo que se observaba en la mayor parte de los estudios, se prioriza la lírica con escasa atención al drama y la narrativa como géneros.

Otra información de las que aporta Barcia acerca de los estudios literarios argentinos anteriores a 1917 nos parece relevante: la incorporación de literatura argentina en los programas de la escuela secundaria habría sido considerada como una de “*las vías de consolidación de la identidad nacional*”(Barcia 319), frente a la significativa presencia de la inmigración. Los debates acerca de lo que se debía considerar literatura nacional arreciaron con variedad de matices durante el 80. En la escuela media, se habría alcanzado un mayor equilibrio, tal como lo testimonian los programas del Colegio Nacional Central de Buenos Aires. En la currícula de 1885 se observa no sólo la inclusión de unidades programáticas con contenidos específicos de literatura argentina, sino que asimismo, en el quinto año se incorporó “*Estética y literaturas extranjeras*”, materia a cargo del Dr. Enrique García Mérou, con contenidos de literatura italiana, francesa, inglesa y alemana.

Ricardo Rojas en la cuarta parte de su *Historia de la literatura argentina*, bajo el rótulo de “Los modernos”, se ocupa de varios de los autores de la generación del 80. El crítico, que estaba interesado en rescatar las notas que hacían a “la argentinidad” de la literatura argentina²¹, utiliza el concepto de generación sin problematizarlo. Alude al carácter fragmentario e inorgánico de los escritos de la mayor parte de los autores. Entre 1917 y 1922 Rojas trabajó concienzudamente para tratar de fijar las características nacionales de “*los modernos*”. En su evaluación final arriba a la siguiente conclusión:

Una literatura nacional es no sólo una serie de creaciones individuales, sino **la expresión orgánica de una conciencia nacional**²². La conciencia nacional estaría constituida por el territorio, la raza, el estado, la cultura todo lo cual se resume en la tradición de un pueblo y sus manifestaciones estéticas(Rojas 611).

²¹ Como se desprende del texto de Pedro Luis Barcia, *Historia de la historiografía literaria argentina*, la preocupación acerca de la existencia o no de una realidad catalogable como “*Literatura argentina*” es *planteada* en nuestro medio literario desde 1828.

²² La negrita es nuestra

Rojas cree que, pese a su cercanía con muchos de los autores, la renovación que algunos de ellos han introducido en nuestras letras amerita que se les dé un lugar en la historia de la literatura nacional. Observa un giro en la literatura argentina a partir de 1880. Desde su particular interés crítico, Rojas creyó que la literatura argentina se diferenciaba del resto de la hispanoamericana por ser más moderna debido a que *“sin perder la tradición castiza, como lo revela el actual nacionalismo argentino”(613)* se había nutrido -principalmente a partir del giro del 80- del cosmopolitismo intelectual.

En los estudios que dedica a cada uno de los autores particulares, Rojas insiste en el conocimiento que poseyeron de las lenguas y de las literaturas extranjeras. Señalemos, finalmente, a la luz de la historiografía develada por Barcia, que Rojas se preocupa denodadamente por individualizar los aportes de la generación en la constitución de nuestra novela nacional como género literario moderno.

Por otra parte, y varios años más tarde, la *Historia de la literatura argentina* dirigida por Rafael Alberto Arrieta, dedica el tomo III al estudio del período que nos ocupa bajo la denominación *“Las letras en la segunda mitad del siglo XIX”*. El mismo Arrieta se ocupa de la poesía de la generación del 80 mientras que Roberto Giusti lo hace de la prosa.

Arrieta parte de la distinción que ya mencionáramos entre los jóvenes poetas nucleados en la *“Academia Argentina de Ciencias y Letras”* fundada en 1873²³ y el *“europeizante Círculo Científico y Literario”(264)*. Advierte que pese a los intentos nacionalistas de los “académicos”, el cosmopolitismo invadía el país y se

²³ La actividad de esta “Academia argentina de ciencias y letras” se extendió, como ya lo hemos apuntado, hasta 1879.

tornaba, cada vez más, en la nota característica de la cultura. La poesía, pese a sus intentos de resistir el influjo, también se veía modificada por las modas europeas.

La misma característica pero más exacerbada advierte Giusti en la prosa. Retoma la línea argumentativa proyectada por Rojas e insiste en que la obra de los mayores representantes de la generación fue obra "*dispersa y poco orgánica*".(371) . En cuanto a sus relaciones con la cultura decimonónica considera que:

..enriquecieron nuestra cultura con su alerta curiosidad intelectual(...).El movimiento de librería era activísimo. La juventud intelectual se mantenía al tanto de la producción extranjera con gran seguridad de asimilación y de juicio.(Giusti 372)

Rojas, Arrieta y Giusti coinciden al destacar la nota europeísta de nuestros escritores, que prefieren encuadrar bajo la designación de "*cosmpolitismo de la generación*". Sin deslindar demasiado los aportes de las diferentes culturas nacionales, a la hora de señalar influencias individualizadas, priorizan el contacto con los modelos de habla francesa. Asimismo, aunque dedican capítulos a la producción lírica del grupo, advierten en el "*giro del 80*" los orígenes de la tradición narrativa nacional.

Años más tarde, en su texto *El mundo del 80* Noé Jitrik engloba –como el título lo permite esperar- la producción del grupo dentro del contexto político institucional del país. Después de estudiar los problemas con los que debió enfrentarse el país para alcanzar la tan ansiada "Organización Nacional", señala una etapa previa al 80, asociada con las presidencias de Bartolomé Mitre, Domingo F. Sarmiento y Nicolás Avellaneda en la que destaca como propósito fundamental "*producir la tan ansiada civilización sarmientina*"(Jitrik 22). Si Sarmiento había señalado, en 1845, en primer lugar, la coexistencia de civilización y barbarie en las pampas argentinas, como presidente de la llamada *Organización nacional* , no duda en preparar el terreno para el advenimiento de una nación moderna, decididamente

lanzada hacia los modelos occidentales. Es cierto que el sanjuanino, durante el transcurso de su viaje por Europa en 1847 no había encontrado allí *“los dioses que esperaba”*(*Viajes 98*) y se había encandilado con el encanto de Estados Unidos de Norteamérica, país al que consideró como el modelo más adecuado para una república naciente como la nuestra. Sin embargo, hacia 1884, en la *“Carta Prólogo”* a *Conflicto y armonías de las razas en América* muestra un retorno hacia una idealización de los principios liberales europeos, aunque con una visión mucho más crítica que la de su juventud. Advierte ahora -con un tardío acercamiento a la mirada alberdiana según Tulio Halperín Donghi²⁴- que el europeísmo no ha sido fruto absoluto de los esfuerzos de algunos argentinos que poseyeron una aguda mirada hacia el futuro sino que es -a fines del siglo XIX- el desarrollo natural hacia el que caminan las naciones. Pese a a su desencanto ante un progreso material *“cargado de inestabilidad e inseguridad”*, Sarmiento ubica su mirada más allá del Atlántico, en Europa, y se deja envolver por la atmósfera de esperanza que permitía alentar la idea de llegar a una tierra prometida que la cultura europea señalaba.

La evolución del pensamiento sarmientino con respecto a este tema coincide -de algún modo- con la posición del roquismo.

Según Jitrik, la occidentalización cultural precedió y fue más sencilla que la occidentalización económica. Se destaca el afán de la nación que se piensa a sí misma, por pensarse europea, occidental. Noé Jitrik, en este sentido, deja de lado algo en lo que insisten los historiadores europeos del período, y es que Estados Unidos ya se perfilaba como futura potencia, y balanceaba con sus logros

²⁴ Tulio Halperín Donghi en el *“Prólogo”* al texto *Proyecto y construcción de una Nación* acota refiriéndose a esta posición final del sanjuanino: *“Aunque misericordiosamente su memoria ha borrado esa vieja disputa, lo que Sarmiento viene a decir es que Alberdi había tenido razón: los cambios vividos en la Argentina son más que el resultado de las sabias decisiones de sus gobernantes pos-rosistas, el avance ciego y avasallador de un orden capitalista que se apresta a dominar todo el planeta”*(Halperín Donghi 101)

democráticos y económicos el peso de la economía y de la cultura prestigiosas que parecían refugiarse en el Viejo Continente.

París despertaba en los hombres del 80 un respeto casi sacro: la transformación de la aldea que había sido Buenos Aires en la metrópoli moderna se correspondía con las transformaciones parisinas dirigidas por el barón de Haussmann. París era la ciudad hacia donde se miraba para saber vestir; era la Ciudad Luz que inspiraba a Torcuato de Alvear para emprender la modernización de Buenos Aires, y era el francés la lengua que se mezclaba con el castellano hablado por los miembros de la "coalición". Jitrik advierte acertadamente:

La política expansiva oligárquica, que en verdad engrandece a la provincia y a la ciudad de Buenos Aires más que a ningún sector o región nacional, se apoya en un conjunto de medidas o tendencias económicas que tienen un fundamento básico: la Argentina no puede sostener un plan aislacionista ni autonómico sino que debe integrarse en un orden económico fuerte, del que debe formar parte. Este orden era encabezado y dirigido por Inglaterra que necesita determinados productos y que puede proporcionarnos todas las manufacturas. (Jitrik, Mundo 39)

Se trataba de desarrollar políticas que posibilitaran la producción económica de productos que interesaran a Inglaterra. La civilización llegaba, pues, de la mano de una inserción en el plan global del Imperio Británico. Jitrik destaca la transformación de las estancias, la red ferroviaria trazada de un modo que permitía que los productos llegaran al puerto de Buenos Aires para ser embarcados rumbo a la metrópoli inglesa²⁵. Aunque Jitrik aclara que no adhiere a ninguna de las posiciones extremas acerca de las relaciones entre Argentina y el Imperio británico, resulta claro que considera determinante la presencia inglesa en la decisión de las medidas políticas y económicas del grupo dirigente. Se advierte, sin embargo, que pese a afirmar -como lo destacáramos antes- que el europeísmo fue primero cultural

²⁵ En la pintura que Jitrik hace de esta relación económica se observan resabios de una posición, muy difundida alrededor de los años 1970, que tiende a considerar a los hombres del 80 bien como víctimas de las maquinaciones extranjeras o bien como agentes al servicio de las mismas. Ver Tulio Halperín Donghi "Las raíces históricas", en *Los fragmentos del poder*.

y luego económico, a la hora de configurar las características del grupo²⁶ parece olvidar las determinaciones que esta relación económica pudiera haber dejado y se limita a destacar en abstracto la categoría “*europizante*”. En síntesis, Jitrik acepta la influencia británica en el plano político-económico pero considera que el modelo cultural es casi absolutamente francés. .

Por su parte, David Viñas , en el texto *Literatura argentina y realidad política*²⁷ se ocupa profusamente de las características de este grupo que él identifica como *la “oligarquía liberal”*. Tanto en el trabajo que dedica a los viajes de los miembros de esta clase(se detiene en los viajes de Mansilla y en los de Lucio López) como en el capítulo denominado “*El apogeo de la oligarquía*”, donde desarrolla las particularidades de la escritura de los miembros más representativos del grupo(en este caso elige a Mansilla y a Cané) advierte la exaltación que realizan de los supuestos “*valores innatos*” provenientes de Europa. Los escritores “*gentlemen del 80*” habrían acudido al llamado de Europa, pues identificarían lo nacional con lo material, lo corpóreo, lo que hay que trascender para elevarse y dar perspectiva a la mirada. A lo largo de nuestro trabajo retomaremos -en más de una oportunidad- las inteligentes apreciaciones de Viñas; sin embargo nos interesa señalar que en las valoraciones del crítico se advierte la utilización de una categoría generalizadora y homogénea: “Europa”. En realidad, en más de una oportunidad deja entrever que Europa es, en su discurso crítico, sinónimo de París, París de Francia, hubiera aclarado Mansilla . Viaje a Europa se limita, en muchas secciones del trabajo de Viñas, al viaje a París, omitiendo consignar²⁸ o profundizar otras experiencias. Al

²⁶ Jitrik enumera una serie de características que para él configuran el modelo de “hombre del 80” en una sección de su libro denominada “*Los hombres del 80 desde afuera*”.

²⁷ Nos manejamos, en esta parte de la investigación, con la edición de 1982. Como se sabe desde la primera edición del texto ha habido varias reediciones.

²⁸ La única excepción en que se detiene a relatar otra experiencia viajera es la primera parte del capítulo “*Cané: miedo y estilo*”

limitar de este modo la geografía de las experiencias viajeras, descuida los matices con que se ven y se observan las diferentes trayectorias y realidades y deja de lado las geografías imaginarias que motivaron las diferentes derivas.

Aún cuando a Viñas se le torna insoslayable aludir a la presencia de lo inglés -recordar que Europa no es sólo Francia- expresa la referencia con una atrapante y arbitraria imagen geográfica que -sin embargo- descuida la problematización de la categoría. Ejemplifiquemos con su análisis de la experiencia de Cané en Covent Garden:

Dado que Inglaterra y lo sajón se sitúan al norte de Europa, en la geografía mental de Cané se identifican con lo superior y lo espiritualizado; esta justificación neoplatónica del darwinismo social le hace interpretar todo proceso de "deslatinización" como alejamiento de lo grueso, lo material, lo carnal y el mal(Viñas, Literatura 196)

Aceptemos que Cané entra a este recinto como un creyente al Tabernáculo, aceptemos incluso las imágenes darwinistas que Viñas presenta, pero advertamos que el crítico no repara en que más allá de que se trate o no de una *"coartada típica del espiritualismo que se esencializa y se siente como naturaleza y se ratifica en un estilo"*(Viñas 199), el texto de Cané está dando testimonio del marco de referencia de un texto escrito a fines del siglo XIX, cuando el Imperio Británico se instalaba como presencia insoslayable. Las abstracciones reduccionistas de Viñas le impiden, por momentos, advertir que lo inglés no funciona en Cané y en muchos de los autores del grupo como sinónimo homologable de lo europeo. La atractiva imagen crítica deja de lado que en el siglo XIX, el Reino Unido establece una relación de simbiosis con Sudamérica, fundamental para su economía, y que es muy difícil que los autores influidos y bombardeados por las propagandas británicas(programadas o no) fueran inmunes al encanto de la *"anglomanía"*. Por otro lado, mucho más allá

del espiritualismo esencializado, para mejor o para peor, el mundo de 1886 era el mundo de lo que Niall Ferguson ha dado en llamar la *"anglobalización"*.

Por su parte, Susana Zanetti, en su trabajo titulado "La prosa ligera y la ironía: Cané y Wilde", al intentar una caracterización general del grupo al cual pertenecen los autores insiste en *"la admiración por Europa"*(Zanetti 121); la visión de Europa como *"el centro cultural soñado, mezcla de club, museo y sala de música"*.

Más específica resulta la caracterización provista por Pedro Luis Barcia en su trabajo *"El 80 y la forma de periodización"*. La intención del autor como su título lo sugiere no es caracterizar al período sino investigar los diferentes modos como ha sido denominado. Deja explícitamente aclarado que trata de saber qué sentido se le ha adjudicado a los distintos rótulos que se han usado *"indistinta y las más de las veces indiscriminadamente"*(Barcia 10). Tras dejar constancia de que los períodos no son "naturales" y que todo intento de periodización supone una perspectiva crítica, advierte que las diferentes denominaciones que se han utilizado(*década, período, el 80, generación, etc*) no son siempre ni compatibles ni articulables. Cuando trabaja con el concepto de generación utilizado por Julius Petersen, se detiene en aplicar los factores constitutivos. Es al arribar a esta tarea cuando destaca los elementos formativos o educativos comunes:

Los hombres del 80 son profesionales en su mayoría, es decir con estudios superiores concluidos; es abrumante la mayoría de abogados(Goyena, L.V.López, Cané, Zeballos, Cambaceres) y médicos(Wilde, Sicardi, Podestá, J.M.Ramos Mejía). Todos han cursado un colegio nacional de excelente nivel, con sentido humanista(...) Son muy pocos(E Gutiérrez , R.Obligado) los que no completaron educación universitaria.

Todos manejaron el francés y el italiano correctamente y, la mayoría, el inglés. El conocimiento de idiomas les facilitó(...)la posibilidad de una de las razones de mayor coincidencia generacional, el universo de las lecturas en tres literaturas. Señalemos las preferentes y coincidentes. De la literatura francesa: los poetas Hugo, Lamartine, Musset y Gautier; prosistas narradores: Chateaubriand y Daudet; ensayistas y críticos: Sainte Beuve, Villemain, Taine. De la literatura inglesa: el poeta omnipresente, Byron; el dramaturgo, casi el único en el gusto de la generación, Shakespeare; el novelista, Dickens; el ensayista, Macaulay. De la literatura norteamericana el autor más frecuentado fue Edgard Allan Poe(..) De la literatura española se leía menos(Barcia 27-28).

Observamos la atención con que el crítico ha advertido que la formación estética de los hombres del 80, no se limitó a la influencia de lo francés sino que la literatura inglesa tuvo también su peso determinante sobre la escritura de los mismos. En ese mismo sentido se manifiesta en un artículo más reciente sobre el tema, donde al emprender la tarea de señalar los puntos en común de este conjunto de escritores señala:

Todos tuvieron en común la pasión por los viajes -por el país, tierra adentro, o por el universo mundo-, por la lectura en lenguas modernas(francés, inglés, italiano), el gusto por la vida social y la conversación, la asistencia al club, al teatro, la frecuentación de las redacciones de diarios y revistas, la práctica de un periodismo activísimo(Barcia, Literatura 331)

Eduardo Romano, en 1980, en un trabajo publicado en la revista *Punto de vista*, titulado "Colisión y convergencia entre los escritores del 80", tras afirmar que el rótulo de generación le parece un uso abusivo e inexacto puntualiza lo siguiente:

Aún sin apartarnos de los autores de la élite pues caso contrario las diferencias se ahondan es necesario tener en cuenta que profundas polémicas enfrentaron a los individuos que integraban la minoría que regía los destinos del país. Tanto en lo político como en lo cultural, carecieron, por lo general de coincidencias (Romano ,Colisión 6)

En la primera parte de este breve pero insoslayable artículo sobre la época, Romano expone las sensibles diferencias que los miembros de la élite manifestaron no sólo en el plano de la teoría y de la práctica literarias sino en cuestiones de política cultural y económica. Así la polémica entre proteccionistas y librecambistas abarcó al parlamento y la prensa: *El Nacional* se manifestó a favor del proteccionismo mientras que *La Nación* sostuvo una política librecambista a ultranza, que aceptaba la subordinación a los intereses británicos. Sin entrar a detallar el contenido del artículo, nos parece de suma importancia destacar dos virtudes -entre otras- de este esclarecedor estudio: en primer lugar la oposición del crítico a trabajar con etiquetas fáciles y su decisión de advertir- más allá de innegables semejanzas- las tensiones que preocuparon y dividieron a los hombres del 80, correlato natural de un campo intelectual que empezaba a complejizarse. En segundo lugar, Romano

evita el estrechamiento del enfoque crítico y advierte cómo una adecuada consideración de este grupo de escritores pone de manifiesto que para ellos la literatura tuvo *“apenas papel secundario”*(Romano, Eduardo Wilde 11). La crítica debería necesariamente tener en cuenta las preocupaciones políticas y económicas de estos intelectuales y debería, además, advertir que ellos tuvieron una imperiosa necesidad de insertarse dentro de un mundo en el que la Argentina debía ocupar un lugar que ellos no consideraban necesariamente periférico.

La mencionada relación entre la literatura y otras prácticas sociales, le permite a Romano concluir que la misma tuvo una función de “aristocratización” que les permitía, más allá de sus divergencias, homogeneizarse como grupo. Por otro lado, la literatura daba cuenta de algunas de las prácticas consagradas, tales como la necesidad de *“llegar a Europa a todo trance”* como ocurre con el personaje Poliodoro, de Lucio López, anhelo que comparte con protagonistas de otros textos²⁹ y que no es sino la ficcionalización de uno de los anhelos más sostenidos del grupo:

Don Poliodoro se ha mareado desde el momento en que se encontró en el canal exterior(...)Pero es necesario llegar a Europa a todo trance, y gastar los ochocientos pesos moneda corriente, en que nuestro viajero ha calculado su presupuesto, incluidos pasajes, regalitos y provisiones consiguientes de un regreso del viejo mundo.

(...)

Está dominado por la fiebre de verlo todo, y trae, además de las guías indispensables, una lista en la memoria de lo que los otros le han recomendado que vea(López, Recuerdos 350).

Más adelante, el narrador agrega:

Pero don Poliodoro es valiente. Él será parisiense a todo trance(358).

1.3. Las relaciones con el mundo británico en la bibliografía histórica argentina.

La bibliografía histórica sobre la época aporta una perspectiva diferente que es pertinente tener en cuenta. Carlos Alberto Floria y César García Belsunce en su

²⁹ Considérese, por ejemplo: Andrés de *Sin rumbo* de Eugenio Cambaceres o Carlos Narbal de la nouvelle *De cepa criolla* de Miguel Cané.

Historia de los Argentinos, texto de divulgación, dedican dos capítulos a la época que nos ocupa, partiendo de una serie de consideraciones generales sobre el contexto histórico mundial. El trabajo tiene el mérito de no realizar una historia "insular"³⁰ sino que inserta el proceso histórico argentino dentro del devenir occidental. Floria-Belsunce afirman que para la dirigencia argentina la vida americana carecía de interés, pues la *"oligarquía vivía en una suerte de 'alienación cultural' tributaria de los movimientos ideológicos e intelectuales europeos, sobre todo de Francia"*(Belsunce-Floria 165). Durante el 80 se hace evidente el despojamiento que los argentinos ya habían comenzado respecto de su carácter ingénito de colonia española, y su intención manifiesta de europeizarse a todo trance. Desde el punto de vista económico adoptaron las prédicas del liberalismo -en este aspecto hay coincidencia de que el modelo es el británico- y desde el punto de vista ideológico habrían seguido de cerca los debates políticos que se daban en Francia, los que -en todos los casos- encontraron aquí un eco amplificado. El capítulo dedicado a los 80 reitera -en varias oportunidades- el predominio del modelo francés en la orientación de los pensadores de la Argentina moderna.

En un trabajo recientemente publicado, Floria y Belsunce insisten, una vez más, en la imposibilidad de considerar la historia argentina aislándola de los procesos históricos occidentales y, por lo tanto, ubican los 30 años(1880-1910) que ahora categorizan como "república aristocrática", en el marco de los nacionalismos expansionistas y del imperialismo colonial. Consideran que ese período *"significa una transición espectacular, contradictoria y polémica, entre la concepción tradicional de nuestra sociedad y el modernismo progresista"*(Floria, Argentina

³⁰ El término "historia insular" es reiteradamente utilizado por Hobsbawm para referirse a las historias nacionales que sólo relatan el pasado de un Estado sin atender a la inserción de ese pueblo en el macrocosmos. El libro de Floria- Belsunce evita una limitación que suele ser muy común en los historiadores argentinos y que ha afectado, de modo particular, el estudio del tema que nos ocupa.

política 62). En este caso, acentúan la importancia que le brindan a la influencia del imperialismo cultural y llaman, particularmente la atención, sobre el consenso que había en Europa acerca de la pertinencia del imperialismo colonial, en cuya defensa no diferían demasiado las posiciones de los socialistas y de los conservadores. Por otro lado, señalan el “*correlato racista*” que presentaba dicho humor colonial. Ejemplifican la cuestión en los siguientes términos:

Los ingleses se creían una raza “naturalmente gobernante”- según expresiones literales y corrientes- y los alemanes se complacían en su “genio para la organización”. Italianos y rusos, franceses y japoneses expondrían argumentos análogos(Florida, Argentina política 63).

Es interesante advertir que estos autores, destacan en su más reciente estudio sobre un tema que han investigado en reiteradas oportunidades, la influencia que el imperialismo cultural, político y económico ejerció sobre los hombres del 80, sin caer por ello en la imagen -tan cara a los revisionistas- de una nación víctima de proyectos orquestados. El orden mundial estaba dado en esos términos y, como pretendemos demostrar, no carecía de fisuras que permitieran a los argentinos de la época mucho más de lo que se podía prever. Por otro lado, los actores de un determinado período histórico, suelen encontrarse condicionados por los horizontes de expectativa y marcos de referencia que la época en la que transcurre su existencia les impone.

En cuanto a las relaciones internacionales argentinas durante el período que se extiende desde 1880 a 1900, podemos hacer referencia al artículo de Beatriz Solveira incluido en la reciente edición de la *Nueva historia de la Nación Argentina*. Destaca la autora tres preocupaciones básicas del gobierno argentino de la época en lo que se refiere a relaciones internacionales: inmigración, comercio internacional e inversiones extranjeras. Habiendo aceptado nuestro país la posición fijada por el liberalismo internacional como país productor de materia prima, la autora

considera que le interesaba, sobre todo, encontrar mercados para sus productos. Catalogada Gran Bretaña como el líder del momento, no es de extrañar que el intercambio comercial con ese país haya ocupado siempre el primer lugar. Solveira aclara que durante ese período, las relaciones internacionales argentinas no estaban claramente delimitadas y se carecía de objetivos precisos en política exterior(Solveira 210). En cuanto al tema que nos ocupa, la estudiosa encuentra que un cambio significativo se produjo en 1880, pues hasta ese momento, prácticamente el país había vivido relegado o replegado sobre sí mismo. Al abrirse de ese encierro, se establecen relaciones económicas y políticas con diversos países de Europa y de América que -a su juicio- no implicaron necesariamente intercambios culturales. El intercambio con Gran Bretaña ocupó siempre el primer lugar, seguido por el que se mantuvo con otros países de Europa(Solveiro 216); los británicos, por otra parte, adoptaron una proclamada actitud de prescindencia con respecto a los conflictos internos de Argentina³¹. La autora afirma, además, que la Argentina de 1880 era – fundamentalmente- una nación interesada por encontrar mercados en Europa y parecía despreciar al resto de Latinoamérica. Al mismo tiempo se empeñaba en ganar la partida con los Estados Unidos de Norteamérica, su natural competidor, que además, trababa el ingreso de productos argentinos a su mercado interno. Como se desprende de esta apretada síntesis, Solveira enfoca las relaciones anglo-argentinas como relaciones estrictamente vinculadas con un intercambio comercial. Cabría preguntarse si era posible que la sociedad que introducía gran cantidad de productos británicos promocionados en los periódicos de mayor tirada, podía quedar inmune al prestigio de “lo inglés”.

³¹ La autora señala dos excepciones(una ocurrida en 1872 y otra en los 80).

Raúl Scalabrini Ortiz enfoca a la diplomacia inglesa desde una perspectiva diferente, más ideologizada. Cree advertir que habría un plan trazado desde comienzos de siglo que es llevado "*meticulosamente*" a cabo, y que habría consistido en establecer una influencia de contrapeso contra los poderes combinados de Estados Unidos y Francia. De acuerdo con este autor, los celos y distanciamientos entre América de Norte y América del Sur no habrían sido producto de una natural evolución histórica de dos zonas que competían por el predominio de la región, sino el cumplimiento de una "*obra perniciosa desarrollada en silencio por Inglaterra*"(Scalabrini Ortiz 59). Independientemente de nuestras diferencias con varios postulados del autor, resulta interesante destacar que para Scalabrini Ortiz, detrás de nuestra historia hay, como en todas las historias, "*procesos de absorción, luchas diplomáticas, arterías, engaños*"(63) que se relacionan con los intereses económicos pero que también afectan otro tipo de contactos.

Por su parte, Tulio Halperín Donghi al analizar lo que él categoriza como "orden neocolonial latinoamericano", enfoca los años finales del siglo XIX en Latinoamérica desde una perspectiva integradora. Para este historiador, en 1880 se produce, con diferencia de pocos años, la sustitución final del pacto colonial impuesto por las metrópolis iberoamericanas por uno nuevo, que habría nacido con los signos visibles de su futuro agotamiento, y desde sus tempranos comienzos se habría ido modificando en favor de las metrópolis. Sin embargo, en los años finales del siglo -precisamente a partir de 1880- los países latinoamericanos que ya habían agregado a su dependencia económica una más estricta dependencia financiera, empezaron a advertir los intentos crecientes de los Estados Unidos de América de desplazar las influencias europeas. Precisamente, es Argentina -que más tarde

configuró un núcleo junto con Chile y Brasil(ABC)- la nación que iba a capitanear una *“resistencia abierta y eficaz”*(Halperín Donghi, *América Latina* 286) contra la creciente influencia norteamericana. Halperín señala que esta situación se daba, entre otras razones, porque el crecimiento del país había sido acompañado por un estrechamiento de la relación comercial y sobre todo financiera con Gran Bretaña. Esas relaciones -el historiador lo advierte- no se divorciaron del influjo cultural. A su juicio, no podían hacerlo.

Halperín Donghi destaca la prosperidad que caracterizó a la Argentina en el decenio que comenzó en 1880, y afirma que creció en esos diez años más que en toda la historia previa. Esta transformación habría sido posible gracias a un aumento vertiginoso de la inmigración y de la inversión europea: la primera era predominantemente italiana y la segunda británica. No duda en relacionar el crecimiento de la inversión británica con el creciente interés que por esta metrópoli manifestaron los argentinos, y su posterior defensa de este vínculo frente a las pretensiones estadounidenses.

Este somero panorama de los modos que los historiadores argentinos siguieron para representar, a grandes rasgos, las relaciones argentino-británicas, quedaría absolutamente sesgado si no nos refiriéramos, aunque sea muy brevemente, a la posición de los llamados historiadores “revisionistas”. Corresponde aclarar que hacemos un uso laxo del concepto para designar a un vasto grupo de historiadores, que comenzando en el siglo XIX con Adolfo Saldías y Ernesto Quesada, se preocuparon por introducir en el relato de la historia nacional que habían diseñado los historiadores oficiales o canónicos, una serie de discontinuidades y críticas. Tanto Saldías como Quesada representaron una *“línea precursora en la interpretación del pasado rosista”*(Ravina 438).

Sin embargo, a partir de la denominada Revolución Libertadora de 1955, y a mediados de los años sesenta del siglo XX, las líneas ideológicas se interrelacionaron, de modo que, según expresión de Beatriz Sarlo *“se podía pasar sin demasiadas aduanas ideológicas de José María Rosa a Rodolfo Puiggrós que se consideraban mutuamente miembros de un pensamiento nacional enemigo del libealismo”*(Sarlo, *Batalla* 90). A las líneas historiográficas representadas por esos dos autores, debe sumársele el llamado marxismo nacionalista representado por Jorge Abelardo Ramos y Juan José Hernández Arregui.

Sin que sea pertinente, en esta instancia, adentrarnos en los matices de estas corrientes de elaboración del pasado histórico, el juicio del “revisionismo” tendió a releer una historia que, a gusto de estos historiadores, había sido *“gobernada por los prejuicios y las preferencias dominantes en las metrópolis”*(Halperín, *Fragmentos* 16). Una primera crítica que se podría hacer a los autores que en diferentes modos y grados compartieron esta perspectiva, es que examinaron el imperialismo desde su madurez y aplicaron -de modo anacrónico- presupuestos del último imperialismo a etapas tempranas de nuestra evolución histórica. Más allá de esta *“invitación al anacronismo”*, como la ha llamado Tulio Halperín Donghi, el aporte de esta posición histórica fue haber colocado en el centro de los debates la relación de los argentinos con un Imperio, que es necesario decirlo, para ellos era ubicuo. En este orden de lectura no se limitaron a ver sus huellas sólo en los aspectos políticos o económicos, sino que concibieron la existencia de una estrategia deliberada que habría abarcado todas las capas de la cultura.

En general, este tipo de análisis configura una imagen de un pueblo y un pensamiento nacional, víctima de los proyectos meditados por el Imperio inglés. Así, por ejemplo, José María Rosa en su *Análisis de la dependencia argentina* afirma:

Fue una causa exterior la que motivó la partición de la América española. Porque la verdad, desgraciadamente, es que salimos del Imperio Español que nos ataba con débiles lazos económicos y políticos, para caer en otros dominios, no **por escondidos menos potentes**. Salimos del Imperio para caer en el imperialismo. Y para los nuevos amos convenía mejor nuestra desunión que nuestra unión; es la regla, tan antigua como política, del *divide et impera*. (Rosa 11)

En sintonía con estas apreciaciones, Jorge Abelardo Ramos polemiza en 1961 con Ernesto Sábato sobre el carácter semicolonial de nuestra cultura, y presenta como evidencia indiscutible de esta circunstancia el poliglotismo de la generación del 80, la afición de los dandys por las camisas inglesas y su desmedida admiración por las instituciones anglosajonas. Aún cuando en *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*, reivindica a Roca por su “*ideología nacionalista democrática*” (340), afirma que esta política fue sustituida a partir de la presidencia de Juárez Celman por un liberalismo ruinoso, al servicio de los intereses del Imperio.

Los historiadores argentinos, como queda demostrado, señalan en diferentes grados y con diferentes valoraciones, la presencia de “*lo británico*” en la renovación argentina que comienza en el decenio del 80. Es cierto que difícilmente hubiera podido ser de otro modo, dado que el imperio británico ocupaba más de una cuarta parte del planeta y ejercía su influencia sobre todo el globo. Por otra parte, la Argentina aspiraba un rol de líder de los pueblos de Latinoamérica y sus alianzas con el Imperio le permitían disputar el creciente poderío de los Estados Unidos, que se iría consolidando hacia fines del siglo como la sucesora del predominio inglés.³²

³² Un análisis muy preciso del proceso de paso del predominio británico al estadounidense y las semejanzas y diferencias entre ambos es realizado por Tulio Halperín Donghi en el capítulo 5 de su *Historia Contemporánea de América Latina*.

1.4. La visión de los historiadores británicos

Los historiadores británicos se refieren en un tono muy distinto a estas relaciones, como lo testimonia Eric Hobsbawm en su libro *Industry and Empire: en las páginas introductorias*, al sintetizar la temática de su estudio, explicita que su libro trata acerca de la historia de Gran Bretaña, enfocada desde la siguiente perspectiva:

This book is about the history of Britain. However, as even the past few pages have made clear, an insular history of Britain (and there have been too many such) is quite inadequate. In the first place Britain developed as an essential part of a global economy, and more particularly as the centre of that vast formal or informal "empire" on which its fortunes have so largely rested. To write about this country without also saying about the West Indies and India, about Argentina and Australia, is unreal (Hobsbawm, Industry xviii).

Claramente se comprende la sorpresa de la lectora de estas latitudes, al advertir que uno de los más prestigiosos historiadores ingleses del momento no duda en afirmar la imposibilidad de una historia británica de fines del siglo XIX, sin considerar la de nuestro país. Esta afirmación inicial se completa más adelante con un estudio de las exportaciones británicas realizadas entre 1820 y 1900. Destaca la importancia que el "imperio informal" tenía para una industria británica que empezaba a hallar en Alemania un competidor cada vez más fuerte, y lo hace en los siguientes términos:

The first was Latin American, which, is not unfair to say, saved the British cotton industry in the first half of the nineteenth century, when it became the largest single market for its exports. (...) Later on in the century it became somewhat less important, though to the end the British informal colony of Argentina became an important market (Hobsbawm, Industry 125)

Hablar de la Argentina como "*colonia británica informal*" resulta mucho más de lo que que lo que la mayoría de los manuales de Historia argentina parecerían dispuestos a admitir, y sólo alguna historia revisionista lo ha afirmado. Cabe destacar que la distinción entre "*Imperio formal e informal*", aunque cuestionada por algunos

de los más destacados especialistas sobre el tema- sigue siendo punto de partida para muchas de las consideraciones sobre el Imperio Británico.³³

Es cierto que las afirmaciones de Hobsbawm provienen de un estudioso que enfoca la cuestión desde un punto de vista predominantemente marxista, pero nos permite considerar la hipótesis de que si la Argentina podía ser vista como una "colonia informal" británica debían haber quedado rasgos de esa cultura hegemónica en nuestra cultura finisecular. El enfoque de Hobsbawm corresponde a una óptica que ha comenzado a ser cuestionada por los últimos estudiosos sobre el tema, pero muchos coinciden en la importancia que el "imperio informal" (Argentina incluida) tuvo para el desarrollo del Imperio británico.

A.G. Hopkins, tras aclarar -en primera instancia- que uno de los problemas que enfrenta el historiador a la hora de estudiar el siglo XIX es la dificultad generada por la tendencia a "*generalizar sobre una entidad llamada Europa*" (Hopkins 251), cuando en realidad, se presentaron grandes diversidades no sólo en los procesos históricos sino en la historiografía que los mismos han generado, distingue entre "*imperialismo*" y "*expansión*" y a su turno, cuestiona los conceptos de "*imperio formal e informal*", pues cree que el concepto de imperialismo, más allá de esas distinciones "*constituye una amplia rama del estudio del poder en las relaciones internacionales*" (Hopkins 252). En síntesis, sostiene que pudo existir imperialismo sin que se creara un imperio y en este esquema incluye a la Argentina cuyos territorios nunca fueron pintados con los colores del Imperio, pero cuya soberanía e independencia se vieron influidas de manera significativa. Debemos aclarar que

³³ Nos referimos entre otros al trabajo de C.C. Eldridge que citaremos en reiteradas oportunidades y que realiza una reinterpretación de los hechos que entre 1868 y 1880 habrían señalado en Gran Bretaña el auge del "*anti imperialismo*". En la página 13 de su tratado, el estudioso afirma: "*Difference between formal and informal empire was not of fundamental nature but of degree. Informal means were always preferred to direct rule..*" (Eldridge 13). Lo mismo había afirmado anteriormente Gallagher en su trabajo: "*The imperialism of Free Trade*".

Hopkins no es un historiador crítico del imperialismo, sino que él mismo expresa su intención de exponer con la máxima objetividad un tema que ha sido sumamente oscurecido por las ideologías.

En sintonía con esta apelación a superar las ideologías como restricciones de la observación histórica, Alan Knight en su trabajo *"Britain and Latin America"*, intenta trazar un meridiano que permita discernir qué hay de cierto en algunos clichés que se han manejado con respecto a esta relación. Parte de una famosa frase de George Canning, quien en 1824, exultante, habría afirmado que *"Hispanoamérica es libre y si nosotros no descuidamos nuestros intereses, Ella es inglesa (Hinde 368)*.³⁴ Se pregunta Knight qué hay de válido en esta afirmación y llega a la conclusión de que si bien hubo pequeñas extensiones territoriales que formaron parte del imperio británico, en general, la actitud fue prioritariamente de control y vigilancia sobre los intereses británicos en estas tierras.³⁵

Acto seguido, Knight distingue entre imperialismo y "dependencia", concepto que no implicaría subordinación formal de los satélites a la metrópolis pero que supone presiones y restricciones, fundamentalmente cuando la relación entre periferia y metrópolis no resulta equilibrada.

Una vez establecidas estas distinciones, Knight afirma que las relaciones no fueron puramente económicas ni políticas y relaciona esta tendencia predominante de la actitud británica con las enseñanzas de Adam Smith:

Indeed, as Adam Smith knew and the new institutional economic rightly stresses, economic activity does not take place within an ethical and cultural vacuum: the market is neither amoral nor anomic. The British presence in Latin America, therefore, involved ideological and cultural proselytization; the dissemination, sometimes enduring,

³⁴ La frase de Canning es: "Spanish America is free and if we do not mismanage our affairs sadly, She is English"

³⁵ Ejemplifica esta circunstancia con el interés británico por establecer un Uruguay independiente entre las repúblicas hostiles de Argentina y Brasil de modo de mantener abierto el Río de la Plata para el comercio británico. Esta actitud coercitiva e intervencionista constituye para el autor una clase de imperialismo aún cuando no persiguió la anexión de Uruguay sino su supervivencia.

sometimes ephemeral of British attitudes, ideas and cultural practices. Indeed the best way to create congenial élites was to convert them to the British way of life(King 125)

El planteo de Knight nos parece sumamente fecundo, sobre todo cuando el historiador alerta sobre la imposibilidad de comerciar en un vacío, tal como a veces se ha planteado en la historiografía argentina. Por el contrario, Knight advierte que el intercambio cultural acompaña , en todos los casos, el intercambio comercial. De acuerdo con esta visión, Knight introduce los resultados de un estudio realizado por William Latham, quien cree que ese intercambio cultural que necesariamente acompaña al intercambio comercial, de acuerdo con los criterios británicos del siglo XIX, fue favorecido cuando, después de la caída de Rosas, llegó al poder una élite que *“había tenido[en el exilio] contacto con una civilización más avanzada y había aprendido, en la adversidad a apreciar el orden constitucional y el desarrollo industrial”*(Latham 70). Este estudioso insiste en que habría, a partir de la Organización Nacional, una predisposición favorable para lograr *“un matrimonio”* entre los intereses británicos y las necesidades de Latinoamérica, que resultaría mucho más perdurable, segura y *“decorosa”* que la cruda coerción.

La conclusión más importante que extraemos de los estudios de Hobsbawm, de Hopkins y de Knight es la certeza de que la historiografía inglesa considera y sostiene la imposibilidad de estudiar las relaciones imperialistas ignorando casos-entre los que se ubica la Argentina-que podría incluirse en lo que, más tarde, Lenin llamaría *semi-colonias*. Llámese las *“colonias informales”*, *“semi-colonias”* o casos de *“dependencia”*, diversas regiones de Latinoamérica deben ser tenidas en cuenta a la hora de historiar el Imperio.

Gran Bretaña representó en el siglo XIX- por distintas razones que no nos parece pertinente detallar - el país del globo que mayor expansión experimentó. Nos interesa detenernos en un aspecto de esta expansión, sumamente relevante para el

influjo que el imperio tuvo sobre el mundo. A partir de la década de 1860, lo que la bibliografía inglesa denomina como los *'mid-victorians'* empiezan a cuestionar y debatir acerca de los beneficios o perjuicios del "imperialismo". En medio de estas discusiones, hacia 1860 va tomando fuerza la idea de *"la misión imperial"* que encuentra una magnífica definición en un texto aparecido en el diario *The Spectator*, del 3 de julio de 1868, que afirma que los británicos han desarrollado *"the consciousness that is sometimes a binding duty to perform highly irksome tasks"*(Eldridge 68).

A esta idea de *"deber"* adhiere el Duque de Carnavon cuando se refiere a *"un sistema de moralidad y religión que pudiera penetrar en los lugares más oscuros"* (Eldridge XV). En el debate parlamentario y periodístico británicos se cuestionan , por entonces, tanto el imperialismo del *"free trade"* como la *"misión imperial"*. Los dos partidos más representativos sostuvieron sobre el tema posiciones dispares, que podrían simplificarse del siguiente modo: la visión de Gladstone, quien fundamentaba la necesidad de consolidar y atender a la asociación comercial con las colonias, que en su mayor parte deberían mantener o conseguir su independencia. Frente a ella, la posición de Disraeli que quería colocar a Inglaterra como protagonista absoluta del escenario mundial y anhelaba concentrarse en el "imperio oriental", tanto para las actividades comerciales como para las defensivas. La posición triunfante concilió las posiciones en pugna. Los estudiosos de fines del siglo XX coinciden en negar lo que se había dado en llamar una *"actitud antimperialista"* durante la época de los *"mid-victorians"* y admiten, de modo general, que entre 1840 y 1870 lo que triunfó fue un *"uso mercantilista del poder"*(Gallagher 11). Frente al costo del imperio formal, para muchos victorianos una herencia demasiado costosa de las primeras décadas del siglo, prefirieron el imperialismo del

“free-trade”, pero de ningún modo -ni siquiera un liberal tan comprometido con el self-government de colonias como Irlanda, tal como lo fue el Ministro Gladstone-, renegaron de la misión imperial.

Cuando hacia 1880 la posición británica se vio más discutida en el Continente (ante todo por el avance de Alemania), la actitud del gobierno se tornó más comprometida. Lo que es absolutamente pertinente señalar es que como fruto de estos debates, a partir de 1870 y definitivamente desde 1880, se afirma en el centro de la discusión pública británica el “*discurso de la misión*”.

El famoso alegato del ministro Benjamín Disraeli conocido como “Crystall Address”, que tuvo lugar el 24 de junio de 1872, afirmaba la necesidad de retener el imperio y llevar a cabo una serie de reformas sociales. Pero, sobre todo, y es este el aspecto ideológico más relevante para nuestro trabajo, insistió sobre la necesidad de expansión del mismo. En 1880, el liberal Gladstone, su opositor político, regresó al Ministerio y reinstaló las ideas de los “*mid-victorians*”. Poco a poco, el estereotipo de una “Britania civilizadora” fue haciéndose un lugar común no sólo en el periodismo sino en el imaginario de las masas.³⁶ Más allá del Nuevo Imperialismo que cobraría fuerza en la década siguiente y se extendería hasta la Primera Guerra Mundial, la idea imagen de los “*mid-victorians*” afirmaría la concepción de una Inglaterra exportadora de cultura, civilización y cristianismo tolerante. La “*misión inglesa*” dominó el imaginario de las colonias y semi-colonias tanto como el de la metrópoli.

En 1897, Lord Chamberlain resumía, en las siguientes palabras, estas ideas: :

We feel now that our rule over these territories can only be justified if we can show that it adds to the happiness and prosperity of the people, and I maintain that our rule does and has brought security and peace and comparative prosperity to countries that never knew their blessing before. In carrying out this work of civilisation we are fulfilling what I believe to be our national mission (Chamberlain 1)

³⁶ Como veremos en capítulos posteriores, Lucio V. López describe de una manera aguda estos discursos y contradiscursos de los dos hombres más fuertes que tuvo la política inglesa del siglo XIX: Disraeli y Gladstone.

Estas apreciaciones sobre la *"cuestión imperial"* nos permiten afirmar, una vez más, que a fines del siglo XIX y comienzos del XX, Europa dominaba el mundo y como afirma Edward Said, *"el mapa imperial verdaderamente facilitaba la visión cultural"*(Said, *Imperialismo* 97). Las escasas citas provistas sirven para ilustrar que más allá del beneficio económico existía en el Imperio una justificación que les hacía pensar que tenían la *'obligación de gobernar pueblos subordinados e inferiores'*. Los británicos estaban convencidos de la superioridad que habían alcanzado y este convencimiento era transmitido -de muy diversas maneras- a los pueblos con los que entraban en contacto. En sintonía con los estudios de Edward Said nuestra intención es ampliar y enriquecer el modo en que interactúan las dos partes del encuentro imperial. Nos resistimos a aceptar -como parece considerarlo la mayor parte de la historiografía histórica argentina- que pudo haber un profundo intercambio económico, sin que este contacto afectara de algún modo otro tipo de intercambios. Tampoco comulgamos con los autores nacionalistas que advierten el contacto pero se limitan a considerar a Inglaterra como *"un enemigo que ha estado aquí durante los últimos cien años"*(Scalabrini Ortiz 198).

No se trata de encuadrar nuestro estudio decididamente bajo el amparo de los "estudios post-coloniales", pues nuestra relación con Gran Bretaña -según intentamos mostrar en este capítulo- no fue equivalente a la que mantuvieron otras zonas del Imperio. Se trata de reconocer, en primer lugar, la existencia de discursos entrecruzados, superpuestos e interconectados, sin aceptar exclusiones.

Hay un aspecto de nuestro estudio que necesita mayor explicación. Hemos trabajado, en general, con varios conceptos del crítico Edward Said, fundamentalmente su noción de la existencia de *"historias interdependientes que sería tonto o insensato reprimir y en cambio, es útil e interesante comprender"*(Said,

Imperialismo 57) Acorde con esta idea de interdependencia cultural, Said insiste en la esterilidad de lo que él llama “*las retóricas de la culpa*” e insiste en la necesidad de estar atentos a la “hibridación” de las culturas.

No nos interesa contraponer influencias ni ahondar en una actitud de la “política de la culpa”. Tampoco, como se podría llegar a suponer, nos interesa realizar un estudio donde nos veamos inclinados a señalar, cuantitativamente, si tal u otra cultura fueron más importantes en sus influencias y relaciones con la nuestra. La intención no radica en privilegiar una u otra sino -como hemos expuesto anteriormente- en sopesar y relacionar un conjunto de flujos y contactos, que configuraron el marco de referencias³⁷ sobre el cual los hombres del 80 produjeron sus textos.

³⁷ Said trabaja con el concepto de “estructura de actitud y referencia” que, de algún modo, deduce del concepto de Raymond Williams de “estructura de sentimiento”. A lo largo de sus trabajos críticos, va modificando los alcances del concepto pero podríamos señalar que se refiere en general, al modo como la literatura contribuye y ayuda a reforzar percepciones y actitudes acerca de Inglaterra y el mundo. Estas estructuras no constituyen para Said una “meta-narrativa” sino una excelente demostración de la “mundanidad”(worldliness) de los textos literarios y de sus afiliaciones con un amplio espectro de realidades sociales y culturales.

2. Representación de la cultura inglesa en los textos de dos memorialistas del 80.

2.1. El 80 y la idea de nacionalidad.

Quizá uno de los caminos más adecuados desde los que se puede estudiar la representación de la cultura inglesa en los textos de los hombres del 80, sea el proporcionado por dos de ellos, tal vez no tan significativos por su valor literario, aunque funcionaron ante sus contemporáneos como éxitos editoriales. Nos referimos a *Buenos Aires desde setenta años atrás*, de José Antonio Wilde, publicado en 1881 y a *Las beldades de mi tiempo*, de Santiago Calzadilla, publicado en 1891.³⁸

Nuestra elección de estos dos textos no es caprichosa sino que ambos comparten una misma actitud de repliegue hacia el pasado- aunque la mirada de ambos sea diferente- y, en ambos casos, este enfoque de los tiempos pretéritos de la sociedad porteña se detiene especialmente en los aportes culturales de los inmigrantes de origen británico. En ambos, además, se observa -aunque no es la problemática central- un cuestionamiento de la identidad nacional que resulta sumamente interesante dado que, desde posiciones disímiles, problematiza los presupuestos del programa liberal hegemónico. Sabido es que hacia fines del siglo

³⁸ Recordemos que la separación entre literatura e historia fue institucionalizada recién en el siglo XIX. Confrontar de Certeau: "The Freudian novel: History and literature". *Humanities in Society*, 4 ,nos.2-3(1981)121-141: "Already apparent in the seventeenth century, legalized in the eighteenth century as a result of the split between the "humanities and the "Sciences, the break [between history and literature] was institutionalized in the nineteenth century by the academic establishment. At the foundations of this split is the boundary, which the positive sciences established between the "objective"and the "imaginary", that is to say between that which they controlled and the remainder". (de Certeau, *Freudian novel* 121)

XIX muchos de los liberales terminaron por adoptar el “*principio de la nacionalidad*”(Floria ,*Pasiones 70*).

En Europa, hacia 1880, según Carlos Floria, se dieron dos concepciones básicas acerca de la nación, que a veces se han entendido como dos sistemas de doctrina: “*una es la concepción alemana de carácter organicista, otra la concepción francesa de carácter voluntarista*(Floria, *Pasiones 17*). Mientras esta última remite a la Ilustración y supone la nación como “*contrato electivo cívico y territorial que depende de la voluntad política*”(17), la primera arraiga en las ideas del romanticismo y respeta el *jus sanguinis*, la sangre y la lengua, la pertenencia por nacimiento, a un grupo étnico.

En la Argentina finisecular, predominó dentro del liberalismo político una concepción universalista y abierta proclamada por el Preámbulo de la Constitución³⁹; sin embargo, poco a poco, en “*las tierras aradas por las ideas liberales*”(Floria, *Pasiones 42*) se fue gestando un precipitado ideológico que permitió la configuración de nuevas concepciones o reflexiones acerca de la nación.

Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo en el estudio titulado “*La Argentina del centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos*”, publicado por primera vez en la revista *Hispanamérica* en 1980, al estudiar los orígenes de lo que denominan “nacionalismo cultural” de la Generación del Centenario, reconocen que “*la inquietud por la identidad nacional no era nueva en las elites político-intelectuales de la Argentina*”(Altamirano 73). Si bien en el período del Centenario se manifestaron nuevas “*cristalizaciones*” ideológicas, la semilla había sido enterrada veinte o treinta años antes. En el mismo sentido se manifiesta Jean Delaney en un artículo publicado en agosto de 2002 en el prestigioso *Journal of Latin American Studies*, en

³⁹ Según Floria y García Belsunce, la Constitución *constituyó “la lectura institucional”* de lo que se pretendía lograr. Era el espacio donde se dieron cita los propósitos de “los notables”.

el cual desafía la idea -generalmente aceptada por la mayor parte de la crítica sobre el tema- respecto de que el nacionalismo cultural argentino de las primeras décadas del siglo XX constituya una ruptura total con el positivismo que alentó durante el último tercio del siglo XIX. La autora prefiere señalar las continuidades de esta construcción apoyándose, precisamente, en la concepción de nación que -a su juicio- había comenzado a perfilarse en los textos de los llamados “*nacionalistas liberales*”. Expone del siguiente modo su hipótesis:

This article argues that current scholarly treatments of cultural nationalism have overlooked two key problems central to our understanding of the movement and its legacies. The first problem is the relationship between cultural nationalism and late nineteenth-century positivism. Certainly, Argentine cultural nationalists saw themselves as avatars of idealism, blaming both cosmopolitanism and positivism for the putative dissolution of the nation's culture. But despite the cultural nationalists claim to represent a break with positivism, my own research suggests that many of their ideas about national character and its determinism had roots in the previous positivist era. The question then becomes, what were the connections and continuities between the two movements(Delaney 627).

La posición de Delaney resulta sumamente enriquecedora en cuanto a su propósito de revisar los textos del 80, y en este sentido, las memorias que nos ocupan patentizan de modo interesante las diferentes corrientes ideológicas que los informan.

Tanto Wilde como Calzadilla, se detienen en un momento del proceso progresista, para revisar cuáles han sido los elementos sociales que posibilitaron arribar al presente que les corresponde vivir. Ninguno de los dos autores soslaya el aporte que ha dejado la cultura inglesa en las décadas precedentes al 80, aunque en su evaluación difieran uno del otro.

2.2. El repliegue hacia el pasado

La modernidad, y la velocidad con la que promovió cambios en las más diversas conductas humanas, determinó, en sus comienzos, una modificación de la

actitud hacia el pasado, aparentemente incapaz de aportar informaciones que le sirvieran a los hombres para entender su presente o su futuro. Se instaló, más que una afirmación o sentido de continuidad, el sentido de ruptura con la tradición, y desde esta perspectiva, el hombre moderno construyó una idea diferente del criterio de autoridad y de sus modelos. Reinhardt Kosseleck llama a esta característica propia de los tiempos modernos *"la erosión del criterio de autoridad"*(Kosseleck 35) motivado, según él, por el privilegio del cambio, la renovación y la sorpresa sobre las llamadas *"estructuras de repetición"*(50).

Sin embargo, en el último tercio(1870-1919⁴⁰) del largo siglo XIX la percepción se modifica, cuando se instala la sensación de crisis resultante de las expectativas no cumplidas de la propia modernidad. Al advertirse que el proyecto positivo de la modernidad requería una suerte de vigilancia que preservara los efectos deseados, frente a otros que comenzaban a palpase como distópicos, se empezó a acentuar la idea de que el cambio suponía -junto con los innegables progresos- pérdidas y rupturas. Tras la visión optimista que predominó en gran parte del siglo XIX, que contagió el gozo con que se abrazaron las transformaciones, surgió el temor por el abismo y la desintegración. Es el temor al vacío futuro lo que generó, finalmente, la necesidad de preservar los tiempos pasados como único modo de evitar la disolución que generaba un nuevo sentimiento de angustia, referido por Marshall Bermann en *Todo lo sólido se desvanece en el aire*.⁴¹

En nuestro país, a partir de 1870, los contrastes se adueñan del escenario real e imaginario. El país era diferente no sólo debido a la llegada de la inmigración masiva que fue poblando extensas regiones, anteriormente en manos de los indios, sino también porque se diversificaron las actividades y se modificaron las

⁴⁰ Adoptamos la periodización de Eric Hobsbawm.

⁴¹ En la lírica de Rafael Obligado, "Las quintas de mi tiempo" o el mismo *Santos Vega* se advierte el tono elegíaco que despierta un pasado vencido y transmutado por el cambio y el progreso.

sociabilidades y espacios de vinculación grupal. Tanto los recién llegados como los nativos se vieron en la obligación de redefinir sus lugares y los hijos de los primeros extranjeros afincados en el país también necesitaron replantearse su ubicación social. Estos grupos, particularmente, buscaron diferenciarse de los inmigrantes llegados al país a partir de 1870. Acotemos que- ya más avanzada la década del 80- no sólo se produjo un rechazo en las clases dirigentes por la afluencia de gran cantidad de inmigrantes sino que se sintieron los efectos de un Estado deficiente que no logró organizar la distribución de la oleada inmigratoria que se asentó -en su mayor proporción- en la zona de Buenos Aires y el Río de la Plata.

La acelerada modificación del panorama social generó un profundo sentimiento de inestabilidad. Paralela a la salutación gozosa del progreso que traería la tan ansiada civilización, surgía una inquietante necesidad de repliegue, urgencia por anclarse en lo que había sido⁴² o, por lo menos, de buscar en el pasado relaciones de sucesión, correlación, causa, efecto o disyunción.⁴³ La rápida transformación de la sociedad que destruía antiguas prácticas y costumbres y la ausencia de sustitutos estables, dio origen a una búsqueda de refugio en la firmeza de lo consuetudinario y lo tradicional. Un diario oficialista como *Sud-América* publicó en la primera página y en la primera columna del número correspondiente al 29 de mayo de 1884, una nota titulada *"El pasado y el presente"*, que grafica la posición oficial frente a esta situación, pero deja también al descubierto la visión contrapuesta que expresó una porción significativa de la sociedad :

Hay una tendencia en cierta parte de nuestra prensa, a dar a toda manifestación pública por estraña que sea á la política, un carácter de circunstancias; y de presentar aún los

⁴² Este mismo sentimiento se advierte en muchos escritos de los hombres del 80. En la *causerie*, "El famoso fusilamiento del caballo", Mansilla acota: *"Nosotros somos el presente, caminando con paso de gigante hacia el porvenir, sin mirar atrás, ni reparar lo que pisamos o destrozamos impelidos por el poderoso resorte del progreso"*(Mansilla, *Entre-nos* 123).

⁴³ Sobre estos usos del pasado, ver el texto de Michael de Certeau: "Psychoanalysis and its history" , incluido en *Heterologies. Discourse on the other*, pp 3-16.

homenajes de simpatía á la memoria de una personalidad simpática, como una manifestación cuasi política, que recuerda la luz de ayer entre las sombras de hoy(...)

En cuanto á los tristes pronósticos que casi siempre brotan de lábios ancianos, no podrán entibiar nuestra fé en el porvenir.(..) La esperiencia merece todo nuestro respeto (...) pero no podemos sacrificarles ni las ilusiones ni las esperanzas que aún alientan nuestra vida, porque el hombre **debe vivir en su tiempo y en el porvenir, y no puede quebrar los resortes de su acción para refugiarse en el pasado ya inerte.**⁴⁴

Detengámonos para saludar con respeto los que van quedando a orillas del camino pero sigamos con fé y decisión en el porvenir(El pasado y el presente 1)

Muchos conceptos se dan cita en este fragmento, ilustrativo de la tensión que en 1884 se daba entre las miradas de quienes se abroquelaban en el pasado y aquellos otros que sólo querían mirar hacia los horizontes que se habían propuesto. Esta nota no es sino uno de los tantos testimonios que podríamos aportar, para ejemplificar la existencia de las dos actitudes en conflicto. El periódico *Sud-América* se hace eco de la versión particular de la historia argentina propuesta por el roquismo que se adjudicaba a sí mismo la mentoría exclusiva de la llegada del progreso al país gracias al descubrimiento de una fórmula de progreso material que venía a resolver *“el cortejo de males que había aquejado al país hasta esa fecha”* (Alonso, *Tribuna* 211) Hasta tal punto conviven estas dos sensibilidades contradictorias que la postura editorialista de defensa de la fe en el cambio es seguida (en el mismo ejemplar, la misma página y columna), por la publicación de *La gran aldea* de Lucio V. López, que bajo el subtítulo de *“Costumbres bonaerenses”*, se publicaba por tiradas.

Esta tensión que vemos patentizada en el ejemplar periodístico aludido, fue motivo de una serie de obras que buscaron, de algún modo y con muy diferentes intencionalidades, rescatar los usos que corrían el riesgo de ser olvidados.

Convendría, a la hora de dilucidar las motivaciones de esta preocupación por fijar el pasado, insistir en otro aspecto que hemos señalado anteriormente. Uno de los proyectos más acariciados por los hombres del 80 fue la consolidación del

⁴⁴ La negrita es nuestra.

Estado nacional y para ello pusieron en juego, por un lado, la construcción estatal de los ideales de la Revolución Francesa, pero también se vieron influidos por las ideas decimonónicas de “nación”, entendida como una *“entidad orgánica que emergía naturalmente de las profundidades de la historia”*(Delaney 629). En muchas de estas miradas hacia el pasado, operó no un mero sentimiento nostálgico, sino también una idea expuesta -entre otros por Ernest Renan- acerca de que *“el hombre no improvisa. La nación como el individuo, es a la larga el producto de un largo período de trabajo, sacrificio y devoción. La adoración de nuestros ancestros es comprensiblemente justificable, dado que nuestros ancestros han hecho de nosotros lo que somos”*(Renan26)

Es obvio que resulta difícil deslindar estas dos ideas. En más de una ocasión se compenetran y trabajan juntos el miedo al vacío y la necesidad de rescatar un pasado común. Como el más inmediato pasado, lo que el 80 dio en llamar *“la tiranía de Rosas”*, era un período que convenía anular⁴⁵, los liberales del 80 debieron acudir a épocas más tempranas para inventar ⁴⁶ *“la herencia de gloria”* que la organización del Estado nacional requería. ⁴⁷ A esta circunstancia responden los dos textos cuya valoración crítica nos propusimos.

El interés que ambos textos despiertan surge, en gran medida, de la coincidencia en presentar los *“tiempos idos”* para testimoniar cómo se trazaron los cimientos del progreso, que se observaba en el momento de la escritura. En esta fijación de antecedentes que no es sino un rescate de un tiempo que empezaba a

⁴⁵ Renan se refiere también a la necesidad de pactar olvidos. (*tout citoyen francais doit avoir oublié la Sainte Barthélemy, les massacres du Midi au XIIIème siècle...*)(Renan 892).

⁴⁶ Me aprovecho del uso que al concepto de “invención de las tradiciones” otorga Eric Hobsbawm.

⁴⁷ Sumamente graficador de esta necesidad de silenciar el pasado inmediato por considerarlo impropio como “pasado común de la nación” es una de las causeries de Lucio V. Mansilla cuando el autor recuerda su pasado infantil y recuerda que en ese momento consideraba que esos tiempos habían sido magníficos pero advierte que para sus contemporáneos han sido terribles. Ver particularmente la *causerie* “Por qué?” en que opone rosistas/antirosistas; corazón-cabeza; pasado/presente.

valorarse como remoto, ambos otorgan un peso especial a los elementos de la cultura inglesa que operaron significativamente en la formación de la nación argentina. En el caso de José Antonio Wilde, podemos adelantar que pone el acento para diferenciar al inmigrante inglés, arribado fundamentalmente durante el *“civilizador gobierno de Bernardino Rivadavia”*, del inmigrante italiano que protagoniza junto al español -y en mucha menor medida al francés- la Argentina aluvional.

Considero conveniente aclarar el uso terminológico: vamos a aplicar el término de “inmigrante”, para referirnos globalmente a los ingleses radicados en el Río de la Plata desde la década del 20, porque así lo hacen la mayoría de los textos escritos en el 80 a los que aludimos, los que, en líneas generales, no incorporan especificaciones particulares. En los actuales trabajos sobre el tema se reserva tal designación sólo para los extranjeros de procedencia europea, que llegaron en segunda o tercera clase, y que arribaron a nuestro país, fundamentalmente, a partir de 1870. Fernando Devoto en su *Historia de la inmigración en la Argentina* considera que si bien las diferencias entre quienes vinieron antes y después de Caseros no son definitorias, suele tenerse en cuenta la clase social a la que pertenecían los arribados al país y los motivos por los cuales habían emigrado. Estima -a nuestro juicio con acierto- que no son equiparables quienes arribaron al país como miembros de florecientes sociedades comerciales (Calzadilla los llamará *“los primeros inmigrantes”*), con los estibadores genoveses o irlandeses y los trabajadores saladeriles o repartidores de leche de origen vasco. Valdría aquí citar una aclaración del autor:

Si la noción de inmigrante gira en el período masivo en torno a una idea precisa de qué es un inmigrante, las cosas habían sido, sin embargo, diferentes antes del momento de la inmigración de masas y también después. En más de un sentido nos encontramos contando la historia de un personaje, el “inmigrante”, que no fue siempre el mismo en la percepción de los contemporáneos a lo largo del tiempo. (Devoto 23)

No es un problema menor el que surge de la denominación pues muchos extranjeros asentados en el país, como el ingeniero Carlo Pellegrini, padre del futuro presidente de la República Argentina, no era considerado un inmigrante por la gran mayoría de las élites argentinas, o por lo menos, se lo consideraba en una categoría diferenciable de la de los genoveses establecidos en la Boca⁴⁸. Tampoco su hijo lo consideraba del mismo modo, como surge de sus escritos. Para cerrar esta cuestión, bástenos referirnos a una circunstancia puntualizada por el propio Devoto y que pone de manifiesto, aún más, la labilidad con que se utilizaba la denominación. Cuando Sarmiento, a fines de la década del cincuenta, se vio obligado a polemizar con la población inglesa y alemana que reclamaba excenciones, al referirse a ellos, *“unánimemente los considera extranjeros y jamás utiliza el término de inmigrantes”*(Devoto 27).

2. 3. Buenos Aires desde setenta años atrás de José Antonio Wilde.

El 15 de enero de 1881, en la primera página de *La Tribuna Nacional*, se anuncia la publicación de *Buenos Aires desde setenta años atrás*:

Por fin se rompe la monotonía de nuestras publicaciones en su mayor parte históricas y políticas. La literatura propiamente dicha, los recuerdos de la vida pasada, amenizada con anécdotas de la época y cuidadosamente recojidos por un escritor de gusto llenan un volumen de más de trescientas páginas que el Dr. José Antonio Wilde ofrece a la apatía de los lectores argentinos(Buenos Aires 1)

Interesa destacar que para el cronista, el texto se ubica dentro del ámbito de la literatura propiamente dicha en confrontación abierta con lo que considera la

⁴⁸ Carlo Pellegrini, al igual que el Dr. Pietro Carta Molino, Carlo Giuseppe Ferraris y Ottaviano Fabrizio Mossotti habían llegado al país invitados por Bernardino Rivadavia quien utilizó los contactos que había realizado en Europa, tendientes a lograr el reconocimiento de nuestra independencia para cultivar estrechas amistades con “notables”. Cuando asumió como Ministro de Martín Rodríguez y más tarde, cuando se hizo cargo de la Presidencia de la República invitó a varios de ellos a incorporarse a su proyecto de renovación. Las vicisitudes que estos especialistas debieron sufrir cuando se produjo la caída de Rivadavia son narradas con detalle por Alma Novella Marani en su texto *Cinco amigos de Rivadavia*.

"*monotonía de las publicaciones históricas*". Ese mismo día, el diario publica el capítulo XXXIX del libro de Wilde que se refiere a las loterías del pasado, y promete ocuparse más extensamente del tema. Así lo hace en el ejemplar que corresponde al lunes 17 y al martes 18 de enero de 1881.⁴⁹

En la extensa nota titulada "*El pasado*", el editor celebra la publicación y la sitúa dentro de la tradición de textos que se producían en las grandes ciudades europeas, con el fin de evitar el olvido y la disolución del pasado. Recuerda que ante la transformación de París, Alfredo Delvan había escrito en 1857 una *Histoire anecdotique de barrières de París*, y años después, había aparecido *Paris que s'en va* y más tarde, la obra monumental de Marcel Dulamp que pretendió documentar el París anterior a Haussman⁵⁰. Los textos franceses compartían con el escrito porteño el interés de los autores por alimentar el "*culto por las cosas que fueron sin desconocer los beneficios y ventajas de los progresos civilizadores*"(*El pasado 1*). París se había transformado con Georges Eugène Haussmann, quien desde fines de la década del 50 y a lo largo de la del 60, introdujo el bulevar como una de las innovaciones más espectaculares del siglo XIX, y "*el paso decisivo hacia la modernización de la ciudad tradicional*"(*Berman 149*). Torcuato de Alvear, primer intendente de la ciudad elevada a categoría de capital de la República, estaba decidido a transformar la ciudad puerto en un París sudamericano. No ahorró esfuerzos para que la urbe irradiara no sólo al interior sino al mundo "*la fe en el destino glorioso de la nación argentina*"(*Vázquez Rial 36*). El texto de José A. Wilde inaugura -muy tempranamente- un tono que luego se hará angustioso: "*la nostalgia por una patria más verdadera que la real en el imaginario colectivo*"(*Vázquez Rial*

⁴⁹ Cabe aclarar que el diario *La tribuna nacional* no aparecía los lunes y sintetizaba en el ejemplar de los martes las noticias de la jornada precedente.

⁵⁰ Nos referimos al texto *Paris: Ses organes, ses fonctions et sa vie dans la seconde moitié du XIXeme siècle*, publicado entre 1869 y 1875.

101).⁵¹El cronista del diario califica al pasado rememorado como las *“dulces tradiciones de nuestros incultos antecesores y sus formas de actividad hasta cierto punto grotescas pero de pintoresco efecto(Pasado 1)*

Notemos que, como en el artículo del *Sud-América* aludido en el apartado anterior, en esta nota de *La tribuna nacional* se juega con la oposición luz/oscuridad, presente/ pasado, incultos predecesores/ progresos civilizadores. Por un lado, el orgullo del cronista frente a la evolución de la ciudad; por el otro, siempre dentro del marco de las confrontaciones y/o tensiones aludidas, el sentimiento nostálgico que tiñe la rememoración. El progreso social -según los comentarios del redactor de *La Tribuna nacional* - no siempre se condice con la evolución moral . La frase final del artículo periodístico refrenda conceptos de José Antonio Wilde y advierte sobre ciertos aspectos no deseados de la modernización:

Si nuestros antecesores volviesen á la vida, de cuántas cosas se admirarían, pero de cuántas también no tendrían que ruborizarse(Wilde 288)

Quisiera destacar otro aspecto abordado por el texto dado que alude, sin desarrollarla, a una problemática que se hacía cada vez más acuciante para los hombres del 80: la cuestión acerca de la literatura nacional. Ubica a *Buenos Aires desde setenta años atrás* dentro de la *“mejor tradición costumbrista”*; encomia el estilo de Wilde por lo ajustado y la adecuada utilización de las fuentes, y cree que son páginas de esta índole las que permiten construir una literatura nacional que

⁵¹ En 1896, Cané de regreso a París reconoce que el bienestar que siente al volver a la ciudad está asociado también a que siempre es la misma(En realidad se ha transformado antes de su primera visita). Contrapone esa situación con Buenos Aires e imagina el regreso a la ciudad de un porteño que hubiera estado ausente un largo período de tiempo: *“Ahora figuráos un argentino que en el último cuarto de siglo sólo haya venido a Buenos Aires cada cinco o seis años. Embarcado en carreta, lancha, ballenera y vaporcito, a su regreso, atónito toma el tranvía en un boulevard por donde era río; llegado a la plaza de la Victoria se encuentra con que todos los aspectos de su infancia, esas visiones que vinculan profundamente para una vida entera, se han transformado. En un primer regreso, la torre del Cabildo desaparecida; más tarde la vieja Recoba, luego el teatro Colón, la clásica esquina de Olaguer y, por fin, la Avenida de Mayo, que se abre ante sus ojos tan inesperada, tan insólita, que parece inverosímil. ¿ Cómo es posible que en ese kaleidoscopio constante se llegue a la sensación del hogar?(Cané, París 52)*

para él “*es una realidad inexistente*” que no “*puede sostener el cotejo con la de otro país cualquiera*”⁵² (*El pasado 1*)

Las apreciaciones ponderativas del crítico coetáneo fueron refutadas tanto por Ricardo Rojas, que consideró esa obra como “*una serie de pintorescos recuerdos*”(Rojas 506) como por Roberto Giusti, quien le quita a la misma toda significación literaria y la expulsa no sólo a las líneas de una nota a pie de página, sino del reino de la literatura, cuando la califica como “*mero archivo de noticias*” (Giusti 373). Los tiempo en que Rojas y Giusti escribieron sendas críticas eran propicios a afirmaciones más categóricas que los nuestros. Actualmente “*la demarcación precisa de límites resulta azarosa*”(Said , *The World 227*) y en más de una oportunidad, “*no existe consenso acerca de los límites entre lo que sea y no sea literatura*”(Said,*The World 373*). Buenos Aires desde setenta años atrás es ciertamente desordenado y limitado en cuanto a sus pretensiones literarias, condición que el mismo autor advierte hasta el punto de que se compromete a tratar “*diversos puntos en él contenidos, en distinto orden y con mayor latitud*”(Wilde 272) si el texto accediera a una segunda edición, que no resultaba impensable dado el éxito comercial de la primera.

Dos significativos paratextos encuadran el cuerpo textual: una introducción autoral titulada: “*Una palabra de introducción*” y un epílogo que resume los logros del autor.

La función fundamental del primero constituye conforme la descripción que de este paratexto realiza Gerard Genette “*asegurarse de que el texto sea leído correctamente*”(Genette 199). Esa “lectura correcta” que el prefacio supone, podría ser considerada desde una doble perspectiva: ser leído(objetivo mínimo) y ser leído

⁵² La opinión del comentarista es sorprendentemente explícita. Cree que “*sólo los teóricos ilusos-ansiosos de crear una literatura inexistente- pueden considerar a **Amalia** una buena novela*(*El pasado 1*)

correctamente(objetivo máximo). Ambos objetivos están presentes en la introducción de José Antonio Wilde. A partir de un señalamiento de tres períodos de la historia nacional(independencia-rosismo-post-rosismo), el autor deja explícita constancia de que el material presentado no ha de ser organizado de acuerdo con un ordenamiento cronológico. Su intención es *“salvar del olvido algunos de los hábitos, usos y costumbres de los tiempos ya pasados(Wilde 14)*

La preocupación autoral por *“ser bien leído”* justifica la aclaración sobre la índole de la obra que no pertenece ni a la historia ni a la literatura política, sino que se trata de un conjunto de *“reminiscencias”(14)* sobre la vida social de Buenos Aires.Por otro lado, como suele ser muy común en este tipo de paratextos, el autor destaca la originalidad de su intento, que viene a cubrir un tema que no *“ha visto tratado por los bibliófilos”(15)*. Más adelante explicita sus objetivos en los siguientes términos:

Queremos persuadirnos de que aquellos que han sido testigos oculares, y muchas veces actores(...) leerán sin desagrado estos renglones que despertarán recuerdos de tiempos que pasaron, y los que pertenecen a una época más reciente apreciarán en su verdadero valor(por lo que hoy ven) el grado de **progreso e ilustración que hemos alcanzado(Wilde 14)**.

La cita es una muestra evidente de la intención de Wilde de evitar toda interpretación errónea de su obra: el texto que presenta no constituye, de ningún modo, una crítica al presente sino que su intención es reestablecer los lazos entre el momento de la escritura y el pasado(*La nación como el individuo no da saltos, acotaría Renan*). No se trata de cuestionar el presente sino de un necesario restablecimiento de los lazos que unen lo hecho anteriormente con las cambiantes realidades del hombre finisecular; evitar el abismo parecería ser su propósito más explícito.

El epílogo que cierra el texto se revela como discurso enunciado *a posteriori* de la escritura del texto principal: *“hemos terminado nuestra obra”*(286). Retoma el propósito enunciado en la “Introducción”:

El propósito que en ella nos propusimos fue arrancar del olvido ciertos rasgos característicos de nuestro estado social, en una época ya lejana, y por su simple exposición poner en relieve el progreso actual(Wilde 287).

Deja abierto el juicio al lector que es quien determinará si su obra, necesariamente incompleta, cumple las funciones de *“mamotreto o pedestal”* sobre la que han de surgir nuevas propuestas. Como muchos epílogos o postfacios, el de Antonio Wilde tiene una doble función correctiva porque *“corrige y amplía el texto”*(Alvarado 59). Wilde insiste en su intención de objetividad, pero tras describir las costumbres parece tener más claro el espacio creado por su discurso. Avanza sobre los propósitos expuestos en el prólogo, para presentar una visión menos complaciente con el tiempo que corresponde a la actualidad de la escritura. Advierte que el presente, aunque *“luminoso y progresista”*, encubre rasgos de degradación social y descubre la tensión generada por dos fuerzas antagónicas: *“la fuerza del hábito”* frente al *“amor a la modernidad”*, *“los buenos tiempos pasados”* frente *“a los groseros tiempos pasados”*. A pesar de su insistencia en este tipo de formulaciones, Wilde avanza conceptualmente al problematizarlas: el pasado pierde su homogeneidad como categoría y admite *“los groseros tiempos del pasado”*, que lo liberan de una reconstrucción fuertemente ideologizada y sin matices. Pese a sus protestas de objetividad, el tono del epílogo es menos ecléctico que el de la introducción, y se aventura a afirmar que no todo lo pasado fue retraso, así como no todo el presente es luz y civilización:

Pónesenos a algunos entre ceja y ceja que nada tenemos que aprender en el **gran libro del pasado**, que en la historia del mundo, el presente es la época más notable, más culminante; que si **nosotros** no hubiésemos venido a él, todo sería oscuridad y atraso: que somos, en fin, los inventores de todo lo bueno, lo luminoso, y los reconstructores de todo lo que estaba desquiciado; y que para la marcha gigantesca de progreso que

llevamos, tanto mejor será cuanto menos nos acordemos de los hábitos, costumbres y usanzas de los tiempos que pasaron.

Para otros, a pesar de este asombroso adelanto a pesar de nuestros telégrafos, máquinas, luz eléctrica, observatorios astronómicos, institutos de toda clase, civilización e inmenso progreso, muchas veces conviene **hacer un alto en la carrera vertiginosa, y volver atrás para ampararnos** de alguna medida, alguna costumbre, alguna ley que imperaba, antes tal vez de nuestra emancipación, o aun de época más remota(Wilde 288)⁵³

En clara evolución con respecto a la posición sustentada en la “Introducción”, el pasado es un gran libro que nos sirve de amparo y protección frente a “*la carrera vertiginosa del progreso*”. Como decíamos al comienzo de este capítulo, la modernidad se había iniciado con una marcada preferencia por la renovación; Wilde siente la necesidad de reforzar las llamadas *estructuras de repetición*. Si en la “Introducción” el propósito explicitado era buscar las raíces del admirable progreso al que se había arribado, el “Epílogo” lo redefine como categoría y no manifiesta una adhesión tan ciega a los principios progresistas anteriormente propiciados. El pasado es para Wilde el cimiento del presente y del porvenir. Nos interesa puntualizar qué pasado reconstruye y qué aspectos del mismo deja afuera de su focalización.

2.4. Los aportes de los ingleses vistos por José Wilde

Dado que toda mirada hacia el pasado está motivada, de algún modo, “*por un afán de comprensión profunda de la realidad que le atañe al memorialista como individuo y en cuanto miembro de una comunidad*”(José Luis Romero 1), corresponde ahondar cuáles fueron las circunstancias disparadoras de tal inquietud. Frente a un presente, aparentemente brillante que le corresponde como circunstancia vital, José Wilde se propuso escrutar las raíces de ese desarrollo. Como hijo de “inmigrantes” ingleses de las primeras generaciones, presta atención a

⁵³ Salvo el pronombre “nosotros” que está en negrita en el original, el resto de la negrita es nuestra.

los aportes de esa cultura que le es cercana como individuo y que como hombre del siglo XIX no puede sino considerar como una de las más prestigiosas. Deberíamos considerar otro aspecto: en su tarea de indagación, su credo positivista y liberal, le aconseja desechar los aportes de la época rosista, que le crea un problema en cuanto a poder ser considerada como *“conjunto de sufrimientos, esperanzas y trabajos conjuntos”*(Renan 27).

Wilde, invariablemente se refiere al rosismo como *“época luctuosa”* (Wilde 113), *“de humillaciones”*(281), *“época nefanda”*(43). Incluso en el capítulo XXXV de su obra, incorpora como muestra de esa época *“excéntrica”* una solicitud realizada por un maestro para poder continuar sus tareas de enseñanza . El texto, plagado de obsecuencias, manifiesta –quizá sería más acertado decir “proclama”- la fe rosista y católica del firmante, requisitos sin los cuales, no se podía ejercer la docencia. Wilde, tras transcribir el escrito, comenta que el mismo *“demuestra la abyección a la que habíamos llegado”*(Wilde 233).

Constatada la imposibilidad de basar el presente progreso en esa experiencia que *“había significado el abandono de un conjunto de proyectos socio-culturales que trataban de ser implementados desde los días de Mayo”*(Panettieri 102), su texto trata de encontrar en la época rivadaviana los cimientos que necesita para el trazado de las continuidades que persigue. Sólo se remonta a la época de la colonia, cuando el rastreo y el seguimiento de una costumbre se lo aconseja. Adelantemos, que el papel concedido a los ingleses, además de responder a la realidad histórica de la época rivadaviana, se sustenta - en no menor medida- en los hipotextos que lo informan, preferentemente escritos por los llamados viajeros ingleses, configuradores del discurso liberal.

Desacreditada la extensa época que se extiende desde 1835 a 1852, Wilde trata de insistir en la homogeneidad de la sociedad pre-rosista . Sin detenerse en los períodos de anarquía se refugia en el gobierno más liberal que había habido hasta ese momento, en lo que algunos historiadores han dado en llamar la *“feliz experiencia”*(Klaus Gallo 32). Wilde destaca la década de 1820 -fundamentalmente los años que van desde 1821 a 1824- como el período cuando llegaron los primeros inmigrantes, en su mayoría de origen inglés..

Hasta el año 1810, según Wilde, el número de extranjeros en estas tierras había sido muy limitado, y su presencia producía resquemor en los españoles que nunca se habían constituido como una sociedad abierta. El autor se refiere, como es de esperar, a las diferencias existentes entre la sociedad colonial y la que puebla la urbe de fines de siglo XIX, caracterizada por el bullicio y la mezcla de lenguas .

Los primeros inmigrantes que llegaron tras la Revolución de 1810 fueron ingleses, hasta tal punto que *inglés y extranjero* fueron prácticamente términos sinónimos. Durante la época de Rivadavia aumentó aún más significativamente el número de extranjeros presentes en nuestro país.

Antes de particularizar los aportes de la inmigración inglesa convendría destacar la visión general de Wilde sobre el inmigrante. Puntualiza -en el Capítulo IX- que entre 1874 y 1880 habían arribado al país más de 268.504 inmigrantes, desplazando en esos años los inmigrantes de procedencia italiana a los de origen inglés, escocés e irlandés que habían predominado durante el gobierno del general Martín Rodríguez, cuyo principal referente, *“a partir de 1821 pasó a ser Bernardino Rivadavia”*(Klaus Gallo 16). Señala profundas diferencias entre aquellos inmigrantes ingleses del 20 y los llegados a partir de 1874. Los italianos, como labradores, no le parecen valiosos pues *“muchos de éstos sin dejar absolutamente nada detrás de sí*

vuelven a su país con el monto neto de sus economías”(Wilde 105). Por el contrario, el inmigrante de origen sajón si bien llegaba en forma individual representaba “grandes capitales en giro, en propiedades en la ciudad y en la campaña, particularmente en magníficas estancias” (105).⁵⁴

No podemos responsabilizar a Wilde de la discriminación absoluta hacia el inmigrante de otras procedencias ni de las ansiedades que la presencia del mismo generó en novelistas y escritores del 80, sin embargo, su filiación universalista tambalea, cuando al analizar el aumento del crimen, señala como una de las posibles causas “la poca escrupulosidad que hemos observado en recibir toda clase de inmigrantes”(Wilde 175). Destaca, a través de una serie de subjetivemas, lo valioso del primigenio inmigrante inglés y su aporte civilizador. Llama la atención sobre la capacidad de esos primeros inmigrantes para integrarse dentro de la sociedad homogénea que -según su visión nostálgica- poblaba las calles y cafés de la Buenos Aires del 20:

Puede ser que aquella intimidad extrema haya nacido de la circunstancia de que siendo la población mucho más reducida, éramos casi todos más o menos conocidos, puros **nosotros**⁵⁵; no se veían en las fondas tantas caras desconocidas(Wilde 170).

Wilde destaca que existía *cordialidad y buena inteligencia entre hijos del país y extranjeros*(195). Los ingleses, fundamentalmente estaban “ligados con las familias del país en todas sus diversiones, en todas sus alegrías y regocijos patrios” (Wilde 196). Nótese que para Wilde, los inmigrantes arribados entonces, mayoritariamente sajones, se incorporaban fácilmente a la sociedad, y además, la enriquecían con sus aportes culturales.

⁵⁴ Una vez más, el texto literario muestra su afiliación con la “realidad extratextual” con la que establece múltiples y complejas relaciones. Carlos Pellegrini, en un escrito titulado “Tercer Censo Nacional” dice de los irlandeses: “Por los años 1840, debido a la situación particular que atravesaba la Irlanda, se inició una corriente de inmigración irlandesa al Río de La Plata, y puede afirmarse que pocos inmigrantes han sido más benéficos y provechosos para el fomento de la riqueza nacional que ese pequeño grupo de irlandeses”(Pellegrini XXVI)

⁵⁵ La negrita es del texto de José Antonio Wilde

En la consideración que Wilde hace de los aportes de los ingleses se observa la presencia de una idea-imagen configuradora de una sociedad inglesa evolucionada, paradigma de civilización, de tolerancia y de libertad coincidente con la valorización de la cultura de las metrópolis rechazada por los *"hombres de la tierra"*⁵⁶.

Según Ian Buruma habría sido Voltaire uno de los responsables -Buruma lo llama el padre- del discurso de *"la anglofilia moderna"*. Se habría convertido a este credo en 1722 por considerar que la Gran Bretaña del siglo XVIII era un *"lugar más libre y tolerante que Francia"*.(Buruma 38). Durante el siglo XVIII, el Iluminismo francés- fundamentalmente a través de Voltaire y Montesquieu -configuró la idea de una Inglaterra donde reinaba la libertad de discusión y de publicación. Voltaire valorizaba, sobre todo, la *"tolerancia inglesa"*(Sabine 406) y Montesquieu en su libro *El espíritu de las leyes*(1748) abrazaba la idea de que la *"libertad puede ser el resultado no de una moralidad cívica sino de una organización adecuada del Estado"*(Sabine 407). Los conceptos de filosofía política se amalgamaron con la idea generalizada de que la razón ofrecía un canon absoluto, que permitía adoptar en todas partes las leyes que garantizaban las libertades británicas. Ian Buruma resume con las siguientes palabras el credo volteriano:

Naturalmente racionalista y universalista como era, Voltaire tenía que dar por supuesto que podían ser adoptadas[las leyes británicas]. Pero se anticipaba a las objeciones que pudieran alegar mentes menos ilustradas. Dirían que por qué los cocoteros que dan fruto en la India, no maduran en Roma... ¿Su respuesta? Bueno, que llevaría algún tiempo conseguir que los cocoteros maduraran también en Inglaterra. No hay razón -decía- que se desarrollen bien en todas partes, incluidas Bosnia y Serbia. Así que comencemos inmediatamente a plantarlos(Buruma 31-2)

Tan positiva fue la visión volteriana de Inglaterra que siempre la representó como una isla soleada, un lugar más libre y más tolerante que Francia donde el

⁵⁶ El concepto de "idea-imagen" se asocia a la noción de "estereotipo" entendido como *doxa* en el sentido en que lo utiliza Barthes quien dice de ella: *"La Doxa, es la Opinión pública, el Espíritu de la mayoría, el Consenso"*(Barthes, Barthes 75). En pocas palabras, son representaciones cristalizadas.

catolicismo era la religión del estado francés y la disidencia religiosa estaba proscrita.⁵⁷ El inglés de entonces estaba asociado a las ideas de modernidad y libertad. Aún los frutos negativos de esa libertad -la crueldad de la prensa, la vulgaridad del teatro de Shakespeare- debían ser considerados "*frutos malos de un excelente árbol llamado libertad*"(Voltaire 102). La visión positivista que dominó el pensamiento de los últimos años del siglo XIX argentino y cuyos presupuestos proveyeron justificación a gran parte de las políticas ejecutadas por el P.A.N., alienta en el pensamiento de José Wilde. Admite, a cada paso -en realidad ante cada costumbre- que los ingleses arribados en la época rivadaviana aportaron -en líneas generales- los préstamos de una "*civilización superior*". Estos aportes que "*fueron objeto de una cancelación más o menos definitiva durante el período que se extendió hasta la batalla de Caseros*"(Panettieri 102) serían reivindicados por el proyecto liberal del 80, que encuentra en José Wilde y en *Buenos Aires desde setenta años atrás*, uno de sus numerosos voceros.

Enumeremos algunos de los aspectos considerados por Wilde.

La medicina llegó a Buenos Aires de la mano de los ingleses y los escoceses; lo mismo ocurrió con la iniciativa para conseguir la agilidad del correo(Wilde 91). La mayor parte de las casas de comercio eran inglesas y "*sólo tres de origen norteamericano*"(92).

Las estadísticas incorporadas en el Capítulo IX de su libro destacan, además, la supremacía del comercio inglés durante los años 1821, 1822, 1823 y 1824. Sólo en este último año hubo un repunte del comercio norteamericano, debido -en gran medida- a la comercialización de la harina. Frente a 128 buques de bandera inglesa

⁵⁷ Obsérvese que la visión de Voltaire es una construcción e interpretación de la realidad. Omite tener en cuenta las persecuciones – al menos de orden económico- que los católicos ingleses sufrían en el siglo XVIII.

arribados en 1821, sólo 19 fueron de origen francés.⁵⁸ Las cifras nos liberan de todo comentario. La idea de una Inglaterra propulsora absoluta del libre comercio fue un lugar común que opaca evidencias en contra.

También durante el año 1822, los capitales ingleses intervinieron en la fundación del primer banco que hubo en Buenos Aires, y “*venían de Inglaterra billetes de cinco hasta 1000 pesos*”(Wilde 97) que reemplazaron las poco prácticas monedas pequeñas, de factura nacional. El cronista representa al inglés como miembro de una sociedad con vocación de confort, de adelanto y de progreso. Estas observaciones implican, como toda interpretación de un fenómeno, una necesaria implicación ideológica.

Con diversas estrategias Wilde señala el período comprendido entre el año 1821 y 1824 como uno de los más progresistas del país y asocia esas tendencias con la presencia creciente de ingleses en la ciudad porteña. Coincide con el interés rivadaviano por alentar la permanencia de “*ese elemento de adelanto*” y lograr la integración social, incluso a través del matrimonio con criollas, la decisión gubernamental de reformar -suprimir según los opositores- los reglamentos de los monasterios y extender la libertad de cultos que, según el estereotipo vigente, era una característica constitutiva del británico, aunque sepamos que los católicos ingleses soportaron largamente discriminaciones en sus derechos políticos. Nótese que la preocupación por la libertad religiosa era uno de los objetivos programáticos del 80 y Eduardo Wilde, pariente de quien nos ocupa, fue uno de sus más activos constructores.

Si una de las preocupaciones de la “organización nacional” fue la educación y la alfabetización, correspondió -siempre según Wilde- a los ingleses de Buenos Aires

⁵⁸ El cuadro del movimiento naviero lo toma-sin declarar su procedencia- del relato de viajes titulado *Cinco años en Buenos Aires (1820-1825)*. Abordaremos este aspecto en un apartado posterior.

el aporte del modelo. Ya en 1823 habían establecido varias escuelas de varones, y durante ese año se estableció la escuela de la señora Hayne, que fue pionera en cuanto a la educación de las niñas, llegando a inscribir a más de 80 niñas por año.

Los espacios públicos tan admirablemente rediseñados en la ciudad de 1880 nacieron alrededor de 1827, con la apertura del primer jardín público, que imitaba a los europeos. Una vez más, Wilde señala a los caballeros ingleses como quienes aportaron la mayor parte del capital privado. El cronista destaca que la sociedad criolla -mucho más primitiva- todavía no estaba preparada para estas mejoras, y en más de una oportunidad, arrancaba y robaba las flores.

Podríamos detallar otros aportes señalados por Wilde en los que “lo inglés” supone la evolución, el paso hacia adelante; citemos sólo dos aspectos más de los consignados. La influencia inglesa es tenida en cuenta a la hora de estudiar los lugares más característicos de la sociabilidad: los clubes. Sabemos de la importancia de este espacio para los hombres del 80. Sandra Gayol distingue dos ámbitos fundamentales para la sociabilidad masculina de esa época: el café, sitio del inmigrante arribado a partir del 70 y el club, a donde no concurre cualquiera. Allí había que ser aceptado; sólo concurrían los habitués.⁵⁹ José Antonio Wilde trata de averiguar cuál es el antecedente de este tipo de espacio entre nosotros y cree descubrirlo en la *Sala de Comercio*, que habían fundado los ingleses y que se habría establecido en Buenos Aires alrededor de 1810. El reglamento de la *Sala*, los privilegios que la pertenencia a la misma implicaban, estaban reservados—originariamente— a los ingleses, únicos suscriptores aceptados. Su biblioteca, que contaba con 600 volúmenes a comienzos del período independiente, era una de las más importantes de la ciudad.

⁵⁹ En cuanto a los mecanismos de aceptación en los clubes, pocos textos son tan claros como *En la sangre* de Eugenio Cambaceres.

El capítulo XXIV de la obra de Wilde está dedicado a los cafés y los hoteles. El mero recuento de los hoteles de 1880 le permite afirmar “*que una mirada bastará para comprender cuánto hemos adelantado a este respecto*(Wilde 161).

Wilde saluda la renovación. Recuerda, también en este aspecto de la vida social, la deuda nacional con los “progresistas ingleses”, a quienes habían pertenecido los primeros hoteles “decentes” del Río de la Plata:

Allá por los años (creemos que entre 22 y 25) existían dos hoteles ingleses, uno de Faunch, el otro de Keen: el de Faunch era de primer orden y satisfacía por completo el gusto inglés; de manera que allí celebraban sus suntuosos banquetes, sus días de festividad nacional, el cumpleaños del soberano reinante, etc. A estas espléndidas comidas asistían siempre los miembros del gobierno argentino(Wilde 161).

La cita amerita varias reflexiones. En primer lugar, el funcionamiento del estereotipo que asocia lo inglés con el lujo, el confort, el orden y la limpieza. En segundo lugar, el hecho de que los ingleses celebraran sus propias festividades ¿ se debía a que eran un conjunto de extranjeros que no deseaban asociarse con el pueblo argentino? No era así para Wilde, que en una nota a pie de página se encarga de aclarar que una de las primeras celebraciones de la comunidad inglesa fue el triunfo de Maipú y el homenaje a San Martín con un *espléndido baile*(Wilde 161). Además, siempre se invita a estas comidas a los miembros del Gobierno argentino con la intención de acentuar la “disposición inglesa” a la integración.

Para ejemplificar esta actitud, Wilde hace referencia a un banquete celebrado en el hotel inglés el 23 de abril de 1823, con motivo del aniversario del soberano Jorge IV.⁶⁰ Fueron invitados representantes del gobierno argentino y concurrieron, entre otros, Bernardino Rivadavia , Valentín Gómez, Juan Cruz Varela, Carlos Alvear y Manuel de Sarratea, como se puede observar, la élite gobernante y literaria. Los

⁶⁰ Los bailes y festejos de los ingleses eran famosos desde comienzos de la década del 20. Su popularidad, bajo la forma de “Bachelor’s Ball” se prolongó como lo testimonia una noticia que describe la fiesta de 1884 en que el narrador lamenta no haber podido concurrir al gran Bachelor’s Ball que ese año se había organizado en el Teatro nacional. Ver *Yerba Buena* de Ricardo Hogg.

brindis que según Wilde pronunciaron estas personalidades son una perfecta síntesis de las representaciones que suscitaba “lo inglés” en un sector de los hombres del 80. Téngase en cuenta, que estas representaciones son fieles a las que operaban en los autores iluministas del siglo XVIII. Citaremos algunos tal como los incluye el autor:

El Señor Bernardino Rivadavia: Por el gobierno más hábil: el inglés; y por la nación más moral e ilustrada: la Inglaterra. El interés comercial y agrícola de la Gran Bretaña; y que el tiempo extienda y consolide su unión con los individuos de Sud América.

Don Valentín Gómez Los ciudadanos ingleses llevan por todas partes el distinguido carácter que ella les inspira. En Buenos Aires han sido siempre buenos padres de familia, buenos huéspedes. La provincia debe toda la protección a que han hecho acreedores.

Don Juan Cruz Varela: El complemento de la libertad civil, perfectamente garantida por la Constitución inglesa: el juicio por jurados-. ¡Pueda cuanto antes hacérsele lugar en mi país!(Wilde 163-64)

Una consideración aparte merece el capítulo que Wilde le dedica a la moda (XXXII); en él se observa la actitud crítica hacia el presente y hasta cierto gesto admonitorio que no es frecuente en el resto de sus reflexiones. Es el único momento en que el autor se permite cuestionar la “modernidad” inglesa. Wilde se inclina decididamente por una defensa de la sencillez en el atuendo, y una crítica abierta al lujo y el gasto desmedido de que es víctima la mujer de la ciudad cosmopolita. Desde esta perspectiva, el autor se detiene en la alabanza del recato y la sencillez de la moda femenina española, que había prevalecido hasta muchos años después de la Independencia. Se indigna airadamente con la tendencia a lucir taco alto, el uso excesivo de adornos, los metros de tela gastados para confeccionar un vestido. Los cambios de las porteñas, en este aspecto, son fruto de los tiempos modernos y de las influencias extranjeras, particularmente la moda inglesa:

Aún no habían invadido las gorras y los sombreros ingleses, ni las altas novedades de París; así que, prescindiendo de una que otra aberración, el traje era sencillo a la vez que elegante(206)

El figurín llegaba de Francia pero las primeras modistas establecidas en Buenos Aires fueron inglesas; entre ellas, Wilde dedica un recuerdo muy especial al

taller de Mistress Hill. Llama la atención que el beneplácito con que se reciben otras novedades inglesas (los jardines, la buena manteca, la agilización de los correos, por citar elementos relacionados con las más diversas actividades), se torna en lo que respecta a la moda y al lujo, en un rechazo absoluto. José Wilde no puede liberarse de los prejuicios genéricos vigentes y realiza el encomio del atavío de antaño, que se compatibilizaba mejor con la honestidad de las señoras. Relaciona la moda con la moral de 1880 y concluye afirmando que ésta ha acarreado cosas dignas de sonrojo. En lo que respecta a belleza femenina y al gusto, todas *“las innovaciones han sido pérdidas”*. Se apoya incluso en la opinión de un viajero inglés de la época rivadaviana -uno de los hermanos Robertson-⁶¹ para fundamentar su opinión:

Creo que ciudad alguna del mundo con igual población pueda ostentar mayor número de mujeres hermosas que Buenos Aires. Su brillantez en el teatro, no es mayor en los teatros de París ni de Londres, y escribo con regular conocimiento de los teatros de ambas capitales. Verdad es que los hermosos diamantes que luce el bello sexo inglés o francés no se ven en Buenos Aires; sin embargo, en mi humilde opinión, nada añaden estos costosos accesorios a la hermosura de la mujer (Wilde 209).

La situación de la mujer a fines del siglo XIX cambiaba aceleradamente y - como correlato del proceso de creciente democratización de la política- se iba modificando su papel social. Es cierto que, como señala Eric Hobsbawm, no se sintió esa transformación con igual fuerza entre la población femenina de Asia, África o América Latina que en los países centrales, pero el tema estaba en el tapete y en Buenos Aires la problemática se debatía en el periodismo en general, y en las revistas femeninas desde la década del 70.

Por otro lado, la mujer -sobre todo la de clase media- era considerada una “valiosa consumidora” y en la burguesía se amplió el conjunto de lo que eran consideradas las necesidades del hogar. El auge de productos de lujo personal,

⁶¹ Nos referiremos más adelante a los préstamos que este texto aporta.

como vestidos a la moda y productos de belleza, empezaron a formar parte del mercado local.⁶²

Aunque en la periferia, la sociedad femenina argentina se hizo rápidamente eco de estas transformaciones, tal como lo atestiguan los debates acerca del tema en revistas como *La Ondina del Plata*⁶³ o *La Alborada literaria del Plata*, por citar dos de las publicaciones femeninas más representativas de la época. Esta configuración femenina y su transformación fue motivo también de muchas obras de ficción; recordemos en especial a Fernanda y a Blanca Montefiori en *La gran aldea* de Lucio V. López, la Amorini de *Sin rumbo* de Eugenio Cambaceres e inaugurado el “Ciclo de la Bolsa”, la protagonista femenina de la novela de Julián Martel. En el plano de la literatura femenina, la problemática de la mujer atraída por los lujos de las metrópolis y sus desajustes con la realidad geográfica y social que le corresponden es el núcleo central de la novela *El lujo*, de Lola Larrosa de Ansaldo. Desde otra perspectiva es necesario aclarar que mientras la publicidad incitaba con sus promociones el cambio de gustos, las notas de opinión de los mismos medios periodísticos tendieron a perpetuar el estereotipo tradicional del comportamiento femenino. Las consideraciones de Wilde sobre los cambios en la moda dan cuenta de esta situación. Defensor del progreso y de la civilización cuando esta se vinculaba con la ampliación del campo laboral masculino o con los progresos provenientes de una civilización más adelantada, su postura es totalmente diferente al tratarse de la mujer.

⁶² La compulsión de los periódicos de la época nos permite constatar que los productos de moda, de belleza y de “lujo” ocupan un significativo lugar en la parte publicitaria de los diarios. Como en otros aspectos, se observa el prestigio que los productos arribados de Inglaterra o Francia gozaban entre nuestras consumidoras.

⁶³ Como ejemplo de tratamiento de esta problemática podríamos señalar el número de *La Ondina del Plata* correspondiente al 7 de febrero de 1875. El tema se discute profundamente; se incorporan textos en los que se presentan las más diversas opiniones. Otro ejemplo en el cual el tema es traspuesto a la ficción sería la novela *El Lujo*, de Lola Larrosa en la que la protagonista femenina debate la cuestión con su madre, su hermana y un sacerdote amigo de la casa, que representan la visión tradicional.

Wilde critica abiertamente los oficios femeninos surgidos alrededor de este creciente anhelo de lujo. La asociación entre “lo inglés” y lo moderno se rompe para descubrir una relación mucho más perjudicial entre “lo inglés” y lo ridículamente lujoso. Si la costura había sido el centro de la sociabilidad femenina como actividad simbólica del mundo de la mujer, el desplazamiento de la confección propia por la modista inglesa (*“mueble indispensable en el hogar porteño de fines de siglo”*) (Wilde 209) simboliza la transformación de la mujer. En lo que respecta a estas cuestiones, el autor reniega de su credo progresista y juzga, indudablemente, más desde el género que desde su filiación ideológica. El tono de las reminiscencias se vuelve absolutamente nostálgico y didáctico. Finalmente, consciente de haber abandonado la objetividad que pretendía para su texto, concluye el tema con la siguiente reflexión:

Es más probable que aquí el lector encogiéndose de hombros exclame: “tiempo perdido”. Siguiendo su opinión, dejemos este punto(Wilde 209).

La obra de Wilde, tan anglófila en los demás aspectos, se aparta del mundo británico cuando éste se presenta como amenaza para el reparto tradicional de los roles sociales. El rechazo al cambio, en este aspecto, se hace completo y el autor anhela *“volver a esos tiempos de encantadora sencillez “ y aligerar “la pesada carga que les impone el desmedido lujo”*(Wilde 209). En esta actitud, coincide con gran parte de los escritores del 80, ya se trate de los “patricios pobres” o los “ burgueses exitosos” tipificados por Josefina Ludmer.

2.5. La visión de Santiago Calzadilla

La actitud de Santiago Calzadilla es diferente, radicando esa diferencia, fundamentalmente, en dos cuestiones: una posición distinta frente a la situación que

lo circundaba, abiertamente distante del optimismo que alentaba Wilde en el año 81, y en segundo lugar, su manifiesto y radical descontento hacia la inmigración toda, tanto la arribada a fines de siglo XIX como la constituida por los extranjeros establecidos con anterioridad, entre quienes el autor ubica a los ingleses, grupo que atrae su atención. Calzadilla se atreve a cuestionar lo que en ese momento era considerado un universal válido de acuerdo con el cual, la modernidad parecía ser el único modo de existir. El autor no sólo se aventura a preguntarse cómo se ha ido tejiendo ese discurso social -en ese cuestionamiento trata de determinar qué peso le cupo al discurso de la "superioridad" de la civilización inglesa - sino que avanza hacia una requisitoria contra el cosmopolitismo tan alentado por los discursos hegemónicos.

El texto de Calzadilla del que nos ocuparemos, *Las beldades de mi tiempo*, se inscribe según Jorge Rivera, prologuista de la reciente edición por el Fondo Nacional de las Artes, dentro del género de las "memorias". Rivera apunta que las mismas son menos personales que las autobiografías y persiguen, con frecuencia, "una voluntad de exponer, revelar, refutar o reivindicar, de notorios contornos polémicos o justificatorios, y se deben en la casi totalidad de los casos a personajes públicos de trayectoria conocida" (Rivera 11). El mismo crítico reconoce que, en este aspecto, Calzadilla se escapa de la norma pues no fue, en su época, un personaje de relevancia.

Philippe Lejeune considera a las memorias como un género vecino a la autobiografía, que exige la identificación entre autor, narrador y protagonista. En el caso de las memorias, esta identificación no es requerida sino que, el género prioriza la voluntad expositiva, vindicativa o reivindicatoria por sobre el tratamiento de la personalidad individual.

En el *Diccionario de términos literarios* de Estébanez Calderón se las define como “género autobiográfico en el que una persona real narra acontecimientos relevantes de su vida, enmarcados en el contexto de otros eventos” de orden político o cultural, en los que ha participado o de los que ha sido testigo (Estébanez Calderón 653). El contexto social, político y cultural en que se ha desarrollado la vida del memorialista adquiere particular relevancia.

El 25 de enero de 1891 el diario *La Nación* anuncia la aparición de *Las beldades de mi tiempo*, primer y único texto de un anciano militar porteño retirado⁶⁴. Considero que la nota introductoria de “Argos” -prestigioso pseudónimo periodístico que usaba Bartolomé Mitre y Vedia⁶⁵- capta con justeza la naturaleza de este texto:

La fortuna ha puesto en mis manos una primicia literaria que no puedo dejar de hacer pública. En el mismo sitio que ayer ocupó la poesía “La mujer”⁶⁶. Tal como fue concebida fue estampada en papel y así la publicaré sin quitarle ni ponerle coma, conservándole su sencillez natural que es precisamente lo que le da exquisito valor. Oigan ustedes! (Argos 1)

Argos destaca la espontaneidad de un texto de naturaleza híbrida, que el cronista acerca, con acierto, a la oralidad. En este mismo sentido se manifiesta Carlos Alberto Leumann quien al prologar la reedición del año 1944 afirma que “Santiago Calzadilla no hizo diferencia entre escribir y charlar” (Leumann XVIII). El texto discurre como lo haría una charla; aparecen reiterados anacolutos propios de la lengua oral; se reitera el uso de muletillas, de referencias exofóricas y la cohesión se refuerza con expresiones del tipo: “No hablo pues...”, “Es de recordar aquí...”, “seguiremos en lo que estábamos”. Seguramente estos rasgos de estilo- carencia de estilo según algunos críticos- fueron los que determinaron que Roberto Giusti

⁶⁴ Calzadilla se preocupa por acentuar su condición de exiliado durante lo que él llama la “tiranía de Rosas”.

⁶⁵ No sólo era un pseudónimo prestigioso. Señalaba una filiación con el ideario de la élite ilustrada porteña del período rivadaviano. Confrontar el artículo de Jorge Myers, “Identidades porteñas. El discurso ilustrado en torno a la nación y el rol de la prensa: El “Argos” de Buenos Aires, 1821-1825”.

⁶⁶ Se refiere al poema “La mujer” de Eduardo Wilde publicado, efectivamente en *La Nación*, el día 14 de febrero de 1891.

descalificara al texto como “*deshilvanada cháchara*”, “*anécdotas insípidas*” o “*pamplinas*”(Giusti 373). Por su parte, Ricardo Rojas había considerado que “*estaba lleno de interesantes noticias aunque escrito sin talento y sin arte*”(Rojas 506).

El prologuista de la primera edición, nada menos que Adolfo Saldías, rescata el valor testimonial del texto y destaca que Calzadilla, con “*escalpelo manejado con mano pirovánica*”(Saldías 24), ha tenido la capacidad de presentar los usos y costumbres de la sociedad porteña y ha elaborado un testimonio valioso para la comprensión , no sólo del pasado sino también del presente:

Dedica usted algunos capítulos a las series de contrastes que ofrece nuestra sociedad en vías de transformación, por la acción de las diferentes razas que en ella se van fundiendo y en el parangón que usted hace de hogaño y antaño, su imaginación abarca todo un estudio social cuyos motivos salientes se prestarían a reflexiones un tanto pesimistas, si ellos no proviniesen indistintamente de todas las sociedades. No son males nuestros: son males del siglo que, por fortuna, terminará en breve (Saldías 27).

La cita es gráfica y no requiere extensos comentarios. Expresiones tales como “*males nuestros*”, “*males de nuestro siglo*”, la esperanza de un próximo fin como única salida posible, la imagen de una sociedad que requiere ser intervenida por el “*escalpelo*” del escritor, evidencian la actitud pesimista no sólo del prologuista sino del propio Calzadilla por una sociedad “*en vías de transformación*” que le toca compartir. En este sentido, aquello que en Wilde se presentaba como amenaza y temor, se ha materializado en 1891 y Calzadilla no ahorra expresiones de contrariedad ante la sociedad porteña de fines de siglo. Esta es una de las grandes diferencias que encontramos entre este texto y el de Wilde. Si las simpatías de este último fluctuaban entre el presente y el pasado y determinaban que las imágenes, los motivos y los temas que circulaban en el texto se resolvieran en una permanente tensión entre bondades del presente y bondades del pasado, para Calzadilla la oscilación se actualiza en *bondades del pasado frente a males del presente* :

Huyamos del tiempo presente a donde nos arrastra la idea de los males que nos aquejan, y vamos a los de las bonanzas que son los pasados (Calzadilla 49)

Calzadilla tenía 84 años a la hora de escribir sus memorias⁶⁷, de modo que su prolongada trayectoria vital le permitió testimoniar diferentes épocas de Buenos Aires (como en el caso de Wilde el texto es esencialmente porteño). Leumann acierta al afirmar que el texto “mezcla” los tiempos y las imágenes pero, aunque insiste en el humor con que Calzadilla acepta los cambios, en varias oportunidades, el disgusto del autor hacia los tiempos en que le toca envejecer se expresa con toda intensidad:

Oh! Qué tiempos aquellos tan dichosos y éstos... ¡ ¡cuán calamitosos!! Pero cómo ha de ser... Todo se ha de componer como dice el presidente (Calzadilla 34).

En otras oportunidades apela al lector para que resuelva un enigma que le preocupa:

¿ Hemos ganado o perdido? ¿ Qué es mejor las patriarcales costumbres de aquella época o la civilización de la actual? (Calzadilla 77)

El paso del tiempo tiene para Calzadilla un efecto negativo sobre todo lo que afecta a la economía, a la sociedad o a la belleza femenina. Rechaza, en primer lugar, la crisis económica, que es mencionada en varias oportunidades y con diferentes matices. En algunas circunstancias se ríe del disparatado precio del oro⁶⁸ y cuando alguien le pregunta la edad, acusa “*sólo 48 años pero cotizados a oro*”(Calzadilla 33); en otras circunstancias, recuerda nostálgicamente “*aquellos momentos sin crisis y sin oro a 400*”(Calzadilla 119).

Otro aspecto de los tiempos modernos estigmatizado por Calzadilla son las exigencias económicas de la sociedad finisecular, regida por el patrón del “tanto

⁶⁷ El propio Calzadilla pocos días antes de su muerte publica un testamento en *La Nación*. En el mismo falsea su edad y afirma haber nacido en 1817. Esta mentira deliberada, quizá resabio de la coquetería que le enseñara su madre -leit-motiv reiterado- aparece de diversas maneras en *Las beldades de mi tiempo*, donde se discute en más de una oportunidad la problemática de la edad.

⁶⁸ A mediados de abril de 1891 el oro se cotizaba a 357 y tras la creación del Banco Nación se cotizó a 446. Según José Terry (190) la crisis financiera en la Argentina “*había quedado inaugurada con la revolución de 1890*” y se agudizó en 1891. Las primeras páginas del diario *La Nación* correspondientes al 25 de enero y 15 de febrero de 1891, fechas que corresponden a las dos primeras tiradas de *Las beldades de mi tiempo* presentan títulos que permiten tomar conciencia de la crisis económica que atravesaba el país: “Pagar o no pagar”, “El oro a 150”; “Ni con empréstito ni con impuestos”, anuncian los titulares.

tienes, tanto vales", surgidas de la imperiosa necesidad de no ser menos que el vecino, que llevan a poblar la sociedad de gran cantidad *"de enfermos del corazón o muertos por una bala de rémington"*(Calzadilla 36).

Pese a su mirada, subjetivamente desvalorizadora, debe reconocer las innegables mejoras que han sido fruto del progreso -como el surgimiento del Barrio Norte- aunque considera que las mismas se *"deben a tres entidades concurrentes de las cuales sólo una ha obrado con voluntad e inteligencia personal: la fiebre amarilla, a los tranvías y al intendente Alvear"*(Calzadilla 135). En este capítulo del texto, Calzadilla asimila, en el plano del discurso, la fiebre amarilla y su carácter igualitario con los tranvías. El motivo tradicional de la *"muerte igualadora"* se traspone, primero a la fiebre, y luego, al democrático tranvía(muerte igualadora de la sociedad aristocrática castiza que ha conocido en su juventud), que ha dado un golpe de gracia a las antiguas distinciones sociales al imponer un igualitarismo que para Calzadilla resulta socialmente amenazante. Su presentación del tranvía, casi como una suerte de *"melting box"*, anticipa en varios años al texto de Discépolo:

El tranvía ha venido a ser para los argentinos el *federis Arca*. En él se ve muchas veces en la más íntima apostura y codeándose una gran dama con su riquísima toilette, al lado de una fregona con su canasta y sus chismes, un peón de fábrica al lado de un teniente general, un sacerdote austero frotándose con una lavandera, la modista, la verdulera, la mucama, la planchadora, cada una con su atadillo, bandeja o canastillo, símbolo del oficio, frotándose con un gerente del Banco, con un sportman, con un director o presidente de la Sociedad Rural, o **una hermana de caridad al lado del empresario de conventillo...**¡¡Oh triunfo de la democracia!! (Calzadilla 137)⁶⁹

El texto descubre el punto de vista del autor frente a la modernidad: los cambios han determinado el triunfo de la *"noble igualdad"* proclamada por el Himno Nacional, que satíricamente el autor trae a cuento, pero las beldades puras, el idilio, el tiempo para la serenata y la tertulia han desaparecido.

En su sostenida intención de impugnar el presente mediante la reivindicación de "los tiempos de antes", Calzadilla -según Gladys Onega- exalta en *"bloque el pasado*

⁶⁹ La negrita es del original.

y se encuentra con algunos personajes desagradables"(Onega 46) que debe resignificar. Aunque coincidimos básicamente con la posición de Onega en cuanto a la operación de resignificación del pasado que el autor realiza, disentimos en las consideraciones de la crítica en lo que respecta a la supuesta "*exaltación en bloque del pasado*". Varios aspectos y períodos del mismo -como demostraremos más adelante- le resultan tan impugnables como los del presente en que se desarrolla la escritura de su texto.

Quisiéramos detenernos primero en el aspecto del juicio de Onega que compartimos: sus apreciaciones acerca del tratamiento que Calzadilla realiza del gaucho. En 1891, el gaucho estaba en franca retirada y podía considerarse casi extinguido como grupo social. Hacia él Calzadilla lanza una mirada nostálgica y elegíaca en un intento de reivindicar la voz del derrotado. Aunque contrario al rosismo y a los procederes de los caudillos, el autor revaloriza las mencionadas virtudes del gaucho estigmatizado por la voz hegemónica y cosmopolita de los hombres del 80. Las virtudes del grupo le parecen una representación del pasado genuino de la nación:

Y así son también esos pobres gauchos de la pampa, raza desheredada por nosotros mismos, pero a los cuales su leal y franca altivez, junto al amor, siempre puro a su libertad, impide que se sometan por más humilde que sea su condición, a esos mil servicios viles, que hombres de afuera y menos escrupulosos, hacen con tal de recibir dinero(Calzadilla 70).

Con una actitud que se agudiza en otros escritores del 80, los frutos indeseados del proyecto liberal son estigmatizados a través de la reivindicación del gaucho leal y altivo, contrapuesto a los "*menos escrupulosos hombres de afuera*". No sólo los varones merecen su crítica negativa sino que, extiende esta oposición al mundo femenino en el que las beldades de su tiempo son presentadas como bellezas criollas, de "*ingénita elegancia*"(Calzadilla 135), herederas directas de las españolas en abierto contraste con "*las gringas insulsas e interesadas*"(Calzadilla

49) que vinieron a “contaminar” aquella belleza natural. Los aspectos exteriores, los elementos que describe y los términos utilizados para hacerlo, dan cuenta de una compleja trama de representaciones desde las cuales el autor construye o enfoca los tiempos históricos en que transcurrió su existencia.

Asociado con el gaucho su discurso se detiene en el caballo “*nativo*” sufrido y fuerte, que estaba siendo desplazado por el de raza inglesa introducido para “*mejorar -como todo lo inglés- la raza nativa*”. El rechazo que Calzadilla expone hacia esta hibridación se constituye, de algún modo, como índice de su actitud hacia los elementos extranjeros que se han incorporado en la sociedad porteña, sean estos los del pasado coincidente con su juventud o los del presente de una ancianidad nunca aceptada por el autor.

2.6. Representaciones de los ingleses en *Las beldades de mi tiempo*.

Calzadilla dedica todo el capítulo VI a la problemática del caballo. Acostumbrados a sus disquisiciones -a veces un tanto disgresivas- podemos creer que se trata de una más de ellas. En realidad, el autor se sirvió de este elemento íntimamente asociado con la identidad del gaucho argentino, para cuestionar una visión siempre dispuesta a considerar lo británico como “*lo superior*”. Este tipo de valoración -que como ya señalamos- pagaba tributo a imágenes que se remontaban a la Ilustración- había transmitido cánones de gusto y valor y había establecido ciertas ideas como verdades incuestionables. Calzadilla se sirve del caballo nativo para asediar esas representaciones que las élites aceptaban acríticamente, y que el autor trata de resistir aunque su rechazo no provenga de una aversión exclusiva hacia lo británico sino que forma parte de una animadversión más amplia hacia todo elemento foráneo. Sea cual fuere el origen de este sentimiento, le permite cuestionar

ideas establecidas, reproducidas y transmitidas como dogmas. En otras palabras, se da a la tarea de desenmascarar estereotipos.

No es extraño que parta de la consideración de que los caballos ingleses fueron introducidos por Rivadavia, en una época *“en que como ahora, había entusiasmo por los caballos extranjeros”*(Calzadilla 67)⁷⁰.

Como en el caso de Wilde -aunque menos explícitamente- Calzadilla desecha el pasado rosista. Rosas es representado como el *“tirano”*(111), como *“el dictador que arrancó la suma del poder público y las facultades extraordinarias, que él se encargó de convertir en ordinarias”*⁷¹(160) . Interesa destacar que, en un texto que se ocupa de las *“beldades”*, Calzadilla no omite el episodio de Camila O’Gorman para mostrar la magnitud de la *“iniquidad del tirano bárbaro y sombrío”*(167).

Como ocurre con otros representantes del liberalismo ochentista, el pasado rosista no es considerado un territorio firme sobre el cual construir la historia compartida por la nación. Recurre, entonces, al período rivadaviano para enfocar el origen de las modificaciones modernas y como Wilde, establece una estrecha relación entre la situación generada por el 80 y el afán progresista que había incentivado al ministro de Martín Rodríguez. Sin embargo, y es necesario recordar nuevamente que Calzadilla escribe cuando los efectos de la crisis del 90 ya habían desmoronado el optimismo de la década anterior, su valoración dista mucho de ser una glorificación de la *“feliz experiencia”*. Parece estar más cerca de la opinión de su prologuista, Adolfo Saldías, quien en la *Historia de la Confederación argentina* achaca a Rivadavia el haber actuado *“con más corazón que cabeza”*(Saldías 108) . El ministro Rivadavia es presentado como el antecedente más cierto del

⁷⁰ Una vez más, la literatura establece afiliaciones con la realidad. El “mejoramiento” de las razas equina y bovina, fue una preocupación de la década del 80 . En 1903, por iniciativa de sir Herbert Gibson se inicia la práctica de solicitar jurados británicos para las exposiciones rurales de Palermo. Ver Ricardo Hogg, op.cit.

⁷¹ La negrita es del original.

despersonalizador progreso que la sociedad porteña “padece”, aunque en la comparación con la época del presidente Juárez Celman, el primero salga altamente beneficiado:

Estos mismos elementos puestos en manos de los buitres del unicato en perpetuo jolgorio, jugando a la taba en vez del ajedrez, con que se entretenían los hombres honrados en tiempos de Rivadavia, han traído la agonía como consecuencia de sus bochornosos proceder, que nos tienen a la puerta del abismo(Calzadilla 49)

Retomemos el asunto de los caballos. Tras presentar la cuestión, el autor afirma que el entusiasmo hacia el caballo inglés⁷² es subsidiario de la subordinación con que se aceptan otras modas inglesas, como la imposición de los zapatos y los botines de puntas agudísimas:

¡ ¡cortar la cola de los caballos!! Es una moda y un gusto detestables, y aun inmorales, pese a los ingleses que lo han introducido; y no digo más porque siendo moda hay que inclinarse y sufrir esa imposición como la otra de los zapatos y botines puntiagudísimos, que arrebató a nuestras damas una de sus más bellas especialidades: la forma, el alto empeine y la pequeñez del pie; todo por seguir al príncipe de Gales, que sin duda tenía sus razones...pedestres, no lo niego, pero que nuestras bellas hacen mal de suscribir a ella, no habiendo tenido la ventaja de ser conquistadas en el año 1807(68)

Calzadilla insiste con la crítica a la introducción del caballo inglés y la alabanza -casi podríamos decir panegírico- del caballo criollo “*sobrio, sufrido, vigoroso, resistente, altivo y arrogante*”(69) –cualidades del animal absolutamente coincidentes con las que le ha otorgado al gaucho- que ha sido despreciado por los porteños y comprado por los ejércitos inglés, belga e italiano.

“Lo inglés” poseía prestigio social y ha sido identificado- desde los períodos rivadavianos- con lo “civilizado” y “superior”, con lo más evolucionado. Calzadilla desenmascara este estereotipo, ante todo cuando se trata de enaltecer la imagen de

⁷² La afición argentina por los caballos ingleses se asoció al creciente gusto por la “concurrancia social” a las carreras cuando se viajaba a Londres. Puede rastrearse, en los periódicos de la década del 80, la importancia que se daba a estos acontecimientos. Con motivo de la expansión edilicia del *Jockey Club*, el diario *El Nacional*, del 23 de marzo de 1886, hace una crónica de la evolución de estos gustos entre los porteños. La situación representada es similar a la que presenta Calzadilla: “*La creciente afición por la carreras, refinada por decirlo así, debido a la introducción de animales de raza, determinó hace cuatro años la fundación de un Jockey Club por el estilo de Londres y el de París que son allí los más importantes centros sociales y los que reúnen a las gentes más distinguidas*”(*Jockey Club* 1).

lo "*nativo pura sangre*". Las consideraciones sobre este tema concluyen en el capítulo VI con una bravuconada criolla:

Que vengan los ingleses con sus célebres caballos y les corro una carrera. Apuesto mi quinta de las Conchas, que actualmente ocupa mi amigo Mr. Diego Dowse contra los miles que quieran (Calzadilla 74)

Llama la atención el alarde criollo en un dandy porteño. Obsérvese la paradoja de apostar a los ingleses con una quinta que está ocupada por un amigo inglés. Con un giro humorístico, muy propio del estilo de "*crónica social superficial*" (Onega 48) que caracteriza a todo el texto, el propio Calzadilla termina afirmando que el brindis lo hará con un cocktail inglés "*porque eso sí, para los cocktail soy más inglés que John Bull*" (74).

Advertimos dos sentimientos encontrados: rechazo de los cambios que han "*contaminado la sociedad*", aceptación de la mundanidad inglesa cuando esta se relaciona con la consolidación de la imagen del *gentleman*. El texto desnuda aquí esa red de "*relaciones mundanas y seculares*" (Bayoumi xxiii) que Said solía considerar constitutivas de la "*mundanidad textual*".

Este uso antitético del estereotipo se repite en otras secciones de las memorias. En el capítulo II, para reafirmar la belleza de las criollas, afirma que aún los ingleses quedaron prendados de ellas e intentaron, en más de una oportunidad, casarse con alguna:

Tampoco se caminaba a la francesa; ni había Mme. Carau, ni otras hierbas caras por el etilo; sino que se caminaba a la criolla con la gracia natural de aquellas esbeltas mujeres que dieron al traste con cuanto inglés vino al país a comerciar y salieron boleados, pues le hicieron rendir la cerviz a sus naturales encantos ⁷³ (Calzadilla 30).

Nótese que aunque la belleza de la criolla sea exaltada, pareciera necesitase de la ratificación de los ingleses, cuyos caballeros son buenos jueces pues están

⁷³ El motivo de los ingleses, prendados por la belleza de las criollas tiene una larga data en la literatura de viajeros ingleses y de allí la toman muchos autores argentinos. Constituía un motivo popular. Ricardo Hogg, por ejemplo, cuenta que fue Don Roberto Billinghamurst, llegado al país en 1810, el primer inglés que contrajo matrimonio con una criolla y el segundo el prestigioso estanciero Mr John Miller. Ver "Las tertulias de antaño y los ingleses", en *Yerba vieja, op.cit.*

acostumbrados a admirar las “*notables bellezas de Inglaterra*”. Esta mención de la belleza de las “*criollas pura sangre*”, le da pie a Calzadilla para contraponer al inmigrante de antes “*que venía con el riñón bien cubierto*”, “*con mucha miñoca*” con el recientemente llegado que sólo alcanza la condición de “*dependiente*”. El caso presentado como paradigmático de los primeros inmigrantes -que eran en su mayoría ingleses y que se convirtieron en estancieros u hombres prósperos-⁷⁴ es el de John Thompson, primer marido de doña María Sánchez, padre del literato Juan Thompson. Según Calzadilla, aquel joven inglés reunía en su persona varias de las características propias de los ingleses: astucia, poderío económico y ambición. Con esos elementos que caracterizan a los de su raza, logró vencer los reparos iniciales de la familia de María Sánchez.⁷⁵

El pueblo inglés le resulta a Calzadilla “*bocado sabroso que le va a dar abundante tela para su obra empezada*”(43) Recuerda el baile que los hermanos Robertson- una vez más se regresa a la época rivadaviana- habían dado para agasajar a las criollas, como un suceso que puso de manifiesto la “*civilidad y cortesía de los ingleses*”.

⁷⁴ Se pueden mencionar Billinghamurst, el estanciero Mr John Miller, los terratenientes Thwaites, Parish, Atkinson, Tomkinson, el noble británico sir Bartolomé Foley.

⁷⁵ El relato que Calzadilla hace de la relación entre María Sánchez y Thompson es interesante porque muestra, por un lado, el prejuicio con que el autor enfoca a los ingleses. Según la versión de Calzadilla, Thompson era inglés y judío. Sobre la base de estas dos “esencias” que asocia con la capacidad de comprar lo que se anhela, Calzadilla cuenta la historia de cómo la Iglesia romana le sacó algunos pesos para misas y admitió el casamiento.

Como veremos más adelante, mucha de la información que Calzadilla maneja la tomó de relatos de viajeros ingleses. Destaco esta circunstancia porque creo que en el relato del casamiento de María Sánchez, Calzadilla elabora el relato en atención absoluta a los estereotipos que maneja aún apartándose de una de sus más sostenidas fuentes, las *Cartas de Sudamérica* de los hermanos Robertson. En la “Carta LII” William Parish Robertson recuerda a su “vieja amiga Mariquita Thompson” de quien dice que “*era porteña, de nacimiento y lo mismo puedo decir del señor Thompson, si bien este último descendía de familia inglesa*”(Robertson 385). Otras fuentes, sin embargo, cuentan la historia de Thompson transformándolo en “un Romeo en el Río de la Plata”. El inglés se habría entendido con el aguatero de la casa, pintándose la cara de sucio para entrar todos los días a la casa de los Sánchez y llenar el baño para María.

Señala a los ingleses como los responsables de los cambios en los sencillos hogares criollos pues introdujeron “*lo comfortable del hogar inglés*”⁷⁶ y la idea de lujo que debía ostentarse. El modelo de la mansión ochentista fue, siempre según Calzadilla, el de “*nuestro lord inglés como le decían al señor Manuel de Riglos*”⁷⁷ que *tiene de*⁷⁸ *propio, propio y no sobrepuesto*”(44)

Fueron, asimismo los ingleses, los introductores de la moda de usar sombrero. Calzadilla se burla del prestigio que “lo inglés” generaba en el nativo. La presunta condición de “*waterproof*” de los sombreros ingleses había quedado desmoronada ante el primer aguacero y los sombreros ingleses habían necesitado el mismo proceso de planchado que los del país:

No sólo vinieron ricos hombres sino también industriales y se estableció la primera sombrerería, por Mr Pudicomb.(...)

Los primeros sombreros ingleses que vinieron decían en el fondo-“waterproof “ es decir a prueba de agua, pero al primer aguacero que todos deseaban que se les cayera encima se los llevó el diablo, como a los del país y fue necesario llevarlos de nuevo a planchar. ¡¡Y crea usted en el waterproof!!(45)

Calzadilla utiliza esta y otras anécdotas para insistir en sus consideraciones desmitificadoras: para él, lo británico y su condición superior no son más que una construcción discursiva. Lo ha demostrado con los caballos, las modas, los sombreros. “Lo inglés”, presencia extranjera predominante en sus tiempos mozos, atormentaba al criollo⁷⁹. Aunque se observen coincidencias con los aspectos enfocados por José Wilde, la valoración de los mismos es radicalmente diferente.

El manejo que el autor hace del discurso anglófilo es interesante pues, decidido defensor del “*origen puro de nuestra nación*”, Calzadilla asienta un discurso

⁷⁶ Una vez más el lector puede advertir la influencia de los mismos Robertson a quienes menciona como responsables del baile. Aunque no lo explicita, también son quienes le aportan esta idea de “comfort” como aporte del inglés. Los Robertson lo señalan como positivo, Calzadilla presenta una actitud más ambigua.

⁷⁷ Manuel de Riglos- también presentado por los hermanos Robertson en sus *Cartas sudamericanas* no era inglés pero había sido educado en colegios ingleses y, por su apariencia, parecía uno de ellos.

⁷⁸ La negrita es del original.

⁷⁹ Este juego de palabras está tomado del propio Calzadilla. Al referirse a la imposición de la moda de usar galera inglesa, cuenta que muchos andaban “*cabeceando*” por el calor “decían” pero, en realidad, por lo que los atormentaba el inglés y sus modas.

muy opuesto al discurso hegemónico circulante con respecto al tema y revaloriza la relación con lo hispánico, incluso en los aspectos religiosos tan poco transitados por los autores más representativos del 80.

Hay dos aspectos de *"lo inglés"* que Calzadilla parece testimoniar con mayor seriedad.

Un primer aspecto es la capacidad que el pueblo de John Bull tiene para definir y defender con tenacidad sus intereses. La primera mención a esta actitud aparece ya en el capítulo II, cuando Calzadilla recuerda que los primeros comercios de cierta envergadura fueron ingleses, lo mismo que los primeros médicos diplomados. La actividad y los aportes de los tempranos inmigrantes ingleses estaba sustentada por el capital que aportaron desde los comienzos de la emancipación:

Como pueden suponerlo vinieron con mucho dinero siguiendo al primer empréstito de 4 millones de pesos, que nos hizo Inglaterra con la mira(por lo sabido se calla) de acapararse el comercio de la España de la que nos emancipábamos. Mr. Woodbine Parish, el ministro inglés que hizo el tratado de comercio con la cláusula aquella de la nación más favorecida!! Y que qué diablo fue el inglés(Calzadilla 41).

Relacionado con esta capacidad de beneficiarse, surge un segundo aspecto que es expuesto en reiteradas ocasiones: el interés económico del inglés; su capacidad de "comprar" lo que anhela que remite a Calzadilla una vez más a considerarlos -de algún modo- relacionados con el mercantilismo y el interés desmedido de los inmigrantes arribados posteriormente. Lo resume de la siguiente manera:

Estos ingleses son muy diablos, como decía el general Pedernera, para estar en todo y preparar las cosas siempre de modo que en el peor de los casos quedan invariablemente bien con griegos y troyanos, sacando su tajada en pro de su política(Calzadilla 111).

Para Calzadilla, el comercio surgido por influencia de los inmigrantes -fueran éstos los arribados hacia los años 20 o los llegados después de 1870- se opone a las antiguas relaciones con los *"honrados y conocidos comerciantes que vendían barato sus mercaderías y tenían en sus trastiendas tertulia permanente de*

caballeros, [...] especie de club que todavía no lo había donde iban a charlar”(Calzadilla 119).

2.7. Las apetencias del Imperio enfocadas por un costumbrista porteño.

Una mención especial amerita el tratamiento que Calzadilla realiza del episodio de las Invasiones Inglesas , al que se refiere motivado por la pregunta de una de las “beldades” acerca de la procedencia de las balas que ostenta el frente de la Iglesia de Santo Domingo.

El relato de este episodio es sumamente significativo, dado que una vez más aparece el estereotipo del “inglés” que se trabaja en el texto. Aunque desde el punto de vista de la composición, la mención específica del episodio deba posiblemente mucho a los hipotextos manejados por el autor, la valoración que Calzadilla hace de los sucesos parece deberle más a las representaciones discursivas que se habían adueñado de la opinión pública a raíz de la crisis financiera del 90 pues aunque el autor se aparta de una línea discursiva que empezaba a cobrar fuerza, las huellas de la misma se advierten en sus apreciaciones.

Una corriente de opinión bastante difundida durante la década del 90 se ilusionaba con un pasado contrafáctico, que hubiera hecho de la Nación argentina una colonia inglesa. Consideraba que de no haber expulsado a los ingleses en 1807, Buenos Aires sería una parte privilegiada del Imperio Británico y gozaría de los beneficios que ello comportaba. Aunque el anhelo era novedoso, el discurso de la “colonia sudamericana” no lo era.

No resultaría pertinente aquí rastrear el origen de esa representación conceptual . Bástenos dar testimonio de que ya durante el año 1880 , con motivo de la visita de los príncipes de Inglaterra, nietos de la Reina Victoria, a Montevideo y

Buenos Aires, el diario *La Nación* del martes 28 de diciembre publicó una nota titulada *“Los príncipes de un pueblo libre”* en la que se rememoraban los “logros europeos de los ejércitos 71 y 88, obstaculizadores directos de los planes expansionistas de Napoleón. Ambos regimientos, *“instrumentos heroicos”* habían sido derrotados por la valentía de los rioplatenses *“rehaciendo la historia del mundo en otro sentido”*(*Príncipes de pueblo libre 1*) .

El regimiento 71 había participado de la Primera Invasión Inglesa y tras penetrar en la ciudad de Buenos Aires al son de las gaitas escocesas y enarbolar el pendón británico, debió rendirse a las fuerzas locales pocos días después.

El regimiento 88 formó parte de la Segunda Invasión Inglesa y *“todos sus soldados quedaron muertos a lo largo de las calles de la ciudad”*. Después de narrar con detalle los acontecimientos de 1807, el cronista de 1880 concluía:

Si la fortuna que acompañó las armas de estos dos heroicos regimientos en Oriente, les hubiese sido fiel en el Río de la Plata, hoy Buenos Aires y Montevideo y la mayor parte de la América del Sur, formarían parte del Imperio Británico(*Príncipes de un pueblo libre,1*)

El fracaso de las intenciones imperiales habría redundado en beneficio de las relaciones comerciales entre Gran Bretaña y la Argentina.El cronista cree que si hubiera ocurrido de otro modo, seguramente hubiéramos tenido un país más poblado, y la Argentina hubiera sido más rica y posiblemente, una suerte de Canadá o Australia del sur pero ,*“no seríamos nosotros ni seríamos república, no seríamos naciones independientes(Príncipes 1)”*.

El cronista de 1880 celebra incluso, el surgimiento de una nueva raza argentina, *“regenerada por la sangre de la inmigración universal”*, y manifiesta orgullo por su pertenencia a una nación que contribuyó a extender la idea de libertad en muchas otras naciones del continente sudamericano. Por esta vocación de libertad, estima que la Argentina puede ser considerada como la *“hija que más honor*

hace a Inglaterra". Debido al fracaso de los intentos colonizadores, el Imperio se habría visto forzado a buscar otras estrategias para obtener beneficios y se habría visto impelido a sustentar la política del "free-trade" que, como vimos en el capítulo introductorio fue una de las que sostenían parte de los parlamentarios británicos. El periodista alaba esa relación comercial y concluye ratificando su fe en que "no tenemos por qué deplorar el no poseer dos millones más de hombres y 300 millones más de ovejas y proporcionalmente más riqueza material como colonia de Inglaterra, si en cambio hemos concurrido más eficientemente como nación independiente a acrecentar el capital humano..."(*Príncipes 1.c.2.*).

La opinión del cronista era mayoritaria en 1880, aunque el artículo mismo demuestra que existía otra corriente de opinión que hubiera preferido la prosperidad económica imperial a la independencia. Los logros económicos de la década del 80 consolidaron la idea de las ventajas de haber accedido al "free-trade". En contrapartida, la crisis del 90 agudizó la oposición entre quienes volvieron a los anhelos de una mayor dependencia y quienes creían, por el contrario, que en gran medida los británicos -cuyo capital era predominante en nuestra economía- eran responsables de la bancarrota en que nuestra nación se debatía.

Felipe Pigna resume con las siguientes palabras la persistencia de uno de esos discursos:

Algunos se ponen nostálgicos, se lamentan de que "hayamos echado a los ingleses" y proponen que comparemos la actual Argentina con los Estados Unidos, Australia y Canadá. Suponen ellos, no se sabe bien por qué, que la Argentina, gracias al "impulso de la raza sajona" sería una potencia mundial (Pigna 171).⁸⁰

⁸⁰ Este mito de una Argentina próspera generó, para Scalabrini Ortiz, que enfoca la cuestión desde otro ángulo una falsa seguridad en nuestra grandeza material. El mencionado autor, en el capítulo, "Una nación sin realidad" de su libro *Política británica en el Río de la Plata*, afirma lo siguiente: "Hasta el año 1929 la República Argentina vivió confiada en la ilimitada magnitud material de su porvenir. El futuro constituía una certidumbre que se cotizaba. Pueblo y gobierno flotaban en optimismo de opulencia alejado de toda posibilidad de análisis. Nadie esperaba poseer los frutos del trabajo para gozarlos. Se los gozaba de antemano.(...) A nadie se le ocurría investigar quiénes eran los dueños de esas usinas, de esos ferrocarriles"(Scalabrini Ortiz 18)

Calzadilla expone su posición delineándola a partir de estas dos representaciones encontradas. Hace uso reiterado de la ironía para referirse al tema. Antes de relatar el origen de las marcas de bala que ostentaban las torres de Santo Domingo, se detiene en la “*situación actual en finanzas*”:

Nosotros no ostentaríamos este triunfo de nuestros padres ni don Santiago Liniers, bisabuelo de Santiago Estrada, que lo obtuvo, hubiera sido decapitado tres años después, si el triunfo hubiera sido de los ingleses. ¡Cuán ricos no seríamos hoy todos! ¿Y qué sería de este pedazo de tierra desde la Ensenada de San Borombón hasta Jujuy, si hubiera caído en otras manos que aquellas en que quedó? Hubiéramos sido el Canadá del sud. Habríase antepuesto el egoísmo inglés al “honor castellano”, pero el peso nacional de curso legal, que no vale sino la pitada de un cigarro se nos habría convertido en libra esterlina(Calzadilla 58-59).

El fragmento nos exige reparar en la ironía con que Calzadilla expone la problemática. Recordemos que Wayne Booth afirma que la decodificación de lo que él denomina “*ironía estable de un texto*” (Booth 9) supone un prolijo proceso en que el primer y segundo paso implican el rechazo del sentido literal y la búsqueda de sentidos alternativos que- en alguna medida- “*pueden parecer incongruentes con el sentido literal de la frase*”(Booth 13). Booth insiste en que en la decodificación final del sentido irónico, el lector debe tomar una decisión con respecto a las creencias del autor. Mientras que Northrop Frye consideraba la ironía como el recurso retórico que llevaba al “*autor a darle la espalda a la audiencia*”(Frye 14), Booth destaca que sólo un lazo especial entre autor y lector posibilitan la decodificación de la ironía que permita al lector desoir el sentido literal de las palabras para lanzarse a la búsqueda de otro significado:

It's the decision about the author's own beliefs that entwines the interpretation of stable ironies so inescapably in intentions.(...) I must somehow determine whether what I reject is also rejected by the author, and whether he has reason to expect my concurrence(Booth 11).

El fragmento de Calzadilla, precisamente, debe ser leído desde la perspectiva de todo el texto. Como se deja deducir de los ejemplos acerca de su visión de los británicos anteriormente expuestos, el enunciado “*el peso de curso legal se nos habría convertido en libra esterlina*” no es sino absolutamente irónico. Una acusación

más de la responsabilidad, que según Calzadilla, cabe a los ingleses en el descalabro económico de 1891. Juega con la hipótesis de haber sido una colonia inglesa acreedora y no endeudada. (*“Entonces nos deberían a nosotros”*). Ironiza una vez más al concluir que “pagamos caro” nuestro orgullo nacional, pues la independencia nos ha encaminado a los *“préstamos leoninos y capciosos al tipo 1 para redituar 10 con que [los ingleses] se han vengado de nuestra victoria en 1807 (Calzadilla 59).*

Es interesante constatar que este militar octogenario, que en muchos aspectos nos resulta un tanto superficial con sus pretensiones de Don Juan maduro, se manifiesta como alguien bien informado en cuanto a las apetencias y reclamos imperialistas de los británicos. Relaciona las fracasadas Invasiones Inglesas con la ocupación de las Islas Malvinas, cuyo reclamo es la única acción positiva que le reconoce al gobierno de Rosas⁸¹:

Muchos creen y no van errados a fe que la vandálica operación de apoderarse de las Malvinas, atropellando todos los principios del Derecho de Gentes, es una venganza, aunque innoble, de aquella afrentosa derrota del año 6.

Otros piensan que los ingleses esperan recuperar sus banderas, en canje por las Malvinas(Calzadilla 63)

Más allá del tono aludido , Calzadilla demuestra su conocimiento de las fuerzas que impulsaban la avidez británica. En el siglo XVIII había renacido el antiguo duelo entre Inglaterra y Francia que se concretó en la lucha contra los imperios, primero de Luis XIV y más tarde de Napoleón. Ocupadas las fuerzas militares de línea en esta lucha continental, Inglaterra intentó poner obstáculos al avance de España, poseedora de un vasto territorio ultramarino y fue minando *“el dominio español a través del contrabando y de diversas acciones militares contra puntos estratégicos”*(Astolfi 1). La incursión en el Río de la Plata formó parte de una

⁸¹ Cabe consignar que un historiador tan documentado en cuanto a las relaciones entre Gran Bretaña y la Argentina como lo es H.S.Ferns, afirma que Rosas estaba dispuesto a intercambiar las Islas a cambio por la cancelación del empréstito Baring, contraído por Rivadavia. Ver Ferns, Argentina, op.cit.

estrategia diseñada por el Ministro "tory" Pitt y el caraqueño Miranda. En realidad, a juicio de la mayor parte de los historiadores nacionales, las coincidencias entre ambos eran sólo tangenciales y cada uno buscaba emplear al otro en pro de sus propósitos particulares.

En el texto de Calzadilla subyacen estas problemáticas aunque el autor- con el humorismo con que ventila las cuestiones británicas- imagina que de haber triunfado el Imperio en 1807, ahora no se lo llamaría sino "*Míster Calzadilla y sería banquero y montaría en caballos rabones*"(64). La cuestión es cerrada con dos reflexiones cuya interpretación literal le ha sido enrostrada en más de una oportunidad pero que -en realidad- a partir de la lectura integral del texto, preferimos considerar irónicas y reveladoras de la concepción de nación que sustentaba este autor:

... el peso nacional de curso legal que no vale sino la pitada de un cigarro, se nos habría convertido en libra esterlina. Así, en lugar de que, como en la actualidad por vengarse de la derrota aquella, nos están sacando el cuero, siempre con sus préstamos leoninos y capciosos al tipo de 1 para reeditar 10, nosotros seríamos hoy los beneficiados.

¡Díganme todos poniendo las manos filosóficamente en el corazón ¿ hay motivo para festejar este triunfo? [...] A mí me gusta el "mate" pero más me gusta el coñaque, que sienta al estómago después de comernos un buen asado, como lo hacemos generalmente aquí(59)

Se desprende de esta cita que el autor conocía los discursos diversos que atravesaban la sociedad porteña golpeada por la crisis del 91. Pese a su humorada , Calzadilla en todo el texto ha abogado por la sociedad previa a todo tipo de influencia extranjera. En su texto, esto incluye decididamente a los ingleses que si logran una dama criolla sólo lo hacen con engaño como lo ejemplifica con el anteriormente mencionado caso de Thompson. Podemos achacar a Calzadilla su rechazo a la inmigración pues, decididamente, la sociedad de su vejez le parece – lamentablemente- "*pura prosa y positivismo*". Creo- sin embargo- que no se ha reparado en que su rechazo no es un mero proceso de exclusión del inmigrante de clase baja sino que se amplía hacia todo elemento social que haya venido a

“corromper” lo genuinamente criollo. Considero que la palabra clave aquí es “venido” pues Calzadilla no rechaza ni siquiera a la Reina Victoria, ni a los batallones 71 y 88 ni las casas londinenses, mientras estos elementos sociales no sean trasplantados. Lo que Calzadilla cuestiona es “*el trasplante de los cocoteros*”. Explícitamente denuncia “*esta manía de la actual generación de ir a Europa en busca de lo desconocido*”(82), y en este aspecto se pone más cerca de la concepción de nacionalidad que aflorará en la generación siguiente a la de los liberales ochentistas.

Estos aspectos del texto de Calzadilla lo presentan como un excelente ejemplo de lo que Edward Said denominó “*el campo dinámico del texto*”. El crítico palestino considera que el texto lejos de ser un bloque estático de palabras debe ser considerado un sistema de tentáculos afiliativos, parcialmente reales y parcialmente tangenciales, que se mueven : “*hacia el autor, hacia el lector, hacia una situación histórica, hacia otros textos, hacia el pasado y hacia el presente. En cierto sentido, ningún texto está acabado puesto que su rango potencial está siempre ampliándose con cada lector adicional. Ningún detalle es demasiado trivial*(Said , *Imperialismo* 214).

Nuestra lectura del texto no pretende sino ser una de esas actualizaciones de *Las beldades de mi tiempo*. En él se cruzan muchas de las tensiones discursivas de una época de crisis que, poco a poco, iba a configurar un nuevo modo de concebir la nacionalidad, en apariencia opuesto al sustentado por el proyecto liberal. Como señalamos anteriormente, la semilla ya estaba sembrada. Relacionada con ese giro, se iba a gestar un nuevo modo de enfocar las “*negociaciones culturales*” entre nuestra sociedad criolla y las sociedades europeas modélicas. Calzadilla no exalta en bloque el pasado; además, su impugnación del presente la circunscribe a la revisión de los “*modelos y modas*” importados de Europa. Su posición -de algún

modo- preconiza la esencialización de los hispánico como elemento raigal de la identidad nacional argentina, idea que se hará hegemónica en la generación posterior.⁸²

Sintetizando: Wilde distinguía entre los diferentes grupos de inmigrantes, y aunque no rechazaba abiertamente a los recién llegados, contribuía a consolidar el discurso liberal, que proclamaba y sustentaba el trasplante de las llamadas “culturas superiores” entre las cuales el autor privilegió a la “civilización británica”. Calzadilla se aparta de esta posición: para él, en aquellas primeras introducciones rivadavianas del “culto inglés”, se sembró el germen “corruptor” de una sociedad de valores aristocráticos y de armonía social en la que “*los poetas nos electrizaban a falta de las brujerías de Edison brujo*”(Calzadilla 137). En su rechazo de todo elemento foráneo Calzadilla idealiza una sociedad castiza pura que, lamentablemente para él, se había ido transformando en la babélica Buenos Aires donde *cada uno era de acuerdo con lo que valía*.

2.8. Los relatos de los viajeros ingleses como hipotextos de los memorialistas del 80.

Hemos señalado hasta este momento la representación de lo “inglés” en dos textos memorialistas del 80. Advertimos profundas diferencias en sus respectivas valoraciones, posiblemente debidas a que escriben en los extremos opuestos de una época que había comenzado con grandes expectativas y se cerró con una crisis profunda que incluso motivó el cuestionamiento de los principios liberales que

⁸² Adviértase que el nativismo narrativo surge en esta misma época como intento de concertar, aunque de modo subordinado, a las minorías dirigentes provinciales con la porteña. Uno de los textos fundacionales de ese nativismo es *Mis montañas* de Joaquín V. González está terminado hacia 1892. En la carta con que Rafael Obligado responde al autor del texto, Obligado inscribe a González en una serie- a su juicio- iniciada por Echeverría. Ver Eduardo Romano: “Hacia un perfil de la poética nativista argentina”.

habían regido los comienzos del período roquista. Sin embargo, observamos y señalamos una coincidencia significativa: los dos memorialistas constatan la importancia de la presencia inglesa en el primer intento -pertinente o no- de modernización del país llevado a cabo por Bernardino Rivadavia, y reparan en las continuidades entre esa época y las políticas de los hombres del 80.

Quisiéramos señalar antes de cerrar las consideraciones sobre estos textos que el discurso de la “*anglomanía*” o de la “*anglofobia*” que permea las dos obras no surge sólo de los aspectos histórico-referenciales de los que cada autor se sirve sino que está altamente influido por la presión de los intertextos que informan a los memorialistas. Aunque de nacionalidad argentina, los dos escritores al intentar una reconstrucción de las prácticas y costumbres de sus ancestros, echan mano de textos escritos por extranjeros. De modo breve- pues la exposición de la cuestión en toda su complejidad nos desviaría de los objetivos que nos hemos trazado- quisiéramos revisar el papel orientador de la mirada que han cumplido los textos de los viajeros ingleses.

Samuel Trifilo señaló, ya en 1959, la importancia de “*destacar cómo ciertos escritores y autores críticos argentinos han valorado nuestra historia desde el punto de vista aportado por estos viajeros*”(Trifilo 13) que no presentaron la Argentina tal como era sino como la vieron los ingleses que viajaron a ella durante los años comprendidos entre 1810 y 1860.

Por su parte, Brian Musgrove, refiriéndose a los viajes emprendidos por las expedicionarios ingleses en general, concluye su enfoque con una reflexión que nos resulta productiva a la hora de enfrentarnos con los relatos de viajes escritos por los ingleses y escoceses que, al regresar de nuestro país, informaron a las metrópolis sobre las particularidades de Sud-América:

Hoy es prácticamente imposible considerar la escritura de viajes fuera del marco del post-colonialismo. En muchos casos, ahora el viaje es considerado como una historia subordinada de las grandes narraciones del imperialismo; en otras ocasiones, el viaje es la operación clave, en cuanto al lenguaje y en cuanto a los hechos que tornan posible la aventura colonial(Musgrove 32).

La aludida subordinación de las narraciones de viajes con respecto a las “grandes narraciones del colonialismo y del imperialismo”se hace evidente en los llamados viajeros ingleses al Río de la Plata. Consideramos que a este tipo de relaciones se refería Adolfo Prieto, cuando en su estudio sobre el tema,se propuso el objetivo de “*evaluar el modo como estos relatos[los de los viajeros ingleses] asumieron la función de misioneros de una determinada idea de civilización*”(Prieto 21). El crítico sintetiza su posición diciendo que “*enarbolar la bandera británica parecía llevar como consecuencia cierta, riqueza, prosperidad y civilización*”(Prieto 22).Prieto trabaja fundamentalmente con los textos de la emergencia de la literatura nacional, sin embargo, sus consideraciones son válidas para textos que aparecen bien adelantado el siglo. Tanto José Wilde como Santiago Calzadilla abrevaron en los textos de los viajeros ingleses. Explícitamente, reconocen ambos sus deudas con dos textos publicados en inglés por viajeros que habían residido durante un dilatado lapso de tiempo en nuestras tierras. Aclaremos que sólo nos proponemos señalar coincidencias pues en más de una oportunidad, es arriesgado “*el señalamiento de los préstamos*”(Barcia 56).

José Antonio Wilde hizo uso profuso de los datos aportados por un relato aparecido en Londres, en 1825, conocido como *Cinco años en Buenos Aires*. Aunque Wilde identifica a su autor anónimo con Thomas George Love, fundador del periódico anglo- porteño *British Packet*, la mayor parte de los investigadores posteriores han descartado tal posibilidad. El relato de “*este inglés*” traza un panorama pormenorizado de la vida cotidiana, cultural y política de Buenos Aires entre 1820 y 1825, período que coincide con la decisión de Gran Bretaña de

reconocer la independencia de nuestra nación y asegurar el comercio con estas tierras.

Adolfo Prieto no presta demasiada atención a este texto, al que califica de *“respetuosa y convencional descripción de la ciudad, sus habitantes y sus costumbres”*(Prieto 61). Pedro Luis Barcia –a nuestro juicio con una ponderación más ajustada- lo considera una *“simpática y útil evocación de la ciudad porteña de aquellos tiempos”*(Barcia 52). Klaus Gallo, responsable de la reciente edición en castellano(2002), coincide con Barcia al destacar *“su valioso aporte a la historiografía, a través de minuciosos relatos de la vida cotidiana y los usos y las costumbres de la sociedad porteña de la primera mitad de la década de 1820* (Gallo 13).

¿Qué le aportó este texto a Wilde?

Una comparación de los índices de las dos obras pone en evidencia las coincidencias. Por ejemplo, la descripción del teatro realizada por José Wilde sigue de cerca la realizada por “un inglés”. Ambos autores enfocan lo mismo: el espacio teatral presentado con caracteres similares, la composición social del público asistente, el comportamiento de los espectadores, en especial de las damas. Wilde mismo explicita su fuente aunque- como aclaramos anteriormente- adjudica la crónica no a un inglés anónimo sino a Mr Love:

Mr Love hablando de nuestro teatro(1825) dice: “Otelo suele darse de tiempo en tiempo- no el de Shakespeare, sino una traducción del francés(...) Como se ve, el señor Love no abre juicio sobre la representación y se concreta a censurar una mala traducción(Wilde 53).

A la misma fuente acude para describir al público que concurre a los asientos menos acomodados:

La cazuela, vulgarmente llamada aquí gallinero(que no tenemos conocimiento que exista en teatro alguno de Europa) estaba colocada más arriba aun que los palcos altos. (...) Allí se notaba más mezclada la concurrencia, viéndose algunas mujeres aunque de color, muy señoronas, como se decía, en sus portes y modales. En efecto entre las

diosas de la zarzuela, había gente de todas las capas sociales, pero el modo de portarse era verdaderamente tan ejemplar, que hacía honor a nuestras costumbres(Wilde 51).

En otras circunstancias no menciona su fuente pero cuenta- sin cambiar prácticamente detalle- la misma anécdota relatada por su hipotexto. Revisemos el caso del espacio del apuntador. Citaremos con cierta extensión para que se adviertan las deudas y préstamos:

En el centro y parte anterior del proscenio o las tablas, aparecía la garita o lo que llaman la concha del apuntador. Este personaje indispensable y que lo fue por muchos años un señor Insúa, hablaba siempre en tan alta voz, que el espectador oía dos veces la pieza, una de boca del apuntador y otra de la de los actores.

A propósito de esta concha, recordamos una aventura del cantor Zappucci. Estaba éste en lo mejor de un aria bufa, cuando en medio de sus cabriolas y entusiasmo, desapareció verdaderamente como por escotilla, hundiéndose en la dichosa concha del apuntador. Dícese que por el momento, algunos espectadores creyeron ser ésta parte de la oración: felizmente el actor no sufrió daño algunos(Wilde 48)

Al mismo oficio y a la misma anécdota se refería el inglés en los siguientes términos:

El imprescindible apuntador tiene su caja, como es de rigor, en el centro del escenario, arruinando la perspectiva y, a veces, haciéndose escuchar tan claramente como los mismos actores. Un italiano, el signor Zappucci, que intentó una noche despertar la hilaridad del público con una canción cómica, cayó en la abertura practicada en el suelo. Los espectadores empezaron a pensar que la caída formaba parte de la canción cómica. Por fortuna no se lastimó. La disposición de los escenarios ingleses a este respecto ofrece una utilísima lección a los extranjeros más prevenidos(Un inglés 83).

Nótese la coincidencia no sólo en los elementos presentados sino en el modo como se lo hace. Adviértase asimismo el deslizamiento del carácter ejemplificador del que se reviste a “lo inglés” que siempre está ubicado un paso adelante.

Wilde utiliza la misma técnica para introducir los datos obtenidos del inglés con respecto a la población inglesa residente en Buenos Aires, en 1823. Lo mismo ocurre cuando estudia las relaciones comerciales entre el Río de la Plata y el Reino Unido. Primero se menciona a Mr Love pero no lo hace al incorporar datos que se transcriben literalmente. Tal es el caso del cuadro mostrativo del movimiento de embarcaciones en el Río de la Plata, que Wilde incorpora en el capítulo XI y “el inglés” había desarrollado en el capítulo VI de su relato. Es tal el grado en que el autor argentino “usa” los informes proporcionados por el sajón que lo que éste

coloca a pie de página (una aclaración de los motivos del aumento del comercio con lo Estados Unidos) queda incorporado en el texto principal de *Buenos Aires desde setenta años atrás*.

Al enumerar los aportes de los ingleses en la modificación de las costumbres porteñas, nos referimos a la "Sociedad Comercial Británica". La descripción la toma Wilde del inglés quien la describe como "*sociedad de esparcimiento y valiosa oficina de informaciones*(*Un inglés 102*). Es un lugar en el que los miembros- sólo ingleses en sus comienzos- podían "*leer toda clase de periódicos británicos y obtener prolija cuenta del movimiento portuario y de la exportación e importación*"(102).

El otro texto que informa profusamente las apreciaciones de Wilde y, también las de Santiago Calzadilla es el de los hermanos escoceses John Parish y William Robertson, quienes en sus *Cartas Sudamericanas* incorporan la observación de una geografía más extensa. Los hermanos pertenecían a una acomodada familia escocesa, y en el período en que en Gran Bretaña, se popularizaba la idea del llamado "*imperio no formal*" se sintieron atraídos por las promesas de ganancias. John viajó al Río de La Plata después de la Invasión Inglesa de 1806. Regresó a estas tierras en 1809 y fue testigo de la Revolución de Mayo. Sus empresas comerciales en Paraguay y Corrientes prosperaron rápidamente, y alentado por el éxito y la facilidad de las ganancias, invitó a su hermano William a unírsele en la empresa. Este se estableció en el litoral, en 1813. De regreso a su patria, tras haber perdido la mayor parte de las ganancias a causa de la Guerra con Brasil, redactaron en 1838, en inglés, los dos primeros volúmenes de sus relatos de viaje titulados *Letters on Paraguay comprising an account of four years residence in that republic*. En 1843, motivados por el éxito del texto, publicaron en tres volúmenes un nuevo cuerpo de epístolas tituladas *Letters on South America*. Pese a lo tardío de la

traducción y edición definitivas de ambos textos, fragmentos de las mismas circularon en el Río de la Plata. Bartolomé Mitre, por ejemplo, a la hora de redactar su *Historia de San Martín* abreva en la descripción que los hermanos hacen del combate de San Lorenzo.

Las epístolas de los hermanos Robertson conforman una apretada red de alusiones a los hechos y objetivos imperiales británicos. Aparece en ellas lo que Edward Said llama una “*estructura de actitud y referencia*”(Said 115). Dado que el ser humano se mueve en un mundo en el cual no sólo hay cosas materiales sino representaciones de esos objetos y entidades, en más de una oportunidad son éstas las que más interesan. En los relatos de los hermanos Robertson desfilan una serie de circunstancias históricas y geografías diversas de la patria argentina pero, por sobre todo, el discurso se subordina- consciente o inconscientemente- a la “*misión civilizadora*”. Todo el texto se hace eco de una visión, según la cual el argentino nativo debe al contacto con el extranjero y especialmente al intercambio con los hombres de la “raza” de John Bull, un sensible mejoramiento en las costumbres. En la epístola XXVII dedicada al cambio operado en Buenos Aires por la Revolución de Mayo, los hermanos sintetizan con las siguientes palabras los aportes que ha brindado al proceso de modernización la inmigración inglesa:

Las mansiones más amplias y lujosas de la ciudad (...) se hallaban alquiladas por comerciantes ingleses, hombres de la raza de John Bull, que llevaban todos, más o menos, consigo, el amor de John Bull por el confort, que difundían entre el pueblo el amor de John Bull por la hospitalidad y demostraban cuán espléndido era John Bull para gastar y aun para incurrir en extravagancias. Esto despertaba el gusto por el lujo en el que no habían soñado y, en consecuencia gastaban también ellos y el gasto sabemos que constituye lo que podría llamarse “el alma verdadera del comercio” (Robertson 208).

Expresiones como las que aparecen en el fragmento citado testimonian el modo cómo esos relatos de viaje “*participan y se subordinan a la política imperial*”. Descubren, asimismo, las estrategias que se utilizaron – no siempre de modo

programado- para producir la dispersión y universalización de la idea de una civilización británica que suponía progreso, desarrollo y libertad.

A estas estrategias discursivas, deberíamos agregar una tendencia – advertible en la literatura británica decimonónica- a trasladar las costumbres de la isla a los lugares donde habitaban. La comunidad inglesa tendió siempre – ya se trasladara como turista o como inmigrante- a privilegiar y “reverenciar” sus costumbres sobre las del lugar de llegada. Esta actitud no es privativa de los viajeros que arribaron a la Argentina como lo podemos certificar con un comentario de un personaje de la novela *The Dodd Family Abroad* de Charles Lever⁸³:

We English had some much together and continue to follow our home habits and use our language wherever we happen to be, that it is not very easy to break out the beaten track (Lever 13).

La misma actitud manifiesta el protagonista de la novela satírica de William Thackeray, *The Newcomes*, quien cuando llega a Roma observa que los ingleses establecen “*a little England at Paris, a little England at Munich, Dresden, everywhere. Our friend is an Englishman, and did it at Rome as the English do*”(Thackeray 465). De acuerdo con las apreciaciones de Robertson en el fragmento anteriormente citado, así como en muchas otras secciones de sus cartas, este traslado de “lo inglés” dondequiera que fueran, operó también en el Río de la Plata.

Los dos textos de la generación del 80 de los que nos ocupamos se hicieron eco de estas representaciones. En el caso de Wilde, este se apropió no sólo de una serie de datos e informaciones sino también de un modo de concebir o representar lo británico. En cuanto a Calzadilla- quien le debe más a los hermanos Robertson que al “inglés”-, toma varias “*noticias y comentarios*” pero utiliza la ironía para distanciarse del “*discurso de la civilización inglesa*”. Los hermanos escoceses son

⁸³ Charles James Lever(1806-1872) fue un novelista de origen irlandés pero de padres británicos. Su novelas *The Daltons*(1852) y *The Dodd Family Abroad*(1853-4) constituyen una pintura satírica de la sociedad irlandesa e inglesa de mediados de siglo XIX.

sus informantes a la hora de recoger datos sobre las *“beldades de sus tiempos mozos”*: las señoras Ana Riglos, doña Melchora Sarratea y doña Mariquita Thompson. Como lo hizo el inglés y muchos otros viajeros, los hermanos Robertson se detuvieron en la pintura de las tertulias porteñas y destacaron la belleza de la mujer criolla comparable a la de la mujer inglesa aunque más natural.

Amén de los textos de los escoceses y del “inglés”, los memorialistas del 80 aluden a los escritos del capitán Francisco Bond Head y de Woodbine Parish. El primero, comisionado para dirigir la compañía minera del Río de la Plata, vino a Buenos Aires y cruzó varias veces las pampas y las provincias de San Luis y Mendoza e incluso pasó a Chile. Sus notas aparecieron en Londres en 1827. El punto de partida de las mismas es significativo. Head confiesa que el fracaso de las compañías mineras se debió a un *“error que no se limitó a unos pocos individuos”*(Head 17). La intención de su relato es subsanar ese yerro y evitar posteriores repeticiones:

Nuestra ignorancia del país que iba a ser teatro de la especulación. He tenido la desdicha de ver el fracaso de una compañía inglesa. Estoy persuadido de que estos fracasos provienen de nuestra ignorancia. Acaso mis notas ayuden a hacer visible la oscuridad(Head 20).

Se observa, en esta breve cita y en todo el texto, la asociación que se da entre tarea civilizadora, éxito económico y conocimiento. Head explicita el nexo entre conocimiento y éxito. La compañía minera fracasó porque los ingleses desconocían la realidad con la que debían enfrentarse.

Para evitar la repetición de estos desaciertos Head se da a la tarea de *“hacer visible la oscuridad”*(20) de modo que las futuras empresas inglesas conozcan, previamente, los lugares *“en que nuestro dinero está enterrado”* (18) ¿Qué muestra Head? El aislamiento de los gauchos, la complacencia con una vida llena de privaciones, un ser rústico al que se le entrega un cuchillo como único juguete, la

dejadez de la ciudad de Buenos Aires, la pobreza que invade lo criollo. Head se detiene en la suntuosidad de los templos católicos, *“grandiosos porque convocaban a los indios para ver y admirar en vez de oír y reflexionar”*(34). Head, cuyos estereotipos influyeron en la representación del gaucho, insiste en que los pocos signos de “civilización” que encontró en Buenos Aires se debieron a los hábitos introducidos por los ingleses.

En cuanto a Woodbine Parish, su arribo a la Argentina estuvo íntimamente ligado a la decisión del gobierno británico de reconocer la Independencia de las antiguas colonias hispánicas. Dado que sus intereses económicos se lo aconsejaban, Inglaterra se apartó de la política pro-hispánica sustentada por la mayor parte de regímenes del Viejo Continente. Como paso previo al reconocimiento de la Independencia nombró delegados en Buenos Aires, Perú, México y Gran Colombia. En los primeros meses de 1824 arribó al Río de la Plata, el navío *Cambridge* en el cual viajaba Woodbine Parish, comisionado por la corona británica. El 2 de febrero de 1825 se firmó el primer tratado de amistad comercio y navegación entre Su Majestad Británica y las Provincias Unidas del Río de la Plata. La firma que representaba al Rey del Reino Unido era la de Parish.

El artículo primero de ese tratado dice que *“habrá perpetua amistad entre los dominios y súbditos de S.M. el Rey del reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda y las Provincias Unidas del Río de la Plata”*(Busaniche 11).

Wilde coincide con Parish en la presentación que éste hace de la apariencia de las casas porteñas, de la fealdad y utilidad de las rejas, de las estrategias de los ladrones para sortear aún ese obstáculo. Calzadilla también coincide con varios aspectos de los presentados por el comisionado británico cuyo texto fue traducido al

español en 1853, pero, por sobre todo, lo hace blanco de sus ironías al referirse a la codicia inglesa que el comisionado- de algún modo- representa:

Pero volvamos a los ingleses que me van a dar un buen contingente a estas observaciones; como deben suponerlo pues vinieron con mucho dinero siguiendo al primer empréstito de 4 millones de pesos, que nos hizo Inglaterra con la mira – por lo sabido se calla- de acapararse el comercio de la España de la que nos emancipábamos. Mr. Woodbine Pparish, el ministro inglés que hizo el tratado de comercio con la cláusula aquella de ¡¡la nación más favorecida!! y qué diablo fue el inglés) nos reconocieron como nación(Calzadilla 41).

Nuestra intención, en este apartado, ha sido señalar el modo cómo los textos escritos por los viajeros ingleses en los primeros 60 años de vida independiente guiaron- y en muchos aspectos determinaron- la mirada de los nativos. Aunque los ingleses presumieron objetividad, sus discursos se muestran cargados de un sentimiento de superioridad y no fueron- de ningún modo- inocentes. Presentaron a nuestros conciudadanos como poco instruidos y supersticiosos e incluso, muchos de ellos habrían coincidido con la valoración de Woodbine Parish, al explicar las razones del atraso de estos países:

Debo sin embargo observar que si estas provincias han hecho hasta ahora muy poco progreso respecto de lo mucho que de ellas se esperaba, la misma dificultad de arribar a una organización política bien cimentada se ha manifestado en todos los nuevos Estados hispanoamericanos(...)no poseyendo en la realidad otro elemento común entre sí que el de haber sido educados bajo el sistema colonial de la madre patria, sistema que parece haber sido tan eficaz como se esperaba en inhabilitar a los pueblos para su estado de libertad e independencia civil(...)
En las colonias británicas los fundamentos del buen gobierno estaban ya establecidos, y comprendidos perfectamente los principios de la administración civil (Parish 151).

Más allá de los datos aportados, estos escritos ayudaron a la tarea de divulgación de la *superioridad británica*.

Cuenta Woodbine Parish en la “Introducción” a su relato, que al partir hacia Sudamérica, Lord Canning le hizo, en sus palabras de despedida, el siguiente encargo: “*Enviadnos todos los datos que podáis adquirir con respecto a los países adonde vaís, y mapas, si los hay*”(Parish 37). Agrega el comisionado que, sin duda, Canning estaba convencido de cuán pequeño era el conocimiento que se tenía en Europa, aunque más no fuese de la geografía de las antiguas colonias españolas.

Lo que Canning reclamaba eran conocimientos que permitieran a Inglaterra comerciar con éxito. De modo implícito se suponía que el conocimiento y el estudio de las tierras sudamericanas debían ser puestos al servicio de los “*métodos imperiales informales*” que prometían ofrecer a todas las naciones las posibilidades óptimas de explotar sus recursos domésticos, al tiempo que Gran Bretaña se reservaba el privilegio de establecer y garantizar la seguridad de ese comercio. Al servicio de ese proyecto representaron en sus discursos un Imperio Británico civilizador y lograron de algún modo imponer esa representación no sólo en el Río de la Plata sino a lo largo y lo ancho del planeta.

A su modo, los viajeros ingleses, cumplieron la misión que el Imperio-tácitamente o no- les señalaba. José Antonio Wilde sucumbió al encanto de estas representaciones y su texto reproduce, de algún modo, el discurso de los hipotextos. Calzadilla, a través de la ironía, testimonia un contradiscurso emergente que cuestiona los estereotipos recibidos. La condición del autor que muchos críticos han considerado superficial y diletante, nos permite afirmar que hacia 1891 se perfilaba un discurso opuesto al hegemónico. Ya en 1888, Joaquín V. González en su ensayo *La tradición nacional*, se había erigido en “*teórico de un nacionalismo liberal opuesto al cosmopolitismo exacerbado de gran parte de la clase dirigente porteña*”(Romano, *Poesía nativista* 78) .De algún modo, el curso de estas ideas cristalizaron en la generación del Centenario.

3. Gran Bretaña bajo la mirada viajera de Miguel Cané y Lucio V. López

Hemos desarrollado en el capítulo anterior los modos como “lo inglés” fue representado en los textos del 80 que, desde diferentes perspectivas y circunstancias históricas, intentaron la reconstrucción de los antecedentes que, desde el pasado, habían posibilitado la tan anhelada “organización nacional”.

Advertimos- en ambos casos- las perspectivas individuales de los autores y las relaciones establecidas con los discursos de la “civilización británica”. Veámos que los textos permitían leer el pretendido predominio de ciertas formas culturales y nos mostraban cómo, en las sociedades no totalitarias, determinadas ideas se constituyen bien como estereotipos o bien como ideas hegemónicas que se revisten de prestigio que va imponiendo su paulatina aceptación. Debemos puntualizar algo en lo que creemos haber insistido suficientemente: los autores trabajaban con “representaciones” que nunca son totalmente ajenas a las implicaciones que el autor tiene en cuanto sujeto humano asediado por las circunstancias históricas que le correspondieron vivir. Dado que las circunstancias históricas de Wilde difirieron de las de Calzadilla, era de esperar que sus representaciones y sus valoraciones de las ideas hegemónicas también manifestaran matices.

Tanto en este capítulo que iniciamos como en el siguiente nos proponemos estudiar otro tipo de representaciones de los “inglés”. De alguna manera, constituye la contracara de lo presentado en el capítulo anterior. Si entonces nos centramos en los modos como era vista y concebida la sociedad inglesa o los ingleses que vivían en el Río de la Plata y que constituyeron un grupo significativo de tempranos

inmigrantes voluntarios que exportaron con ellos los estereotipos de una civilización más avanzada y con fuerza transformadora, centraremos ahora nuestro interés en el modo como los viajeros argentinos- representantes en general del grupo de los notables al que se refiere Carlos Floria- tomaron contacto con esa realidad que aspiraban a copiar y, en qué medida, su contacto con Europa en general y Gran Bretaña en particular, confirmó o desvaneció sus expectativas.

3.1. El viaje sarmientino: la orientación de la mirada.

Cuando en 1847 Sarmiento regresó de su prolongado viaje por varios países de Europa, norte de África y los Estados Unidos de América, decidió relatar sus experiencias excusándose por su incapacidad para narrar, con sagacidad, lo vivido pues reconocía que el viajero que salía de las sociedades menos civilizadas hacia las más desarrolladas, en más de una oportunidad sentía *“la incapacidad de observar por falta de la necesaria preparación del espíritu que deja miope y torpe al ojo”*(Sarmiento, Viajes 4).

En otras palabras, lo que Sarmiento manifestaba era una de las problemáticas que supone toda la literatura de viajes, dado que al enfrentar dos realidades dispares entre sí, el narrador necesita desarrollar al límite su capacidad de captar y analizar aquello que escapa a su conocimiento previo. Pese a sus protestas, el sanjuanino se muestra como un observador perspicaz, sin que este sentimiento de inferioridad, miopía o incapacidad propios de la situación afecte su escritura.

La literatura de viajes se recorta como un capítulo significativo dentro del corpus de la literatura argentina de fines del siglo XIX, dado que la pertenencia a una cultura periférica parece actuar como incentivo que propicia la curiosidad por conocer otras latitudes. Vale aclarar que la profusa producción de relatos de viajes

requiere de nuestros críticos un asedio particular, pues mucho de lo que se ha reflexionado durante las tres últimas décadas sobre el género desde la teoría literaria, está íntimamente ligado con los llamados *estudios post-colonialistas*, que a pesar de todas sus prédicas descentralizadoras y sus explícitas críticas de las culturas dominantes, padecen de un marcado eurocentrismo. En realidad deberíamos acuñar un neologismo que nos permitiera abarcar, incluida Europa, un centro radicado en el hemisferio norte. Cuando se trata de investigar los viajes que emprenden los extranjeros hacia estas latitudes, las teorías se revelan pertinentes e iluminadoras, pero cuando el sentido es inverso y los ojos que observan la realidad son ojos argentinos, más de una vez las propuestas teóricas parecen estériles y el crítico debe echar mano a especulaciones bastante barrocas. Sin embargo, cabe aclarar -como atinadamente lo expresa Bill Aschcroft en su estudio sobre Edward Said(Aschcroft 63⁸⁴)- que, *“pese a ser generado dentro de culturas colonizadoras, el discurso de la colonización deviene, en más de una oportunidad, en discurso desde el cual la cultura colonizada se piensa a sí misma”*. Mucho de esta actitud observaremos en los viajes que comentaremos.

Ya nos hemos referido al trabajo de Brian Musgrove⁸⁵ y a su advertencia sobre de las relaciones entre la escritura de viajes y las grandes narraciones del imperialismo. El mismo crítico advierte que este tipo de asedio focaliza ciertos contactos territoriales: el africano, el Caribe, el mundo hindú y a veces Sudamérica, y deja de lado otros contactos en diferente dirección. (Musgrove 33) .

⁸⁴ Bill Ascroft realiza una introducción dirigida a estudiantes y profesores de Letras, en la que trata de sintetizar los puntos clave del pensamiento de Edward Said. Al justificar por qué se le otorga tanta importancia al pensamiento de Edward Said destaca dos conceptos básicos: su lugar fundacional en el desarrollo de las teorías post-coloniales sobre todo a partir de la publicación, en 1978, de su texto *Orientalismo* y su insistencia sobre la importancia de considerar la “worldliness” o contexto material del texto y del crítico.

⁸⁵ Nos referimos al artículo *“Travel and Unsettlement: Freud on Vacation”*. Op. Cit.

Antes de abocarnos al estudio específico de los relatos de viajes de los escritores de la Generación, la década o el mundo del 80, convendría revisar algunos aspectos relacionados con la literatura de viajes en general, pues los mismos son la base teórica de nuestro asedio a los textos de los viajeros argentinos de ese período.

Convendría, además, iniciar este estudio recordando algo que -por obvio- solemos dejar de lado al referirnos a los relatos de viajes: toda narración de viajes desde los orígenes reconocibles del género en Heródoto⁸⁶ y aún en sus expresiones ficcionales tales como la *Odisea* de Homero, supone el seguimiento de un esquema ficcional mínimo: partida, aventura y regreso. Los riesgos que el narrador/viajero enfrenta para regresar a su hogar o arribar a su destino se constituyen en la tensión básica de la literatura de viajes; en cierta medida, el horizonte de expectativas del lector del género queda fijado dentro de esas secuencias que se transforman en discurso. Según Jorge Monteleone, esta literatura es “*la zona ideal donde se puede transformar todo recorrido en discurso*” (Monteleone 11). Cualquiera sea la índole de la escritura de viajes, de acuerdo con Paul Fussell, ésta se presenta siempre como “*un vehículo cuya intención primordial es introducirnos dentro de lo otro, de lo desconocido*” (Fussell 126). Desde sus remotos orígenes, el género ha evolucionado aunque manteniendo ciertas constantes básicas relacionadas con las expectativas que puede generar en el oyente/lector. Los asedios estructurales, hoy un tanto cuestionados, permitieron más allá de sus limitaciones interpretativas normatizar ciertas constantes del género que la teoría post-colonialista no desechó sino que resignificó. Steve Clark, quien realiza una lectura histórica y crítica de la escritura de

⁸⁶ Casey Blanton considera a Heródoto con su libro *Historia de las guerras persas* (440 a.J.C.) el antecedente más antiguo de los relatos de viajes en Occidente.

viajes, enumera algunas constantes dignas de ser tenidas en cuenta a la hora de leer estos textos:

- El viajero ve sólo un fragmento de la realidad y luego imagina y completa el resto cuando realiza el acto de apropiación supuesto por la escritura.(Esta limitación de la mirada es la referida por Sarmiento al hablar de la “miopía del ojo”) .
- El libro de viajes expone siempre transacciones que suponen una base de orden político y cultural.
- El viajero vehiculiza su observación y la transmite a una audiencia que no ha tenido el privilegio de ver lo que él ha visto.(Advertiremos en Cané su sentimiento de privilegio por conocer París)
- Las narrativas de encuentro están innegablemente dominadas por el punto de vista de la cultura en movimiento, sin embargo es necesario no exagerar el grado de superioridad implícito en este acto de mirada.⁸⁷

Señaladas algunas constantes propias del género que nos ocupa, correspondería que echáramos una mirada a la inserción de los escritos de viajes de los autores del 80, dentro de la tradición genérica de la literatura argentina de viajes. Esta mirada diacrónica nos revela de qué manera cada texto responde y dialoga con los textos anteriores y con una tradición significativa para la literatura nacional. Resulta ineludible referirnos en esta instancia, al estudio de David Viñas, *“La mirada a Europa: del viaje colonial al viaje estético”*. Según David Viñas, los intelectuales argentinos se fueron formando progresivamente una idea de Europa que se

⁸⁷ Estas características que enumeramos son expuestas por Steve Clark en su “Introduction” al libro: *Travel writing and Empire*. En este trabajo, Clark realiza una revisión histórica de la evolución de la crítica con respecto al género “relato de viajes” y evalúa los aportes de las diferentes corrientes. Como se observa de los rasgos enumerados no descarta los aportes de la crítica estructural ni de los estudios post-colonialistas.(La traducción es nuestra).

constituyó como un arquetipo. El viaje comienza en la colonia como un privilegio de clase y en una relación de súbdito a la corte.⁸⁸ Estos primeros viajeros, representados -para el crítico- por Belgrano, son sujetos pasivos de sus viajes. Belgrano escribe: “*se apoderaron de mí las ideas de emprender un viaje*”(Viñas 21) . Europa es la corte, es lo alto, lo omnipotente y lo ubicuo. Esta configuración de Europa va a tardar mucho en desvanecerse .El criollo sólo puede ir al Viejo Continente en actitud de súbdito. El “*viaje subordinado*” de Belgrano, se continúa con el viaje de Alberdi, un integrante de la generación del 37 cuyos relatos se cargan de enumeraciones, de acumulación de datos que, de algún modo, trasuntan la imperiosa necesidad de “*no perder minuto*”, de “*absorber todo lo que se puede aprender*”. Alberdi no se siente un súbdito frente a la Corte sino un espectador americano, un hijo del desierto a quien Europa se le convierte en la “*universidad, la academia, el pensamiento sistemático*”(Viñas 25). No se permite disipaciones porque él ha ido a Europa para aprender.

Otra es la actitud de Sarmiento, quien en su libro *Viajes* relata bajo el modo epistolar, su recorrido por Europa, Norte de África y Estados Unidos, realizado entre 1845 y 1847. La primera carta está fechada el 14 de diciembre de 1845, en Montevideo(cabe consignar que, cuando llega a Montevideo se lo recibe como el autor de *Facundo*, que se está publicando en el diario *El Nacional* de Andrés Lamas)⁸⁹. La última epístola, que se refiere a la contratación de un pasaje rumbo a la Habana fue fechada el 12 de noviembre de 1847. Si bien David Viñas señala inteligentemente que las experiencias de su viaje dan lugar a dos textos de trama

⁸⁸ Esta es la denominación que utiliza David Viñas en su artículo “*La mirada a Europa: del viaje colonial al viaje estético*”. Este artículo data de 1964 y - aunque el lector actual pueda resentirse al observar una mirada parcial sobre ciertas cuestiones- supone en ese momento una lectura sumamente original de la literatura de viajes argentina. Por otro lado, llama la atención la agudeza con que Viñas observa cuestiones de la mirada de lo “otro”.

⁸⁹ Dato consignado por Javier Fernández en su estudio “De Valparaíso a Río de Janeiro”, p 636

discursiva dispar,⁹⁰ esto no le impide a Sarmiento la adopción de un tono intimista pensado en función de un lector que puede adivinar, en todo momento, la “proximidad constante del autor”.(Viñas 37). Omite consignar que esta doble escritura del viaje se inscribe dentro de una prestigiosa tradición del relato decimonónico que ya había utilizado, entre otros, Alexander von Humboldt y su compañero de viaje Bonpland, quienes, tras la travesía por los llanos venezolanos en 1799, cuando regresaron a París deciden separar los informes científicos que debían presentar al gobierno, del relato de sus experiencias privadas que deseaban compartir con sus amigos y lectores. De este modo, Alexander von Humboldt y Bonpland publican un tratado de aproximadamente treinta volúmenes (*Viajes a las zonas equinocciales del Nuevo Continente*) y más tarde *Historia y geografía del Nuevo Continente*, donde incluyen descripciones de espacios, informaciones sobre botánica, zoología y astronomía, mapas, datos geográficos e históricos que consideran relevantes. Sin embargo, años después, Von Humboldt comienza a publicar una serie de relatos “no especializados” que se constituyen según Mary Louise Pratt- en el más significativo impacto en la reconsideración (“reinención” la llama Pratt) de América por parte de Europa. Evidentemente, Sarmiento quedó deslumbrado - y no fue el único- por el prestigio del sabio alemán, y trató de seguir su modelo cuando deslindó, él también, su informe para el gobierno de Chile de los relatos de sus experiencias personales. Nos centraremos, en esta oportunidad, en sus experiencias privadas.

La consideración crítica de los Viajes de Sarmiento se torna, en muchas circunstancias, motivo de debate. Mientras que, para David Viñas, Sarmiento nunca es un observador pasivo porque “ni aún en sus comentarios estéticos es

⁹⁰ El aspecto oficial de su misión, las averiguaciones pedagógicas, dará lugar al trabajo *Educación popular*, publicado en 1849. En los *Viajes* cuenta las impresiones personales y los incidentes menores de su prolongado itinerario.

neutral"(Viñas 42), Juan José Saer en su "Liminar Sobre los Viajes" afirma que "pese a la firmeza casi monomaniaca de sus ideas" Sarmiento posee "la capacidad de dejarse maravillar por la realidad diversa y adversa que las contradice"(Saer XV). Los relatos de viajes de Sarmiento son el claro testimonio de una mirada que se detiene en todo lo que desearía trasplantar a la Argentina, pero también manifiesta el suficiente juicio crítico como para desenmascarar los desajustes de esa realidad tan sublimada.

En el "Prólogo" que encabeza la primera edición del texto, Sarmiento define su viaje y nos confiesa con inteligencia, la mirada y las intenciones que lo han acompañado a través de Europa, África y los Estados Unidos:

No siendo otra cosa mi viaje, que un anhelo continuo a encontrar la solución a las dudas que oscurecen i envuelven la verdad, como aquellas nubes densas que al fin se rompen, huyen y disipan, dejándonos despejada y radiosa la inmutable imájen del sol(Sarmiento 7)

Posiblemente, se trata de una acertada apreciación sobre los sentimientos que inspira su viaje: "un anhelo continuo". A eso ha ido Sarmiento a Europa y con esas ganas observa, admira, critica y analiza también la realidad norteamericana. No podemos dejar de advertir que en su discurso la realidad nacional parece igualarse con "las nubes" y los países civilizados que ha visitado parecen asociados con "la inmutable imagen del sol"⁹¹. Sin embargo, la mirada de Sarmiento es más perspicaz que sus expectativas; comparto , en este aspecto, la visión de Saer acerca de la capacidad sarmientina de advertir también la "realidad adversa" que se le presenta. Porque es necesario aclarar que Sarmiento no encuentra en Europa los "dioses que buscaba(Viñas, Literatura 49). Su visita por París lo desconcierta inicialmente. Es la primera vez que visita la Ciudad Luz y padece las limitaciones del recién llegado, que le hacen exclamar: "Cuánto estudio i cuanta penetración necesita el viajero para

⁹¹ Respetamos la ortografía de Sarmiento.

entender a París”(Sarmiento 103). Poco a poco desentraña los usos y los pasaportes sociales que debe usar con esa sociedad parisina que, pese a algunos menores desencantos, no contradice sus expectativas: sobre todo destaca en París la tolerancia y el esplendor de la civilización⁹².

La exaltación del cronista es evidente. Seguramente es esta visión de París la que tiene en cuenta Viñas cuando afirma que la mirada de Sarmiento no abandona ni por un momento el dogmatismo que lo caracteriza. Sin embargo, estas afirmaciones pueden resultar un tanto reduccionistas; si bien se aplicarían con cierto acierto al viaje parisino, desconocen otros aspectos enfocados por el sanjuanino. Advierto que la mirada del crítico resulta -por un momento- tan dogmática como la que el mismo Viñas adjudica al propio Sarmiento. En efecto, Viñas no hace distinciones entre los diferentes lugares que visita el sanjuanino sino que se detiene, casi con exclusividad, en la mirada sarmientina sobre Francia, cuando el viaje europeo de Sarmiento lo lleva a tomar contacto con varias regiones y ciudades de España(Madrid, Barcelona, Córdoba y Sevilla), Italia(Floencia, Roma y Milán), Alemania(Berlín) y Suiza. Y, si la mirada se extasía frente a París y los logros decimonónicos del genio francés, no se engaña tanto frente al lustre de otros lugares europeos y aunque era de esperar en el escritor de *Facundo*, una mirada crítica hacia España, país donde la máxima admiración es despertada por la ciudad de Barcelona “*cuyo aspecto es enteramente europeo*”(Viajes 167) no es dogmática su apreciación final de Europa. En efecto, al arribar a Suiza, ya en el tramo final de su experiencia europea, el viajero escribe a Manuel Montt(cartá fechada en Gotinga el 5 de junio de 1847) evaluando lo observado:

⁹² Dado que nuestro estudio sólo se dedica a Sarmiento como caso inmediato anterior a la narrativa de viajes de los hombres del 80 , no citamos *in extenso* las expresiones del autor. Podría consultarse el texto de *Viajes*, página 23 y siguientes.

Traíame triste i desencantado hasta entrar en Suiza el repugnante espectáculo de la miseria y atraso de la gran mayoría de las naciones. (...) ¡Qué importan los monumentos del genio en Italia, si al apartar de ellos los ojos que los contemplan, caen sobre el pueblo mendigo que tiende la mano! (Sarmiento 277)

Es necesario aclarar que la travesía de Sarmiento trasciende su viaje europeo y que, en realidad, en su recorrido por varias ciudades norteamericanas, advierte con certeza, alarma y ojo avizor que el modelo del futuro “progreso” no está en Europa sino en los Estados Unidos de Norteamérica.

Precisamente, al relatar sus aventuras por los Estados Unidos, Sarmiento, en varias oportunidades, contrasta su experiencia norteamericana con su visión de Inglaterra. La confrontación, el contraste no son irrelevantes pues se trata - según su mirada - de la transmutación que Norteamérica ha sabido realizar de los legados culturales ingleses. La percepción que tiene Sarmiento sobre Inglaterra sorprende, en más de una oportunidad, por su clarividencia y su capacidad para despojarse de sus “*prejuicios a favor*” expresados en otros escritos. En muchas oportunidades, a lo largo de sus epístolas, menciona su estadía en Manchester aunque no dedica ninguna de las cartas, de modo particular, a relatar sus experiencias en esta ciudad. Sin embargo, una y otra vez aparecen consideraciones acerca de Inglaterra, que es representada en términos ideales frente a otras sociedades. Sin embargo, no deja de advertir y desenmascarar otras prácticas de la política británica. Así, cuando está en Montevideo, se refiere a la política imperialista inglesa y critica su afán expansionista:

¿ Quién de nosotros al pensar en la pèrfida Albión, no se esfuerza en desenmarañar los secretos designios de sus política, i no se representa a sus ministros de finojos sobre el *mapamundi* , para preparar un siglo antes la conquista de algún islote o promontorio?(Sarmiento, Viajes 35)

En otros momentos, los ingleses aparecen como la nota elegante de toda Europa. Aún en la lumínica París, el hipódromo permite que se destaquen aquellos que visten a la inglesa con el “*primor elegante del gusto inglés*”(Sarmiento 126).

Estas dos apreciaciones nos permiten advertir la mirada desprejuiciada que Sarmiento posa sobre el mundo británico. Posiblemente, deberíamos observar que la contradicción no radica en la mirada sino en lo complejo y multifacético de la realidad enfocada. Por un lado, la inteligencia sarmientina no se engaña acerca del poder que detenta el imperio inglés y de qué manera ha programado su dominio del mundo. La imagen utilizada por Sarmiento "*ministros de finojos sobre el mapamundi*" es una magnífica simbolización literaria de lo que Eric Hobsbawm señala como una de las actitudes de la Inglaterra decimonónica:

Los británicos no intentaron nunca establecer una forma de supremacía en Europa: lo que hicieron fue, sobre todo, impedir que cualquier otra potencia estuviese en condiciones de hacerlo. Es decir, buscaban un equilibrio de poderes. Los ingleses concentraron siempre sus esfuerzos en el dominio de los mares y en la ocupación de aquellas zonas del mundo que consideraban esenciales para conseguir ese fin y lo lograron a la perfección (Hobsbawm, Era del Imperio 72).

El disgusto sarmientino ante las actitudes imperialistas de "*la pérfida Albión*" se acompaña del justo reconocimiento de la importancia política y económica de Inglaterra; no titubea en admitir que no se puede hablar de adelantos industriales sin haber visitado las fábricas de Birmingham o de Mánchester. Quienes quieren hacer del discurso sarmientino una ortodoxia programática no se manifiestan a la altura de la capacidad visiva del autor de los *Viajes*, quien se permite a sí mismo abrir los ojos a la realidad enfocando, en 1847, los puntos oscuros de una sociedad que, en algunos aspectos era presentada como modélica, pero que también generaba rechazos debido a ciertos desajustes con respecto al ideal pretendido. Así, al alabar la productividad norteamericana la compara con la inglesa, que basa su productividad en los salarios de hambre y las largas jornadas de trabajo:

¿Cómo luchar con la fabricación inglesa, producto de injentes capitales empleados en las fábricas i de salarios ínfimos pagados a un pueblo miserable y andrajoso? (Sarmiento, *Viajes* 389)

Antes de abandonar estas breves consideraciones sobre los viajes sarmientinos, querría justificar mi detenimiento en este autor para abordar el estudio

de la literatura de viajes del 80 recordando la actitud que Cané mantuvo siempre hacia Sarmiento como autor y como hombre político, y hacia el libro *Viajes* en particular. Nunca se desligó por completo de quien alguna vez denominó “*el soberbio viejo*”(Cané, *Sarmiento* 517). En 1896, en unas sentidas páginas escritas en París y publicadas en *La Biblioteca*, Cané imagina al Sarmiento joven que en 1846 recorrió por primera vez las calles de la capital francesa. Desde allí, cincuenta años después del viaje del maestro, Cané no sólo aconseja a la juventud argentina la lectura de los *Viajes* como obra de arte sino que considera ese texto una escuela de moral y de patriotismo. Confiesa que aún en ese momento no puede dejar de mirar ciertas zonas de la capital francesa sino a través de los ojos de Sarmiento y admite la deuda que él y otros miembros de su generación habían contraído con la mirada expuesta por Sarmiento en *Viajes*. Una y otra vez recorre, en París, las calles transitadas por el sanjuanino, recuerda la admiración profunda y embelesada que éste manifestó al confesar que la ciudad lo había dejado “*con un palmo en la boca*”(Cané, *Sarmiento* 525) y contrapone esa actitud con la juventud *snob* que nada admira ni intenta copiar de París. Sabemos que el texto literario toma discursos provenientes de otros ámbitos culturales y nunca los devuelve sin transformarlos. Con estas apreciaciones de 1896, Cané está -decididamente- contestando a las voces que cada vez comenzaban a sonar más fuertemente y que incitaban a darle la espalda a Europa, como si ésta ya nada pudiera ofrecer a los jóvenes argentinos. Cané se sitúa en las antípodas de esta actitud, y recorre múltiples rincones parisinos atento a los susurros que le hablan del maestro y de sus sueños juveniles.

En síntesis, de algún modo Cané coloca sus relatos bajo el padrinazgo de Sarmiento. Sin hacerlo tan explícito, otros hombres del 80 aludirán al modelo para seguirlo o para marcar sus discrepancias.

3.2. Cané en Europa: un americano/ europeo mira el Viejo Continente

Al continuar con nuestro asedio diacrónico del relato de viajes de la literatura argentina, nos hallamos con que una nueva concepción parece insinuarse a partir de la década del 50 y asentarse con los relatos de viajes de los hombres del 80. Una vez más Viñas inicia, con su juicio crítico, el camino aunque de un modo un tanto fragmentario . Según sus opiniones:

El tránsito desde el viaje caracterizado por las preocupaciones utilitarias(...) hacia la definitiva preponderancia de la actitud contemplativa(...) se verifica en Mansilla: con él llega la consumición pura, si bien en la década del 50 resulta un precursor de lo que se generalizará a partir del 80 hasta convertirse en ancho lugar común(Viñas, Literatura 35)⁹³

Más adelante, el crítico establece una diferencia entre el viaje de Mansilla y el realizado por los hombres de la coalición en los siguientes términos:

Mansilla contempla mujeres, calles, yeguas, oportos y ruinas acentuando lo inmediato; Cané, Santiago Estrada y los que lo siguen irán desplazando el énfasis hacia los museos, la arqueología, los matices y los detalles exquisitos e inciertos hasta que el pasado en lugar de protegerlos los penetre y los defina; será el viaje de la *consumición espiritualizada*; en lugar de *gastar en el restorán, el teatro o el prostíbulo preferirán el museo* (Viñas, Literatura 36)⁹⁴

Por lo menos dos aspectos de la posición de Viñas nos parecen cuestionables: en primer lugar, creemos que Viñas engloba a todos los hombres del 80 con *“una mirada homogénea”* que, según varios críticos actuales, entre los que cabría mencionar a María Minellono, es necesario revisar(Minellono, Propósitos 186). Como veremos más adelante, si el primer viaje de Cané podría ser rotulado con la idea de *consumición*, los viajes posteriores no limitan la mirada a una contemplación nostálgica del pasado sino que aprende y medita sobre los logros y desaciertos de los países europeos. En segundo lugar, cabe preguntarse a quiénes alude Viñas con la expresión *“los que le siguen”*, pues uno de ellos es Eduardo

⁹³ En este caso, la cita corresponde a la edición de 1995 del trabajo de Viñas. Como se sabe, la primera edición es de 1964, en José Álvarez, editores.

⁹⁴ Se cita, nuevamente , por la edición de 1995.

Wilde, cuyo relato de las experiencias europeas dista mucho -al menos los relatos contenidos en *Viajes y observaciones*- de ser una delectación. A través del sostenido uso de la ironía presenta a los museos y los monumentos como espacios “que se deben mirar de lejos y por los que hay que pasar a prisa”(Iglesia, Eduardo 177).

Teniendo en cuenta “la necesidad de reformular ciertas conductas [críticas] tradicionales y revisar las ideas de homogeneidad política y estética del período (Minellono, *Propósitos* 186) nos centraremos en el estudio de los relatos de viajes de Miguel Cané.

3.2.1. El primer relato de viajes de Miguel Cané.

Los estudios críticos han focalizado, preferentemente, el texto *En viaje*(1884) toda vez que se han dedicado al análisis del género dentro de la producción de Miguel Cané. En efecto, es uno de los escritos más orgánicos no sólo del autor de *Juvenilia* sino de la literatura de viajes argentina. Sin embargo, resulta de sumo interés realizar algunas consideraciones sobre el relato del primer viaje de Cané, mayoritariamente desatendido y que tuvo lugar entre 1870 y 1871⁹⁵. Durante el transcurso del viaje, Cané redactó una serie de epístolas cuyo destinatario era Orión(Héctor Varela). En algunas oportunidades, se publicabann en la sección titulada “Cosas de Orión”, y en otros casos, fueron editadas en la primera página del

⁹⁵ Las epístolas enviadas por Cané desde Europa son coetáneas a la aparición de varios capítulos de *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla en el periódico *La Tribuna*. Señalo esta coincidencia porque la coetaneidad de los textos acentúa las diferentes miradas que los hombres del 80 tenían sobre la realidad: mientras uno mira a los ranqueles de la provincia cordobesa, el otro presenta la distinción de los teatros ingleses y las incertidumbres generadas en el Viejo Continente por la Guerra Franco-prusiana. Sin embargo, hay puntos de intersección entre estas dos actitudes. En la carta fechada el 14 de setiembre de 1870, Cané alude al texto de Mansilla y su inserción en el ambiente todavía politizado de la época e insta a valorar el trabajo literario “sin tomar en cuenta si el autor usa capa colorada ó fue de los venecedores ó vencidos en tal o cual lucha electoral”(Cané, *Correspondencia 14 de setiembre de 1870*)

periódico, bien bajo el título “Correspondencia de Cané” o bajo el pseudónimo de “Daniel” (“*padre de estos raquíuticos hijos*”).

La desatención crítica merecida por este relato data de los primeros trabajos que intentaron el estudio de la bibliografía del autor. Así, Paul Groussac, cuando realiza el asiento correspondiente a Cané para la sección “Redactores de la Biblioteca”, de la revista homónima, equivoca la fecha de estas cartas y las ubica en 1872.

Ricardo Saenz Hayes, quizá el biógrafo más exhaustivo de Cané, se refiere a las cartas como el relato de las experiencias del primer contacto de Cané con la “*deslumbrante Europa*” e incorpora breves fragmentos de las mismas. Deberíamos señalar, como excepción confirmadora de la regla, a Santiago González, quien en un trabajo breve sobre el autor de *Juvenilia*, concede a las cartas referidas dilatada y esmerada atención. Para este crítico, “*la actitud pasiva, de entrega que tiene Cané frente a Europa*”(González 13) delataría su pretensión de atraer, envolver y seducir a los porteños con sus relatos del Viejo Continente.

Detengámonos en las circunstancias del viaje y de las misivas en cuestión. El 17 de mayo de 1870, en la página 2 del periódico *La Tribuna*, se anuncia la partida del “*querido colega Miguel Cané*”. El editor encuadra el viaje del “*simpático e inteligente cronista*” dentro de los viajes de aprendizaje y considera que, si en contacto con la sociedad europea “*la estudia y abona ilustrándose a la vez con nuevos conocimientos, podemos esperar para Miguel Cané, grandes triunfos en el campo vasto pero escabroso de la literatura*”(*De viaje 1*)

Las expectativas expuestas por el redactor del diario, contrastan con los proyectos enunciados por Cané una vez que está en Europa. De hecho, fue un viaje sumamente accidentado pues la conmoción que en el Viejo Continente produjo la

Guerra Franco- Prusiana, torció o modificó, en varias oportunidades, los itinerarios que originariamente se había trazado el viajero. El joven cronista, en la misiva publicada en el ejemplar correspondiente al miércoles 2 y jueves 3 de noviembre de 1870, comenta que se lanzó a París *“antes que las balas de los alemanes lo arrasaran”*(Cané, *Correspondencia 2 de noviembre*)⁹⁶ Ingresa en Francia sin acordarse de otra cosa sino de *“que tiene 20 años y unos pesos en el bolsillo”* y confiesa, sin tapujos, los propósitos de su viaje, muy distantes de los expuestos por los redactores del periódico y aún más del canonizado viaje de aprendizaje:

Yo no he ido a París a visitarlo monumental o artísticamente. Eso lo haré más tarde. La vida de París. He ahí lo que quería conocer antes que las circunstancias le infligieran otro carácter.

La vida de París es la realización del sensualismo que consiste en la satisfacción de cuantos deseos os agitan(Cané, 28 de set. 1)

Días más tarde, en el relato fechado el 21 de noviembre de 1870, cuando, por la situación bélica, se ve obligado a permanecer en Londres, ratificará sus motivaciones: *“El hombre propone y Dios dispone”* es el angustioso lamento que la situación provoca en el joven que confiesa:

Como viajeros bien educados y de provecho habíamos resuelto andar a salto de mata mirando, conociendo, estudiando y gozando, a cuyo efecto habíamos proyectado los cuarteles generales en París.

Una vez en París, nos decíamos, la Italia, la Alemania, la Suiza, la España...todo nos quedaría a un paso y pasearíamos en grande.

Pues aquí nos tenéis blandamente en Londres, amigos míos. Oh, no me quejo! En cuanto a placeres que es el capítulo 1 ó 2, no estoy seguro de mi viaje a Europa, los encuentro aquí y en grande...Lindas mujeres, buenas mesas y malos cigarros, he ahí el cuadro.(Cané, *Correspondencias 16 de diciembre 1*)

La imposibilidad de radicarse en París, le hace obligada la permanencia prolongada en Londres. Superado el disgusto inicial que este cambio de destinos le produce(*“este Londres, admirable para una quincena; insufrible para vivir en él”*)

⁹⁶ Dado el escaso interés crítico que han suscitado, las cartas de Cané que relatan este primer viaje a Europa no han sido recogidas en su integridad. Permanecen en las hojas de *La Tribuna*. Con el fin de hacer localizables las referencias, hemos agrupado todas las cartas bajo el título de “Correspondencia de viaje”, encabezamiento utilizado en algunas oportunidades por el propio medio periodístico. En la cita bibliográfica, la fecha que sucede al título indica el día de su publicación en *La Tribuna*. Sólo consignaremos número de página si ésta no es la página editorial.

(*Correspondencias 9 de agosto*) se contenta con la capital inglesa (“*A falta de París, Londres*”)(*Correspondencia, 18 de noviembre 2*) admitiendo que cada día que pasa allí le gustan más los ingleses que son “*perfectos caballeros y las mujeres deliciosas y complacientes*”.

Retrocedamos. El joven Miguel había entrado en Europa vía Londres. Tenía apenas 19 años y el primer contacto con la capital británica lo deslumbró hasta el punto de que, carente de palabras para describirla, recurre a unos versos de Byron. Observa con nitidez la distancia que separa a las capitales europeas que “*ofrecen la presencia de objetos sacados por la mano del recuerdo del inmenso caos de los tiempos*”(Correspondencia 22 de julio), de las ciudades americanas en las que la historia es tan sólo un ayer. Ha explicitado la primera antítesis de las muchas que utilizará como camino -casi único- que le permita describir la alteridad.

Primer par antitético, entonces: la oposición entre novedad y tradición. Contrariamente a lo que hará en 1884, opta por darle la espalda a los signos emblemáticos del pasado(Torre de Londres, tumbas de los héroes, Westminster, Catedral de San Pablo) y se dirige al Palacio de Cristal, espacio simbólico de la pujanza de Inglaterra y lugar donde se había realizado la primera *Great Exhibition of the Works of Industry of All Nations* en 1851. Conocida desde entonces con el nombre de “Crystal Palace”, el lugar fue el primer edificio público prefabricado de la historia, una inmensa construcción de hierro y vidrio ubicada en el Hyde Park. Inspirada fundamentalmente por el Príncipe Alberto⁹⁷, desde su apertura al público, buscó mostrar al mundo la supremacía industrial británica, cuyos manufactureros estaban al frente del 50 % de los *stands*. También exponían productores de otras zonas colonizadas por el Imperio. Varias naciones aceptaron la invitación lo que no

⁹⁷ Cfr. *The story of England* por Christopher Hibbert y *England: a Concise History* por F.E. Halliday que se detienen, desde diferentes perspectivas, en la significación que tenía el Cristal Palace en esa época.

hizo sino reflejar –según Altick- “*el triunfo de la política del free-trade*”(11) en una década en que comenzaban a arreciar las críticas u observaciones contra su aplicación ortodoxa. Más allá de aquellas disidencias, coinciden los historiadores ingleses en considerar al Crystal Palace como la imagen más representativa de lo que se ha dado en llamar “Era Victoriana”, pues se recorta como la muestra tangible de una nación que se encontraba en el punto más alto de riqueza, sustentada por sus dominios, su banca, su tráfico marítimo y su producción industrial y agrícola. Estos parámetros se modificaron precisamente, a partir de la depresión agrícola que comenzó en 1873.

En 1870, cuando Cané decide encaminar sus pasos hacia el enorme edificio vidriado, dándole la espalda a otros tantos signos de la histórica Londres, el lugar conservaba aún toda su fuerza simbólica. Es el signo del progreso y del cambio:

Ah! La realidad escede aquí la ilusión. El Palacio de Cristal es una de las obras más completas del esfuerzo humano. Aquello es una inmensa ciudad bajo un firmamento de cristal. Lo que no se encuentra encerrado en las transparentes paredes, no existe en el mundo. Galerías de pinturas, estatuas á millones, bibliotecas, teatros dramáticos y líricos, salones de concierto, tiendas, cafés, museos, jardines botánicos, maravillas de la estatuaria, jardines espléndidos y hechos con esquisito gusto, fuentes de agua, invernáculos, fábricas de sederías, de objetos de marfil, máquinas de acuñar moneda, de tejer; **el enjambre de las conquistas humanas encerrado en un palacio maravilloso!**⁹⁸ (Cané, Correspondencia 22 de julio 2)

Otra de las antinomias planteadas por el viajero se resuelve en la contraposición del mundo intelectual (bibliotecas y museos cuyas descripciones omite consignar en este relato) y el mundo de la sensibilidad (conciertos de música) y de la sensualidad (Cremorne) que describe con delectación y minucia. Le interesa la vida “*fácil y alegre*” que estos dos últimos ámbitos pueden proporcionar. Aconseja, en este sentido a los lectores de Buenos Aires:

La vida es fácil y alegre allí (...) Si queréis hacer de la vida un tratado de moral teológico, no vengáis, no os acerquéis a Londres que mucho sufrirán vuestras teorías (Cané, Correspondencia 22 de julio 2)

⁹⁸ La negrita es nuestra.

Cuando vuelva a contar su estadía en Londres -me refiero al viaje de 1880- , se detendrá en las Cámaras, en la audiencia de buen tono del teatro. Ahora, excepción hecha de los conciertos, se preocupa más por describir los detalles del mundo galante inglés que por las formas de alta cultura o de gobierno del Imperio. Indudablemente, Cané ha ido a Europa a gozar y no quiere preocuparse por otros aspectos, postura que lo lleva a alejar, como malos pensamientos, su captación realista de otras dos antítesis que dividen a la sociedad inglesa: se trata de la extrema desigualdad que observa entre una aristocracia que hace del Hyde Park y las ceremonias del “*ocio ostensible*” que allí tienen lugar un culto, y la extrema pobreza que advierte a la salida de los teatros. Cané acentúa el contrapunto: el hombre de clase acomodada que se retira del teatro envuelto en un gabán y un caché -nez y “*una infeliz mujer trémula de frío*”. La situación de desigualdad social creada por el progreso se había constituido en un tema de preocupación de algunos liberales del 70 que advertían con preocupación o alarma los frutos indeseados del desarrollo económico. En Inglaterra, el contraste era alarmante y ya había generado el análisis realizado por Friederich Engels en 1844⁹⁹. La injusticia de tamaña desigualdad despierta la preocupación del joven Cané , que participa su alarma a los lectores porteños:

¡Qué mundo de reflexiones amargas y heladas cruzan en el espíritu! Esa abyección completa, esa desheredación social de millones de hombres al lado del lujo y la fabulosa riqueza ofrece un espectáculo desconsolador. Si tan terribles son las consecuencias del progreso y del adelanto de los pueblos, decid ¿ no tembláis de llegar a la cúspide de la civilización tan deseada? (Cané, Correspondencias 1 de diciembre 2)

Y Cané continúa:

A la puerta de un palacio, la fortuna de cuyo dueño basta para mantener cinco mil almas, se agitan en las angustias de la muerte hombres, mujeres y niños!

⁹⁹ Nos referimos a su texto *The Condition of the Working Class in England*. La versión alemana es de 1844. La traducción al inglés es muy posterior pero los datos presentados por el estudioso alemán fueron divulgados, aunque parcialmente, en la prensa británica. Aunque las ideas expuestas en el texto tardarían en encontrar eco en la sociedad británica; el conocimiento de la realidad representada por el pensador alemán no tardó en divulgarse.

Quiera Dios, bajo este punto de vista, mantenernos a nosotros en nuestra tierra tales cuales somos ahora! (Cané, Correspondencia 1 de diciembre 2)

Resulta interesante encontrar en Cané esta captación de la paradoja que se dio, durante el siglo XIX, en la capital del imperio más rico. Miles de indigentes encontraban la muerte y vivían en condiciones de “*bárbara desigualdad*”. Cané, en esta epístola, se hace eco de una situación que en los países europeos era indisimulable. Si alguna característica puede considerarse englobadora de la larga era victoriana esta era la de considerarse *era de transición*, de cambio, que los hombres de la época identificaban con dar siempre un paso hacia adelante (“*forward*” es el vocablo que aparece con insistencia en los textos decimonónicos ingleses). La época era vista por sus mismos actores en oposición al quietismo que había caracterizado a los períodos anteriores. De esta mirada hacia adelante que había surgido como producto de la conquista del ambiente físico, que empezaba a dejar de ser considerado como algo hostil, en permanente puja con el hombre¹⁰⁰, surgió con fuerza la idea de un progreso material que -para muchos- tenía un necesario correlato con el progreso moral. Sin embargo, la realidad se encargó de desmentir estas expectativas. La fe en el progreso no era universal ni absoluta. Charles Dickens “*en muchos aspectos un típico representante de la clase media victoriana*”(Altick 108) manifestó sus primeras dudas con respecto a los logros del progreso en su temprana novela *Dombey and Son*(1846-48), y en las últimas novelas de su carrera, la pintura de la sociedad inglesa se fue tornando cada vez más oscura y sombría.

En 1869, Matthew Arnold en su ensayo “*Culture and Anarchy*” trabajó la metáfora de la máquina como epítome de las innovaciones modernas y se atrevió a criticar a sus contemporáneos cuya fascinación por las novedades les impedía

¹⁰⁰ Esta actitud decimonónica la encontraremos en Cané cuando presente la empresa de la construcción del Canal de Panamá desde esta perspectiva. Ver *En viaje*.

formularse lo que a su juicio eran las preguntas fundamentales: “*to what purpose?*” (Arnold 108). Riqueza, confort, conocimiento, libertad, democracia eran para Arnold medios y no resultados finales. Sobre tal distinción desafió la identificación de sus contemporáneos entre cambio(*process*) y progreso(*progress*). Esta perspectiva que hacia la década del 60 empezaba a entenebrececer la ciega confianza de Macaulay en que el progreso de la sociedad toda derivaba del ímpetu de la fábrica y de la economía del *laissez-faire*, se acentuó cuando los ingleses no pudieron dejar de advertir las condiciones de trabajo y de vida en que habían quedado sumidos importantes núcleos de la población.¹⁰¹

Aunque estas notas discordantes dominan los primeros planos de la carta de diciembre de 1870, Cané desecha estas incómodas realidades con un simple: “*Basta de fog y oscuridades*”, expresión que le permite, sin mayor remordimiento, dar la espalda a esa profunda desigualdad, considerarla sólo inherente a la sociedad europea y llevar al lector hacia los teatros y la contemplación de las bellas mujeres inglesas. Si por un lado, se advierte un polo negativo en la descripción de Cané y uno esperaría que tratara de averiguar y desarrollar las causas de tan profunda desigualdad, el autor rehúye ese compromiso y se contenta con escudarse en su condición de viajero que no puede -y evidentemente tampoco quiere- introducirse en los conflictos de una sociedad a la que no pertenece. Sin más, da la espalda a la miseria y se refugia en los teatros y paseos¹⁰². En este aspecto, Cané difiere abiertamente de otras voces que ya planteaban críticamente las desigualdades sociales y se contenta con refugiarse en la pretendida igualdad de las sociedades

¹⁰¹ Esta misma idea del avance, de la prisa se halla en un texto posterior de Cané, que refiriéndose a la velocidad, advierte el sin sentido de una necesidad de avanzar que no parece tener objetivo: “*¡A prisa, a prisa! La vida se acorta, el mundo se estrecha y en el orden moral los vagos e indefinidos horizontes del pasado desaparecen, agitémonos en este movimiento febril, para tener por lo menos la ilusión de marchar hacia un objetivo!*”. (Cané, Notas 176)

¹⁰² En varios escritos posteriores de Cané, se puede advertir un cambio de actitud, fundamentalmente cuando se dedica a comentar los textos de Charles Dickens. Ver “David Copperfield”, Op.cit.

americanas, contrapuestas en este aspecto a la sociedad aristocrática británica a la que considera destinada a desaparecer.¹⁰³ Delinea, con respecto a este tema, otra de las antinomias que reaparece en su visita al Museo de Cera de M. Tussaud¹⁰⁴, única visita a un museo relatada con detalle en este primer viaje.

Cané deambula entre los retratos de cera que animan la historia inglesa. Uno tras otro son presentados los miembros de la monarquía: Enrique VIII rodeado de sus mujeres, Ricardo Corazón de León y sus Cruzados, todos ellos le parecen al autor representaciones del pasado. Invita a sus lectores a seguirlo *“a una atmósfera más pura, más adecuada a nuestra forma de ser”*(Cané, *Correspondencia 9 de agosto*) y nos introduce en la sala donde están esculpidos los héroes de la libertad:

Basta de reyes, demos al pasar un saludo a Enrique IV de Francia y respiremos una atmósfera más pura, más adecuada a nuestra forma de ser, entrando en el cuarto habitado por Garibaldi, por Lincoln, por Johnson y Massini. Este es nuestro centro, aquí nos sacamos el sombrero los que hemos nacido en el suelo de la América: al lado de Dios, la libertad, al lado de la libertad los grandes apóstoles de su culto (Cané, *Correspondencias 9 de agosto 1*)

Si en el relato de 1884, aún cuando explicita su fe republicana, uno advierte mayor condescendencia hacia el aristocratismo inglés, en 1870 Cané opone una América de libertad, igualdad y republicanismo frente a una Inglaterra que ha basado su historia en las diferencias. Resultará sorprendente advertir que se da en el autor una postura casi paradójica que, a medida que los reclamos de igualdad y participación en nuestro país se vayan haciendo más concretos y precisos, su posición tomará un cariz más conservador y a la defensiva, que de algún modo,

¹⁰³ El ya citado Arnold, se refería a esa aristocracia como a los bárbaros.

¹⁰⁴ Este espacio concitó la atención de muchos viajeros. Por ejemplo, Florencio Varela, en 1843 relata su visita al museo y se detiene a exponer las circunstancias que permitieron a Madame Tussaud adquirir los vestidos con que personificó a sus creaciones de cera. Ver Florencio Varela, *Fragmentos y apuntes de viaje*.

resulta absolutamente contradictoria ¹⁰⁵ con la posición expresada en este viaje de juventud. Por otro lado, esta actitud la reencontraremos en muchos de los hombres de su generación. De todos modos, en 1870 todavía identifica igualdad con justicia absoluta y *“única expresión de la verdadera civilización(25 de agosto de 1870).*

3.2.2. En viaje

El segundo viaje a Europa, del cual no hay relato orgánico publicado, lo emprendió Miguel Cané, el 10 de mayo de 1874. Poco se sabe de esta segunda experiencia: viajaba con varios amigos, en un barco francés, el dinero con que contaba era sumamente escaso. Referencias posteriores, dispersas en varios escritos del autor, permiten precisar que, en esta segunda incursión por el Viejo Mundo visitó Inglaterra, Escocia, Francia, Bélgica, Holanda, Italia, Suiza, parte de Austria y algunas de las playas de España.¹⁰⁶

Se sucede luego un viaje a Chile y Perú que realizó con la intención de hallar a su amigo Roque Saenz Peña de quien no se tenían noticias en Buenos Aires¹⁰⁷. Bajo el título de *“ Apuntes de viaje”* la narración de estas peripecias apareció publicada en el periódico *El Nacional* entre febrero y marzo de 1880,

¹⁰⁵ El punto más álgido de esta actitud reaccionaria se presenta en los escritos fechados entre 1896 y 1897 en que califica al sufragio universal, *“arca santa de los republicanos de Hispano-América”*, como una calamidad y una amenaza. (*Notas e impresiones 14*)

¹⁰⁶ De regreso a Buenos Aires, Cané se reincorporó a su tarea de periodista; en la sesión del 18 de agosto de 1875 se aprobaron las elecciones realizadas y los diputados electos fueron Roque Saenz Peña y Miguel Cané, quien comenzaba su tarea como legislador porteño. Podríamos destacar su negativa a votar el subsidio a la escuela de artes y oficios en San Nicolás de los Arroyos, pues si son sacerdotes los que van a enseñar *“vienen a herir la susceptibilidad de la mayoría de los habitantes de la Provincia de Buenos Aires que no son católicos...”* (Saenz Hayes 106). El 1 de mayo de 1876 Miguel Cané presentó sus diplomas como Diputado de la Nación; con él presentan, por Buenos Aires: Carlos Pellegrini, Lucio V. Mansilla, Eduardo Wilde, Dr. D. Luis Lagos, García Coronel de Álvaro Barros, Amancio Alcorta, Vicente Fidel López, Félix Frías, Héctor F. Varela, todos ellos elegidos en representación del partido oficial que era una alianza entre Avellaneda y Alsina..

Cané participó activamente en las sesiones pero se fue descorazonando. Mantuvo a lo largo de su trabajo como diputado respeto por Sarmiento y cuando, por cuestiones electoralistas, fue removido de su puesto como Ministro del Interior, Cané lo defendió y se molestó con sus amigos. Luego de estallar la Guerra del Pacífico, Cané viajó a Chile y Perú en busca de su amigo Roque Saenz Peña: es éste quien le sugiere su capacidad como diplomático.

¹⁰⁷ Cfr. Cané, Miguel. *“Apuntes de viaje” El Nacional, 11 de febrero de 1880.*

contemporáneamente a la tensión que precedió al ascenso de Julio Roca a la Presidencia de la República.

En viaje, publicado en 1884, recoge las experiencias de su tercer viaje a Europa con motivo de una nueva misión diplomática a Bogotá y Caracas. Cabe consignar que, en lo discursivo, abandona la técnica epistolar y se inclina por ordenar cronológicamente las secuencias de su travesía. En 1880, a poco de asumir, el Presidente Julio Argentino Roca hizo efectivo un pedido que Cané había realizado a Nicolás Avellaneda y lo nombró Ministro Plenipotenciario en Colombia y Venezuela. El viaje tuvo lugar durante el año 1881 y presentó la particularidad de que Cané, antes de hacerse cargo de su misión, se desvió hacia Europa, especialmente hacia Francia e Inglaterra. El libro se publicó una vez concluida la misión diplomática. Cronológicamente el texto se ubica después de los *Ensayos* (sus escritos juveniles) y es contemporáneo, aunque difiere notablemente, del proceso de escritura y edición de *Juvenilia*.¹⁰⁸ Martín García Mérou, en su libro *Confidencias literarias*, de 1898 destaca el uso que hace Cané del “lenguaje argentino que ha viajado por Europa” (García Mérou, *Confidencias* 65). Parecería sugerir que la lengua usada por Cané en los textos escritos en 1884 ha adquirido independencia del español hablado en la península.

Contrariamente a lo ocurrido con las correspondencias enviadas a *La Tribuna* en 1870, el libro de 1884 concitó desde el momento de su publicación, interés crítico. Paul Groussac se ocupa de él en *El Diario* donde, según Ernesto Quesada -otro de los reseñistas tempranos- decía “verdades de á puño” (Quesada, *Un libro* 182) que

¹⁰⁸ Martín García Mérou, su secretario durante la misión diplomática, compañero de viaje y, amigo y confidente de Cané, se presenta como testigo la contemporaneidad de la escritura de *En viaje* y *Juvenilia* tal como lo cuenta en su libro *Confidencias literarias*. Expone allí las circunstancias de producción de cada uno de los textos.

fueron respondidas en el mismo medio reproduciendo -siempre según Quesada- *“el bíblico precepto de ojo por ojo, diente por diente”*(182).

Más tarde, el propio Ernesto Quesada dedica un artículo crítico al libro de Cané. El reseñista pronuncia su veredicto con las siguientes palabras:

Estamos en presencia de un libro de viajes escrito por una persona que á pesar de haber viajado mucho, no es verdaderamente un viajero. El autor no siente la pasión de los viajes: soporta á su pesar las incomodidades materiales, se traslada de un punto á otro pero maldice los fastidios del viaje de mar, el cambio de trenes, los pésimos hoteles(Quesada, “Un libro..”185).

Varios conceptos de Quesada resultan destacables. En primer lugar, en germen, enuncia una distinción entre el viajero y el que no lo es. Este último, desde el punto de vista cultural evolucionará hacia lo que más tarde se llamará *“turismo”*, entendido por muchos teóricos como una suerte de degeneración del espíritu de aventura que implicaba el viaje. Para Quesada, Cané demuestra, en el texto de 1884, que no tiene “el fuego sagrado del viajero” y esta actitud cercenaría su visión de la realidad y reduciría la intensidad de la observación y la consecuente descripción. Por otro lado, advierte el crítico que el excesivo cosmopolitismo del autor tiende -vicio moderno- a limar las diferencias y le impide por momentos observar la heterogeneidad. Pese a esta aparente incapacidad visiva, Quesada rescata, fundamentalmente, la pintura que Cané realiza de La Martinica, así como también advierte *“la intención preconcebida”*(194), que se trasluce en varios párrafos dedicados aparentemente a la mera descripción de París o Londres.

En las *“Palabras liminares”* Cané se refiere a las características que trató de imprimirle a su relato:

Las páginas de este libro han sido escritas a medida que he ido recorriendo los países a que se refieren. No tengo por tanto pretensión de presentar una obra rigurosamente sujeta a un plan de unidad(Cané, En viaje 3)

Unas líneas más adelante aclara que *“un libro de viajes debe contar ligeramente”* y *“marchar con paso igual y suelto, sin bagajes pesados”*(Cané 4). Sin

embargo, el autor reconoce la existencia de ciertas autocensuras “*porque algunas cosas le ha sido imposible contarlas*”(Cané, *En viaje 4*). En carta privada al mencionado Martín García Merou, responde a las críticas de su secretario respecto de una “*exagerada benevolencia*” del relato, autodefendiéndose en los siguientes términos:

¡ Qué he exagerado! ¡ Pero naturalmente hijo mío! Cuando se busca un propósito semejante (la simpatía de Colombia para con la Argentina), es necesario elevar el tono, poner doble cara y hablar con bocina (Saenz Hayes 303)

Por tanto, mientras públicamente proclamaba la falta de proyecto de su texto; admitía privadamente que el libro respondía a una intencionalidad, que había un plan deliberado detrás de la aparente espontaneidad de la escritura. Se hace evidente, de este modo, una de las características del relato de viajes que destaca Steve Clark en su libro *Travel writing and empire*, donde afirma que todo relato de viajes se dirige a la cultura de origen, y por su misma naturaleza, lo que se refiere no puede ser verificado. Cané, por otra parte, inserta su relato dentro de una tradición literaria de la cual es consciente pero explicita sus diferencias con los modelos consagrados:

He luchado en más de una oportunidad con una voz secreta que me inspiraba la idea de escribir un libro serio, repleto de cifras, chorreando estadísticas, botánica, geología y zoología general en que mi personalidad desapareciera bajo un velo de modestia orgullosa y en el que la impresión franca y vivaz fuera desterrada como los poetas de la República de Platón. No es la dificultad lo que me ha detenido; nada resiste en el día a la perseverante consulta de las enciclopedias. Es que soy poco utilitario por naturaleza y prefiero escribir algo con placer (Cané, *En Viaje 4*)

Si Mary Louise Pratt consideraba, como recordamos anteriormente, que los relatos “*no especializados*” de Humboldt constituían de algún modo la reinención de América por parte de Europa, la mirada “*no utilitaria*” de Cané realiza una doble operación: en más de una oportunidad su mirada es una “*reinención*” de Europa a través de ojos americanos, en otros casos se limita a un acto de apropiación.

Algunas de las opiniones expuestas por Cané a la hora de relatar su viaje, exigen del crítico actual la revisión de lugares comunes que la crítica canónica ha repetido mecánicamente; en otros casos, las opiniones del viajero no dejan de ratificar esas visiones. Debemos adelantar que los relatos de viajes de Cané traman discursivamente, en más de una oportunidad, una doble orientación reflexiva. Según Ezequiel Gallo la misma caracteriza a los hombres del 80, quienes, por un lado, persiguieron la apertura necesaria para insertarse en las sociedades ascendentes, y por otro, realizaron un repliegue introspectivo e intimista en torno a los acontecimientos del pasado que habían marcado el desarrollo argentino y latinoamericano(Gallo, República 26).

Si recordamos que el propósito final del viaje emprendido por Miguel Cané era hacerse cargo de la Embajada argentina en Bogotá y Venezuela, y lo leemos bajo la perspectiva de las reflexiones de Gallo previamente expuestas, se nos presenta más clara la opción elegida para su escritura y textualización. Puesto a reflexionar sobre la ignorancia de los argentinos sobre esas regiones, sugería que sólo la unión y la solidaridad entre los países latinoamericanos podía construir un polo de poder que eliminara *“el juicio severo que aún no ha cesado de pesar sobre nosotros”*.¹⁰⁹ Entre una dirigencia, absolutamente interesada por la búsqueda de relaciones con los países europeos, llama la atención la encendida defensa que Cané realiza en 1884 de nuestra necesidad de no aislarnos del continente americano:

Nos ha faltado la solidaridad, la gravitación recíproca, que une a los pueblos europeos en una responsabilidad colectiva que los mantiene en un diapasón político casi uniforme, y que alienta y sostiene de una manera indirecta en los momentos de prueba, al que flaquea en la ruta(Cané, Viaje 6)

¹⁰⁹ Habría que destacar la originalidad de los planteos de Cané pues, de acuerdo con la investigación de Beatriz Solveira, este tipo de contactos fue absolutamente desatendido durante esa época. Comenta la autora: *“... las relaciones con el continente americano ocuparon un lugar muy secundario porque ni la América Latina ni los Estados Unidos podían ofrecer nada concreto al interés argentino. Condicionados por su peculiar mentalidad, los dirigentes argentinos no fueron capaces de percibir otras vías alternativas(..) y condenaron al país a un peligroso aislamiento respecto del mundo no europeo, inclusive el americano”*.(Solveira, Evolución 14)

Antes de iniciar el relato de sus viajes, Cané hace una sintética revisión crítica de la historia de las naciones latinoamericanas. Ubica a la República Argentina, en muchos aspectos, a la cabeza de Latinoamérica debido al progreso que ha manifestado. El discurso de Cané se expresa, en este aspecto, absolutamente acorde con el credo liberal y positivista que solemos adjudicar a su generación; Europa es presentada como “*la fuente de todo progreso*”(Cané, *En viaje 19*). Sin embargo, al finalizar el gesto de apropiación y apelación a los prestigiosos modelos europeos, desliza una certera crítica de los mismos:

En mis momentos de duda amarga, cuando mis faros simpáticos se oscurecen, cuando la corrupción yanqui me subleva el corazón o la demagogia de media calle me enluta el espíritu en París, reposo en una confianza serena y me dejo adormecer por la suave visión del porvenir de la América del Sur. ¡pareceme que allí brillará de nuevo el genio latino rejuvenecido(Cané , Viaje 22).

Se advierte, en estas líneas, una nota que se va a ir acentuando no sólo en el relato de Cané sino también en otros autores de la época, que tiende a percibir el cosmopolitismo¹¹⁰ y el europeísmo como opuesto a lo nacional o americano. Lo que trato de decir es que la novedad de esta apreciación radica en que, aunque continúa apelando al modelo europeo, advierte los desajustes de la realidad socializada y a partir de su visión crítica, reinventa una América del Sur que ha de superar los logros de los viejos modelos.

Su relato del viaje se inicia con la narración de la travesía a bordo de la nave de bandera francesa *Gironde*. Cané introduce comentarios acerca del tedio que le produce la travesía marítima y las incomodidades que la caracterizan. Sólo la esperanza de ver Europa lo anima a tolerar un nuevo desplazamiento, en el que se verá sometido a la mala cama, la mala comida y la charla impuesta. En estas circunstancias, irrumpe, en más de una oportunidad, el esteticismo de Cané y su

¹¹⁰ En cuanto a la evolución del cosmopolitismo, consultar Noel Salomón: “*Cosmopolitismo e internacionalismo (desde 1880 hasta 1940)*.”

conciencia de clase que lo llevan a confesarnos que “*jamás se ha visto obligado a compartir camarote*” (*Cané, Viaje 33*).

Una vez que llega a París el texto pone de manifiesto no sólo los elementos de la referencialidad, sino una fuerte construcción retórica que nos remite a los modelos leídos. Su narración de la estadía en París¹¹¹ desnuda los modos en que la mirada se nubla o se orienta por la ideología de quien observa. Michel de Certeau, aporta un punto de vista enriquecedor sobre el tema cuando nos advierte en su libro *Heterologías* que “*la comprensión de la alteridad supone una oscilación entre la heterología y la tautología*(de Certeau, *Heterologies 72*). La primera posibilita la introducción de la alteridad en un espacio familiar, mientras que la *tautología* trabaja con la confirmación y repetición de la identidad prescripta. Cané no puede dejar de advertir que París , en 1880, no es la ciudad que pudo conocer en sus dos viajes anteriores: se ha popularizado, la gente ha invadido las calles y las plazas:

Todos hemos cambiado y el primero, París mismo. Si la condición colectiva del pueblo ha ganado desde el tiempo del imperio, el aspecto mundano de la ciudad ha perdido. Hay más gente en las calles, en el Bosque, en los teatros; pero aquella atmósfera selecta de buen tono ha desaparecido. No moralizo: observo como artista(*Cané 47*).¹¹²

No pueden pasar inadvertidas para la sensibilidad de Cané las escenas arquetípicamente modernas¹¹³; en más de una oportunidad añora la distinción que había encontrado en sus viajes anteriores: todavía en 1870 las calles de París le producían admiración y el joven confesaba que esos anchos boulevares lo distraían de los museos y del cementerio, es decir del pasado. La descripción de las calles en ese momento presentaban un enjambre de gente pero las notas predominantes eran de alegría y brillo frente al “*serio y sombrío Londres*”(*Cané, Correspondencias 2 y 3*

¹¹¹ Se refiere a su estadía en París en el capítulo II.

¹¹² En 1896, París ya concluido el proceso de modernización, será presentado como lo estable y lo firme frente a un Buenos Aires que continuaba transformándose.

¹¹³ La descripción del autor argentino, podría relacionarse con ciertos poemas en prosa de Baudelaire en los que el poeta toma por marco la calle y el encuentro entre el individuo aislado y las fuerzas sociales. Ver, en relación con esta problemática Marshall Berman , *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Pp.141-173.

de noviembre de 1870). Su representación de la ciudad en 1884, por el contrario, revela el descontento que le genera la modernización urbana. El teatro francés, espacio de mezcla social, que en 1870 había juzgado como insuperable “*por su variedad*”(Correspondencias, 3 de nov de 1870) y por la libertad con que se podía asistir a él, le resulta , en el 80, deplorable. Su visión general es que “*París es un mundo infinito, en el que se confunden todas las miserias y grandezas de la vida*(Cané, *En viaje 80*). Asiste a las celebraciones del 14 de julio y el bullicio “*lo persigue, aturde y desespera*”(Cané, *Viaje 60*). Claudia Moronell, en un trabajo sobre el tema, ha sintetizado del siguiente modo el comportamiento de Cané ante estos festejos:

Muy pronto le es imposible caminar en medio de la multitud; la Marsellesa atruena: “Me persigue, me aturde, me penetra, me desespera!”. El escritor pierde todo su entusiasmo por la canción y los festejos, y huye hacia lugares más silenciosos. El fin de fiesta se produce hacia las doce de la noche, cuando no quedan en la calle más que sombras de miserables. La crónica se cierra irónicamente en francés, con la conclusión del burgués que añora la monarquía. (Moronell 183)

El relato que Cané presenta de su experiencia parisina nos coloca -una vez más- frente a las “*colisiones*”¹¹⁴ de los escritores del 80. En esta oportunidad, las mismas se crispan en el seno mismo del texto que nos ocupa. En la descripción de la experiencia parisina es fácil advertir el rechazo “*patricio*” por la “*masa moderna*”. Sin embargo, Cané no se refugia mecánicamente en el pasado “*para protegerse y definirse*” (*Viñas, Literatura argentina 64*), sino que, el hombre que termina odiando la Marsellesa por escucharla tantas veces cantada en las calles, en la Cámara admira las posiciones de Gambetta, conspicuo representante de la izquierda republicana y defensor del anticlericalismo a ultranza, hasta el punto que su consigna era “*La Iglesia he ahí nuestro enemigo*”(Auza 24). Por otro lado, ¿es mera

¹¹⁴ El concepto de “colisiones” lo tomamos del artículo de Eduardo Romano aparecido en la revista *Punto de Vista*, anteriormente comentado. Recordemos que en el mismo, Romano señala el amplio margen de disidencia que hay entre los autores. Apunta, asimismo, las tensiones que se manifiestan en los escritos de cada autor.

casualidad que asista especialmente a las sesiones en que se pide la abolición del presupuesto de cultos y se discute acerca de la libertad de prensa? Es innegable la escenificación y teatralización de lo que ocurre en las Cámaras, actitud que aparece potenciada por la focalización de los temas que -de modo casi absolutamente reflejose han tratado en la Legislatura porteña y que constituyen el plan de acción de los llamados gobiernos liberales. Lejos de definirse por el pasado, su asistencia a las Cámaras convalida los “progresos” de Buenos Aires, en cuyos recintos se tratan simultáneamente los mismos temas que en París.

El segundo lugar visitado durante el viaje distiende al viajero. Aunque Londres, en tanto ciudad moderna, lo recibe con el “ruido, el tumulto y la inmensidad”(Cané, *En viaje* 66), que son propios de las nuevas sociedades urbanas del siglo XIX la sociedad inglesa evita el igualitarismo -amenazante para el autor- y en varias instituciones, permanecen incólumes las jerarquías sociales tradicionales que a Cané parecen tranquilizarlo. Si en 1870 renegaba del Hyde Park¹¹⁵ por considerar que un republicano sudamericano nada tenía que hacer en ese ámbito, después de la decepcionante experiencia con las multitudes francesas, la asistencia a un teatro inglés le produce sosiego. Ahora el teatro inglés le parece infinitamente superior al francés. Tal es la admiración que manifiesta por el carácter aristocrático de esta sociedad, que se ve obligado a explicitar su fe en los principios republicanos:

La sensación indefinible que me produce un teatro inglés de gran tono. Para explicar mi pensamiento observaré que me aparto en absoluto de toda preocupación que se refiera a ideas políticas. Amo las instituciones de mi país, creo sinceramente que, aún cuando por su naturaleza de una dificultad indecible en su aplicación, son las que se acercan más al ideal de la felicidad y de la dignidad humanas. No soy sin embargo un fanático, y pienso que la monarquía, tal como se practica hoy en Inglaterra, en Italia, en Bélgica y España puede ser un elemento de progreso. Además digámoslo o no, el hecho innegable es que somos republicanos en la vida política, esencialmente aristocráticos en la vida social (Cané, *En viaje* 68).

¹¹⁵ En la carta publicada el 9 de agosto en *La Tribuna*, Cané confiesa: “la atmósfera que se respira en Hyde Park no es para nosotros: no tenemos allí nada que nos alhague, ni vamos a rendir culto a estúpidas preocupaciones. Glorioso Hyde-Park, Good bay(sic)”.

Cané ha dado ya sobradas cuentas de su "*aristocratismo social*" pero también -como destacamos anteriormente- ha manifestado sus convicciones republicanas.

De acuerdo con estas apreciaciones contradictorias, Miguel Cané se siente uno más dentro de Covent Garden: lo admira porque a él asisten personas elegidas, "*dos mil personas elegidas entre los cuatro millones de habitantes de Londres*"(Cané, *En viaje* 68). Se respira aire de distinción, exquisitez en el vestir, elevación en la cultura. Aparecen mujeres distinguidas y el lenguaje del cronista se carga de palabras tales como: "*tradición de raza*", "*selección secular*", "*conciencia de clase*". Recordemos que en París había señalado los "*cordones de obreros*", "*la compacta muchedumbre*" que le impedía respirar (Cané, *En viaje* 58).

La descripción de Covent Garden amerita cierto detenimiento. Cané sabe que asiste a un lugar selecto, al que tienen acceso sólo algunos privilegiados y donde se puede percibir el refinamiento inglés, el convencimiento de estar en el *right place*. Se detiene morosamente en la descripción de las damas: la princesa de Gales(fisonomía fina y pensativa), los grandes apellidos de Inglaterra desfilan ante sus admirativos ojos. Enfoca fundamentalmente, el rostro y la cabeza de las mujeres inglesas: la descripción privilegia las notas lumínicas. En el *stall* contiguo al suyo hay una bella dama que es representada como un arquetipo del refinamiento y la seducción elegante. Toda esta experiencia hace que Cané realice la siguiente reflexión:

La tradición de raza, la selección secular, la conciencia de una alta posición social que es necesario mantener irreprochable, la fortuna que aleja de las pequeñas miserias que marchitan el cuerpo y el alma, he ahí los elementos que se combinan para producir las mujeres que pasan ante mis ojos y aquellos hombres fuertes, esbeltos, correctos, que admiraba ayer en Hyde Park Corner. La aristocracia bajo esse clima es una elegancia de la naturaleza(Cané, *Viaje* 71)

La visión que emana de todo el relato es de sublimación de la mujer inglesa¹¹⁶ y de Inglaterra como tierra de libertad, razón, tolerancia y distinción. La modernidad no resulta tan amenazante vista desde un palco del teatro inglés, ni tampoco cuando un argentino paseaba por Westminster. El embeleso de Cané, la fascinación que se manifiesta por lo inglés, no le impide, sin embargo, realizar un juicio abiertamente crítico de las actitudes del Imperio. De algún modo, Miguel Cané advierte con sutileza los mecanismos de la cultura imperialista inglesa que relega “*y confina a un rango secundario racial, cultural y ontológico*”(Said, *Imperialismo* 112) todo aquello que no es británico. Sin embargo, como lo vemos en las citas anteriores y algunas que más adelante presentaremos, el autor, por momentos, queda subyugado por el prestigio de lo inglés. Aún más, quien en 1870 nada tenía que ver con la aristocracia del Hyde- Park ahora parece vanagloriarse de su capacidad de codearse y participar de la vida de una minoría selecta, de ser uno más entre los propios ingleses. En 1870, al salir del Covent-Garden había alardeado su capacidad de confundirse con los lores hasta el punto de ser tratado como tal. La anécdota era narrada como una picardía juvenil que le había posibilitado conseguir coche a la salida atestada del teatro. En el relato de 1884, ya no se trata de una ventaja práctica sino que es posible advertir una mayor conciencia de clase y de necesidad de diferenciación.

Aunque alerta, por momentos, a las trampas de las representaciones a las que él mismo se siente subordinado, Cané -en más de una oportunidad- muestra admiración, que es la de gran parte del siglo XIX, por la “*superioridad inglesa*”. Uno de los ejemplos más claros de esta actitud bivalente se presenta cuando Cané encamina sus pasos hacia la Cámara de los comunes. Antes de abocarse a la

¹¹⁶ En las epístolas que recogen las experiencias del viaje de 1870 aparecen varias alusiones a la belleza de la mujer inglesa. En general, Cané presenta la belleza inglesa como espiritualizada, angelical, etérea, “*algo como una nube ideal*”(Cané, *Correspondencias* 18 de noviembre de 1870) destacando, en todos los casos, la mirada, aún cuando describe a las mujeres galantes de Cremorne.

descripción del espacio, diferencia esta contemplación de la que puede experimentar el viajero frente a las ruinas del Coliseo romano o ante una visita a las ruinas de los templos védicos pues, mientras en esos *casos* “*nuestra naturaleza moral no está comprometida en la impresión porque aquellos mundos se han desvanecido por completo*”(Cané, *En viaje* 73) no ocurre lo mismo cuando el viajero pasea en las bóvedas de Westminster o asciende a la barra de la Cámara de los Comunes. Descenso al pasado que justifica el presente decimonónico de progreso; ascenso a las sublimidades de los logros británicos, la actitud de Cané en toda esta escena podría ser encuadrada como la del devoto que asiste a un santuario de veneración¹¹⁷. Todo el texto trasunta esta actitud:

...se asciende silenciosamente a ocupar un sitio en la barra de aquella Cámara de los comunes cuyas paredes conservan el eco de los acentos más generosos y más altos que hayan salido de boca de los hombres en beneficio de la especie entera. En vano advierte el espíritu, alarmado por la emoción intensa que la memoria despierta en el corazón, ofuscando el juicio; en vano advierte que la historia inglesa no es sino el desenvolvimiento del egoísmo inglés, que esas libertades públicas, tan caramamente conquistadas, eran sólo para el pueblo inglés, que por siglos enteros vivieron amuralladas en la isla británica, sin influencia ninguna sobre los destinos de la Europa y del mundo. **El pensamiento se levanta sobre ese criterio estrecho y aparta con resolución el detalle para contemplar el conjunto.** Entonces se ve claro que la lenta elaboración de las instituciones libres se ha efectuado en aquel recinto y que la palabra de luz ha salido de su seno, en el momento preciso para iluminar a todos los hombres... penetra la claridad por el techo de cristal; la sala es pequeña e incómoda, con **cierto aire de templo y de colegio**¹¹⁸ (Cané, *En viaje* 74)

En estas apreciaciones de Cané campea el discurso de lo que hemos llamado “*anglomanía*”, la visión de la Inglaterra “*gran civilizadora*”, pero también le da lugar a los discursos críticos de la actitud imperial que entre los viajeros anteriores, ya hemos señalado en Sarmiento. Está latente aquí una comparación con Francia, “*la Grecia moderna, la fuente de derecho para el mundo*”, según otros escritos de Cané¹¹⁹. El propio Cané desecha los discursos críticos y le hace lugar a la actitud reverencial ante este espacio. La comparación final con un templo y una escuela,

¹¹⁷ Es imposible, en esta instancia, no rememorar las apreciaciones de Viñas.

¹¹⁸ La negrita es nuestra.

¹¹⁹ Tomamos la frase de un escrito de Cané relacionado con la posibilidad de la derrota de Francia en la Guerra Franco-Prusiana, *La Tribuna*, Jueves 25 de agosto de 1870)

connota la idea de veneración y al mismo tiempo de magisterio de la Inglaterra decimonónica.

En estas dos asociaciones con que Cané cierra la presentación de la Cámara de los Comunes, se advierten ecos de una serie de discursos que habían atravesado a la misma opinión británica. En 1850, la prestigiosa *Edinburgh Review* declaraba que “es una tarea noble plantar el pie de Inglaterra en el mundo”(Eldridge 247), y hacia fines de 1870 Lord Carnarvon identificaba la idea imperial con un profundo sentido de misión. En este sentido, ya había resultado paradigmático de esta opinión el discurso de Benjamin Disraeli en el Crystal Palace, el 24 de junio de 1872. Líder del partido conservador, opositor a los liberales que hacia esa fecha detentaban el poder por un período de 40 años, el Conde of Beaconsfield, planteó en ese discurso la necesidad histórica de mantener el Imperio, considerando que ésta surgía no sólo de la interpretación del sentir de los británicos sino también del de las colonias, que a su juicio, habían sido las que habían decidido que el Imperio no hubiera sido destruido pese a todos los intentos liberales en ese sentido.¹²⁰ Disraeli critica –finalmente- a quienes consideraban la manutención de la relación con los colonias como “just a burden upon this country”(Buckle 195). Termina por afirmar que, lejos de ser una carga, el Imperio debía ser considerado como el ejercicio del magisterio de la civilización. El discurso de Disraeli fue influyente y se fue imponiendo en la opinión pública británica la idea -que dominaría el fin de siglo- de una carga pesada pero necesaria.¹²¹ Los mismos liberales, enfrentados a los

¹²⁰ Cabría aclarar que el triunfo prusiano en 1870, de algún modo, erosionó el dominio absoluto que Inglaterra había tenido desde 1815. Muchos miembros del partido conservador advirtieron, entonces, la necesidad de promover un imperialismo más afirmativo. Aunque numerosos historiadores se refieren a este período- el comprendido entre 1870 y la finalización de la Primera Guerra Mundial- como “nuevo imperialismo”, otros advierten que se trata sólo de “a new theme on an old tune”(Marshall 56).

¹²¹ A fines de siglo, Rudyard Kipling, muchas veces considerado un defensor acrítico del Imperio compuso un poema que fue popular en el momento, titulado, precisamente, “*The White Man’s Burden*”. La primera estrofa presenta lo que se constituirá prácticamente como un programa de esta

intentos independentistas de los árabes egipcios ordenaron la invasión en 1882 y justificaron su decisión con expresiones como las que utilizó Evelyn Baring, Conde de Cromer, gobernador de Egipto bajo un gobierno nativo nominal¹²²:

Is it probable that a Government composed of the whole elements described above, and led by men of such poor ability as Arabi and his coadjutors, would have been able to control a complicated machine of this nature?(...)Neither is it in the nature of things that any similar movement should, under the present conditions of Egyptian society meet with any better success.The full and immediate execution of a policy of Egypt for the Egyptian", as it was concerned by the Arabists in 1882, was and still is impossible(Lord Cromer 327)

La "invasión" inglesa a Egipto, los discursos liberales con que se justificó la misma, la aceptación que la prensa local brindó al hecho, ponen de manifiesto las estrategias de ese discurso imperial omnipresente: lo árabe era lo pobre, lo carente de capacidad y de organización frente a una civilización inglesa que era presentada como garantía de orden y de libertad. Por otro lado, testimonia que la vigencia de la idea imperial limaba las diferencias, en este asunto, entre conservadores y liberales.

Volvamos a Cané en la Cámara de los Comunes. He querido incorporar estos fragmentos de discursos que circulaban en los medios periodísticos y gubernamentales británicos para destacar, una vez más, la "mundanidad" del texto literario, su contacto con la realidad y con los discursos de una época de los que se sirve aunque los devuelva siempre transfigurados. Esto ocurre con el relato de Cané.

Tras describir todo el recinto como templo y escuela, su mirada se detiene en el lugar de los ministros. Mira el escaño, en ese momento vacío, y cree ver allí la sucesión de "*espíritus poderosos, inquietos, sutiles, hábiles*"(*Cané, En viaje 75*) que han ocupado ese espacio. Se han sucedido Walpole, Chatham, Addington, Pitt,

nueva visión del Imperio: "Take up the White Man's burden/Send forth the best ye breed/Go bind your sons to exile/to Serve your captives'need; to wait in heavy harness/ On fluttered folk and wild-/Your new-caught, sullen peoples/ Half devil and half child(Kipling 215)

¹²² Este hecho fue referido con detalles por los periódicos porteños de la época. Confrontar, especialmente, *La Nación* y *El Nacional*. El matutino le dedica bastante espacio a la cuestión y justifica la decisión inglesa por tratarse de la "*única nación que podía imponer la paz en la región*".

Burke, Fox, Sheridan; todos ellos parecen ser escuchados todavía con sus voces humanas, que se confunden con las más recientes de Disraeli y Gladstone, las más destacadas del siglo XIX. Cada uno de los apellidos de los ministros que han ocupado ese espacio, denota, en primer lugar, un referente histórico ubicable; por otro lado, la presentación de cada uno de ellos con adjetivos que aluden a la brillantez política e intelectual de esos seres históricos, actúa como soporte connotativo que contribuye a reforzar la idea de templo y escuela que Cané, viajero de 1880, adjudica al parlamento inglés, que deja de ser un mero espacio para connotar las instituciones libres que han surgido de los debates realizados en el recinto para *"iluminar a todos los hombres..."*(Cané, *En viaje* 74)

El día en que Cané asiste al debate, el espacio vacío es ocupado por Gladstone. En 1880, tras la derrota de los conservadores, ha vuelto a ocupar el cargo de Primer Ministro y debe pensar las alianzas con los irlandeses, que desde el *bill* son la fuerza que muchas veces contrabalancea el poder. El momento enfocado por Cané se corresponde con uno de los álgidos combates ideológicos que tienen lugar en el Parlamento inglés a fines del siglo XIX. Se trata de la modificación de sistemas electorales que, de algún modo, habían quedado sin cambios sustanciales desde la época de los Tudor. Los debates entre los miembros del Partido Liberal, representado por el ya anciano Gladstone y los miembros del Partido Conservador, que a partir del discurso de Disraeli de 1872, ha comenzado a llamarse el *"Partido Nacional"*, eran continuos.

El centro de los mismos gira en torno a la llamada *cuestión irlandesa*. Gladstone había llegado a la conclusión de que la violencia en Irlanda era fruto de los sufrimientos a los que el pueblo había estado sometido. El Primer Ministro ¹²³

¹²³ Confrontar *A history of Ireland* por Peter and Fiona Somerset Fry.

había iniciado su carrera parlamentaria en 1830, con los consabidos prejuicios acerca de Irlanda, y en 1853 había decretado las leyes de impuestos al maíz que gravaban fuertemente la producción irlandesa. Durante muchos años había considerado que Irlanda no tenía solución, pero en 1845, luego de viajar por el Continente y tener profundas y asiduas charlas con Guizot, quien le expuso su teoría sobre el tratamiento que Gran Bretaña daba a Irlanda, considerado por el pensador francés como una deshonra para el Reino Unido, comenzó a modificar su actitud. Aunque había sido educado como protestante, en su campaña de 1868 el tema irlandés tuvo primacía. Esgrimió el argumento de la injusticia de una Iglesia Protestante con carácter oficial en un país con amplia mayoría católica. Gladstone logró significativos avances. Contemporáneamente se había organizado el Partido irlandés encabezado por Parnell y Biggar. El gobierno Conservador que cayó en 1880 apenas si se había ocupado del tema. En la práctica, los Conservadores no se preocupaban por Irlanda y carecían de una política irlandesa. Esta es, a grandes rasgos, la situación que atravesaban los conflictos, cuando Cané asistió a un debate donde se trataba -precisamente- la cuestión irlandesa. Es poco lo que nos transmite de la problemática misma; se siente sugestionado por el genio de Gladstone, por su capacidad de dominar e imponerse por la palabra. Se hace eco también de una de las grandes críticas que desde los partidos liberales y conservadores se le hacía a los irlandeses: su incapacidad parlamentaria demostrada en la oratoria que, para muchos detractores, era utilizada con el propósito de dilatar cualquier discusión. Una vez más las convicciones de Cané se nos presentan como difíciles de encasillar. Muchos aspectos de su obra dan cuenta de un acendrado *aristocratismo* que ha llevado a muchos críticos a considerar que es la única nota de él que puede señalarse. Sin embargo, admira al viejo Gladstone, representante no del partido más

conservador, sino del liberalismo¹²⁴ y el “*populismo*” inglés. Cané reafirma, al escuchar al tribuno, sus convicciones republicanas:

Oigamos a Gladstone: ante todo la autoridad moral, incontrastable de aquel hombre sobre la asamblea. Liberales, conservadores, radicales independientes, irlandeses, todo el mundo lo escucha con respeto.(...)¡Oh! ¡La palabra! ¡ Sublime manifestación de la fuerza humana, único elemento capaz de sacudir, guiar, enloquecer los rebaños de hombres sobre el polvo de la tierra!(Cané , Viaje 78)

Antes de abandonar, junto con Cané, las representaciones del mundo inglés, quizá convenga hacer una referencia a su asistencia al *polo match*. Por primera vez, en Inglaterra, Cané advierte su “*no pertenencia*” a la sociedad aristocrática inglesa: no sabe cómo llegar, no sabe dónde colocarse; en el afán de buscar mejor lugar invade, junto con sus amigos, ámbitos privados de la realeza. Este desacomodamiento lo lleva a una afirmación gozosa de su pertenencia a otra raza, la latina:

Me hacía aquello el efecto de una danza macabra, en la que los muertos bailan en silencio, al triste compás de los huesos entrechocados, sin más público que ellos mismos, hasta que el canto del gallo matinal les advierte que la luz llega y con ella el reino de la vida. En nuestros países latinos, ¡qué movimiento, qué agitación, qué explosiones de alegría, qué murmullo de voces contentas habría acompañado esa fiesta! (Cané 82)

Concluye su estadía en Londres y Cané ratifica su amor por esa ciudad que mantiene, pese a la modernización, un aura de distinción y selección; aunque ha transformado su cara, la tradición continúa en el espíritu y en ciertos espacios descriptos: la cámara, el teatro, el campo donde se juega al polo, el club privado no son accesibles para todos. Esta ausencia de igualitarismo parece tranquilizarlo. ¿ Ha encontrado Cané en Londres la solución a lo que según Oscar Terán constituye una de sus preguntas básicas: la posibilidad de conciliar aristocratismo con republicanismo?¹²⁵ (Terán 39)

¹²⁴ Conviene, de todos modos, advertir que tanto los “*tories*” como los “*whig*”provenían de familias aristocráticas. Lo que los diferencia fundamentalmente son sus proyectos y planes de gobierno.

¹²⁵ En un ensayo de abril de 1897(bastante posterior a *En viaje*),Cané afirma con motivo de una ley de restricción de la inmigración en Francia que “*el unico principio del gobierno consiste en armonizar orden con libertad*”.

3.3. Cané en Venezuela y Colombia: mirada “europea” del norte sudamericano.

Aún cuando el interés de nuestro estudio focaliza la experiencia europea Miguel Cané, la lectura detenida de *En viaje* nos aconsejó la conveniencia de referirnos a sus experiencias venezolanas y colombianas. Sólo al cotejar ambas circunstancias, se advierte la complejidad de la mirada caniana. Si en Londres, como señalábamos anteriormente, Cané -salvo ocasiones especiales- se sentía un europeo más, al relatar su experiencia “sudamericana” resalta la mirada que con términos tomados de Michael de Certeau, podríamos denominar *heterológica*.

Ya en la *Introducción a En viaje*, el autor había advertido:

...Habiéndome el gobierno de mi país hecho el honor de nombrarme su representante cerca de la Colombia y la Venezuela, pensé que una simple narración de mi viaje ofrecería algún interés a los lectores sudamericanos, más al cabo generalmente de lo que sucede en cualquier nación de Europa que de los acontecimientos que se desenvuelven en los capitales de la América española(Cané, *En viaje* 3)

Cané mismo podría ser incorporado dentro de la categoría de “lector americano”, pues él también se coloca frente a la sociedad y naturaleza colombianas y venezolanas como un lector que con a cada nueva experiencia se deslumbra, se molesta, se siente ajeno¹²⁶. Resulta llamativo que mientras Cané se aventura sin guía intelectual explícito en su *lectura* de las sociedades europeas, su mirada del norte de Sudamérica reconoce como reiterado mentor intelectual a Alexander von Humboldt. También, permanentemente, utiliza como fuente de datos a Linneo.

¹²⁶ Cané manifiesta , fundamentalmente en la “Introducción” la necesidad de estrechar los lazos de amistad entre los países sud-americanos. Esta hermandad “latino- americana” sería a su juicio el modo de oponerse a la creciente hegemonía de los Estados Unidos de Norteamérica. Con respecto a estas ideas de Cané, ya en el plano del discurso diplomático, con estas palabras, manifiesta la intención del gobierno argentino el día 30 de agosto de 1881 cuando es recibido en audiencia solemne: “Las dificultades con que han luchado las Repúblicas Sud-Americanas para arribar a su organización política definitiva exigiendo la concentración de todas sus fuerzas en esa tarea, han hecho descuidar forzosamente el cultivo de las relaciones internacionales con aquellos pueblos que vinieron a la vida en el mismo momento y á favor de esfuerzos comunes. Ese aislamiento, excelentísimo señor, causa de muchas violencias y fuente de muchas amargas para los corazones americanos, no puede ni debe subsistir á juicio del gobierno de mi país”(Cané, *Discurso* 1)

Aunque los textos de estos viajeros -como lo indicamos anteriormente- estuvieran presentes en su recorrido europeo, subyacían en sus apreciaciones de modo implícito. Pero, en su recorrido sudamericano los necesita como un báculo permanente donde apoyarse. Al científico alemán y a Linneo recurre para clasificar las *"infinitas fibrillas que entrelazan los troncos"* (Cané, *En viaje* 201) de la selva tropical que rodea al río Magdalena. También cuando cruza las calles desoladas de la *"triste aldea"* de Soacha (Cané, *En viaje* 281) necesita de Humboldt, para recordar que en esa región el científico había encontrado los huesos de un mastodonte.

Cabe aclarar, aunque nuestro análisis se concentre tan sólo en algunas notas particulares, que esta experiencia sudamericana es la que ocupa la mayor cantidad de capítulos de su obra.¹²⁷ En su relato podríamos señalar básicamente tres momentos: la travesía desde Europa a Venezuela, la travesía desde Venezuela a Bogotá y la estadía en esta última ciudad. Es un viaje difícil: el viajero pasa varios días preparándose para la *"larga travesía"*, para despedirse de una vida, que *"una vez que se ha probado"* aparece como *"la única existencia lógica"* (Cané, *En viaje* 39). Durante el primer tramo, todavía en Francia, el viaje se parece más a un desplazamiento en el tiempo, una vuelta hacia el pasado, un movimiento de alejamiento paulatino de la modernidad, de las ciencias y de las innovaciones tecnológicas. La primera escala, luego de varios días de navegación en un buque en el que *"el buen humor supo convertir en broma hasta la detestable comida"* (Cané, *En viaje* 98), se hace en la Martinica, colonia francesa. Se puede constatar en este lugar el distanciamiento que se ha producido con el mundo de la cultura decimonónica. El viajero se halla inmerso en medio de la naturaleza americana; una

¹²⁷ Miguel Cané dedica sólo tres capítulos a su estadía en Europa; quince al viaje hacia Colombia y su estadía en esta localidad; un capítulo al Canal de Panamá y tres capítulos a su experiencia del avance de la modernidad en los Estados Unidos de Norteamérica.

y otra vez reaparecen las *marcas de la "reinvención americana"* de la que habla Mary Louise Pratt. La ayuda de Humboldt no sólo le permite a Cané categorizar las paltas como *"manteca vegetal"*, sino que también le presta sus categorías para observar y ordenar lo nativo. Resulta extraña esta necesidad metodológica por parte de un americano; sin embargo, parecería que sin la ayuda de estas categorías, el mundo sudamericano se presentaría para Cané como incontrolable, caótico e indescriptible. Es esta una de las marcas más claras que el texto ofrece del europeísmo del autor, aún cuando, desde el punto de vista ideológico ha manifestado su intención de "solidarizarse" con los pueblos latino-americanos.

Uno de los primeros objetivos sobre los que detiene su mirada es el cuerpo de las mujeres de la Martinica; son mujeres que trabajan y en sus descansos, para aumentar su energía, bailan. Si el lector recuerda la mirada de Cané sobre las mujeres inglesas que asistían a Covent Garden, recordará que se señalaba con énfasis el color de sus rostros, la distinción de los rasgos faciales, la cabeza perfectamente enmarcada por el cabello rubio dividido en dos mitades. Cané destacaba además, la sencillez severa y elegante, la tranquilidad del paso. En síntesis, hablábamos de mujeres angelicales, espiritualizadas aún cuando se tratara de las cortesanas de Cremorne que frecuentó en su viaje de 1870. En las antípodas de la representación estética de la mujer inglesa, Cané describe, en los siguientes términos, a las mujeres negras de la Martinica:

Había en la plaza unas quinientas negras, casi todas jóvenes, vestidas con traje de percal de los colores más chillones: rojos, rosados, blancos. Todas escotadas y con los robustos brazos al aire; los talles fijados, debajo de la axila y oprimiendo el saliente pecho(...) La cabeza cubierta con un pañuelo de seda(...)Esos pañuelos eran precisamente los que herían los ojos: todos eran de diversos colores; pero predominando siempre aquel rojo lacre ardiente, un amarillo rugiente, un violeta tornasolado(Cané, En viaje 104)

La mirada sigue a esas mujeres y destaca sus trajes de larga cola, que dejan descubiertos los pies, siempre desnudos. A las observaciones recogidas por la vista,

se suman las impresiones del olfato que actúa como barrera social frente a estas transportadoras de carbón hasta las calderas del barco. El único alimento que reciben es el de la música rítmica del tambor, a cuyo son trabajan. En el descanso, el ritmo del tambor cambia y las mujeres bailan frenéticamente. La escena textualizada desborda de sensualidad. Se trata de *"mujeres enloquecidas"* que *"han perdido todo pudor"*(Cané 107). Abundan los elementos descriptivos que connotan los movimientos: *"contorsiones híbridas"*, *"caderas dislocadas"*, *"culebros"*, *"oscilaciones"* que son incitación a la sensualidad(Cané 108). De pronto, en medio de la danza las figuras humanas se transfiguran y son desplazadas hacia lo animal e instintivo:

Gritan **gruñen**, se estremecen y, por momentos, se cree que esas **fieras** van a tomarse a **mordiscos**. Es la bacanal más **bestial** que es posible idear, porque falta aquel elemento que purificaba hasta las más inmundas orgías de las fiestas griegas: la belleza. No he visto nada más feo, más repulsivo que esos negros sudorosos, me daban la idea de **orangutanes bramando** de lascivia(Cané 108)¹²⁸

Si la modernización trae frutos *"indeseados e incomprensibles"*(Terán 19)¿cómo definir este espacio natural que para Cané, indudablemente, tampoco se constituye como un paraíso absoluto?

Los capítulos siguientes, en los que relata sus experiencias en suelo tropical sudamericano se cargan de un valor épico. La más sutil ironía de Cané está presente en las descripciones de las prácticas humanas tales como las comidas colombianas, los hoteles de la selva, y a esta actitud se le une, reiteradamente, el asombro de quien se sabe intérprete de una naturaleza que es absolutamente desconocida para los lectores argentinos. El viajero nos presenta los mosquitos, los yacarés, los frutos tropicales más desconocidos, una humanidad *"desnuda"*, *"de aspecto salvaje"*(Cané 166) que vive en el primitivismo y en una apatía increíble,

¹²⁸ La negrita la hemos puesto nosotros para acentuar las notas descriptivas.

donde no hay modo de satisfacer las necesidades pues, *"el dinero no tiene atractivo para esa gente"*(Cané 167).

Podríamos señalar y multiplicar los ejemplos. Quizá resulte más interesante señalar la posición de Cané frente a esta realidad que le permite acercarse hacia su propio destino: Bogotá, un espacio civilizado, pero en medio de la selva. La posición de Cané destaca su dimensión heteroglósica de viajero, *"su conocimiento no se obtiene sólo de la sensibilidad y poder de observación"* sino *"de la interacción y la experiencia básicamente manejada por otros guías quienes de algún modo trabajan desde su propio conocimiento del mundo"*(Pratt 136)¹²⁹.

Mencionamos al iniciar este apartado que la experiencia "sudamericana" de Cané podía ser considerada en tres etapas: la última coincide con su estadía en Bogotá. Merece la pena que nos detengamos en una serie de consideraciones.

La ubicación de Bogotá no es para Cané la más propicia debido a su condición de ciudad interior. Está en medio de la selva. Llegar a ella demanda aproximadamente un mes de viaje. Por lo demás, la impresión de la ciudad es desagradable. Sin embargo, Cané reencuentra signos de sociabilidad: la música, el cultivo de las letras, la preocupación por la lengua. Su mirada civilizadora se desplaza hacia el futuro. Como en el caso de las pampas argentinas, la solución que propone es la inmigración:

El porvenir de Colombia es inmenso, pero desgraciadamente remoto. Será necesario que el exceso de población europea llene primero las vastas regiones americanas aun despobladas, que atraen la emigración en primer término por analogía del clima y las facilidades del transporte, para que la corriente tome el rumbo de Colombia. ¿Cuántos años pasarán antes de que se llene el far-west del norte o las dilatadas pampas argentinas, sin contar con la Australia y el norte de África? Pero, si ese porvenir es remoto en el sentido de una transformación definitiva, no lo es respecto a los progresos inmediatos que lo acelerarán.(...) Los gobiernos se preocupan ya de la necesidad de hacer todo género de sacrificios para dotar al país de un sistema regular de vías de comunicación, sin las cuales las riquezas nacionales serán eternamente desconocidas(Cané, En viaje 221).

¹²⁹ La traducción es nuestra

Observamos pues que, si el legislador de 1904 ,al enfrentarse con la problemática generada por la inmigración estuvo *“dispuesto a pagar un precio que no condice con los principios de fraternidad universal de que se jacta el liberalismo pero que es la ley más cómoda y útil que conozco”*¹³⁰(Terán 64), el embajador argentino en tierras de Colombia, el Cané de 1884 todavía creía que el único modo de transformar tierras improductivas en riqueza, el único modo de civilizar la selva era la inmigración, es el *“transporte del piano”* al corazón del mundo americano.¹³¹

3. 4. Panamá- Estados Unidos de América: predicciones de Cané.

Los espacios unidos por nuestro título no aluden a un error de ubicación geográfica sino que testimonian el enfoque que Cané realiza sobre las regiones involucradas en su itinerario, que realmente lo traslada de un punto al otro. Para Cané, el canal de Panamá no es sino los Estados Unidos de América y su texto da cuenta de ello. Toda esta parte de su relato de viajes está centrada en el análisis del imperialismo creciente de la gran república del norte que Cané contrapone con el imperialismo inglés. El cierre del capítulo, la escena en que Cané observa absorto el embarque de toneladas de bananas rumbo a los Estados Unidos, no es sino la rúbrica de una mirada que advierte los intereses expansionistas de nuestro *“hermano mayor americano”*.¹³²

¹³⁰ Terán incorpora, en estilo indirecto, las palabras con que Cané presenta su proyecto de ley para controlar la permanencia de inmigrantes en el país. La frase, como un artículo anterior referido a una ley semejante vigente en Francia, pone de manifiesto la conciencia de su autor de que ese proyecto de ley alteraba ideas que habían sido, de algún modo vertebradoras del pensamiento liberal. Por otro lado, adviértase la evolución del pensamiento de Cané.

¹³¹ Nos referimos a una escena intercalada por Cané en el relato de sus experiencias sudamericanas. Nos parece casi emblemática. Los colombianos aman la música del piano y para poseer un instrumento deben trasladarlo con gran riesgo y costo, prácticamente de modo manual y sobre los torsos desnudos de los indígenas contratados para tal fin. El traslado del instrumento simboliza, de algún modo, el traslado de la cultura europea que podría lograr la inmigración masiva. Ver la descripción de Cané en las páginas 203 y 204 del libro que nos ocupa.

¹³² La problemática Argentina/Inglaterra/ Estados Unidos se prolonga , con variantes, durante todos el siglo XX. El Alte. Oliviera, embajador en las Naciones Unidas, del gobierno surgido del

La apertura del canal de Panamá y la explotación del banano son dos imágenes absolutamente equivalentes que representan las tensiones que hacia 1880 generaban las apetencias expansionistas de los Estados Unidos de América y su pretensión de erigirse en árbitro de todo el continente americano.

Cuando Cané parte de Colombia para hacerse cargo de una nueva misión diplomática, piensa en tomar en Barranquilla un vapor español, pasar a La Habana y de allí a Nueva York. Lo avanzado de la estación y su interés por conocer las obras del canal de Panamá lo hacen desistir del plan inicial y se encamina hacia la ciudad de Colón, paso obligado hacia las obras aludidas. El canal representa en el texto -y de hecho en la realidad de fines del siglo XIX- una de las más desafiantes empresas de la modernidad. El autor del relato advierte con perspicacia la envergadura del desafío y observa, con acierto, que la tarea no es sino un testimonio más de la actitud progresista que no acepta las limitaciones impuestas por "*ciertos caprichos de la naturaleza*"(Cané, *En viaje* 383) como lo ha demostrado la construcción de los canales de Corinto y de Suez.

Opuesta a la mentalidad griega antigua que consideraba sacrílega la intención de establecer puentes que unieran lo que los dioses habían separado, la mentalidad moderna empujada por el "*portentoso desenvolvimiento comercial del mundo de Occidente*"(Cané, *En viaje* 384) no acepta restricciones ni oposiciones a sus proyectos transformadores. Es la era de lo posible.

Las consideraciones de Cané sobre el tema aunque lo desvían del tono general de la obra y le demandan la incorporación de fragmentos textuales fuertemente argumentativos, ponen de manifiesto las hondas preocupaciones políticas del autor, aunque aparezcan transfiguradas por el discurso literario. En

movimiento de 1955, señalaba como un error del gobierno liberal de los 80, la orientación hacia Inglaterra(la "Vieja metrópoli") en lugar de girar hacia la potencia claramente emergente(E.E.U.U.). Sirva este dato como muestra de la persistencia de la problemática.

realidad, la visita al Canal de Panamá, es el pretexto que le permite exponer una decidida posición contra los mecanismos que comenzaban a posibilitar lo que años más tarde José Martí llamaría "*la segunda colonización*". Cané se diferencia del escritor cubano en su encendida defensa de nuestros lazos económicos y culturales con Europa.

Comienza Cané por una observación de las condiciones pestilentes del emplazamiento de las obras que había determinado el aumento del gasto presupuestado. La inadaptabilidad de los europeos, el desinterés de las empresas por la contratación de chinos considerados por muchas voces la única mano de obra capaz de resistir las condiciones climáticas hostiles y la incapacidad laboral de los sudamericanos constituyeron los primeros obstáculos que se debieron vencer. Se creyó encontrar una solución moderna por excelencia en el uso de grandes máquinas excavadoras, pero las lluvias copiosas también dificultaban su accionar.

A las resistencias de orden natural debieron sumárseles las trabas que el ingeniero francés Lesseps encontró en el plano de la administración y el funcionamiento gubernamental. Una vez más, Cané critica al imperialismo inglés cuyo egoísmo trababa todo avance que no fuera en beneficio de la manutención de su situación de predominio. Hobsbawm en *La era del capitalismo*, afirma que durante todo el siglo XIX el crecimiento económico supuso una lucha continua y sin cuartel que animaba a unos y desanimaba a otros. Es, posiblemente, una situación de esa índole a la que alude Cané, al reconstruir, casi épicamente, las luchas del ingeniero francés:

Es la perseverancia para habituar el espíritu público a encarar una empresa de tal magnitud con serenidad, con las vistas positivas de un negocio fácil y rápido; es la tenacidad de su lucha[la de Lesseps] contra la Inglaterra, la eterna rémora de todos los progresos que, en la engañosa estrechez de su mirada egoísta, cree ver en ellas comprometidos sus intereses. ¡La experiencia de Suez se ha embotado contra la implacable resistencia británica, y dentro de diez años se leerá con indecible asombro el libro que acaba de publicarse, en el que los hombres más notables de Inglaterra declaran un peligro para su independencia la perforación del túnel de la Mancha! ¡Tal

así, vemos hoy el artículo sarcástico con que el *Times*, burlándose de Stephenson que pretendía recorrer con su locomotora una distancia de veinte millas por hora! (Cané, *En viaje* 385).

Los obstáculos fueron las primeras trabas puestas por los británicos. Inmediatamente después surgió la problemática de las garantías, y en esta instancia, Cané visualiza una Inglaterra, que consciente de una posición hegemónica acechada hacia fines del siglo XIX por la poderosa república norteamericana, se manifiesta decidida a defender su preponderancia.

A partir de esta interpretación Cané desenmascara su propósito y abandona las críticas hacia Gran Bretaña, que luego de su experiencia norteamericana será reivindicada como único *"faro de la libertad universal"*(Cané, *En viaje* 430)¹³³, y centra su atención en las pretensiones expansionistas de los Estados Unidos de Norteamérica. En estas reflexiones que el propio autor ha juzgado apartadas del tono del resto del libro¹³⁴, Cané introduce el relato del expansionismo en sus diversas narraciones o versiones: la doctrina Monroe, Blaine y la convocatoria al Congreso Interamericano que tendría que reunirse en 1882. Frente a las narraciones americanas, Cané abiertamente opta por la narración europea.

Fundamentalmente, se ocupa de la desmitificación de la doctrina Monroe, que para él no es más que la *"afirmación de la influencia norteamericana en vez de la influencia europea, el comercio americano en vez del europeo, la industria*

¹³³ Me refiero a la evaluación final que hace Cané del mundo yankee. No cree- y en esto se aparta del maestro Sarmiento- que *"la luz norteamericana esparza sus raudales de claridad sobre la humanidad entera"*(430) Por el contrario, reafirma su adhesión a Inglaterra como foco de civilización y libertad: *"Si un faro hay, persiste aún bajo las bóvedas de Westminster y el egoísmo inglés es su mejor guarida"*(Cané, *En viaje* 430).

¹³⁴ Cané mismo advierte el cambio de propósito de su texto y aclara: *"Vamos por partes. Noto que salgo por un momento del tono general de este libro de impresiones, en el que sólo he querido consignar lo que he visto y sentido en países casi desconocidos para nosotros. Pero como la cuestión(...) toca no ya al interés del momento, sino a la marcha constante de la política americana, no creo inoportuno consignar aquí las ideas que un estudio detenido me permite considerar como las más sanas y convenientes para todos"*(Cané, *En viaje* 395).

americana en vez de la de Europa”(Cané, *En viaje* 397¹³⁵). No duda en afirmar que la doctrina Monroe representa un deseo legítimo, propio de un patriotismo egoísta y ambicioso que el autor hábilmente contrapone al relato de la amistad, cooperación y benevolencia europea:

Ella y sólo ella[Europa] puebla nuestros desiertos, compra y consume nuestros productos, reemplaza las deficiencias de nuestra industria, nos presta dinero, su genio y su ciencia...es en una palabra artífice de nuestro progreso (Cané, *En viaje* 398)

En consecuencia, para el viajero argentino nuestra posición debe imitar la habilidad política de los ingleses(“ *echar manos y luego cambiar notas*”)(399) atendiendo sólo a nuestras conveniencias comerciales y culturales. El texto realiza una lectura en contrapunto de la realidad: aunque Cané advierte la trampa del imperialismo norteamericano así como el egoísmo británico, se decide por la continuidad de la protección europea, situación que no puede sorprendernos dada la dependencia económica que la Argentina mantenía en ese momento, fundada particularmente en el intercambio comercial con Inglaterra, seguido por el que realizaba con otros países europeos como Alemania, Bélgica, Holanda, Francia e Italia.¹³⁶

Uno puede detractar -como lo ha hecho gran parte de la crítica- la posición ciertamente “eurófila” de Cané, pero no deberíamos dejar de advertir que, en 1882, el texto *En viaje* representa, de algún modo, las transformaciones políticas del llamado pacto neo-colonial. Extensas zonas de Latino-América asistieron al pasaje de una dependencia absoluta de Gran Bretaña hacia una dependencia de la nueva metrópoli(Estados Unidos de Norteamérica). Cané advierte que las diferencias no

¹³⁵ Si en la “Introducción”de *En viaje* destacamos una nota oriinal en Cané al reclamar la relación entre los pueblos latinoamericanos, en su negativa a aceptar el predominio norteamericano se puede observar, por un lado, una acertada captación de los perjuicios que ello implicaría. Por otro lado, no podemos dejar de advertir, que se insiste en la relación con las vías ya consagradas y consuetudinarias.

¹³⁶ Cfr. Beatriz Solveira, op.cit.

son sólo económicas sino también histórico-culturales. Manifiesta, sin reparos, su actitud contraria a esta innovación que había sido aceptada por otros políticos argentinos del momento.

Cuando al finalizar su experiencia norteamericana pone en duda la intención de la nación del norte de participar a Latinoamérica los valores de libertad y democracia, hace una lectura anticipada y crítica de la transformación que toda la región sufrirá en las primeras décadas del siglo XX.

Antes de abandonar el territorio colombiano, Cané advierte otra forma de penetración colonial: la explotación del banano, nueva forma de dominio que supuso la instauración, a instancias de la metrópoli del norte, de economías de monocultivo (“*los propietarios han contratado inmensos plantíos y en el día no se ven sino bananeros repletos de frutera a lo largo del ferrocarril*”)(Cané, *En Viaje* 403)). Advierte incluso, sobre la instauración del “*imperio del banano*”¹³⁷, que consistirá de hecho en el gobierno desde Boston de extensas regiones de América Central, Puerto Rico, Haití y Santo Domingo.

Varios historiadores del período afirman que la etapa del intervencionismo norteamericano comenzaría con el conflicto producido a raíz de la deuda venezolana, en 1902.¹³⁸ Si bien el suceso señala un hito que asiste a la emergencia de tensiones que estaban latentes, es de destacar la percepción y el conocimiento que sobre el tema manifiesta Cané, posiblemente como fruto de su estrecha amistad con Roque Saenz Peña, nuestro representante en la Conferencia Panamericana de 1889-1890. El interés que Cané manifiesta por la cuestión no fue pasajero, como

¹³⁷ Cfr. Pp.401 a 405 de *En viaje*.

¹³⁸ Ver Tulio Halperín Donghi *Historia Contemporánea de América Latina* Op. Cit. Pp.283-286 principalmente sobre este tema.

lo demuestra un escrito póstumo de Cané en el que vuelve sobre el tema.¹³⁹ Entre 1882 y 1884, Cané abre su mirada y observa una situación que, en ese momento, dada su condición emergente, pasó inadvertida para otros.

Su estadía en Colón se limita a un solo día. Impulsado por la pésima calidad de los hoteles, se embarca en el navío *Alene*, de bandera inglesa. El buque resulta ser un compendio de "*lo malo del sistema inglés*"(404): mala comida, mala bebida, antipatía del capitán.¹⁴⁰

Si Panamá/banano son las dos imágenes con que Cané representa el expansionismo y el nuevo imperialismo americano, su breve visita a Nueva York explicita las causas por las que prefiere seguir abrazando "*la narrativa de la amistad europea*". Si el imperialismo inglés era representado como egoísta y codicioso, con el correr de los años participaba al mundo sus conquistas, mientras que - la mirada absorta de Cané, en este punto se aparta abiertamente de su maestro/guía Sarmiento- la nación norteamericana es un coloso que avanza sobre Sud-América, al ritmo descomedido con que se desplazan las gentes de Nueva York o los ferrocarriles norteamericanos.

La imagen representativa de Nueva York constituye quizá el ejemplo más claro de la relación tensa y conflictiva que Cané tuvo con la modernidad. Nueva York es una ciudad sin pasado: "*Todo nuevo, todo fresco, todo rozagante*"(Cané, *En viaje* 412). Es la corporización del afán de cambio propio del siglo XIX, así como de la

¹³⁹ "La última página de Cané". Prólogo. "*Derecho público americano*" En: *La Nación*. 7 de septiembre de 1905. p.5. Se trata de un texto en el que Cané reivindica una vez más los criterios que aconsejan la oposición a la doctrina Monroe y propone "*no hacer alianzas que de algún modo negocien la hospitalidad del suelo argentino*"(Cané, *Última* 1)

¹⁴⁰ Las mismas notas destaca Eduarda Mansilla en *Recuerdos de viaje*. El libro de Eduarda fue publicado en 1882. En el *Anuario bibliográfico* del año siguiente, Alberto Navarro Viola lamenta "*el poco ruido que se ha hecho en torno a esta publicación*"(Navarro Viola, 129.) Me inclino a pensar que Miguel Cané leyó los relatos de Eduarda acerca de su viaje a los Estados Unidos de Norteamérica y que hizo uso profuso del texto. La descripción de la llegada a Nueva York y de la figura del *policeman* son absolutamente coincidentes. ¿ Simple coincidencia o intertextualidad?

creciente valorización del dinero. El norteamericano carece -para Cané- de espiritualismo, no se interesa por la utopía ni por el arte porque su valor fundamental es el dinero: *“La preocupación del dinero predomina sobre todas”*(Cané, *En viaje* 419). La concepción de la vida norteamericana los impulsa a la consecución del mayor bienestar material que puedan conseguir, y ante este propósito, se subordinan todos los otros valores.

El autor, que deploraba en Colombia la falta de ambición de los nativos; que añoraba en los empleados de la empresa constructora del Canal de Panamá el deseo de progreso; el joven que en 1870 criticaba el tradicionalismo ancestral inglés advierte, ante la materialización “estilo yankee” de los ideales modernos, la falta de otro tipo de valores y se repliega hacia Europa. Nunca como en Nueva York, Cané corporiza las contradicciones propias del hombre moderno. Muchos de los cambios que él y su generación han propiciado están ante sus ojos, sin embargo, enfrentado con los frutos concretos del tan ansiado progreso, Cané se refugia en la búsqueda del pasado. La misma actitud tomará más tarde frente a la inmigración.

Mientras camina por las calles neoyorkinas y se desplaza por ese *“museo de artes incoherentes”*(425) anhela encontrar una encrucijada desaparecida, un viejo balcón, *“un mármol ennegrecido por el tiempo que serena”*(417). Añora, en fin, la belleza que el utilitarismo y la practicidad yankee han aniquilado y uniformado. Deduce de esta situación, un nuevo argumento para sustentar su oposición al predominio norteamericano: cuando la Argentina dispute su lugar a los Estados Unidos -porque en 1882, varios intelectuales creían que Argentina estaba llamada a ocupar un lugar hegemónico en América- tendría a su favor la distinción y la elegancia que nuestra mayor receptividad de lo europeo había garantizado.

Considero que este análisis realizada por Cané sobre Nueva York, nos puede auxiliar en las consideraciones finales acerca de las contradicciones observadas en el autor. Las ambivalencias patentes en el texto *En viaje* nos permiten en primer lugar, relativizar afirmaciones contundentes acerca de los hombres del 80 y sus posiciones frente al progreso; en segundo lugar, nos autorizan a afirmar que las impugnaciones a algunos aspectos de la modernización, ya pueden hallarse tempranamente mucho antes de los sucesos que harán crisis en los 90. La modernidad se presenta ante Miguel Cané en 1884, como algo maravilloso, asombroso y al mismo tiempo pavoroso. Marshall Berman, en su libro *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, sintetizó, del siguiente modo estas características de la modernidad:

Ser modernos es vivir una vida de paradojas y contradicciones(..).Es ser, a la vez, revolucionario y conservador: vitales ante las nuevas posibilidades de la experiencia y aventura; atemorizados ante las profundidades nihilistas a que conducen tantas aventuras modernas(Berman XII).

El espíritu de transformación que no se detiene ante nada caracteriza a la Nueva York que se presenta ante los ojos admirados de Cané. La modernidad parece el camino más directo hacia el bienestar de muchos pero a su paso, aniquila *“todo mármol ennegrecido por el tiempo que serena”*.

Una última apreciación. Me he detenido en los espacios descritos y en las distintas zonas presentadas por Cané en este, su más significativo relato de viajes. Si lo colocamos bajo la luz arrojada por el relato de 1870, advertimos que Cané ha ido modificando su percepción de los espacios y se ha desplazado desde una mirada ávida de copiar modelos europeos hacia una postura que, tras descartar el modelo moderno de los Estados Unidos, intenta proponer a Latinoamérica como el futuro posible y estimable, en el cual se unan -como lo ha logrado Inglaterra- los ideales de igualdad y justicia con los de refinamiento y *“elegancia de espíritu”*. Es

este el sentimiento y la convicción que predominan en él cuando en 1883 escribe la “Introducción” al texto y llama a los americanos a descender *“a lo más íntimo de su ser, donde palpita un átomo del alma de su pueblo, que la consulte y luego de constatar sus pulsaciones vigorosas, se atreva a negar que está pronta a todas las evoluciones que puedan llevar a la cumbre”*(Cané, *En viaje* 22).

3.5. Lucio V. López y sus Recuerdos de viaje .

En diciembre de 1944, Ángel Acuña publicó en *La Nación* una serie de artículos en los que abordaba los inicios de la crítica literaria argentina, en el período correspondiente a la generación del 80. La entrega publicada el 3 de diciembre se dedicaba a precisar los aportes de Lucio V. López, encuadrados dentro de los logros de los hombres de su época. El crítico advertía que los distintos autores -mencionaba a Miguel Cané, Calixto Oyuela, Víctor García Mérou, Paul Groussac, Lucio V. López- *“representan formas y caracteres diferentes de asimilación y fusión de elementos más o menos idénticos”*(Acuña 1) y señalaba particularmente a López, como el autor más vinculado desde la infancia con la historia y la literatura inglesas. Efectivamente, tanto en sus relatos de viajes como en su posterior novela *La gran aldea*, de la que nos ocuparemos en otra sección de nuestra investigación, se pueden rastrear alusiones que ponen de manifiesto esta afinidad.

Corría el año 1880 cuando Lucio V. López se embarcó rumbo a su experiencia europea. Según los críticos biográficos, Vicente Fidel López anhelaba que su hijo Lucio completara su formación –iniciada en un colegio inglés de Montevideo y continuada en la Facultad de Derecho de Buenos Aires- con un viaje a Europa, y aún sin haber visitado personalmente el Viejo Continente diagramó guiado

por sus lecturas, el itinerario formativo que debería seguir el hijo.¹⁴¹ Más allá de esta perspectiva biográfica, correspondería destacar que Lucio había participado activamente de la campaña en favor de la candidatura de Sarmiento¹⁴², por lo tanto, el clima enrarecido de la capital porteña le habría aconsejado, hacia mediados de año, su distanciamiento.

Al iniciar el viaje se comprometió con *El Nacional* para enviar correspondencia que apareció publicada periódicamente. Más tarde reunió las epístolas en un tomo titulado *Recuerdos de viaje* impreso en los talleres del mismo periódico y publicado en 1881. El texto mereció una durísima crítica de Alberto Navarro Viola, quien en el *Anuario Bibliográfico* correspondiente al año 1882, inicia su reseña calificando como incorrectísima dicha edición. El crítico objeta, fundamentalmente, la composición del relato y la posibilidad de incluirlo dentro del género al que aspira a pertenecer:

La mayor parte de los capítulos de esta obra fueron publicados en *El Nacional* en forma de correspondencia de donde resulta que **carece por completo de unidad** y no responde tampoco a su título; porque los estudios políticos o de crítica teatral que se estractan de los últimos libros no forman propiamente recuerdos de viaje. Por lo demás, todo Lucio V. López está en esta colección narrada, con su vivacidad habitual, su colorido peculiar, con sus caracteres de profundo observador (Navarro Viola 391)

Luego de esta semblanza tan elocuente, rescata –de modo individual– algunos de los capítulos de la obra, en especial, el retrato de Don Poliodoro y la descripción de las cámaras inglesas.

Las objeciones de Navarro Viola dan cuenta de un libro de viajes donde se antepone la subjetividad a la descripción de los espacios. Si, como afirmábamos al comienzo de este capítulo, un libro de viajes supone una secuencia mínima de

¹⁴¹ Confrontar: “ Vicente Fidel López, historiador y padre” de E. Piccirilli y “Tres eminentes argentinos” de Guillermo Madero.

¹⁴² Ver fundamentalmente el diario *El Nacional* correspondiente a los primeros meses del año 1880. Cuando estalla la confrontación entre Carlos Tejedor y Julio Roca, el periódico lanza la candidatura de Sarmiento que – como “*candidato de transacción*” –es apoyado por varios jóvenes, muchos de los cuales, más tarde adherirían a la política roquista. Entre ellos, se encuentra Lucio V. López. Ver en los ejemplares correspondientes al 29 de marzo de 1880, 12 de abril de 1880, las convocatorias realizadas por el *Centro de Juventud*, cuyo presidente honorario es Lucio V. López, para proclamar la candidatura de Sarmiento en asamblea general de la asociación.

partida, aventura y regreso, el primer capítulo titulado “*En el mar*”, fechado el 18 de mayo de 1880, cumple con la descripción de la partida. Sin embargo, la última epístola incluida en el texto nos escamotea las secuencias el regreso, que ni siquiera es aludido.

Pese a estos desajustes, el texto participa, en gran medida, de otra característica constitutiva del relato de viajes que es lo que hemos denominado su “*destino hacia la cultura de procedencia*”, cualidad que se manifiesta en la reiterada descripción de costumbres, usos y lugares que el viajero considera que serán desconocidos e interesantes para el lector porteño. Cuando Navarro Viola señala que los estudios políticos y de crítica teatral no forman propiamente recuerdos de viajes, le está demandando a López el encuadre dentro de un canon descriptivo del género “relato de viajes”, que evidentemente, el texto rehúsa aceptar. López, por el contrario, parece creer interesante exponer al lector de *El Nacional* cómo se asiste a un teatro inglés, qué lo diferencia de un teatro francés o cómo se cuida de los gorriones en la capital de Francia.

Aunque “*rara avis*” dentro del panorama de la literatura de viajes argentina, *Recuerdos de viaje* participa de una tendencia que, en otras literaturas nacionales, el género empezó a manifestar hacia fines del siglo XIX. Los editores generales del *Cambridge Companion to Travel Writing* correspondiente al año 2002, afirman que la modernidad -más allá de las controversias que la palabra genere- “*supone siempre ideas de movimiento e individualidad que se transmiten en un nuevo discurso de viajes caracterizado por el subjetivismo*”(Hulme 7¹⁴³).

En general, se advierte que en el período que se extiende desde 1880 hasta 1940, la escritura de viaje deviene una forma más subjetiva de expresión, más

¹⁴³ La traducción es nuestra.

cercana a la memoria que al tratado científico, y en este aspecto, el texto de López sería un caso paradigmático:

El período que se extiende desde 1880 hasta 1940 asistió a este cambio. Hubo un desplazamiento -lo mismo que ocurrió en la literatura abiertamente imaginativa- desde el texto realista, generalmente caracterizado por un fuerte propósito didáctico o, en algunos casos moral, hacia un estilo más impresionista con el interés focalizado tanto en las respuestas del viajero hacia los lugares que recorre como en la conciencia de sus viajes (Carr 74) 144.

Efectivamente, Lucio López nos enfrenta con esta modalidad subjetiva del relato de viajes que pone en segundo término la intencionalidad descriptiva y prioriza las impresiones y la anécdota. Aunque Navarro Viola lo desapruébe, el narrador de estos “recuerdos” se atreve incluso a presentarnos un capítulo entero dedicado a relatar la ascensión al Monte Blanco, aventura que se da sólo en el plano de los sueños (*“La ascensión del Monte Blanco”*). En este caso la narración se pone al servicio no de la descripción del espacio sino de la presentación de los deseos incumplidos por el viajero.

David Viñas, por su parte, enfoca desde otra perspectiva este texto que considera paradigmático del viaje estetizante, que a su juicio, es el predominante entre los *“miembros de la elite”* durante el período que se extiende desde 1880 hasta 1900. Su trabajo realiza, en primer lugar, una serie de consideraciones acerca de los motivos del viaje de López que, para el crítico, surge como una reacción frente al impacto inmigratorio que en 1880 había transformado Buenos Aires. En palabras de Viñas:

Lo que resulta fundamental para comprender las motivaciones profundas del viaje estético: el impacto inmigratorio en el Río de la Plata como mediata del programa liberal y la presencia y avance de una nueva clase social y su proyección sobre Europa. El viaje estético, por lo tanto, puede ser caracterizado como una actitud no sólo de distanciamiento sino de huida: Buenos Aires después del 80 se va tornando imposible: olores, chimeneas y gringos; a Europa, por lo tanto (Viñas, Literatura 43)

¹⁴⁴ La traducción es nuestra.

Dos objeciones me merece esta apreciación. La primera, de índole histórica. Aunque en 1880 comienzan a sentirse los impactos de las desprolijidades del programa inmigratorio puesto en marcha por los gobiernos liberales, son escasas las voces que en ese momento advierten sobre los frutos no deseados del programa. Merece señalarse la postura de Sarmiento, quien reacciona airadamente con motivo de la intención de la comunidad italiana de reunir un Congreso Pedagógico propio. Quien había sido el “*campeón de la inmigración*” manifestó durante los primeros años de la década del 80, su abierto desagrado ante un proceso que desvirtuaba el rumbo prefijado.¹⁴⁵ Sarmiento reclamaba la nacionalización política de los inmigrantes¹⁴⁶, la integración de los mismos a la sociedad y, hacia el futuro, le reclamaba a los gobiernos una política más selectiva. No obstante, de ningún modo se pronunciaba contra la inmigración.

Aunque Sarmiento insistiera sobre la necesidad de integración, y advirtiera acerca de los peligros de la atomización, los diarios de la época presentaban imágenes de una sociedad cohesionada. En este sentido, resulta representativa la noticia con que el diario *La Tribuna*, correspondiente al día 22 de mayo de 1880, comenta los festejos que tuvieron lugar en la ciudad de Buenos Aires al celebrarse el centenario del nacimiento de Rivadavia¹⁴⁷. La celebración contó con la participación

¹⁴⁵ Ver sobre esta cuestión el artículo de Fernando Devoto: “*El debate sobre la inmigración en la década del 80*”, 254-261. Sarmiento lleva adelante una campaña contra las escuelas de nacionalidades que se estaban estableciendo en algunos lugares, pues si esta tendencia prosperaba era posible que el país quedara “*roto en mil pedazos en pocos años*” (*Di Tella* 307).

¹⁴⁶ Sarmiento aspira a integrar al país a aquellos extranjeros que fueran haciéndose, después de un tiempo de residencia, “*parecidos a la clase media loca*”. Rechaza sobre todo, la nacionalización automática de extranjeros basado en el resultado negativo que la misma había tenido en los Estados Unidos. Ejemplifica los trastornos producidos por tales medidas con el caso de los irlandeses en el Este de los Estados Unidos de Norteamérica. Propone estrategias a través de las cuales el Estado incentivara la “nacionalización voluntaria”.

¹⁴⁷ En el capítulo II, hemos planteado la significación que en la década del 80 se le concedió a la figura de Rivadavia. Hubo una fuerte corriente de revalorización de “*la feliz experiencia*” que se puso de manifiesto en los festejos del centenario de su nacimiento. En este marco, habría que inscribir el capítulo de *Recuerdos de viaje*, titulado “El centenario de Rivadavia en el Océano”. Allí, López hace una equilibrada valoración del “primer liberal” y afirma que “*Rivadavia y sus colaboradores, un*

de múltiples estamentos de la sociedad. El cronista los presenta jerárquicamente: el Gobierno nacional, los Ministros, los generales Mitre y Sarmiento, Senadores, Diputados, los miembros de la comisión del Centenario, representantes del Club Español, del Club Catalán y de la Sociedad francesa, los liberales, los orientales, los ingleses(que desfilaron con su bandera), los norteamericanos, los negros, las sociedades masónicas, los republicanos italianos, la Sociedad itálica de beneficencia, la Sociedad lusitana.

Hilda Sabato se refiere a este momento como *“una espléndida procesión cívica, imagen de Buenos Aires como espacio de ejercicio y exaltación de la vida pública y la actividad asociativa”* (163).

La noticia del periódico, parangonable en su actitud a tantas otras aparecidas en la misma época, pone de manifiesto que en 1880 -pese a la mirada profética de Sarmiento- todavía se estaba lejos de la posición despectiva hacia el inmigrante que recién se manifestó con energía a partir de 1884¹⁴⁸, año que abre, según James Scobie el período del pico inmigratorio que se extendió hasta 1889¹⁴⁹. Tanto el periodismo como la narrativa posteriores a ese año pondrán de manifiesto un cambio de perspectiva.¹⁵⁰ Por lo tanto, afirmar que en 1880, López se va de Buenos Aires huyendo del inmigrante y sus olores¹⁵¹ incita a una interpretación que termina resultando equívoca por su anacronismo.

programa liberal contra las instituciones y los gobiernos coloniales, fueron solamente liberales en los fines, pero absolutos e intransigentes en los medios.” (López, Recuerdos 25)

¹⁴⁸ Al referirnos a *Buenos Aires desde setenta años atrás*, hemos advertido que la presencia del inmigrante, en ese momento aunque percibida en su fuerza transformadora de la sociedad, no es vista como una amenaza.

¹⁴⁹ Confrontar: James R. Scobie *Buenos Aires, del centro a los barrios, 1870-1910. 17-49*. En el mismo sentido se manifiesta Manuel Bejarano quien aporta estadísticas y resultados censoriales que permiten advertir que, todavía en 1880, la presencia del inmigrante, aunque comenzaba a hacerse sentir no era vista como una fuerza desintegrante o amenazadora. Ver: *“Inmigración y estructuras tradicionales en Buenos Aires(1854-1930)”*.

¹⁵⁰ Una de las novelas más representativas de la posición denostatoria del inmigrante italiano, fundamentalmente, es *En la sangre* de Eugenio Cambaceres que es del año 1887.

¹⁵¹ Compárese, por ejemplo, la descripción que inserta Julián Martel en *La Bolsa: “El corazón de las corrientes humanas que circulaban por las calles centrales como circula la sangre en las venas, era la*

Nuestra segunda objeción al juicio valorativo de Viñas es de índole textual. No hay en *Recuerdos de viaje* expresiones que denoten la presencia del inmigrante en Buenos Aires. Es más, la ciudad es evocada, añorada pero no es descripta en su realidad de 1880. Por otro lado, cuando López, en este texto de 1880, se refiere a la problemática de la inmigración, plantea la cuestión manteniendo, en términos generales, los lineamientos que habían sido expuestos en las dos décadas anteriores por los llamados gobiernos liberales. Apenas aventura alguna crítica al modo como se ha instrumentado el proyecto.

Cuando después de varios meses de estadía en Europa, en la carta fechada el 31 de octubre de 1880 analiza la situación política de los países europeos, advierte la necesidad que esas sociedades tendrían de superar los conflictos sociales que iba generando la modernidad. López considera, en esa oportunidad, que América estaba llamada a recibir la inmigración y, con respecto a la Argentina, lejos de desalentar la posibilidad de recibir grupos de inmigrantes, reafirma las ideas liberales sobre la necesidad de poblar el vasto territorio argentino. Aún cuando proponga la corrección de errores que se hayan cometido en la concreción del proyecto, no transmiten sus palabras ninguna connotación peyorativa:

Si entre nosotros surgiera un hombre audaz y enérgico, que se lanzara de lleno a estudiar lo incompleto, lo primitivo y hasta lo absurdo de nuestro sistema de inmigración, que observara las enfermedades sociales que aquejan a muchos de los pueblos de Europa, y sobre todo, que pensara en que sólo la República Argentina puede competir en la América meridional con los Estados Unidos, en el aumento gradual de su población, ese hombre alcanzaría la inmortalidad. En cincuenta años podríamos tener ocho millones de habitantes. Esa suma que parecerá exagerada a los tímidos, es mirada

*Bolsa de Comercio. A lo largo de la cuadra de la Bolsa, y en la línea que la lluvia dejaba en seco, se veían esos parásitos de nuestra riqueza que la inmigración trae a nuestras playas desde las comarcas más remotas. Turcos mugrientos, con sus feces rojos y sus babuchas astrosas, sus caras impávidas(...); bohemias idiotas, hermosísimas algunas, andrajosas todas, todas rotas y desgredadas, llevando muchas de ellas en brazos niños lívidos, helados, moribundos”(Martel, 54). Más adelante, distingue una vez más al inmigrante inglés, aún al de condición humilde: “Y el cochero inglés, enfundado en su blanco capote de goma, que daba el aspecto de un hombre de mármol, señalaba, inclinándose sobre la portezuela, el mundo de carruajes que llenaba la plazuela de la Bolsa”(55). Recuérdese que *La Bolsa* se publica en forma de folletín en 1891.*

como modesta en Europa por los que echan una ojeada sobre nuestra carta geográfica y la naturaleza opulenta de nuestro suelo.

Nosotros con ocho millones de habitantes, podremos contemplar tranquilos los misterios que el siglo venidero guarda para los destinos de la Europa (López, Recuerdos 329).

El fragmento confirma, en 1880, la fe en el progreso aportado por los inmigrantes y está muy lejos de manifestar ideas de rechazo o de xenofobia. De acuerdo con lo anteriormente expuesto, disiento con la idea de considerar el rechazo al inmigrante como la motivación generadora de la actitud viajera de López. Al identificar como lo hace en ciertas secciones de su trabajo-inmigrante con burgueses parisinos o con turistas americanos, Viñas debilita lo que sí se me presenta como una acertada apreciación que el mismo crítico realiza en otra sección de su artículo y que apunta al meollo de cierto tono nostálgico y elegíaco que domina todo *Recuerdos de viaje*.

Considero que la actitud del gentleman de refugiarse en el pasado, en la búsqueda de los “*supuestos valores innatos*” se relaciona estrechamente con una posición –que fue la de muchos hombres modernos- de parapetarse en el pasado ante una realidad lábil y mudable. Frente a la movilidad y la metamorfosis de lo conocido, el viajero busca el “quietismo”, las “ruinas”, los espacios que hayan permanecido incólumes, los usos que permitan recuperar la poesía y el misterio que la racionalidad moderna iba desgastando.

Recuerdos de viaje aparece, desde esta perspectiva, como un texto que pone en escena la confrontación de discursos políticos, culturales e ideológicos que, de algún modo, trasuntan las ideologías imperantes a fines del siglo XIX. Años después, en 1905, el sociólogo Max Weber, al acometer la tarea de explicar el origen del capitalismo moderno, y teorizar a posteriori, las diferencias que él hallaba definitorias entre la sociedad moderna y la tradicional, subraya los modos diversos de captación del mundo y establece como características propias del hombre

moderno la racionalización, la secularización y la división de las esferas sociales que se concreta en la creciente separación de las instituciones humanas.

Una de las características de la modernidad más desarrolladas por Weber es la pérdida del encantamiento, lo que el sociólogo ha llamado *“el desencantamiento del mundo, la eliminación de la magia”*(Weber 148). El texto de López se nos presenta como catalizador de estos contrastes, que van apareciendo junto con el creciente avance decimonónico. Considero que una relectura desde esta perspectiva nos permitiría apreciar los aportes del autor e inscribir en ellos su visión de la sociedad británica.

3.6. López y la añoranza del pasado.

López redacta su primera epístola en pleno Océano Atlántico. Fechada el 18 de mayo de 1880, aparece en el discurso una nota que predomina en todo el texto: el tono elegíaco por un pasado que se ha perdido, la añoranza de la aventura, del riesgo, de las incomodidades que, aunque perturbadoras, eran el germen sobre el que se asentaba la poesía y la falibilidad ausentes en un presente prosaico y desencantado. La mirada de López sobre las circunstancias de la travesía es reveladora:

Cuando se sale del Plata y la nave asoma la proa en el Atlántico, lo primero que viene a la memoria es el recuerdo de los descubridores, de aquella falange de aventureros castellanos y portugueses que comienza, para nosotros con Juan Díaz de Solís y Diego García(...)

Don Juan María Gutiérrez me había contado muchas veces su pasaje por el trópico a bordo del *Edén* y yo había soñado una hipérbole bajo la influencia de los colores que mi viejo y llorado maestro empleaba para iluminar aquellos ágiles y elocuentes párrafos de sus conversaciones. Un bergantín elegante, con altos y gallardos masteleros, llevando en su seno a Gutiérrez y a Alberdi, dos protagonistas de la generación de 1835 que se estrenó bajo los paternales consejos de Echeverría(...) ¡ Oh, amado y sabio maestro! En el seno vibrante de este monstruo, que traga 50 toneladas de carbón todos los días y que muje como un bisonte, arrojando espuma por las fauces al hendir con la proa la rizada superficie del océano, yo no encuentro aquella región narrada por tu lengua escogida y vivificada por tus fantásticas memorias juveniles; paréceme encontrarme bajo los cristales empañados de un inmenso invernáculo (...) Los movimientos vibrantes del

hélíce llevan mi pluma al acaso sobre el papel como si fuera la aguja de un minuterero; la paciencia concluye, el ruido no cesa y la prosaica realidad de los progresos modernos del vapor, disipa de mi imaginación la sombra blanca de tu nave, mecida como un alción que, con las velas abiertas, espera el despertar de las auras dormidas (López, Recuerdos 10)

El vocabulario refuerza la antítesis entre los viajes de antes (azarosos, pero poéticos) y los de la sociedad progresista, que son calificados por el narrador como “*vida artificial*”, “*invernáculo*”. Incluso, la mención del viaje del *Edén*, arquetípico de toda la generación romántica, el itinerario de su maestro Juan María Gutiérrez y de Juan Bautista Alberdi, es representado como viaje “*hiperbólico*” cargado de toda la significación que una generación de exiliados le había agregado a la búsqueda de horizontes nuevos cuando toda libertad parecía clausurada en nuestra tierra. Este “plus” de significación que se adhiere al viaje del *Edén* acentúa el aura que rodeaba a la experiencia de antaño frente al confort burgués del viaje finisecular. En esta confrontación hay una huida que es sumamente contradictoria y que se va a manifestar en múltiples planos del texto: López huye hacia el pasado porque el presente ha aniquilado la poesía y la estética. Su descontento hacia los productos útiles pero artificiales y monstruosos de la revolución industrial (calderas y carbón opuestos a vela y “*bordadas de la nave*” que mareaban a todos los pasajeros) entran en abierta contradicción con su credo progresista. La imagen de la “*aguja del minuterero*” identificada con la pluma del escritor, incorpora la idea moderna del tiempo como elemento rector de las actividades humanas, del tiempo que se carga de valor productivo y, por lo tanto, aniquila con su prosaica presencia la imaginación del escritor-viajero. Esta es la gran distancia que separa -según López- su viaje en un barco de línea inglés del mítico viaje aventurero narrado por su maestro.

En este mismo capítulo, el viajero moderno busca el misterio perdido a causa de la mecanización, ya sea en la naturaleza contemplada con devoción desde la cubierta del barco, o en los espacios exóticos evocados por los marinos ingleses,

que recuerdan sus pasadas aventuras en distintos lugares del dominio imperial (la India, las Antillas, los mares de la China). *“No hay punto del globo que no hayamos visitado siguiendo el movimiento incesante de la lengua de nuestros ingleses”*, exclama el joven viajero.

La actitud idealizadora del pasado y de lo tradicional reaparece cuando, una vez arribado al Continente, prefiere recorrer ruinas y museos. Por ejemplo, en Lisboa, no dispone sino de cuatro horas para recorrer la ciudad y no duda en dirigirse al Carmo, antiguo templo gótico ocupado por el Museo de los Arquitectos. Lo moderno, en sus propias palabras, *“no pasa sino de la mediocridad”* (López, *Recuerdos 51*).

Idéntica dirección sigue su mirada cuando visita Glasgow, Edimburgo, Génova o París. En todos estos lugares distingue entre la ciudad pujante, cambiante y moderna y los barrios tradicionales. Aunque reconoce la inigualable eficiencia de los avances finiseculares, sus intereses lo llevan a buscar espacios que le permitan evadirse del ineludible desencantamiento que observa en las urbes modernas. Lo manifiesta abiertamente en su visita a París:

La ribera izquierda del Sena me ata con encantos irresistibles. Hay tal vez más luz, más aire, más lujo y más espacio en la avenida de la Ópera, en la Magdalena, en la plaza de la Concordia y en los Campos Elíseos, pero mis viejos conocidos, los amigos de mis primeros años, están allí donde se alza el domo magestuoso del Panteón, donde se abren las verjas del Luxemburgo, donde los muros vetustos de Cluny se ocultan del sol y del aire de los boulevards. (...)

Aquí vive el París digno de ser amado (145).

La tensión entre eficiencia y practicidad propias de la racionalidad moderna, enfrentada al arte entendido como producto de tradiciones ancestrales es abordada también por López en su visita a Suiza. Años antes, en un artículo aparecido en la *Revista Río de La Plata*, su padre, Vicente Fidel, había manifestado que *“la Inglaterra, la Suiza y los Estados Unidos son los tres pueblos modelo de la historia moderna”* (Vicente López, *Natureza del poder 243*) para afirmar, finalmente, que

“entre el Planeta y el Meteoro brilla también el pueblo suizo por la eficacia modesta de sus leyes”(245). Años después, su hijo Lucio erige como imagen vertebradora de toda su descripción de Suiza la de la colmena (*Recuerdos 211*). Fundada sobre la ganancia de dinero (*“pas d’argent, pas de Suisse”*, acota el viajero), la nación suiza es la única que -a su juicio- podría, si cambiara su ubicación geográfica, ser rival de Inglaterra. Suiza encarna la unión moderna de libertad y trabajo. Así lo expresa

López:

No hay pueblo libre sin talleres, sin escuela, sin esos grandes medios que hacen del hombre una fuerza deliberada y no un paria bueno para todo y para nada, un enfermo de empleomanía, que porque sus padres, el vecindario, la escuela, la sociedad, la patria, en fin no le dieron un oficio o una profesión, un brazo diestro para la fragua o un espíritu preparado para las altas creaciones, se ve en el caso de aspirar en toda la plenitud de sus fuerzas físicas y morales, al puesto improductivo del empleado, propio sólo en un país libre del inválido, del anciano y de la mujer(*Recuerdos 213*).

El párrafo es sumamente ilustrativo. A diferencia de las sociedades tradicionales¹⁵², el individuo moderno, cuya más acabada representación la constituyen los suizos laboriosos, persigue un amplio espectro de actividades especializadas. Distanciado en el siglo XIX de los orígenes calvinistas, la disciplina que lleva al logro obtenido con esfuerzo, la eficacia y, finalmente, el triunfo material son las características más destacadas por López quien no deja de advertir, sin embargo, las pérdidas o “alienaciones” que produce esta actividad tan altamente especializada y, por momentos, tan rutinaria. Si, como fruto del progreso y del bienestar imperante, surge una democracia sólida y casi universal(*“el último aldeano de las más pobres poblaciones del cantón conoce sus derechos, respeta y cumple conscientemente sus deberes”*)(*Recuerdos 216*), López advierte el aspecto sombrío de estos logros anhelados por los liberales porteños: la infecundidad de las bellas artes. He ahí el bien perdido por el hombre moderno; López se inquieta ante la

¹⁵² En el texto que nos ocupa este tipo de sociedades es representada fundamentalmente por las comunidades agrícolas de Irlanda, incapaces de generar nuevos modos de luchar contra la pobreza .

imposibilidad de compatibilizar arte y democracia que advierte tanto en la sociedad suiza como en la norteamericana¹⁵³. En este sentido, la posición de López es parangonable a la que Cané expresa en su experiencia norteamericana. Una vez más, el discurso de los hombres del 80 refleja las preocupaciones predominantes en su época acerca de cómo sublimar un mundo mecanizado, cómo propiciar la elevación y el aura sin las cuales el arte estaba destinado a desaparecer desplazado por los valores materiales que adquirirían creciente importancia.¹⁵⁴ López parece encontrar la compatibilización entre arte y modernidad, progreso y tradición en el refinamiento del mundo británico que será estudiado y representado desde múltiples perspectivas.

3.7. El mundo británico según López.

En el contacto con el mundo inglés, López focaliza -en esto se distancia de los otros viajeros que consideramos en este trabajo- no las grandes ciudades sino la campiña inglesa, el *"city- country"* donde cree hallar la *"esencia de la raza inglesa"*, lo británico por excelencia. En el texto de López campea siempre la idea de raza, de línea esencial, de origen *"pre-histórico"* de ciertas características propias de un pueblo. El siglo XIX fue afecto a estudiar los *"secretos de la fuerza propia de las naciones"* (Sarmiento(h) 680) al emprender la búsqueda anhelante de modelos exitosos que permitieran ser copiados.

López realizó varios intentos de búsqueda y su viaje a Europa revela, en muchos aspectos esta, ansiedad por encontrar paradigmas. Si como viajero novel

¹⁵³ El paralelismo entre estos dos modelos de estado democrático moderno era una constante en el pensamiento de Lucio López, posiblemente influido por las investigaciones de Vicente Fidel, quien, en más de una oportunidad, estableció las semejanzas. Confrontar, entre otros trabajos, el ya citado *"De la naturaleza y del mecanismo del poder ejecutivo en los pueblos libres"* en *Revista Río de La Plata*.

¹⁵⁴ Sobre este tema, ver aunque la autora se aplica sólo a las discusiones al programa de la revista Sur, el interesante artículo de Teresa Gramuglio *"Las minorías y la defensa de la cultura"*. Op. cit.

por el Viejo Continente, resonaba en sus oídos el nombre de Londres, sus lecturas le aconsejaron distanciarse de la gran urbe para ir a buscar la esencia de lo británico¹⁵⁵ en las ciudades interiores, en el hogar, en el “home”.

Aquí, me viene a la memoria el comienzo del influyente texto *El campo y la ciudad* de Raymond Williams que hace alusión, precisamente a la asociación que en inglés se da en la palabra “country” “que se utiliza tanto para referirse al país como a una parte de la tierra”(Williams, *Campo* 25) así como para designar un espacio del que “todos directa o indirectamente, obtenemos lo necesario para vivir. Son los logros de la sociedad del campo. Y uno de esos logros fue la ciudad”(25). Más tarde, estos dos espacios habrían atraído sobre sí una red de significaciones pero nunca se desplazó completamente la idea de que lo genuino, lo esencial estaba en el campo, aún cuando a esa esencialidad se le adhirieron notas relacionadas con el atraso, la ignorancia y la limitación. Muchas de estas asociaciones encuentran eco en la mirada que López arroja sobre la campiña inglesa.

Volvamos al itinerario de Lucio. Buscó darle la espalda a lo urbano moderno para caminar al encuentro de las tradiciones de la “gentry”, a través de los jardines inspiradores de Macaulay, Palmerston y Pitt, y hallar refugio en el inmovilismo -no paralizante- que garantizara la perduración de valores en una sociedad que había sido y continuaba siendo en 1880 uno de los motores del cambio occidental. López reconoce los beneficios de proponer el modelo inglés pues nadie podía identificar permanencia de valores con atraso en una sociedad que, en virtud de los avances industriales y de la creciente producción, manejaba los hilos del comercio mundial. Esta es la razón fundamental por la que le interesa adentrarse en el conocimiento de los mecanismos que ha usado para armonizar cambio y estabilidad:

¹⁵⁵ López identifica, por momentos, británico con inglés. En otros momentos, parece distinguir entre la idiosincrasia escocesa y la inglesa.

Southampton tiene dos fisonomías distintas: la moderna animada por el bullicio de los docks, a cuyos flancos se amuran los grandes steamers que vuelven de la India y zarpan para la Australia, y la antigua que mira melancólicamente al pasado de las viejas murallas sajonas y normandas y desde las ruinas solitarias de la abadía de Netley(60)

Unas páginas más adelante completa esta visión con el siguiente corolario:

Así bajo los muros de la edad media, el pueblo más libre de la tierra ejerce los grandes derechos de la soberanía popular(63)

Presente y pasado se interpenetran. La asociación de elementos propuesta por los fragmentos citados y mantenida a lo largo de todo su viaje por Inglaterra y Escocia, señala, en todo momento, la simbiosis entre modernidad y tradición que a López se le presenta como modélica y fecunda pues le ha permitido al pueblo inglés superar la atonía y la esterilidad artística que caracterizaba a otras sociedades hegemónicas. Al abrigo de las murallas y de las encinas milenarias, ha surgido en pleno siglo XIX el genio de Walter Scott imaginado por Lucio en un diálogo fecundo con William Shakespeare, creador, a su juicio, de la escuela teatral más novedosa de la tierra, que habría encontrado su fuente de inspiración en las mismas murallas.

De Southampton, López se traslada en tren(reaparición de la modernidad) a Winchester, que le permite reflexionar sobre otra problemática que -de una u otra manera- aparece reiteradamente en los textos del autor: el fanatismo católico opuesto permanentemente al presunto dinamismo y tolerancia protestantes. El motivo surge de la observación de dos grabados que *"debieron halagar el espíritu fanático de Felipe II"* y que *"la Reforma ha pasado con desdén"*(68). En muchas oportunidades -más adelante nos referiremos a otras- López identifica catolicismo con irracionalismo e intolerancia, y se inclina por la defensa de las iglesias cristianas surgidas de la Reforma que son calificadas como más racionales y modernas . En

este aspecto, como en tantos otros, se muestra un cabal intérprete de los presupuestos que imperaban a fines del siglo XIX.¹⁵⁶

Otro punto resulta digno de atención en la reconstrucción representativa realizada por López del mundo “esencial” inglés: familia, libros y parque¹⁵⁷ son el trípode sobre el que se asienta la raza inglesa, que a su juicio, merced a la interacción de esas fuerzas no ha sido altamente modificada. Es decir, en el proceso de renovación y fusión al que la historia somete a todo pueblo, López advierte que lo inglés privilegia la fuerza de la permanencia, la capacidad de fundir lo nuevo con lo tradicional. El *country* inglés se resignifica como centro de la raza y la herencia inglesas surgidas del hogar, la biblioteca y el parque. Fusión de espacio natural y espacio cultural, el jardín inglés se distancia tanto de la pampa bárbara de las repúblicas sudamericanas como de la urbe anónima, “*cuajada de gente y artificialmente alumbrada*”(75). En esta anhelante búsqueda de la esencialidad de la raza inglesa, es donde el lector puede encontrar una velada alusión al temor que genera en los “*patricios*” argentinos la posibilidad de la llegada masiva del advenedizo. Una vez más, Inglaterra es presentada como modelo donde “*los advenedizos y aventureros*¹⁵⁸ *jamás obtienen entrada ni éxito*”(Recuerdos 71) porque

¹⁵⁶ Desarrollaremos este aspecto unas páginas más adelante.

¹⁵⁷ Es interesante señalar que esta asociación entre el jardín inglés y la cultura estaba presente en varios textos de la época. Casi como curiosidad, podríamos mencionar un texto mucho más temprano escrito por Domingo Faustino Sarmiento en un escrito sobre “Palermo”. Fechado en 1852, acota lo siguiente: “*Cuando Rosas haya llegado a Inglaterra y visto á cada arrendador de campaña, farmer, rodeado de jardines y bosquecillos habitando casas de elegancia, amuebladas con aseo y comfort, sentirá toda la vergüenza de no haberle dado para más su caletre que para construir á Palermo. Oh! Cómo va a sufrir Rosas en Europa de sentirse tan bruto y tan orgulloso*”(Sarmiento, Palermo 62).

¹⁵⁸ Advertir que López no se refiere a “los inmigrantes” sino a cierta condición de ellos catalogada como “advenedizos o aventureros”. La identificación de estas categorías no aparece en los textos de López. En el periodismo porteño de la época se observa una distinción equivalente que evade, en general, la identificación entre inmigrante y advenedizo o inmigrante y haragán. Ver, por ejemplo, en *El Nacional* correspondiente al sábado 11 de marzo de 1878 una nota titulada, “La vuelta de la inmigración” en que el cronista, ante la alarma provocada por el regreso a sus países de origen de 700 inmigrantes se expresa en los siguientes términos: “*Esos no son más que haraganes y vagabundos que desacreditan la verdadera inmigración laboriosa y fecunda, y que en vez de traernos algo nos llevan la paciencia y el dinero que adquieren.(...) ¿Cómo es que los irlandeses que vienen al Río de la*

los hijos y los nietos “*heredan los talentos de los padres y los abuelos*”(70)En realidad, López se refiere a la existencia de “hombres de cultura”, “hombres representativos” que permitan aventar el temor creciente que el siglo XIX manifiesta ante las posibilidades de anarquismo social y moral que se advertía como producto no buscado de los procesos de democratización. En este sentido, en el mundo anglosajón la preocupación estaba instalada como lo permiten advertir textos como *On Liberty* de John Stuart Mill o *Anarquía y Cultura* de Matthew Arnold.¹⁵⁹

Consideraciones muy semejantes aparecen en la carta fechada el 20 de setiembre de 1880 en la que relata su segundo contacto con la tierra inglesa. López arriba a Glasgow, tras una breve detención en Londres, después de haber visitado París, Colonia, Coblenza, varias localidades suizas y Bruselas. Cada espacio ha sido considerado por el viajero como muestra de diferentes manifestaciones de la modernidad. El relato -empapado de bovarismo- titulado “Las anémonas”, aparentemente es una novelita que presenta escasa relación con los relatos de viajes y que autorizaría la crítica anteriormente mencionada de Alberto Navarro Viola. Sin embargo, tras su aparente desviación, esconde una puesta en primer plano de la lucha entre el utilitarismo burgués representado por el dueño de una pujante empresa dedicada al azogue de cristales, Antonio Barot y la poesía y el arte, que parecen encontrar su reducto en la bohemia parisina o en el reencuentro con los espacios de la campiña francesa, que en el relato pivotean alrededor de la figura del pintor Rodolfo Morin. Todo el texto trabaja con la oposición entre opacidad, “obesidad intelectual” , laboriosidad y consecución de riqueza frente a un mundo de

Plata, no necesitan del auxilio de los gobiernos para trasladarse a la campaña y fomentar admirablemente a la industria rural, convirtiéndose en pocos años de peones en ricos hacendados?”

¹⁵⁹ El debate acerca del papel que debían cumplir los “*hombres de cultura*” se interrelacionó con la polémica acerca del sentido de nación que debía predominar; muestra acabada de este último es, por ejemplo, la contestación periodística que Lord Acton realiza, en 1862, a un escrito de John Stuart Mill en el que éste afirmaba la imposibilidad de un estado de unir diferentes nacionalidades que carecieran de “*lazos de mutua simpatía*”.

sensaciones incomparables, distinción, delicadeza y belleza fugitiva. López, presenta la figura de Antonio Barot a través del uso reiterado del oxímoron pues es un opaco fabricante de rutilantes espejos (“Antonio era opaco como un espejo al revés”)(López 235), mientras que el opaco pintor del campo, resulta ser el brillante intérprete de la naturaleza soñadora de Luisa, la heroína. Si en el plano de la ficción ha presentado esta antítesis, no muy distante es lo que López observa en su representación de la realidad.

A su paso por París ha establecido una clara distinción entre el París moderno, cosmopolita (“es ruso, inglés y hasta alemán”)(*Recuerdos* 146) y el París que encuentra “digno de ser amado”(147). Los diferentes lugares que visita presentan síntomas de desintegración social, de fuertes contraposiciones, que hacen más acuciante la pregunta por el modo cómo pueden hallarse o “crearse” elementos de cohesión frente al creciente peligro de desintegración y fragmentación. Fundamentalmente, el fracaso a la hora de compatibilizar prosperidad económica y valores estéticos, preocupa a López.

En este estado de ánimo, realiza su segunda visita al Reino Unido. Arriba a Glasgow después de una breve detención en la capital inglesa. La mayor parte de la carta está destinada a rememorar sus experiencias viajeras por las tierras de Escocia.

Fiel a la preocupación que había desarrollado a medida que visitaba los distintos países y ciudades europeas, López se preocupa por destacar la capacidad británica de armonizar tradición y modernidad. En esta oportunidad, introduce una directa apelación al lector argentino:

Acostumbrados a ver el nombre de Glasgow solo en el dorso de los durmientes y en las popas de los buques que fondean en el canal exterior ¡Cuánto nos sorprende descubrir aquí que Glasgow es una de las más lindas ciudades de Europa! Si Buenos Aires tuviera una cuadra de Argyl o de Buchanam Street y la cuarta parte de sus parques, sería una

ciudad completa a pesar de sus viejos y monótonos barrios coloniales(López, Recuerdos 247).

Amén de la belleza natural y edilicia, Glasgow se sostiene no sólo por la innegable y pujante actividad económica sino por los aportes provenientes de los claustros de la vieja universidad. Parques, universidad y puertos son ahora los tres símbolos emblemáticos de la prosperidad. Sólo uno de ellos es netamente moderno. En el capítulo que estamos comentando, “Lamemoor’s land”, todo el discurso tiende a erigir al mundo británico como paradigma, propuesto por partida doble.

En primer lugar, cuando llega a Glasgow tras presentar la ciudad en los términos anteriormente citados e insistir en la convivencia de modernidad (fábrica, aceros, trenes, vapores) y tradición (jardines, museos, universidad, río Clyde) recuerda las elecciones ministeriales que se habían desarrollado unos meses antes de su llegada. Advierte que los liberales ingleses habían hecho su campaña, preferentemente, en las sociedades fabriles y manufactureras de Gran Bretaña entre las cuales Glasgow ocupaba un lugar privilegiado. Aunque López no está totalmente de acuerdo con las posturas del liberalismo inglés al que considera demasiado “economicista” encomia la estrategia proselitista. Gladstone, egresado de Cambridge, había dado un discurso en la Universidad de Glasgow y había convocado, al mismo tiempo a los comerciantes y trabajadores de las fábricas que vivían fuera del perímetro estrictamente urbano. López describe la imagen del pueblo escocés descendiendo de las montañas para escuchar al defensor de sus libertades. Es la visión del líder intelectual que encuentra las estrategias para dirigir y orientar la opinión de las masas populares:

Galsgow fue el cuartel general de los liberales y la vieja Escocia bajó también de sus montañas a cantar loas al agitador.

Mientras el hombre público bajo las bóvedas doctorales del edificio hablaba con el estilo y las ideas del antiguo alumno de Cambridge, en la esfera vasta y severa de la ciencia y de las letras, la masa popular que rodeaba la Universidad, y que no podía oír

sus palabras vivaba su nombre, y él sacaba las ventajas políticas de su victoria al parecer puramente universitaria(López, Recuerdos 249).

Gladstone es erigido, de este modo, como modelo de hombre letrado capaz de conmover y liderar a las masas iletradas.

La Universidad, lo mismo que ocurría con la biblioteca de la campiña inglesa, incitan en López el sueño de una ciudad y su líder que de algún modo resulte “*el hombre que guiado por el amor a la perfección humana*” represente a una minoría letrada que ilumine los caminos de la mayoría.

Si como afirma Amelia Royo la escritura literaria suele realizar una suerte de “*absorción intersticial*”(Royo 643) de otro tipo de fuentes y construcciones discursivas, uno no puede dejar de advertir que Lucio está absorbiendo en la estructura ficcional del relato de viaje ¹⁶⁰una preocupación histórica de los argentinos de la “Organización nacional” que ya había sido lúcidamente enunciada por su padre cuando, en 1871, en contestación a la dicotomía sarmientina entre civilización y barbarie, había manifestado lo siguiente:

...es falso que solamente sea bárbaro el hombre del desierto. Lo es también el de las grandes ciudades así que el desorden abre libertad a sus instintos animales; lo es el artista y el abogado mismo, cuando las pasiones de las masas levantan á las superficies la barbarie humana que se cobija siempre en los abismos: bárbaros de á pie ó bárbaros de á caballo, la cuestión es igual(V.F. López, Fisonomía 175)

López hijo absorbe estas reflexiones y las ficcionaliza a través de una ubicación meditada de los actores en el espacio de Glasgow: el líder, el hombre de cultura, el egresado de Cambridge, en las alturas del claustro universitario; los académicos, escuchan y comprenden sus palabras. Los hombres del trabajo, “**han descendido**” desde sus moradas en medio de las montañas y escuchan afuera del recinto sacro(la Universidad, en este caso) pero vitorean y alaban al orador. Lo

¹⁶⁰ Recuérdese que las elecciones que López describe, las actitudes que dramatiza, han tenido lugar meses antes de su arribo a Glasgow y que él mismo confiesa que reconstruye la situación a partir de grabados que ha visto colocados en las puertas de algunos *pubs* de Glasgow.

mismo hace el poblador medio de la ciudad escocesa. De este modo, el hombre de cultura, ha logrado conmover tanto *“al bárbaro de a pie como de a caballo”*.

En segundo lugar, al proponer el modelo británico, López reivindica como lo hizo en el caso de las campiñas, los logros estéticos, fundamentalmente literarios. El arte y el *“espíritu”* son los únicos animadores capaces de transformar la naturaleza salvaje. Así, cuando recorre las Highlands de Escocia afirma que *“antes de Walter Scott era un matorral como la llamaban las cultas y afectadas damas inglesas”*(249). El valor del que López reviste a la literatura como *“invención de la realidad”*, como creación de un mundo nuevo que se superpone y, en muchos casos, antepone a la realidad misma aparece connotado cuando, al cruzar el Loch Katrine busca compañía en la contemplación de lo bello, mira hacia sus compañeros de viaje a fin de hallar una mirada que manifieste el mismo embelesamiento que él siente; advierte, con sorpresa, que todos los otros viajeros no miran el espectáculo natural sino que leen, en silencio sacramental, *“La dama del lago”* de Walter Scott del mismo modo que él había preparado su viaje de acuerdo con lecturas ficcionales:

Yo había hecho mi plan de viaje en Escocia con la misma tranquilidad que si se tratara de recorrer una biblioteca o una mesa de papeles que no se hubiesen tocado por algunos años. Tomé las guías como simples auxiliares, pero me guardé bien de someterme sumisamente a sus indicaciones(López, Recuerdos 251)

Cuando visite Verona, ya en la etapa final de su recorrido europeo, guiado por una figura ficcional a la que denomina Miss Omphall y que resulta ser la personificación de la musa inspiradora de William Shakespeare, advierte que fue el dramaturgo isabelino el que ha *“inventado”* Verona: *“la recorre, la describe, la idealiza y, lo que es más curioso, no altera ni uno de sus detalles, restaura todos sus barrios, abre todos sus palacios, penetra en las celdas de esos monjes frugales y profundamente cristianos del siglo XII”*(429).

El anhelo de las elites finiseculares había alcanzado –para López- una concreción histórica en la sociedad británica y su capacidad de cohesionar movilidad y tradición, cambio y perduración, materialismo e imaginación. López no moraliza ni cae en el didactismo sino que, por medio de sus guías “reales”(Mr Agar, un caballero de la localidad de Chatham), ficcionales(Mis Omphall), oníricos(Mrs. Mr. Gostwyck) o literarias(Walter Scott) va señalando los puentes que la sociedad británica ha establecido entre estas dos fuerzas aparentemente tan centrífugas.

Si Suiza se le presentó como modelo de país en cuanto a su sabiduría para conjugar las libertades política, civil y municipal, condiciones sin las cuales a juicio de López la libertad desaparece, Inglaterra ha agregado a estos logros el espíritu de distinción(*“Estaba completamente olvidado de Londres y en mi elemento, loco de curiosidad por darme cuenta de aquella mansión verdaderamente señorial”*(80)- exclama López) que a juicio del autor está estrechamente vinculado con el cultivo de las artes y por ello la propone como modelo.

Si , por momentos, López ha hablado de una “raza inmodificada” y se refirió a una noción de nación inglesa entroncada con los orígenes, surgida desde una “pre-historia” que ha sabido fusionar elementos celtas, jutos, sajones, anglos y normandos, no por ello afirma la existencia de razas¹⁶¹ privilegiadas. Muy por el contrario. Su propuesta es la de razas modélicas. No existen a su juicio razas “superiores” y razas condenadas a no ser libres¹⁶². Una vez más sus palabras al

¹⁶¹ En general, López utiliza el término raza casi como equivalente al de cultura, en su sentido antropológico. Las conceptualizaciones de la época aproximaban los términos.

¹⁶² El debate sobre la raza humana y las posibilidades de evolución reflejó en el siglo XIX una fuerte tensión entre los “esencialistas” y los estudiosos que sustentaban una concepción histórica. Un modo de explorar las dimensiones de este debate sería comparar las ideas de Darwin para quien la jerarquía de las razas humanas quedaba establecida principalmente por el grado de tecnología y la naturaleza de su organización política y social, con la concepción de Joseph-Arthur, Conde de Gobineau, quien en su *Essai sur l'inegalité des Races Humaines*(1854) dividió la humanidad en tres razas que, en tanto manifestaban diferencias genéticas constitutivas, permanecerían siempre señaladas y determinadas por las mismas. La raza blanca es caracterizada, por este historiador y

proponer los modelos de las sociedades hegemónicas realizan un proceso de absorción de tópicos cuyos antecedentes inmediatos uno puede rastrear en exposiciones de su padre. Por ejemplo, en 1871, Vicente Fidel López había insistido una y otra vez en que *“todo hombre puede saber, todo pueblo si quiere y sabe puede ser libre”*(V.F.López, *Lingüística* 457)

Para López, hijo, la cuestión central que las élites gobernantes deberían resolver hacia 1880 surgía de la constatación de que la libertad política no tiene significado si no se asienta sobre otras libertades, fundamentalmente las de índole municipal, la de petición, la de asociación, y en la impericia para ejercer estas libertades, radicaba, a su juicio, la limitación del modelo francés y del argentino, que en general había admirado y copiado al primero, contrapuestos ambos, en el discurso de López, con los modelos inglés y suizo:

Los ingleses no tendrán que lamentar nunca sino las excentricidades de la reina y la liviana mediocridad del príncipe de Gales. Felizmente para ellos, sea que gobierne Gladstone, sea que gobierne Beaconsfield, en los destinos del pueblo inglés, las extravagancias de la reina y las liviandades del príncipe no producirán las guerras que Napoleón terminó en Metz y en Sudán(López, *Recuerdos* 70).

Sobre estas bases(arte, tradición, descentralización, fusión entre naturaleza y cultura), López alaba el modelo que combate el centralismo administrativo y ensalza la acción libre y pública del ciudadano suizo o inglés que no depende del gobierno sino exclusivamente de sus decisiones y emprendimientos.

3.8. El imperio como mecanismo de cohesión

De acuerdo con Eric Hobsbawm, el período que se extiende desde 1870 hasta 1914 puede ser considerado como uno de los más fecundos en cuanto a lo que él llama *“invención de tradiciones”*. Asimismo, fue un período caracterizado por

novelista, por su *“enérgica inteligencia, perseverancia, fuerza física, idea de orden y organización y un pronunciado amor por la libertad”*(*Gobineau* 215).

la emergencia de las políticas de masas cuya introducción -siempre de acuerdo con la postura de este historiador de posición marxista- creó problemas sin precedente para los gobiernos que encontraban cada vez mayores dificultades para mantener la lealtad, obediencia y cooperación de los gobernados, cuyas opiniones debían ser tenidas en cuenta. Echaron mano, entonces, a la *"invención de tradiciones"*, nomenclatura que designa una doble mecánica de adaptación de viejas tradiciones e instituciones a nuevas situaciones o de *"creación de nuevas tradiciones para propósitos absolutamente novedosos"* (Hobsbawm, *Naciones* 117). Hobsbawm—seguido en este aspecto por Gellner— basa sobre estos dos mecanismos su afirmación de la "falsedad" de todas las naciones, concepción que no es compartida por todos los estudiosos de la materia entre los que podríamos citar a Benedict Anderson quien apunta que *"Gellner[antes afirmó la estrecha relación del pensamiento de este historiador con el de Hobsbawm] está tan ansioso por mostrar que el nacionalismo se enmascara bajo falsas pretensiones que equipara la "invención" a "fabricación" y la "falsedad" antes que a la "imaginación" y "creación"* (Anderson 24). Para Anderson, en síntesis, el hecho de que las comunidades sean inventadas o imaginadas no quiere decir que sean, necesariamente, falsas. Por otro lado, los tres estudiosos mencionados escamotean el estudio del papel que las "elites" tuvieron en el proceso de "alimentación" de las naciones y el nacionalismo, aspecto que fue desarrollado por Paul R. Brass, cabeza de la corriente denominada instrumentalismo .

Más allá de la posición que se adopte en cuanto al origen del concepto de nación y nacionalismo, hay cierto consenso en distinguir entre un primer estadio del nacionalismo que se extendería desde 1830 hasta 1870 al que se le aplican diferentes rótulos. Podemos aceptar el de Hobsbawm y llamarlo: *"nacionalismo*

democrático" por su estrecha relación con el surgimiento, por esos años, de las llamadas naciones modernas. A partir de 1870, aparecería lo que el historiador inglés denomina "*nacionalismo reaccionario de las pequeñas naciones*" que surge, fundamentalmente, como oposición a las políticas de los imperios otomano, Habsburgo y zarista. Este proceso de surgimiento de naciones pequeñas que reclaman su "nacionalidad" se da en el mismo momento en que la Inglaterra victoriana redefine su estrategia imperial.

Si seguimos las reflexiones de Hobsbawm, advertiremos que el historiador considera que, básicamente, tres criterios autorizaban a un pueblo a albergar la posibilidad de ser considerado como nación: su asociación con un estado que o bien existiese en el momento o con un estado que hubiera tenido una historia común de larga data hasta tiempos más o menos recientes; la existencia de una antigua elite cultural poseedora de una lengua vernácula literaria, y en tercer lugar, "*es lamentable tener que decirlo*, [agrega el historiador] *una probada capacidad de conquista*" (Hobsbawm, *Naciones* 47).

De los tres requisitos, cree Hobsbawm que el más aglutinador es el tercero porque "*no hay como ser un pueblo imperial para hacer que una población sea consciente de su existencia*" (47). La capacidad de conquista quedaría asociada con la prueba darwiniana del éxito evolucionista.

He querido realizar esta aparente digresión porque cuando López se propuso la búsqueda de un modelo para la nación argentina consideró -sin expresarlos en los mismos términos- los tres requisitos enunciados por el historiador inglés: insiste en la larga historia de lo que él denomina "la nación inglesa"; exalta los valores literarios

alcanzados por la lengua inglesa¹⁶³ y se refiere -en múltiples ocasiones- a las apetencias imperiales de los británicos.

En efecto, el Imperio se hace presente en múltiples tramos del relato de viajes de López y se concreta en fábricas que exportan, en ferrocarriles que comunican regiones otrora inalcanzables, en barcos que cargan y descargan mercaderías procedentes de la China, la India y los remotos territorios australianos. Como ya hemos mencionado en la introducción de este trabajo, hacia 1870, como consecuencia de la unificación germana y del triunfo prusiano ante los franceses, Inglaterra ve amenazada su hegemonía y desarrolla con nuevos bríos una nueva concepción del Imperio.

En 1833, Thomas Babington Macaulay había manifestado ante la Cámara de los Comunes su visión de lo que debía ser la responsabilidad británica ante la India. Sus expresiones, conocidas posteriormente como, *“Imperio de las buenas intenciones”* interrelacionaban según el historiador Simon Schama, *una mezcla ciceroniana de elocuencia en el que la ignorancia se mezclaba con la arrogancia* (Schama 270):

It may be that the public mind of India may expand under our system till it has outgrown that system; that by good government we may educate our subjects into a capacity for better government; that having been instructed in European knowledge, they may in some future age, demand European institutions. Whether such a day will ever come I know not. But never will I attempt to avert or retard it. Whenever it comes, it will be the proudest day in English history. To have found a great people sunk in the lowest depths of slavery and superstition, to have so ruled them as to have made them desirous and capable of all the privileges of citizens, would it be a title to glory all our own. Unforseen accidents may derange our most profound schemes of policy. Victory may be inconstant to our arms. But there are triumphs which are followed by no reverse. There is an empire exempt from all natural cases of decay. Those triumphs are the pacific triumphs of reason over barbarism; that empire is the imperishable empire of our arts and our morals, our literature and our laws (Macaulay 75).

El fragmento de Macaulay manifiesta, en su más alta expresión, la visión de una Britania civilizadora, heredera de los impulsos que alentaron a las legiones

¹⁶³ La relación entre lengua literaria y nación había sido desarrollado hacia 1871 por Vicente Fidel López en un artículo que se publicó en sucesivos números de la *Revista del Río de la Plata*.

romanas pero puestos no al servicio de la guerra ni del dominio político sino que, en el discurso del historiador escocés, el Imperio Británico aparece como constructor de caminos, que en la visión algo utópica de Macaulay, conducen indefectiblemente hacia la construcción de estados parlamentarios. Por obvia, no insistimos en la carga eurocéntrica del discurso, sin embargo es necesario admitir que, durante el siglo XIX, este presupuesto acompañó la mayor parte de los discursos interculturales. Macaulay destaca, de múltiples modos, el papel civilizador del Imperio, a su juicio, el móvil primordial de todo emprendimiento imperial. Secundariza, de este modo las ambiciones comerciales que la expansión satisfacía.

Hacia mediados de siglo, el “imperio de los buenos sentimientos” se hallaba debilitado como concepción ideológica y la política inglesa influida fundamentalmente por el pensamiento liberal propiciaba una idea de imperio que posibilitara el libre comercio. Si bien a partir de los estudios de John Gallagher y Ronald Robinson, se cuestiona la utilización del rótulo “*imperialismo del free-trade*” para designar la concepción imperial de los victorianos entre 1840 y 1870, también se oponen estos dos estudiosos a quienes han querido considerar este período como un período “*anti-imperial*” o de descrédito de los intereses imperiales. A partir de su definición del imperialismo como el proceso de integración de nuevas regiones dentro de una economía expansiva, afirman:

Lejos de presentarse como una era de indiferencia, los años del “victorianismo medio” son un período decisivo en la historia de la expansión británica, en el que la combinación entre penetración económica e influencia política le permitió al Reino Unido dirigir aquellas economías que podían combinarse mejor con la suya propia (Gallagher 11)¹⁶⁴.

¹⁶⁴ La traducción es nuestra.

Con respecto a estos móviles, el estudio del bloqueo del Río de la Plata debería insertarse dentro de la necesidad de los comerciantes ingleses de instalar sus productos.¹⁶⁵

Como dijimos anteriormente, en 1880, la situación socio-política ha cambiado y ese cambio es advertido por López, quien se atreve, incluso, a pronosticar no sólo la revolución interna que tendría lugar en el seno de todas las sociedades europeas sino también futuros enfrentamientos entre naciones:

La revolución está en el corazón de toda la Europa. Tiene que estallar para producir el equilibrio definitivo que sigue a todo cataclismo. No vendrá con teas vengadoras como aquí a cien años pero vendrá. Todas las naciones la observan; unas la combaten tenazmente, la sofocan, la oprimen; otras piensan sólo en encauzarla, y éstas son las más prudentes porque comprenden que ella es inevitable. Y al lado de la revolución que cada nación de Europa lleva en su seno, la guerra exterior se cierne como un presagio, y el predominio europeo es un ideal para cada potencia que lo pretende. Nuestros violentos sacudimientos políticos son un idilio al lado de la gran tormenta que se forma en el viejo mundo. Nuestros pueblos son pueblos felices porque todavía no han sido presa de las arduas cuestiones sociales que carcomen a las grandes ciudades de la Europa y a sus campañas. **El progreso material engendra aquí la barbarie, al mismo tiempo que la civilización. Del seno de los grandes centros industriales y manufactureros, surgen verdaderos monstruos que atentan contra el orden social**(López, Recuerdos 314-315).¹⁶⁶

López advierte que los pueblos periféricos como son los sudamericanos han quedado marginados de las grandes convulsiones al mismo tiempo que fuera de la rueda de progreso. A su juicio, las causas de los trastornos que sacuden a Europa son tanto de orden interno como externo. En el primer caso, expone, de modo muy semejante a como lo hacía Miguel Cané en el viaje de 1870, que las sociedades europeas parecen desconocer o quieren ignorar las injusticias que iba produciendo un progreso polifacético que diseminaba junto con mejoras e ideas de civilización, peligrosos desórdenes sociales surgidos, fundamentalmente de las injusticias. En lo que respecta a las relaciones externas entre las naciones europeas, López advierte

¹⁶⁵ En relación a este tema confrontar con Martha Lynn "British Policy, Trade and Informal Empire in the Mid-Nineteenth Century".Op.cit.

¹⁶⁶ La negrita es nuestra. Sirva para reforzar la idea que venimos exponiendo de que para López el progreso es ambivalente.

claramente las ambiciones de expansión territorial que tornan impracticables los antiguos conceptos imperiales. En relación con esta problemática, el ya citado Eldridge puntualiza que “ *después de 1880 la idea imperial fue revitalizada y este nuevo nacimiento fue complicado. En 1880, el bebé era muy débil. Se necesitaba todavía mucho para convertirlo en el ‘enfant terrible’ que luego fue*”(Eldridge 252)¹⁶⁷. Una vez más la percepción de López se muestra acertada.

En la carta correspondiente al 3 de octubre de 1880, enviada desde París, López da muestra cabal de su comprensión de los cambios que se estaban produciendo en política internacional europea. Advierte con perspicacia que los debates parlamentarios ingleses giran en torno a dos concepciones del Imperio y considera que los liberales liderados por Gladstone yerran en su manejo de la cuestión imperial mientras que, a juicio del autor argentino, Disraeli ha interpretado correctamente la pasión imperial del pueblo inglés:

La Rusia satisfizo todas sus exigencias, la Turquía abandonó su actitud inquietante. Los negocios políticos y militares de la India recibieron el impulso enérgico de un espíritu valiente[se refiere siempre a Disraeli] que conocía el pueblo que gobernaba. Parecía que la Inglaterra volvía por sus tradiciones(...)

Hoy la cuestión de Oriente que Mr. Gladstone prometió resolver contrariando absolutamente la política *tory* es un abceso difícil de operar. La Inglaterra representa en ella un papel que no tiene nada de satisfactorio(López 316-17).

Frente a esta situación, López advierte que el pueblo inglés retirará su voto de confianza a los *whig* y se volverá hacia los *torys* que interpretarían mejor su espíritu expansionista.

Como su amigo Miguel Cané, López advierte la conducta imperial británica frente a Irlanda, pero su interpretación de la misma es diferente de la del autor de *Juvenilia*. Para López, la situación irlandesa descansa en dos problemas cuya responsabilidad a los propios celtas: la economía irlandesa basada exclusivamente

¹⁶⁷ La traducción es nuestra.

en los productores de la tierra, que provoca, cíclicamente, hambre y miseria en varios condados. *“La miseria engendra el desorden social en todos los pueblos”* afirma taxativamente López y *“la sabiduría de las instituciones inglesas no es bastante para evitarlo”*¹⁶⁸ (318). La segunda causa motivadora de la incapacidad irlandesa para insertarse en la modernidad la encuentra López en el catolicismo que ha tornado al habitante en ignorante, brutal, vicioso y holgazán. No hay una sola insinuación a que la política británica no haya sido la más acertada, lo que no deja de sorprender pues, si bien López se hace eco de uno de los discursos que circulaban en el mundo político, ya hemos mencionado anteriormente que este tipo de “relato anti-irlandés” contrastaba con otra visión- predominante fundamentalmente en el Continente- que creía que el tratamiento que Inglaterra había dado a los irlandeses era humillante. Nada de eso aparece en la descripción de nuestro autor.

Aunque el periodismo argentino siguió con interés y encomiable exhaustividad la evolución de lo que se llamaba *“el caso irlandés”*, López lo analiza con una visión absolutamente sesgada por un doble prejuicio: en primer lugar, su rechazo explícito a las economías basadas en los monocultivos; en segundo lugar, su rechazo hacia la Iglesia Católica, tema en el que todavía no nos hemos detenido pero que resulta inevitable pues permea su visión de los diferentes países que va visitando.

3.9. El conflicto religioso en el parlamento inglés: ecos argentinos

Hemos señalado que Cané, al dirigirse a las cámaras parisinas asistió en 1881 a un debate sobre la cuestión religiosa. Algo semejante le ocurre a Lucio en el Parlamento inglés. Advierte que las cuestiones religiosas agitan a todo el continente

¹⁶⁸ Obsérvese la utilización reiterada y sostenida del estereotipo del pueblos inglés como creador de instituciones sabias y prudentes. López no se refiere a las actitudes imperiales británicas frente a Irlanda. ¿Será como consecuencia de su valoración negativa de la segunda causa, el catolicismo?

europeo: en Francia los jesuitas acababan de ser expulsados nuevamente y todo París -según su testimonio- se había dado cita para asistir al cumplimiento de las órdenes de la República. En Colonia, había presenciado la inauguración de la catedral, sin que el gobierno hubiera accedido a nombrar un arzobispo.

En Inglaterra, el conflicto se concretó en el debate que originó la negativa de Mr. Charles Bradlaugh, electo representante por Northampton, a jurar antes de ingresar en el Parlamento. López, amante de las soluciones negociadas, no acompaña la decisión de Bradlaugh por considerarla "ultra liberal" hasta un extremo que le parece peligroso permitir. Caracteriza con las siguientes palabras al representante:

Es un free thinker, pero del género insoportable de la falange irregular del tipo de los demolidores que creen que basta ponerse la cortesa de Mazzini para tomar la estatura del maestro; de esos espíritus cavilosos que interrumpen un casamiento por el pretendido temor de que la bendición, salida de las manos de un cura católico o de un ministro protestante contamine su conciencia de liberales(...) de los que no bautizan a un muchacho siquiera para darle el gusto a las tías viejas de la familia(López, Recuerdos 83).

En pocas palabras, Bradlaugh es presentado en el texto como un fanático parangonable tantos otros, aunque católicos, que López ha simbolizado en las figuras emblemáticas de Felipe II y María Estuardo.

El representante por Northampton propone sustituir el juramento tradicionalmente requerido por un simple acto de afirmación. La tradición inglesa, representada en este caso por el vencido partido conservador unido a los miembros irlandeses del Parlamento, no se manifiesta dispuesta a modificar las exigencias y se pone en acción; logra reunir los votos que exigen la necesidad de jurar como judío, protestante o católico o de afirmar como cuáquero. Esta exigencia había sido, por lo demás, un logro de la tolerancia religiosa inglesa que el Parlamento había discutido

ardorosamente en la temprana primera mitad del siglo XIX¹⁶⁹. La cuestión se enrarece, los partidos se enardecen y el debate concluye como un duelo de poderes entre el líder conservador Disraeli, que trabaja desde las sombras, y el liberal Gladstone, a la sazón Primer Ministro. Es interesante que López, se involucra ardientemente en el debate y se interesa profundamente por una cuestión que era reflejo de problemáticas que también dividían las opiniones entre los argentinos:

Yo asistí el día del debate. La sesión comenzó a las 2 de la tarde, se suspendió a las 7, continuó a las 9 y terminó a las 2 de la mañana. Con un joven e inteligente compatriota conseguimos los mejores asientos que es posible obtener en la galería(85).

Las discusiones se alargan, los debates se endurecen y, en la primera votación, Gladstone y sus aliados son derrotados por 275 votos en contra de la incorporación del nuevo miembro, contra 230 a favor de su aceptación. Mr Bradlaugh no sería aceptado, pero la discusión parlamentaria no había concluido.

Si las primeras secuencias de este incidente ocupan la carta del 30 de junio, el testigo- viajero, continúa ocupándose del tema en la epístola fechada el 1 de julio, donde presenta los métodos empleados por Bradlaugh y el primer Ministro Gladstone para vencer los obstáculos que la tradición les ha impuesto.

Conforme al resultado de la votación, se le niega a Mr. Bradlaugh la incorporación a la Cámara. Este pide entonces hacerlo y manifiesta su decisión de priorizar su responsabilidad representativa del pueblo que lo ha elegido, sobre la conciencia privada. Pide entonces jurar de acuerdo con los términos estipulados, aún cumpliendo un juramento que anteriormente ha tildado de hipócrita. López

¹⁶⁹ Diez años antes, Mr Disraeli había expresado, en relación con la necesidad de jurar para ingresar como miembro del Parlamento, en una célebre conferencia dada en Oxford: “Dos partidos están en presencia; el uno abriga a todos los hombres de las distintas comuniones sea cualquiera la diversidad de sus símbolos; el otro á los que en nada creen. Este último sustituyendo á la fé una necia credulidad, á los títulos y tradiciones de la verdad y el desbordamiento de las pasiones humanas, tiene ya señalado su paso con las revoluciones.(...) Este partido ha producido cuanto podía producir: el despotismo, la destrucción, la muerte. El otro cuya base es el cristianismo, es el único capaz de dar con la libertad religiosa, la libertad política, con la vida de las almas, la vida de los pueblos. Fuera de él llegaremos a la disolución de las costumbres y de la moral sin ejemplo en la historia de la humanidad, una de esas disoluciones que son como el sepulcro de las naciones”(Citado por Frías, Derecho 493).

reflexiona sobre estas complicadas estrategias parlamentarias que considera como una muestra de la disolución que habría alcanzado, incluso, al sistema parlamentario inglés que *“pasa por un eclipse y sufre una crisis con aquella escena bastarda en el linaje de los cuadros históricos”*(102). Pese a sus profundas convicciones laicistas- que por momentos adoptan ribetes de intolerancia en su discurso- la amenaza de la disolución lo lleva a reflexionar en los siguientes términos:

Las ideas radicales, digo mal el ateísmo y el socialismo, comienzan a manifestar síntoma de epidemia en Gran Bretaña y me temo que en las últimas elecciones generales en que Mr. Gladstone ha tomado tanta parte, hayan ocurrido casos graves, entre ellos el de Mr. Bradlaugh es típico(López 103)

“Epidemia”, “enfermedad”, “morbo”, “tormenta” son algunos de los vocablos que López emplea para denominar a esta conducta que, en el Parlamento inglés, le parece anómala y conducente al deterioro de las tradiciones. Cree incluso que esta última circunstancia determinará el pronto regreso de los *torys* a la conducción de la política.

Finalmente, la cuestión Bradlaugh, concluyó con el triunfo de los liberales pero mostró las fisuras del partido gobernante frente a la “homogeneidad” del partido conservador, que se conservó *“compacto en su derrota, con rumbos claros en política exterior e interior”*(113)

Supongo que los lectores de *El Nacional*, acostumbrados a la virulenta crítica que el periodismo realizaba contra la Iglesia y sus hombres, deben haber leído con la misma extrañeza que lo hacemos nosotros este reconocimiento al poder cohesionador de la fe. Aunque es cierto que López critica el fanatismo ateísta y casi proclama una suerte de hipocresía religiosa(*“bautizar para darle el gusto a la tía vieja”*)¹⁷⁰ es interesante destacar que al ser testigo presencial de las discusiones

¹⁷⁰ Lugones, años antes de morir, cuando estaba de vuelta de sus ideas juveniles, describió admirablemente el espíritu de esta época. Julio Irazusta cita las siguientes reflexiones del autor: *“Eran tiempos de grandes certidumbres lógicas. El positivismo creía haber eliminado la*

religiosas en el Parlamento inglés atempera los alardes anticlericales y se pone del lado de quienes exigen un juramento en nombre de una divinidad, sea esta judía, protestante o católica. Si en más de una oportunidad proclamó que el catolicismo era incompatible con la libertad y la prosperidad, ante el caso Bradlaugh, confundido “*como un inglés más*” con la multitud que, en Trafalgar Square, celebra el triunfo final del representante, reflexiona sobre las dificultades de la política aún “*en la gran escuela de la libertad*”(109) y cuestiona, en el escrito enviado a los lectores porteños, la verdadera dimensión de esa victoria.

El disgusto con que López recibe la derrota del principio religioso, en cuanto que es la derrota de una tradición, se relaciona con su temor ante la desintegración que amenazan instaurar quienes creen que el mundo comienza cada día. Su disconformidad se manifiesta en la descripción que hace de la muchedumbre que festeja la incorporación de Bradlaugh, caracterizada por pérdidas, apretujones y rupturas que representan de algún modo, las fuerzas erosionadoras de la sociedad:

La **muchedumbre** se amura alrededor del tribuno y prorrumpe en **gritos prolongados**; la policía tuvo que ser un tanto más enérgica que de costumbre; la **turba** se aglomeró en los alrededores del palacio de Westminster; los policemén hacían esfuerzos sobrehumanos **por contener a las masas invasoras(...)** hubo algunas señoras *Bradlhauguiistas* emparedadas por algunos momentos entre las ondas de la muchedumbre, que soportaron heroicamente el vaivén popular; hubo **otras que salieron despeinadas y deshechas** pero inglesamente resignadas del centro de la **multitud**, con la peluca **trastornada**, los rizos desensortijados y lacios, **perdidos** los guantes, **cercenadas** las pulseras de oro de Abisinia y los paraguas vueltos al revés, como amenazando tragarse al primero que se atreviera a desempeñar el papel de salvador. La policía tuvo que ser reforzada considerablemente con nuevos agentes que llegaron de King Street Station y merced a su actitud se **aplacó** aquella **tormenta popular** y la **turba** se dispersó en grupos, refrescada por un aguacero manso pero bastante eficaz para aplacar los espíritus y mojar los cuerpos(110)¹⁷¹

No encuentro en *Recuerdos de viaje* otro pasaje que connote mejor la alarma del narrador frente a las multitudes o masas. Resulta ilustrativo de las tensiones que

trascendencia, y ofrecía a la inteligencia triunfante, el supremo hallazgo de una religión sin Dios...Como todo ignorante sin Dios, era principista. Creía en el progreso infinito; en la capacidad nativa de todo hombre para gobernarse y gobernar; en el consiguiente derecho a todo sin necesidad de haber hecho nada”(Irazusta 109).

¹⁷¹ La negrita es nuestra, la cursiva pertenece al original.

venimos señalando dentro de los discursos de López, pues el desborde de la multitud, la fuerza amenazante de una manifestación desbocada se produce para festejar el triunfo del laicismo frente a los conservadores que habían intentado, por todos los medios, preservar la tradición. El texto pone en evidencia que las representaciones literarias evaden todo dogma u ortodoxia pues si, argumentativamente, Lucio abogó siempre por la separación del Estado y la religión, si bien Lucio forma parte de los que tienen motivo para festejar y por eso se ha dado cita en Trafalgar Square, en este fragmento, prevalecen sobre su posición ideológica triunfante, los temores que le produce un pueblo enardecido y descontrolado.

En el plano de lo argumentativo, López advierte que el proyecto que posibilitó el ingreso de Bradlaugh no ha sido sino *“una evolución vulgar para abrir las puertas al expulsado”* y ha estado inspirada *“en la poco escrupulosa política de la conveniencia”*(108) que sólo tiende a favorecer a un individuo(Mr Bradlaugh) y no a instaurar una legislación de valor universal.

En el segundo capítulo de *Recuerdos de viaje*, al reivindicar la orden de expropiación de los conventos emanada de Rivadavia en 1822, López se había referido a la *“canalla de sacristía”*(28), en un lenguaje duro que uno suele hallar en los periódicos del 80 cuando se trata de la cuestión religiosa. Por el contrario, resulta algo inusitada su crítica a la habilidad política de Gladstone que logró a través de una norma *“artificiosa”* abrir la puerta del Parlamento inglés a los sin fe. De pronto y sin aviso previo, hace aparición en el discurso argumentativo de López uno de los principios, en general esgrimidos por la oposición religiosa contra el ateísmo, que había sido formulado por Benjamin Constant, *“Pueblos religiosos han podido ser esclavos; pero ningún pueblo incrédulo ha podido ser libre”*.

Considero que es necesario advertir que López, atemorizado por la “*epidemia del ateísmo*” asociado en su discurso con la pujanza que en Inglaterra manifestaba el “*socialismo amenazante*”, prefiere, frente a un debate muy semejante al que su generación propugnaba en nuestras tierras, refugiarse una vez más en las tradiciones que aseguraran la cohesión social. Adjudica a la religión un valor social, no trascendente. En síntesis, López sustenta la religión en cuanto reguladora de los sentimientos públicos y de las amenazas de las multitudes.¹⁷²

De acuerdo con estos temores, el capítulo en el que ha narrado este enfrentamiento parlamentario concluye con una elaborada imagen en la que son contrapuestas las masas populares, las ciudades manufactureras de Mánchester, Glasgow y Birmingham con los teatros, universidades y jardines públicos, característicos de las localidades más tradicionales. En estos tres recintos cuyo simbolismo López ha venido trabajando a lo largo de todos sus relatos se añora la figura de Disraeli, a quien hábilmente el viajero ha asociado con las tradiciones británicas. Concluye, López con las siguientes apreciaciones:

Mr Gladstone para vencer, ha tenido que exagerar su liberalismo y hacerse radical; Mr. Disraeli, para combatirlo no necesita sino seguir siendo *conservador*, que en su genuino significado inglés, implica defender al país de las exageraciones revolucionarias de la escuela moderna.

No hay partido en Europa más *liberal* que el partido conservador inglés, y lo que parece una paradoja por la oposición de estos dos términos antitéticos es una verdad cuando se estudia el cuadro actual de la política europea, y se observa de que lado se inclina la política whig. (López, Recuerdos 128)¹⁷³

Más allá de esta nueva defensa de las tradiciones, el suceso parlamentario narrado por López ha traído al primer plano una cuestión que sólo hemos apuntado fragmentariamente, los debates religiosos. A lo largo de *Recuerdos de viaje*, el autor ha reiterado en distintas oportunidades el aporte positivo del protestantismo para el desarrollo moderno de las naciones, permanentemente

¹⁷² Confrontar el texto de Julián Pérez, *Los dilemas políticos de la cultura letrada*. Op.cit.

¹⁷³ La cursiva es del original.

contrapuesto con el espíritu de atraso y estatismo que, a su juicio, caracterizaba a las comunidades mayoritariamente católicas o descendientes de colonizadores católicos. Para López es casi artículo de fe la incompatibilidad entre catolicismo y libertad o entre catolicismo y prosperidad.¹⁷⁴ Ya hemos comentado que la expulsión de los jesuitas franceses ha merecido su más calurosa aprobación. Su juicio sobre María Estuardo, en esta misma línea de pensamiento, constituye la única crítica que se permite hacerle a su bien amado Walter Scott:

El palacio[Holyrood] es el teatro de los dramas misteriosos de María Estuardo. Mujer liviana y corrompida, el catolicismo la ha idealizado en su martirio, pero la historia cuenta en las cámaras y escaleras secretas de Holyrood la vida de esta reina cuya corte rivalizó en vicios y crueldades con la de los Borgias. Hume y Macaulay sin las afecciones nacionales del autor de *El Abad*, han trazado su período con la más alta imparcialidad del juicio histórico(266).

López se detiene en otro aspecto en que él ve reflejos de esta cuestión religiosa: la llamada restauración gótica(Gothic-revival)¹⁷⁵ en arquitectura. Moda imperante en la Inglaterra victoriana, no es para él sino un resabio del primitivismo y si, estéticamente hablando, se ve obligado a reconocer la belleza de la ojiva, señala

¹⁷⁴ Esta visión del catolicismo era un lugar común no sólo entre nuestros pensadores sino también en un discurso hegemónico circulante en el siglo XIX hasta el punto de que el ya citado Max Weber cuando tiene que rastrear el origen del capitalismo moderno se impone la necesidad de investigar *"qué elementos de las características confesionales obraron en dirección a la aparición del capitalismo(...)* Desde un punto de vista superficial y moderno podría intentarse explicar la antítesis diciendo que el mayor alejamiento del mundo del catolicismo, los rasgos ascéticos propios de sus más elevados ideales tienen que educar a sus fieles en un espíritu de indiferencia ante los bienes de este mundo(..)El católico es más tranquilo; dotado de menor impulso adquisitivo,prefiere una vida bien asegurada, aun a cambio de obtener menos ingresos"(Weber 33-34). Baste este fragmento para mostrar la existencia de un discurso que tendía a estigmatizar la "capacidad progresista" del catolicismo.

¹⁷⁵ El movimiento conocido como "Gothic revival" fue un movimiento arquitectónico de significación. Cuando en 1836, a raíz del incendio del Parlamento se debatió acerca del estilo en que debía ser reconstruida la Casa de los Loes, se polemizó si debía ser reconstruido en estilo gótico o neoclásico. Augustus Pugin, el más representativo de los "gothic revivalists" que junto con Bury fue designado para diseñar la mayor parte de la decoración del recinto y del Big-Ben evitó la repetición literal pero trató de copiar lo que él consideraba *"la esencia de la decoración medieval"*. La restauración del Parlamento en este estilo generó inacabables controversias. Los defensores del estilo elegido impusieron la visión de que el gótico expresaba *"la característica distintiva de la vieja constitución británica- su libertad y el imperio de la ley- que eran una herencia medieval"*(Pugin 48). Hobsbawm en *The invention of traditions* considera esta elección del estilo neo-gótico como uno de los ejemplos más acabados del *falseamiento* de las tradiciones que realiza el mundo británico a lo largo del siglo XIX.

claramente su distanciamiento con respecto a los presupuestos que en la Edad Media habían dado origen a este tipo de concepción arquitectónica. La catedral de Winchester con su majestuoso silencio y la soledad de las naves lo invitan al recogimiento. Sin embargo, en general lo gótico es asociado con lo sombrío y con lo tenebroso. Siempre que puede contraponer lo clásico inundado por luz con lo gótico *“carcomido por el tiempo”, “flanqueado por puertas agobiadas por la oscuridad y por el peso de relieves innumerables”*(301). Magnífica síntesis de su pensamiento en torno a este tipo de arte y la asociación que guarda con el catolicismo se da cuando asiste a la recién terminada catedral de Colonia:

Hoy después de siete siglos, uno de esos espectros góticos cuyo origen se liga casi con la leyenda, ha recibido la última piedra que ha venido a coronar el crecimiento constante de sus setecientos años. La Catedral de Colonia comenzó a construirse mucho antes que el Dante hubiera desafiado todos los misterios religiosos y simbólicos del cristianismo y ha terminado cuando la verdad no ha triunfado todavía de todos los errores que se predicaban bajo sus bóvedas ojivales(301)

El fragmento es claro en cuanto a la identificación de catolicismo y ocultismo y falta de verdad científica. La catedral no es vista sino como *“uno de esos espectros góticos”*.¹⁷⁶ Muestra también la mirada absolutamente sesgada –y por momentos intolerante- que los hombres del 80 tuvieron sobre estas cuestiones. Siempre que el viajero presente un templo católico insistirá en la oscuridad, en la pesadez de ornamentación, en la detención de las eras históricas así como no dejará de aplicar los adjetivos de *“recalcitrante”, “idólatra” o “ultramontano”* (373)¹⁷⁷ cada vez que se

¹⁷⁶ En su valoración del arte gótico, López se distancia de las apreciaciones de Miguel Cané, quien manifiesta, en reiteradas oportunidades, la grandiosidad de ese estilo que prefiere abiertamente, sobre los monumentos modernos. Sirva como ejemplo su valoración de uno de los templos que a su juicio se cuenta entre los más bellos que puede exhibir la Europa del siglo XIX, para constatar su distanciamiento de quienes asociaban gótico, exclusivamente, con oscurantismo: *“Es necesario penetrar en la Iglesia Votiva, analizarla en detalle, constatar la ausencia de aquella superposición de estilos que es la obra de los siglos y a mi juicio la belleza incomparable de las viejas catedrales góticas, para persuadirse que esa piedra filigranada, que esas naves severas, de cuyas arcadas se destacan entre la penumbra, mil figuras de ascetas y santos, son obra de nuestro tiempo, llevada a cabo por las mismas manos que levantan las rígidas y tristes paredes de nuestras casas”*.(Cané, *Miramar* 286) (La negrita es nuestra).

¹⁷⁷ Ver, por ejemplo, descripción de los católicos que, descontentos con la inauguración estatal de la Catedral de Colonia no asisten a los festejos: *“Una que otra casa, perteneciente a algún católico recalcitrante, representaba con sus puertas y sus balcones herméticamente cerrados la protesta de*

refiera a un católico. Aunque mantiene su fe en la inexistencia de razas incapaces de obtener y manejar su libertad, lamenta profundamente *"no haber descendido de un pueblo reformado"*(424)

Una vez más, se advierte que el viajero lleva consigo el bagaje de las preocupaciones nacionales que orientan su mirada hacia ciertas cuestiones, que desde la década anterior ocupaban a los hombres de gobierno argentinos. El 18 de julio de 1871, Eugenio Cambaceres había presentado ante la Convención de la Provincia de Buenos Aires, un proyecto de ley que proponía *"la más completa separación de la Iglesia y del Estado"*(Cambacerés 275). En este aspecto también, el pueblo inglés es presentado como modélico, aún cuando el episodio parlamentario que él mismo relató no testimonia una separación tan completa como la que López pretende representar.

Para López, una de las razones del progreso británico había guardado estrecha relación con la circunstancia de que aunque los ingleses devanearan con *revivals* arquitectónicos, desde la época de Isabel I habían sabido sacudirse los resabios del *"catolicismo fanático"*. Una vez más reaparece en la valoración que López realiza del pueblo inglés, elementos intersticiales que están estrechamente vinculados con las problemáticas que se debatían en nuestro país y que no eran ajenas a las que- quizá con menor trivialidad¹⁷⁸- se discutían en los países hegemónicos.

La oposición entre países católicos rezagados, entre países herederos del catolicismo ibérico y la Inglaterra protestante, germen de la Revolución industrial, se había potenciado, incluso a partir de la nueva crisis francesa que había sido hasta

los descontentos"(308). *"Los ultramontanos han pedido en vano antes de la celebración de la fiesta, la restauración de sus obispos"*(302). *"La idolatría popular que en los pueblos católicos es siempre más exagerada"*(373).

¹⁷⁸ La idea de la trivialidad con que se llevó acabo el debate laico fue señalada ya por Tulio Halperín Donghi en su artículo "Un nuevo clima de ideas".

1870 el único contra-ejemplo de un país que sin renegar del signo católico podía considerarse como hegemónico dentro del Continente. Esto había variado y, por lo tanto, colocaba a toda la Europa católica a la zaga del progreso. Como corolario de la visión que el grupo de notables mantenía de las problemáticas relaciones entre Estado e Iglesia podemos citar un comentario periodístico que a raíz de la derrota del proyecto Cambacerés en 1871 aparece en *La Tribuna*:

Tememos que se incorpore el artículo que diga que el culto católico,apostólico romano es el culto del Estado al que ha llegado hasta dársele un alma, una conciencia y una moral.

En fin, **hemos sido vencidos pero no convencidos**(Cuestión religiosa 1)

Aunque los *Recuerdos de viaje* de López se escribieron 10 años después de la circunstancia comentada por este fragmento, el debate era el mismo, y Roca, secundado por su ministro Eduardo Wilde, estaban prontos a reavivarlo. El viajero intentaba, a través de cierta idealización, señalar las soluciones que el mismo había encontrado en el “civilizado y progresista pueblo inglés”.

4. Los viajes de Eduardo Wilde

4.1. La transgresión del género

Como resultado del conflicto que estalló en enero de 1889, en la provincia de Mendoza, entre Tiburcio Benegas- absolutamente fiel a Julio Roca- y Rufino Ortega- incondicional al juarismo-, el entonces Ministro del Interior, Eduardo Wilde, se sintió desautorizado por el presidente, y agotada su tolerancia, decidió renunciar a su cargo. Alejado de la función pública a la que recién regresaría en 1898 como Presidente del Departamento Nacional de Higiene, emprendió una serie de prolongados viajes que le permitieron conocer lugares que trascendían los más frecuentados itinerarios por Europa y América del Norte. Más tarde, como miembro del servicio diplomático de la Nación argentina , continuó con sus travesías. El relato de estas peripecias fue recogido, en primer lugar, en la correspondencia que periódicamente enviaba a *La Prensa*, y más tarde, su viuda, Guillermina de Oliveira César de Wilde, publicó las obras completas en las que estas misivas aparecen bajo los títulos *Viajes y Observaciones* y *Por mares y por tierras*.¹⁷⁹

¹⁷⁹ *Viajes y observaciones* recoge la correspondencia que Eduardo Wilde remitió al diario *La Prensa* con motivo de su primer viaje a Europa. En la edición de las *Obras completas* ocupa los volúmenes XII y XIII. En la contraportada del volumen XII se aclara que, como gran parte de estas misivas no fueron publicadas en el periódico, el directorio de *La Prensa* decidió en 1892 imprimirlas en un volumen que es el que se reproduce en las *Obras completas*. *Por mares y por tierras* ocupa el volumen XIV y XV de las *Obras completas* y recoge, de un modo llamativamente desprolijo, el relato de los viajes realizados entre 1892 y 1896 aunque también aparecen relatos fechados en 1898. La fecha aproximada de los viajes es la siguiente: 1889-1892, primer viaje a Europa, Norte de África, Palestina y Norteamérica.; 1892-1893, nuevo viaje a Europa; 1893, como corresponsal de *El Diario* viaja a Chile y a Perú. 1896, nuevo viaje a Europa, Norte de África, China, Japón, Honolulu, costa oeste de los Estados Unidos de América, costa este del mismo país y, nuevamente, Europa. Confrontar el texto de Norberto Acerbi, especialmente las páginas 100 a 117 aunque se le deslizan algunos errores en cuanto a los itinerarios de los viajes.

Los dos textos presentan -más allá de evidentes similitudes- abiertas diferencias a las que más adelante nos referiremos. *Viajes y observaciones* (Primera y segunda parte) recoge el relato del primer viaje de Wilde a Europa y otras zonas que, por ser menos transitadas por los sudamericanos, atrajeron el interés de los lectores de *La Prensa*. Egipto, con las tumbas de los faraones, El Cairo, los lugares santos cercanos a Jerusalén, Jaffa y Constantinopla son algunos de los espacios presentados por la pluma de Wilde, quien ya casi a punto de regresar lamenta “*el no haber ido á la India, al Japón, a la China y Australia*”(Wilde, *Viajes II* 309)¹⁸⁰.

Viajes posteriores, recogidos en *Por mares y por tierras*, permitirán al médico recorrer algunos de esos anhelados destinos¹⁸¹. En este segundo conjunto de relatos, no elige el género de “correspondencia”, tan en boga en el relato de viajes decimonónico sino que organiza el material con entradas precedidas por el lugar en donde se halla y la fecha en que escribe, modalidad -en líneas generales- más cercana al diario íntimo o al cuaderno de bitácora. El autor mismo confiesa - en esta oportunidad- la edición de sus apuntes y el sometimiento de los mismos a un proceso de reelaboración previa a su publicación:

Recopilando mis apuntes para este vólumen, hoy 12 de setiembre de 1898, en Buenos Aires me encuentro con algunos que inserto en toda su integridad i con su forma para conservarles su sello de actualidad relativa a los días en que fueron escritos. Sólo suprimo una carta dirigida a un personaje político de mi tierra(Wilde, *Mares I* 87).

El trabajo de corrección y depuración explícitamente admitido actúa como potenciador del valor confesional de algunas de sus apreciaciones.

La literatura crítica no ha abundado en estudios específicos sobre los viajes de Wilde. No obstante, cabe mencionar el trabajo de David Viñas que enfoca,

¹⁸⁰ Con el fin de permitir el rápido hallazgo de las citas, identificaremos los textos de Wilde por una de las palabras de su título, seguida de un I ó II de acuerdo con que sea la primera o segunda parte del texto en cuestión..

¹⁸¹ Jorge Luis Borges se refirió en *El idioma de los argentinos* a la variedad de experiencias que tuvo Eduardo Wilde: “*No llegó a presenciar la Gran Guerra Europea(...) pero experimentó millares de cosas...*”(Borges 129)

fundamentalmente, el “viaje”norteamericano” de Wilde. Guiado por el propósito unificador de mostrar cómo los viajeros argentinos han visto a los Estados Unidos de Norteamérica, no se interesa por establecer distinciones entre el estilo y el tipo de experiencia generadora de cada uno de los relatos sino que considera el carácter justificatorio de los mismos como una nota común y vertebradora. Es tal el peso que le adjudica a esa actitud que no duda en atribuirles a los textos el carácter de “*carta abierta*”. Utiliza los siguientes términos:

El dandy, en esta inflexión[la de Wilde] tiene parentescos con el héroe romántico burgués que construye *el pedestal de su estatua* sobre las diferencias y carencias de los demás[en este caso los países que visita]. De ahí que las impresiones de Wilde suenan más a *una novela de sí mismo* en la medida en que cada lugar que visita le devuelve su imagen(...) Responde así a su misión: *Wilde actúa como un antiguo funcionario que anota y compara sobre todo con Buenos Aires con un criterio edificante*¹⁸² (Viñas, De Sarmiento 117)

“*Novela de sí mismo*” y “*pedestal para su estatua*” son expresiones que apuntan la imperiosa necesidad de Wilde, de erigir una imagen de sí mismo que le permita defenderse de una opinión pública, que en 1890, le era mayoritariamente adversa.¹⁸³ Viaja con su condición de “funcionario cuestionado a costas”, y en este aspecto, resulta significativo recuperar la conciencia de que el lectorado de *La Prensa* estaba muy al tanto de las agudas críticas de una opinión pública cambiante, caprichosa y mayoritariamente adversa a muchas de sus anteriores medidas ministeriales. La construcción o mejor dicho, reconstrucción de su imagen, es uno de los tantos motivos heterogéneos que lo llevaron no sólo a viajar sino a comprometerse con el periódico, en una tarea que se le fue haciendo cada vez más pesada:

Concluyo aquí la tarea que me impuse viajando por todo el mundo casi, he debido muchas veces privarme del sueño para llevarla a cabo, leer mucho, mirar las cosas con atención y trabajar con empeño a fin de hacer tolerable ante mis propios ojos las

¹⁸² La negrita es nuestra.

¹⁸³ En cuanto a la relación de Eduardo Wilde con la opinión pública de la época resulta gráfico que el mismo diario *La Prensa*, en el obituario con que el 6 de septiembre de 1913 da cuenta del fallecimiento del autor, califica a su actuación pública como “*larga y discutida*”(Doctor Eduardo Wilde, 1)

descripciones pesadas y minuciosas de sitios, edificios e institutos siempre semejantes(Wilde, Viajes I 408).

Relato que es pesada tarea y se iguala a aquélla que su renuncia le aconsejó prudente: viajar. En términos igualmente desvalorizadores califica su decisión de echarse a andar por el mundo:

Es incalculable la cantidad de tontos que hay en el mundo a juzgar por los que andan en camino y entre cuyo número me cuento, por gusto y sin maldita la razón que los obligue a viajar, en vez de estarse metidos en su cuarto, en su tierra, tranquilos y descansados(Wilde, Mar afuera 183).

Ambas reflexiones, claros testimonios de que Wilde no viajaba en búsqueda de sí mismo ni por afán explícito de conocimiento, incitan al lector de *Viajes y observaciones* y de *Por mares y por tierras*, a preguntarse: ¿Por qué viaja?, ¿por qué escribe sobre su viaje si tanto le desagrade hacerlo? Y uno debe coincidir -en gran medida- con Viñas, pues son múltiples las situaciones en que se descubre detrás de una anécdota, o de una apreciación, el afán reivindicatorio. Mencionaremos algunas.

Durante el viaje relatado en *Viajes y observaciones*, el médico y sus acompañantes realizan un amplio recorrido por Europa y Cercano Oriente, se trasladan a los Estados Unidos y, sin pisar el suelo argentino, regresan a Europa, arribando a través de Irlanda y Escocia. Una vez en el continente, decide profundizar su conocimiento de Alemania y visita ciudades que no había recorrido en su primera estadía. Desfilan, en el relato: la casa de Goethe, Frankfort, ciudad comercial por excelencia “*donde hay más judíos que en Jersuaem*”,¹⁸⁴ y de allí se dirige a Heidelberg, localidad que recibe los inusuales calificativos de “*poema*”, “*paraíso*”, “*lugar acomodado por las manos de un artista*”(*Willde, Viajes II, 253*). Su interés por la ciudad -como en el caso de París- tiene un origen libresco que es decepcionado por el nivel de la Universidad, otrora tan famosa. Wilde tiene tiempo y decide ir a

¹⁸⁴ Los prejuicios finiseculares ante los judíos aparecen en múltiples y diversas ocasiones en los textos de Wilde.

entrevistarse con el profesor Bunsen, “*el famoso autor de la pila eléctrica*”. El sabio con quien se encuentra, termina corporizando a los ojos del argentino lo que está ocurriendo en la Europa finisecular: “*es un despojo, una tradición, una antigüedad arqueológica*”(255). El autor, que a lo largo de todo el relato mantiene su mirada compasiva frente al dolor y a la degradación humana, se torna reflexivo. En medio de un paisaje natural paradisíaco, la figura envejecida de Bunsen (“*moribundo importunamente perturbado en su viaje hacia el otro mundo*”)(255), lo transporta a las crisis de su patria lejana, y por contagio, a sus frustraciones personales. La pátina de humor que sobrevuela todo el relato se diluye para desnudar lo que se oculta detrás del distanciamiento humorístico al que nos tenía acostumbrados:

Hemos salido á vagar a pie, pesándonos sentir la delicia del escenario, mientras en nuestra tierra se están matando en las calles y mandan en hojas aterradoras las noticias de sus grandes angustias hasta el cerebro desalojado del profesor Bunsen, quien habla también de nuestra revolución con palabras de ultra-tumba, oscuras y sin timbre.

Pero bastante he sufrido yo también en esta vida, tras de mi cortina de indiferencia ó de indolente descreimiento, para no darme un momento de reposo, donde lo encuentre, hablando con los árboles que no contestan, pero tampoco procuran desengaños , ni ratifican las tristes verdades del pensamiento á cerca de la índole humana tan llena de dolorosas variantes (Wilde, Viajes II 257).

En esta oportunidad, la reflexión queda interrumpida y el viajero sigue con la enumeración de lo que ha visto en Heidelberg: tres iglesias, el museo, el popular tonel. Sin embargo, la problemática de la opinión pública y de su humor veleidoso (“*índole humana tan llena de dolorosas variantes*”) reaparece en más de una oportunidad. En *Por mares y por tierras*, reproduce -con el mismo propósito reivindicatorio- una charla oída en un café barcelonés. Wilde se presenta como oyente de una conversación que, aparentemente, nada tiene que ver con él. Le han dicho que es un lugar de debate intelectual y allí se deja caer para escuchar lo que se dice. En una mesa cercana, cuatro caballeros discuten acaloradamente sobre las elecciones. Uno de ellos, tras acusar a su interlocutor, periodista, de “*demagogo que apenas conoce al pueblo*”(Wilde, *Mares I 15*) enumera lo que, a su juicio, son las

notas definitorias de esa entidad¹⁸⁵ con la siguiente serie de adjetivos: *“inculto, servil, ignorante, veleidoso, inconsciente, inmoral, bajo, cobarde, cruel, estúpido, soez, irracional, corrompido, criminal, innoble, adulón, rastrero, egoísta i digno solo de ser tratado a latigazos i a palos”*(Wilde, *Mares I 16*). El médico no se indigna ante estas designaciones, por el contrario, las reputa acertadas calificaciones de una opinión pública siempre proteica y antojadiza.

Dado que la opinión pública es veleidosa, Wilde no duda en tratar de influir en ella mostrando, en reiteradas oportunidades, los logros de su actuación ministerial. Viaje de huida que se transforma en viaje de reconstrucción de una imagen (el pedestal estatuario del que habla Viñas). Así, en oportunidad de arribar a Varsovia, se encuentra con que la capital polaca ha destinado un grueso presupuesto a las obras de salubridad¹⁸⁶. Wilde estalla en un arranque de justificación y autoelogio:

Varsovia construye actualmente obras de salubridad. Saludé a los gruesos caños de hierro al pasar, como a antiguos conocidos y miré con simpatía y casi con ternura los trabajos en zanja abierta, los aparatos de extracción de la tierra, baldes y sogas: uno quiere más a los hijos que mayores trabajos le han costado; recordaba cuánta calumnia, injuria y denuedo había llovido sobre mí á propósito de las obras de salubridad de Buenos Aires, y pensaba con cierta satisfacción cuánto me agradecerían pasando los años el no haberme arredrado ante nada y haber llevado a término mi propósito (Wilde, *Viajes 1 81*).

La cita, además de ejemplificar el tono del funcionario que debe defender sus obras y sus decisiones, pone de manifiesto otra determinación que guía la mirada de Wilde, quien difícilmente se despoja de su condición de médico con preocupaciones por la higiene popular. Queremos señalar este aspecto singular en la actitud del autor ante los viajes. Se ha aventurado a viajar, seguramente influido por los consejos de sus amigos y porque ha leído en los relatos de otros miembros de su grupo lo interesante que resultaba la experiencia. Sin embargo, es evidente que a él no le

¹⁸⁵ Tomamos la palabra prestada del propio Wilde quien en reiteradas oportunidades se refiere al pueblo como tal.

¹⁸⁶ Con respecto al apego de Wilde por las obras de salubridad de la Ciudad de Buenos Aires, cabe recordar el debate que tuvo lugar en el Senado con Aristóbulo del Valle. Allí Wilde insiste en su conocimiento sobre el tema y la necesidad de enajenar las obras con el fin de terminarlas. Confrontar *Obras Completas*, t. XVIII, p.339.

interesa. Wilde, de algún modo “*deconstruye*” el concepto de viaje. Y sin embargo, no deja de visitar ni uno de los museos, templos o puntos de interés que la costumbre, los viajeros antecesores o sus guías de viaje le han aconsejado. Sin embargo, se aburre soberbiamente frente a la reiteración de Magdalenas, la multiplicación de salas de museo, de palacios, de atrios de iglesias y de catedrales. A lo largo de su narración, se advierte el fastidio creciente. Siempre las mismas reproducciones (las mismas Ariadnas, Apolos, Laocontes, Hércules) que lo llevan a exclamar jocosamente en Chicago:

Nuestro museo si no tiene obras de arte, tiene obras de la naturaleza, de fama universal. En diversos museos, el bagaje se compone de pocas piezas originales, otras iguales á las de los demás y reproducciones en yeso, de las obras célebres: Las Venus, los Luchadores, el Gladiador muriendo, el Apolo, el Antinoo, Ariadna, Laocon, Hércules y Toro Farnese, Endimión, Mercurio y cuanto personaje conocemos. Cada vez que entro á un museo, me da gana de dirigirme á las repoducciones, darles la mano y preguntarles cómo les ha ido desde nuestro último encuentro(Wilde, Viajes II 146).

En contraposición con el hastío que le produce la reiteración de las obras de arte, la mirada desencantada y desmitificadora se anima con rasgos de simpatía y afectuosa ternura al observar los caños maestros del sistema cloacal de una ciudad. En un tono concomitante con esta actitud científico-práctica, pone en duda la pertinencia de las restricciones sanitarias vigentes en Barcelona; se burla del profesional que los examinaba que parecía “*él mismo un cadáver*”(Wilde, *Mares I 12*) y cuestiona la pericia de un cirujano, a quien por su modo de extraer una aguja de la mano de una niña denomina, “*cirujano de las Cruzadas*” .

Ha leído guías culturales, ha leído los relatos de otros viajeros, consulta mapas que, en general, ayudan a desorientarlo más que a orientarlo. Sin embargo, no necesita tales guías para internarse en las morgues, en las cátedras de anatomía, en las salas donde se acondicionan los preparados anatómicos con que se enseña medicina. Esta Europa del avance de las ciencias médicas lo deslumbra, porque son los ámbitos que están al servicio del progreso científico. Es más. Él es el

guía y, en alguna medida, recuerda aquella anécdota de Sarmiento cuando en París se presentó ante la redacción de la *Revue des deux Mondes* con una traducción parcial de *Facundo*. Sarmiento relata que, cuando finalmente el redactor lee su artículo “*cuatro redactores esperan para solemnizar la recepción*” y, agregaba el sanjuanino “*soy yo el autor del manuscrito(una reverencia), el americano(una reverencia), el estadista, el historiador...*”(Sarmiento, *Viajes* 121). Wilde manifiesta el mismo orgullo cuando los catedráticos europeos le piden que examine cadáveres y él, médico sudamericano, es capaz de interpretarlos. Lo mismo cuando, en París, se dirige a lo de Auzout, “*el conocido preparador de cuerpos elásticos*”(Wilde, *Por mares I* 291). Necesitaba un cerebro que contuviera ciertos planos muy útiles en el estudio clínico y discute con el encargado europeo de tal tarea, en cuanto a que no todos los cerebros fueran iguales. ¿Quién es el receptor pretendido de las siguientes reflexiones?:

Hablamos de embriología a propósito de haber él aseverado que todos los cerebros eran iguales anatómicamente i que, por lo tanto, copiado uno quedaban copiados todos. Yo negué el hecho con la pedantería que me es característica i le mostré mi erudición aprendida en Joulín y no olvidada todavía. Me pareció sorprendido de mi audacia i de la exactitud de mis detalles anatómicos, siendo yo **sudamericano, es decir salvaje en la opinión de muchos europeos. Yo no me dejé arredrar por la sorpresa de su extrañeza**(Wilde, *Por mares I* 292)¹⁸⁷.

Se observa que Wilde se envanece de su condición de sudamericano y lee a Europa y sus científicos no con la actitud reverencial que habían tenido otros viajeros, sino como representante de una sociedad que él considera destinada a reavivar la llama del arte y del progreso que se estaba extinguiendo en el Viejo Continente. En este viajero finisecular, la actitud de súbdito que se presenta frente a la corte de las maravillas ha desaparecido, fundamentalmente, a causa de la identificación que Wilde establece entre Europa y el tiempo pasado. Estados Unidos de Norteamérica es dueño, a su juicio, del presente finisecular y posiblemente se

¹⁸⁷ La negrita es nuestra.

proyector hacia el futuro que compartirá -en la proyección del médico viajero- con Buenos Aires, *“la gran capital del Sud”*. Wilde se sabe ciudadano de ese tiempo aunque en algunas oportunidades no deje de manifestar sus dudas e incertidumbres. Sin embargo, predomina -fundamentalmente en *Viajes y observaciones*- la confianza en el desenvolvimiento futuro de la Argentina. Europa ha quedado fija en sus cementerios, en sus bibliotecas -que siempre denomina *“cementerios del espíritu”*- y en sus museos. El sudamericano prefiere las cátedras de anatomía, las morgues universitarias -de la muerte saldrá mayor conocimiento-, las obras de salubridad que aspiran al beneficio de las generaciones venideras. Sintetiza con las siguientes palabras sus propósitos:

Quando visito obras destinadas a la provisión de agua ó extracción de líquidos de cloaca, ya sea en las ciudades de Europa, ya en este continente, y las comparo con las de Buenos Aires, me siento orgulloso, no obstante haber sido para mí las tales obras fecundas en desagradados.

Nuestro sistema es armónico y completo; ningún otro le supera(Wilde, *Viajes I* 133)

Desentrañados los motivos de Wilde para viajar, aún cuando le resulta imposible disimular el fastidio y aburrimiento que ello le ocasiona, cabe preguntarse junto con Cristina Iglesia las estrategias que utiliza el autor para presentar *“una mirada lúcida y solitaria sobre la Europa de fin de siglo”*(Iglesia, Wilde 172). ¿Cómo puede un escritor contar la “vieja Europa”? ¿Puede, en última instancia contarla? *“Wilde apuesta- sostiene Iglesia- a una crónica de viajes que eluda la descripción mentirosa, es decir la descripción entendida como mimesis vana”*(Iglesia, Wilde 173). La problemática nos remite a un aspecto referencial y a otro discursivo. En cuanto a la realidad observada, Wilde se resiste al gesto admirativo, acrítico frente al pasado y reserva esa actitud para el cambio, la novedad y el movimiento, representados por la sociedad de los Estados Unidos de América, país cuyos defectos (hipérbole, flirtation, ambición desmedida), no deja de observar, aún cuando tiende a perdonarlos por la circunstancia apasionante que se vive. Cuando, en

cumplimiento del itinerario que se ha impuesto debe abandonar los Estados Unidos para regresar a Europa, no puede dejar de comunicar al lector porteño que ha sentido una impresión triste *“al dejar Norteamérica”*(Wilde, *Viajes I 208*) porque se siente él también un poco norte-americano. Contrapuesto al estatismo esclerosante de Europa, Estados Unidos se le ha aparecido como la novedad permanente, la movilidad, el cambio. En este aspecto, Wilde se coloca en las antípodas de Miguel Cané y su añoranza de *“mármoles ennegrecidos por el tiempo que serena”*(Cané, *Viaje 403*).

En cuanto al género *“literatura de viajes”* , Wilde se resiste a reiterar lo que otros ya han dicho. Aún va más allá: desenmascara la hipocresía admirativa de muchos de estos relatos. Para Iglesias, esta actitud desmitificadora se concreta a través de una técnica de inventario, que es el mecanismo que utiliza para usar el género relato de viajes, sin caer en copia de modelos. De este modo, desacraliza un discurso que suscitaba en el lector una serie de expectativas más o menos esclerosadas. Al servicio de esta doble intención, incorpora una prolífica serie de marcas de distanciamiento, no sólo en el nivel de los objetos observados sino también en el plano del discurso en el que se da cuenta de las *“observaciones”*.

Para Wilde, los objetos artísticos dejados por el pasado pueden ser motivo de su ironía y sarcasmo. Sin embargo, tampoco se da una desvalorización en bloque de los mismos. Lo que el autor proyecta, en todas las oportunidades, es su apreciación personal y subjetiva que le permite considerar al Moisés, de Miguel Ángel como *“un viejo barbudo, con aire chavacano é inculto; [que] tiene cuernos y se halla sentado con las piernas abiertas como un gaucho jugando con su barba”*(Wilde, *Viajes I 278*).

Se burla, asimismo, del relato convencional cuando le solicita al director de *La Prensa* que busque un título *“bueno que incite a leer lo que vaya debajo”*(Wilde,

Viajes I 10) pues el más común de “Correspondencia” le parece inadecuado, dado que ni el autor espera respuesta, ni el director espera escribirla.

Explicita su distanciamiento con los modelos vigentes a fines del siglo XIX- Sarmiento, López, Cané- al afirmar que “*no voy a contar ni cómo era el buque, en qué día o a qué hora llegué a Montevideo, si la ciudad es bonita o fea, cuándo salimos de su rada...*”(Wilde, *Viajes I 10*).¹⁸⁸ En el caso de los tres autores mencionados anteriormente, estos detalles están relatados con morosidad por lo tanto, los lectores de *La Prensa* de 1892, no habrán tenido ningún inconveniente para identificar la ruptura con lo consuetudinario. Es cierto que, la actitud humorística, nota constante en la escritura de Wilde, supone -como lo ha señalado Henri Bergson- un proceso de distanciamiento. Sin embargo, creo que en este caso responde también a otras inquietudes que tienen que ver, asimismo, con los desafíos de cómo contar un viaje de modo diferente. ¿Cómo hacer para tomar la tradición y, al mismo tiempo, aportar algo innovador? ¿Qué otro tipo de escritura relacionada con los viajes influye en su propia escritura? Todas estas respuestas se relacionan con la imagen de viajero que anhela construir, y una serie de coordenadas relacionadas con el turismo y el viaje.

En este aspecto creo que resultaría interesante señalar que, como viajero burgués, en el texto de Wilde aparecen también rasgos propios del turismo. Patrick Leigh Fervor afirmó, en alguna oportunidad, que “*el turismo es al viaje como el plástico a la madera*”. El viajero—aún en los fines del siglo XIX- elegía su propio itinerario. El turismo fue desplazando las elecciones individuales de la trayectoria por seguir, e impuso -aunque el proceso fue gradual y paulatino- la idea de lo que había que ver. Surgió la tendencia de “*ver las cosas necesarias ‘at the right moment’ como*

¹⁸⁸ Todas estas circunstancias figuran en *Viajes* de Domingo Faustino Sarmiento, texto que Wilde leyó detenidamente y del cual, en más de una oportunidad busca establecer distancia.

anunciaban la mayor parte de las guías turísticas de fines del siglo XIX”(Fussell 273). Aunque para Fussell el turismo es contrastable con el viaje, no todos los críticos coinciden con él, y se impone una fuerte tendencia a considerar que los conceptos se superponen e interseccionan.

James Buzard demostró en su texto *The beaten track* que el surgimiento del turismo estuvo íntimamente ligado con una serie de cambios que se produjeron en las relaciones entre Inglaterra y el Continente con motivo de la finalización de las guerras napoleónicas. Tampoco fueron ajenos a su surgimiento las ampliaciones de las vías ferroviarias y la creciente oferta de medios de transporte, cada vez más seguros y confiables. Estas circunstancias, unidas al surgimiento de agencias como la de Thomas Cook, en un principio dirigidas al trabajador inglés, aceleraron el proceso de democratización de los viajes.

Iglesia asocia el carácter de inventario del discurso wildiano, exclusivamente con su actitud irreverente hacia el pasado. No deberíamos descartar la presencia de otro tipo de vinculaciones, particularmente con el discurso imperante en las “guías de turismo”, que son una presencia explícita e implícita en el relato del viajero argentino.

Cuando Sarmiento y Cané escribían sus relatos de viajes narraban la travesía y los múltiples inconvenientes con que se habían enfrentado: valijas que se perdían, destinos equivocados, dificultades para acceder a los lugares a donde se quería arribar, atrasos en los horarios, cuarentenas, arribos en las épocas equivocadas. Muy poco de esto aparece en Wilde: algún paraguas dejado en cada capital de Europa, algún castillo cerrado por ser temporada invernal, alguna inspección sanitaria y no mucho más. Más tarde, en el viaje relatado en *Por mares y por tierras* aparecerán dificultades de mayor peso, pero nunca actúan como obstáculos difíciles de subsanar. En este aspecto, el viaje de Wilde parece más una

jornada turística como las que empezó a popularizar Thomas Cook, que un relato de viajes con lo que el mismo tenía de aventura. En términos del mundo ficcional cortazariano, Wilde sería un “fama” viajando.

Los itinerarios seguidos por el médico recuerdan, en muchas oportunidades, los propuestos por Thomas Cook; por ejemplo, su paseo por Escocia es copia del itinerario propuesto por la compañía inglesa para los trabajadores, y el recorrido por Alemania no omite ninguna de las ciudades propuestas por Cook en el viaje a ese país.¹⁸⁹

Al contar su periplo, Wilde parece testimoniar la idea de “deber cumplido”. Hay que ir a visitar los museos y Wilde y sus compañeros allá van. Es interesante visitar las basílicas e iglesias de Roma y los tres argentinos no descansan hasta contemplarlas. Es cierto que todas estas actividades que “*le van tocando*” se transforman en pesadas tareas que lo llevan al deseo de no querer viajar más pero, en esa misma actitud, Wilde se estaría adelantando a lo que Fussell y Buzard denominan *anti-turismo*, reacción que el segundo estudioso considera producto inmediato del primero. Wilde, en muchos aspectos, se anticipa o recoge tempranamente tendencias que ya afloraban en Europa.

La presencia del turismo es constatable en múltiples formas. En primer lugar, el autor se refiere, en varias oportunidades, a los guías y a la empresa Thomas Cook. Por ejemplo, al arribar a San Petersburgo, luego de haber visitado Moscú y otras localidades rusas, agobiado por la tarea de describir tanta obra de arte como le sale al paso en la ciudad fundada por el zar Pedro, acota:

Me es imposible describir, y sería pesado para el lector que lo hiciera, todos los monumentos, edificios é institutos de San Petersburgo; la descripción completa se encuentra en las guías sobre todos en las inglesas(Wilde, Viajes 1 114).

¹⁸⁹ Confrontar James Buzard, p.53.

También se mencionan, para hacerlas jugar como contrapunto, las valoraciones de las guías turísticas:

La galería de pinturas es muy importante; hay en ella cuadros históricos de pintores conocidos y otros sobre temas variados, de renombrados maestros. Ahora como en otras ocasiones voy a nombrar los que me agradaron; no sé si son los mejores, ni si me aparto del juicio general; no me sujeto a la opinión apuntado(sic) en las guías(Wilde, Viajes 1 148).

Desde mediados del siglo XIX se había gestado la oposición entre viajero y turista, dicotomía que se resolvía en una valoración negativa del segundo. La idea de un viajero independiente e inteligente aparecía enfrentada al producto impersonal de la era moderna, "el turismo". Paul Fussell sintetiza en las siguientes palabras esta oposición:

Tourism stimulates travel, sometimes quite closely...But it is different in crucial ways. It is not self directed but externally directed. You go not where you want to go but where the industry has decreed you shall go. Tourism soothes you by comfort and familiarity and shields you from the shocks of novelty and oddity. It confirms your prior view of the world instead of shaking it up. Tourism requires that you see conventional things, and that you see them in a conventional way(Fussell , Norton Book 651).

Fussell , de algún modo, acepta una serie de estereotipos que comenzaron a gestarse a mediados del siglo XIX, cuando el turismo se despega de la condición germinal inicial y cobra vida como empresa pujante que irá cambiando -sin posibilidad de retorno- la idea del viaje. Sin embargo, la distinción tajante pertenece más a la teoría que a la realidad, ya que durante varias décadas el *turismo* fue lo que los antropólogos John Urry y Chris Rojek denominaron "*término caótico que abarca tantas nociones diferentes que apenas resulta pertinente en los estudios sociales*"(Rojek, *Transformations* 1).

En el caso de Wilde, pese a la presencia permanente de elementos relacionados con el turismo, el narrador, en general se autodenomina "*vecino en viaje*", circunstancia que no le impide aceptar las características turísticas que su propio recorrido adquiere por momentos. Por otro lado, nunca su mirada es

convencional. Con la nota irónica que le es característica, acota en oportunidad de su llegada a Munich:

Un día de buen humor he de pintarle á usted la vida de un abonado á la compañía Cook. Hoy tengo en cuerpo diez y ocho horas de vía férrea á razón de setenta kilómetros por hora y una ópera de Wagner, el Barco fantasma, cantada con el mayor escrúpulo a oscuras en el mejor teatro de Munich(Wilde, *Viajes I* 153).

“*Un día de buen humor*” llega cuando se repone y Eduardo se entretiene en pintar a los lectores porteños, lo que es ser abonado a la compañía Cook. Su descripción dinámica de un itinerario agotador abunda en conectores temporales y verbos para indicar el ritmo febril del turista. No hay descanso posible:¹⁹⁰

Apenas instalados en el hotel(.....) Fuimos primero a las caballerizas reales.

De la caballeriza fuimos á la capilla real.

En seguida vimos el jardín real rodeado de un edificio semejante al palais Royal de París, en cuyas reparticiones se vé cuanto Dios crió. Vimos también el monumento de Luis I...

Al fin de la calle Luis se hallan...

Vemos en la galería....

Uno de los patios inferiores tiene un jardín medianamente triste flanqueado por una gran galería de retratos. La galería conduce dicen, al tesoro muy rico según cuentan los guías.

Muestran los guardianes....

No quiero olvidar un detalle.....(Wilde *Viajes I*, 160-165)

El final propuesto para esta experiencia turística es originalísimo. Ha seguido los consejos de las guías impresas y de los guías turísticos de cada lugar, pero finaliza su agitado itinerario con una visita que tiene para él un especial interés: la Universidad de Munich y, en particular, la sala de la morgue. Los papeles se invierten: ahora él es el guía y anuncia con la frase “*Bajemos ahora al Infierno del Dante*” (*Viajes I*, 174) un camino donde el guía pasa a ser él, y el Guía turístico queda “*petrificado, mudo y sordo*”. Los hechos narrados se suceden como si fueran la presentación de las distintas paradas de una excursión turística, pero las secuencias a las que asiste el pobre Guía, don Juan, son tachos de maceraciones, cajones con pedazos de cadáveres, difuntos de ambos sexos tendidos sobre mesas,

¹⁹⁰ El párrafo está fragmentado con la intencionalidad de acentuar la idea de actividad frenética y cumplimiento de las proposiciones de las guías turísticas. Insistentemente Wilde se refiere a las guías inglesas(en ese momento preferentemente Cook y Murray) y a la presencia de orientadores de la mirada que la realidad del turismo fue haciendo cada vez más extendida.

tinas para lavar y afeitar los cadáveres. El episodio no tiene parangón como intento del autor de desacartonar las convenciones aceptadas. Todo el suceso es una parodia de las excitantes propuestas de las guías de turismo finiseculares.¹⁹¹

4.2. Londres: los límites de la descripción

Si nos hemos querido detener en las particularidades que presentan los relatos de viajes de Wilde, ha sido porque nos parece que el distanciamiento que manifiesta con respecto a muchas convenciones y lugares comunes de la literatura de viajes, aceptados acríticamente por otros viajeros, patentiza cómo el discurso imperial británico permea las distintas áreas de la cultura occidental hasta zonas tan profundas que, incluso un autor tan irreverente, tan poco dispuesto a dejarse llevar por los discursos autorizados o canónicos, sin darse cuenta queda atrapado en la fina red tejida por las estrategias discursivas del Imperio.

Edward Said sostiene, como prólogo a su análisis de *Aída* de Verdi, varios conceptos que consideramos pertinentes en el análisis de las culturas viajeras, que todo viaje y su correlativo relato comportan:

¹⁹¹ El relato del descenso a la morgue y su carácter paródico por partida doble (del descenso a los infiernos dantesco y de los trayectos promocionados en las guías de turismo) merece ser reproducido: *"Don Juan, así se llamaba el guía, no había abandonado en realidad toda esperanza, pero sí un montón de ilusiones a lo largo del camino de su vida y su paraguas en el cajón de la cocina fría á donde me fue necesario ir á buscarlo.*

Primera visión terrible para Don Juan: un tacho de agua hirviendo; era el agua para las maceraciones.

Segunda visión: una gran tina para lavar y afeitar los cadáveres.

Tercera: veintisiete difuntos de ambos sexos, metódicamente acostados en una serie de mesas; todos tenían la cabeza cubierta con una bolsa empapada en agua con sublimado corrosivo y presentaban una herida cerca de la ingle; algunos habían sido abiertos para extraerles las entrañas.

Explicaciones del cuidador al ver mi asombro por tanto cadáver: no son de un día, son desde principio de Agosto: están todos inyectados para conservarse: se les cubre la cabeza porque es la parte más expuesta a descomponerse...

Alrededor de este depósito mortuario había varios cofres...

Del hospital fui al cementerio central; un lindo enterratorio, viejo y nuevo

(...) Nada más tristemente poético que esta exposición, y cuán grande era el contraste entre estos muertos rodeados de cariño y doliente cuidado de los deudos y los del anfiteatro tratados como simple material de estudio, y eso á unas pocas cuerdas de distancia. ¡Cómo varían los sentimientos y los usos desde el punto de vista del espectador! (Wilde, Viajes I 176-177).

Considero cada obra individual en términos de su propio pasado y también a la luz de interpretaciones más tardías. En segundo término, mi idea principal es que estas obras de cultura irradian e interfieren con categorías aparentemente estables e impermeables, fundadas en el género, la periodización, la nacionalidad y el estilo; categorías que suponen que Occidente y su cultura son casi por completo independientes de otras culturas y también de los objetivos terrenales del poder, la autoridad, el privilegio y la dominación. Al revés, quiero mostrar cómo *la estructura de actitud y referencia*¹⁹² prevalece de todas maneras y formas, y en toda suerte de sitios. Lejos de ser una estructura autónoma y trascendente, está muy próxima al discurso y a la Historia; lejos de ser inamovible y pura, es híbrida y extrae sus materiales tanto de la superioridad racial como del brillo del arte, tanto de la autoridad política como de la técnica, tanto de las técnicas simplificadoras y reductivas como de las complejas (Said, Imperialismo 187).

Irradiación e interferencia de categorías, autoridad política y técnica que prevalece e influye “*en toda suerte de sitios*”. Más allá de que en el caso de Wilde no prevalece el contacto preferentemente enfocado por Said, que es el que se establece entre Occidente y el Islam¹⁹³, la referida interferencia entre obras de arte y categorías aparentemente estables, puede ser advertida por todo lector crítico de los relatos de viaje de Wilde. Por otro lado, aunque Sud-América no es Oriente, los discursos hegemónicos europeos no los diferenciaban tanto como queda demostrado, por citar sólo un ejemplo, por el hecho de que Sarmiento cuando quiere traducir su *Facundo* acuda a lo que él mismo llama un orientalista¹⁹⁴. Wilde ha intentado deliberadamente cuestionar las categorías genéricas y artísticas heredadas, tal como pretendimos demostrar en el apartado anterior. Subversión y transgresión del discurso propio de las guías turísticas, distanciamiento de los relatos de viaje de otros autores consagrados de su propio entorno, risa irrespetuosa frente a la sacralización de valores e ideas canonizadas. Entonces, uno se prepara para encontrar en su discurso una emancipación total de las *estructuras de actitud y referencia*. Y aquí irrumpe la sorpresa pues no es así. Lo que quiero significar es que era esperable en la posición admirativa de Cané la apelación permanente a dichas coordenadas, pero resulta por lo menos llamativo encontrarlas en un autor que ha

¹⁹² La cursiva es del original

¹⁹³ Este contacto sólo se presenta en su viaje a Orán del que nos ocuparemos más adelante.

¹⁹⁴ Cfr, Sarmiento. Viajes, pp 120-121.

hecho de la transgresión de los “corsés ideológicos” una de las características de su relato. Uno no puede sino coincidir con Said en que lo que caracteriza a estas estructuras es la hibridez y la ubicuidad. Precisamente creo que Wilde es, entre los hombres del 80, quien mejor patentiza la permeabilidad del discurso imperial en los distintos ámbitos de la cultura y en *“toda suerte de sitios”*. La penetración es tan profunda que invade incluso el discurso de un autor que en muchos aspectos se presenta como un adalid del distanciamiento y la irreverencia.

La relación de Wilde con Londres es, inicialmente, semejante a la que entabla con París.

En el primer viaje(1889-1890) llega a Londres sólo como lugar de paso para embarcarse rumbo a los Estados Unidos de Norteamérica. Ya ha estado en París, ciudad en la que no ha podido reconocer la París novelesca que traía como cartografía imaginaria. Arriba en *“un mareador de primera clase”*(Wilde, *Viajes II 58*) a Londres. Llega a la ciudad *“como una gota al mar”*(58). Esta impresión inicial no se borra mientras dura su permanencia en la capital inglesa. Sugestivamente el capítulo en que relata estas experiencias se titula *“Nada sobre París y Londres”* y, en efecto, Wilde tiene poco que decir en este primer contacto. Tampoco quiere decirlo porque confiesa que, como en el caso de Paris, *“cuanto más vivo menos la conozco”*(Wilde, *Viajes II 59*).

Fiel a esta imposibilidad de describir, no opta por el inventario que utiliza en el caso de otras ciudades sino por el silencio, la reticencia. Explica, en los siguientes términos, las causas de su actitud:

Tres veces he estado en la capital francesa y cada vez por mayor tiempo, sin poder explicarme la causa, pues no tengo más motivo para residir allí que en otra parte.

Y ni siquiera alego pretexto de conocerla mejor; cuanto más vivo en París menos la conozco. Mi inseguridad crece con el tiempo de mi permanencia; ahora no me creo habilitado para dar una opinión sobre la gran ciudad ni me siento capaz de bosquejar siquiera una descripción.

Lo mismo me sucede con Londres.

Yo debo haber nacido para entender y tramitar detalles.

Las cosas grandes me ofuscan.

Al hablar de ellas me parece que miento si no digo todo cuanto contienen, y decirlo todo es imposible.

Respecto á París y Lóndres espero que se forme un sedimento en mi conciencia para arriesgar un juicio.(Wilde, Viajes II 59).

Londres como París le parecen la humanidad. Contienen todas sus manifestaciones. *“La historia les ha dejado sus mejores y sus más horrendas páginas”*(Wilde, Viajes II 60).

Todo el capítulo se nutre de postergaciones y de silencios. El jocosos autor anuncia correspondencias en blanco, columnas sin llenar en el diario *La Prensa* mientras esté en Londres. Confiesa haber visitado los barrios de White Chapel guiado por la leyenda y la novela, pero no puede aventurar un juicio. Le parece temerario. Sólo le ha alcanzado para discernir lo real de lo fantástico. Cané joven se atrevía a compartir sus juicios, los manifestaba y más tarde compartía sus rectificaciones con los lectores de *La Tribuna* , allá por 1870. Wilde tenía 45 años cuando visitó por primera vez Londres y se quiso mostrar cauto. Pide paciencia a sus lectores y a sus editores. Abrirá juicio más tarde. La única valoración que se atreve a enunciar, no bien abandona Londres, es que como ciudad moderna participa de la fiebre del cambio, aunque en Inglaterra *“las rutinas duran más que en el resto de Europa”*(Viajes II 62).

Pese al respetuoso silencio, la capital inglesa lo ha impresionado y, cuando después de visitar extensas zonas de los Estados Unidos llega a Nueva York parecería recordar el germen original de tanto desarrollo cuando manifiesta:

Mañana 4 de julio emprendemos nuestro viaje de regreso hacia el viejo mundo, y antes de abandonar quizá para siempre estas playas hospitalarias, según la expresión consagrada, me he preguntado a mí mismo qué impresión llevo de Norte-América . Mi impresión es favorable a este pueblo. Londres me ha dado la idea de lo colosal estático, Norte-América de lo colosal dinámico(Wilde, Viajes II 204).

La balanza de sus preferencias se inclina, en 1890, hacia lo colosal dinámico.

Reingresa al Viejo Continente por Irlanda cuya capital admira y luego deambula por Escocia, deteniéndose, con gusto, en Edimburgo, la “Atenas de Escocia”. Su itinerario es muy semejante a uno que en la época promocionaba la compañía Cook¹⁹⁵. Se atreve a describir las tierras de Wallace, el castillo de Edimburgo; visita y realiza inventario de varios museos escoceses; deambula por las calles y por la historia de las Highland. María Estuardo -coincide en sus apreciaciones con Lucio López- despierta en él duras críticas.

Aunque manifiesta su desacuerdo con los ideales religiosos de Irlanda y de Escocia, ambas regiones lo mueven a la reflexión que se concreta en una dura advertencia contra las injusticias de la arisocracia inglesa que, a juicio de Wilde, “*no debería olvidar los hechos y ejemplos diarios de nivelación que las sociedades ofrecen*”(Viajes II 220) Si frente al espacio vacío de Waterloo¹⁹⁶ que Wilde había visitado al poco tiempo de arribar a Europa, proclamó las deudas que la humanidad tenía para con la conciencia de libertad que en la historia habían promovido los ingleses; la situación de Escocia e Irlanda le advierten sobre algunos aspectos no tan civilizados de esa “*sociedad civilizadora por excelencia*”.

La visita de nuestro médico a Waterloo amerita algunos comentarios. Wilde realizó esta visita en los comienzos de su primer viaje europeo. El relato que hace de la misma pone de manifiesto su clarividencia con respecto a los usos o lecturas que la cultura hace de la realidad. Comienza por señalar que la excursión vital para todo extranjero se constituye en una cuestión de vida o muerte para un inglés, que irá al

¹⁹⁵ Pudney en su texto *Thomas Cook Story* señala que en 1842, la compañía Cook presentó un volumen titulado *The Strangers Visit to Edinburgh*. Los trayectos promocionados incluían el traslado del tour desde Glasgow hasta Stirling, Loch Lomond y Ayrshire. Curiosamente es el mismo trayecto cumplido por Eduardo Wilde y su esposa.

¹⁹⁶ Una vez más, los lugares elegidos por Wilde forman parte de circuitos turísticos muy concurridos. El traslado de contingentes turísticos ingleses más allá del Canal de la Mancha es iniciado por la compañía Cook en 1855(Cfr. Brendon, *Thomas Cook*). El 4 de julio de ese año inició su marcha desde Harwich un grupo que se dirigía hacia Alemania. En Bélgica paraba en Bruselas y se anunciaba la visita “*al glorioso campo de Waterloo*”. Más tarde, este sería- como lo atestigua Wilde en 1890- uno de los destinos obligados de los viajeros británicos que pisaban el Continente.

lugar “*inmediatamente aunque se esté muriendo*”(*Wilde, Viajes I 26*). Advierte que el guardián-guía del lugar tiene preparadas dos versiones de lo ocurrido en el campo de batalla: una inglesa y otra francesa. Con astucia, estudia las caras de sus oyentes, determina en mente quién es la figura principal del grupo y de acuerdo con el resultado de sus análisis fisonómico-sociales, recita la versión que le parece adecuada. Durante la visita de Wilde correspondió la versión británica en la que Wellington era el héroe.

Wilde comparte esta lectura de la batalla y no duda en manifestar su adhesión a los ideales de libertad¹⁹⁷, que para él estuvieron representados por la decisión inglesa de luchar contra el Imperio francés. En este sentido, el médico argentino se hace eco de la versión británica y victoriana de los acontecimientos. Para todo victoriano que se preciara, no había duda de que habían sido Wellington y Waterloo, la persona y la circunstancia que habían posibilitado la evolución del mundo moderno tal como éste se presentaba a fines del siglo XIX. Wilde toma partido abiertamente:

Yo tengo respecto a Napoleón la idea inglesa y no puedo prescindir al recordar su figura, de traer a mi memoria los hechos que empañan su gloria, las crueldades, los asesinatos de prisioneros.

... la humanidad se sintió aliviada con la caída de Napoleón; por eso Waterloo figura entre las batallas que han resuelto una cuestión humana(...) por eso todas las naciones actuales se creen partícipes de la victoria de Wellington y miran al campo de Waterloo como la escena en que sus hijos lucharon por su propia patria.

(...)

....Waterloo querrá decir, la libertad, el descanso, la paz y el trabajo (*Wilde, Viajes I 29*)

Libertad, descanso, paz y trabajo han sido el fruto conseguido por esa batalla, enfocada por Wilde como una metonimia privilegiada de la historia y del triunfo de

¹⁹⁷ Wilde acepta, en este aspecto la visión de la historia oficial inglesa. Hacia 1815, comenzaba a aparecer una posición crítica frente a esta visión. Así, por ejemplo, el *Gentleman's Magazine* se hace eco de esta actitud revisionista y se niega a transmitir la versión oficial: “*It is impossible to overlook this prominent fact that the history of mankind does not exhibit as resulting from one conflict, however glorious it may have been, consequences so important, so extensive, so beneficial to mankind as those which progressively insured, and are still succeeding to the Victory of Waterloo*”(*Yoon Sun Lee 549*).

la civilización inglesa en beneficio de la humanidad. Wilde, tan alerta en cuanto a otros discursos impuestos, tan perceptivo a la hora de analizar las construcciones que todo relato histórico supone, le ha hecho lugar a uno de los mitos o estereotipos de la superioridad inglesa.

No mucho más aporta Wilde en su primer relato de viajes, sobre el mundo inglés. Ha pedido tiempo para madurar su experiencia y, en efecto, recién años más tarde, con motivo de relatar otros viajes parece animarse a explicitar sus apreciaciones.

El 16 de julio de 1892, junto con Guillermina y el intendente "Bautista", Wilde sale por segunda vez de Buenos Aires, "*capital de la república argentina (sud-América)*" (Wilde, *Mares I 7*), rumbo a Europa. En realidad, su regreso al Viejo Continente está motivado por su deseo de conocer varios países africanos. El relato-retocado y editado por el propio autor en 1898- adopta un estilo más convencional, próximo a los relatos canónicos. El ritmo es de *ralentando*. No hay prisas sino que hay tiempo para reuniones en cafés, para visitas sociales, para asistencia a cenas consulares, para veladas de ópera.

De regreso de su experiencia africana toca París, como para volver a tomar contacto con la civilización y de allí va a Londres. Consigna la fecha: 29 de enero de 1893. Su mirada se detiene en algunos aspectos de ese "*monstruo de ciudad*". Hace su aparición la infaltable niebla (fog) londinense que le sirve para destacar ciertas peculiaridades de los británicos;

Londres arregla los asuntos de la luz al revés de otras ciudades: a media noche es de día, i los días son de noche pero no es verdad que no se vea a un metro de distancia (Wilde, *Mares I 90*).

En esta oportunidad, los viajeros se instalan en un departamento de Londres y lo que más llama la atención del cronista es la invisibilidad de quienes establecen y aseguran el orden de la casa. Esa noción de un orden invisible pero que se cumple

con minuciosidad absoluta, reaparecerá en la pintura de otros aspectos de la cultura inglesa.

En 1896, Wilde y su esposa están de regreso en Londres. En esta oportunidad el itinerario ha sido Buenos Aires- Londres. Desde allí planean el viaje hacia el Canal de Suez, Mar Rojo, Ceylán, China y Japón. El título del capítulo, precisamente es clarificador: *"Alrededor del mundo"*. El primer asiento está fechado en Londres, en julio de 1896. La ciudad que cuanto más habitaba menos conocía, el *"monstruo de ciudad"* de 1893, aparece ahora delineada con rasgos particularizadores. El capítulo al que nos referimos señala un cambio de actitud de Wilde hacia el mundo inglés.

Frente al característico distanciamiento crítico que ha prevalecido en el relato de sus viajes hasta este momento, comienza a observarse en los relatos fechados a partir de 1896 un cambio notorio de actitud, fundamentalmente hacia algunas particularidades de la sociedad inglesa y su representación literaria. Es como si "la anglomanía" se fuera adueñando de su relato. Se delinea a cada trazo una sociedad y una cultura que se presentan con rasgos de singularidad y excepcionalidad. Son varios los aspectos en que el viajero muestra al mundo inglés y a Londres en particular, como modelo, como cabeza, como centro del mundo.

En primer lugar, Londres es presentada como modelo de planeamiento urbano. Cuando todavía era funcionario roquista, Wilde había apoyado un proyecto de confiscación de tierras, con el fin de crear espacios verdes. La iniciativa había encontrado fuerte oposición ¹⁹⁸. En 1896, no menciona explícitamente su propia derrota pero pone el ejemplo de Londres como modelo de espacio público. La

¹⁹⁸ Cfr. Adrián Gorelik. *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, pp. 101-125.

descripción que realiza de esta capacidad inglesa de planificar trasunta la penetración que el discurso imperial ha logrado en su pensamiento:

Pero en lo que Londres **se diferencia** de las capitales del mundo i en lo que es **superior a todas ellas** es en sus **admirables parques**, principalmente en esa maravilla sin ejemplo llamada Hyde Park. He visitado todas las capitales de Europa, las más grandes del Norte i Sud-América, varias de Asia y África; pues bien no he visto en ninguna de ellas nada parecido a Hyde Park. Lo que éste representa en **lujo, en costo, en valor, en sensaciones, en previsión urbana, en salud, en grandeza, en sorpresa, en economía de vidas, en exhibición, en deleite, en comodidad, en satisfacción moral y reposo físico, en halagos**¹⁹⁹ de toda especie, es inapreciable (Wilde, Mares II 178)

“Superioridad”, “planeamiento razonado del futuro”, “comodidad” y “deleite” son los rasgos que caracterizan ahora al mundo inglés.

De las consideraciones sobre los espacios verdes urbanos pasa al sistema de desagües, y si bien Buenos Aires, cuyo sistema está estrechamente ligado a las tareas de Wilde como funcionario, es presentada como la ciudad que posee la red cloacal *“más perfecta que ciudad alguna”*(Mares I 185), Londres le sigue con uno de los mejores sistemas que se conocen. Este logro ha reducido la mortalidad a 18 por mil habitantes, cifra que es un logro inglés, frente al 40 por mil, promedio de otras ciudades europeas.

Otro aspecto particular de la sociedad inglesa son las carreras. Wilde observa que de acuerdo con la clase social, se organizan diferentes eventos y se detiene a describirnos la más aristocrática: las carreras de Ascott *“exhibición de lujo, de belleza y de aristocracia”*(Mares II 181). Fundamentalmente enfoca lo que él califica como una combinación muy británica de previsión, belleza, civilidad y libertad, que pasan a ser características predicables de toda la sociedad. Wilde, que en más de una oportunidad se ha referido a las figuras femeninas, enfoca ahora el rostro de las distinguidas inglesas que asisten a Ascott y él, tan poco dado a las actitudes admirativas, describe *“los rostros divinos de mujeres encantadoras comiendo con*

¹⁹⁹ La negrita es nuestra.

unas bocas deliciosas, sobre nubes de encajes y bebiendo a su gusto en copas de plata menos blanca que el cutis de sus frentes”(Mares II 183). La espiritualización de las damas británicas, presentadas con rasgos que no abundan en el discurso wildiano muestra de modo fehaciente los cambios que se van produciendo en las apreciaciones de Wilde, quien acerca ahora su discurso a las idealizaciones que habíamos advertido en Miguel Cané. Susana Zanetti, refiriéndose a la posición de Wilde como crítico literario y su actitud hacia el arte y la civilización europea afirmó, que *“la admiración por Europa no desborda en sus páginas”*(Zanetti 139), aseveración que es válida para los primeros libros de viaje escritos por el autor, pero deja de serlo después de su estadía en Londres, en 1896. Muy por el contrario, a partir de ese momento podemos observar cómo el discurso de la civilización occidental, fundamentalmente la inglesa y europea, se va adueñando de la retórica wildiana.

Si Ascott como el Hyde Park son focos del refinamiento inglés, el club y sus periódicos son el centro del mundo británico. Eduardo asiste a los exclusivos clubes londinenses y confiesa: *“esta mañana me puse a recorrer el mundo, es decir a leer el Times. Los diarios de Londres no tienen pareja”*(Mares II 178). Centro y eje del universo, ¿a dónde ha quedado la actitud escéptica del médico que no se atrevía a describir esa ciudad?

4.3. Las trampas del discurso imperial

En la visita que Wilde realiza a Inglaterra en 1896, un aspecto de ese mundo le llama poderosamente la atención: el nacionalismo inglés. Alerta sobre el uso y manejo que las autoridades -fueran morales, políticas o artísticas- hacen de los discursos, Wilde advierte que el pretendido “nacionalismo inglés” es una

construcción artificial que el gobierno fomenta desde arriba. Ante la expansión creciente de los territorios, los sucesivos gobiernos se han visto en la necesidad de reforzar los lazos de cohesión.

En el viaje relatado en *Viajes y observaciones*, el que corresponde a 1893, Wilde había advertido el sorprendente desarrollo de Alemania. Sin embargo, en 1896 advierte que *“el inmenso poder de Inglaterra se extiende más cada día, sin oposición y sin obstáculo como crecen los árboles en virtud de las leyes naturales”* (Wilde, *Mares II* 176). La mención de un *“crecimiento natural como el de los árboles”* se revela absolutamente irónico al pasar el autor a analizar las estrategias que el poder utiliza para cohesionar la nación:

Todo está calculado en Inglaterra, (...) para exaltar el sentimiento de patriotismo, más bien el orgullo nacional, por el inmenso poder de la Gran Bretaña.(...)

No hai espectáculo que no concluya con God save the Queen i toda vez que el asunto se preste siquiera sea de lejos, **se mostrará o tratará de mostrar que la Inglaterra triunfa siempre, que ella lo hace todo bien, que lleva i difunde la civilización, procurando la felicidad del conquistado i del conquistador²⁰⁰**. Como es necesario encarnar en alguien o en algo toda pasión, sentimiento o ideal humano, el inglés encarna su orgullo británico en la reina a la cual parece adorar, sin que haya en realidad semejante hecho, pues la aparente sumisión o veneración o lo que se quiera, tiene más bien los caracteres de un culto religioso. La reina es una efijie; lo mismo sería que fuera de mármol: es una insignia como la bandera! (Wilde, *Mares II* 177-178).

Ha dejado al descubierto el artefacto cultural que se esconde detrás del *“natural nacionalismo inglés”*. Wilde se percata del *“elemento de artefacto, invención e ingeniería social que interviene en la construcción de las naciones(Hobsbawm, Naciones 16)* o advierte, al menos, que una nación que alberga a millones de seres humanos vivos y millones de seres humanos muertos debe buscar elementos fuertes de cohesión.

Es oportuno realizar en este momento una serie de consideraciones con respecto al cambio de actitud de Wilde en los relatos de viajes incluidos en *Por mares y por tierras*, texto que presenta como experiencias centrales la visita de

²⁰⁰ La negrita es nuestra.

Wilde a Argelia y su contacto con las culturas del lejano Oriente. No son experiencias seriales en la literatura de viajes argentina y el tratamiento que de las mismas realiza merece nuestra atención.

Retrocedamos al primer viaje recogido en *Por mares y por tierras*. Es el 4 de diciembre de 1892. Eduardo y Guillermina arriban a Orán, dominio francés. Wilde y su esposa se alojan en el Hotel Continental, “*digno de cualquier ciudad europea*”(39). Como buenos turistas, aprovechan el domingo para recorrer la ciudad y asisten al paseo clásico por la orilla del mar, las calles inundadas por música árabe entremezclada con valeses y polcas. Todo aporta la imagen de mezcla y confusión.

Más tarde arriban a la mezquita. Reparemos en el comentario del viajero:

I siguiendo nuestro camino fuimos a dar con una Mezquita. Entramos en ella; un árabe **que no habla ningún idioma** nos da mil explicaciones, otro sentado en el suelo, copiaba un libro escribiendo con suma rapidez. No tenía mesa, naturalmente; el tintero estaba en tierra y el cuaderno sobre los muslos del escritor, en dirección oblicua (*Por mares I 39*)

Toda la descripción es reveladora de una mirada que testimonia desde la pretendida superioridad cultural, desde la altura de quien -aunque no lo haga desde la prepotencia del colonizador- queda enredado en las redes discursivas de esa perspectiva. El árabe “*no habla ningún idioma*” y aunque la escena misma testimonia la existencia de una cultura desarrollada, se insiste más en los rasgos de carencia que de desarrollo. No olvidemos que para el pensamiento occidental, una de las más significativas medidas de la cultura es el dominio del lenguaje. Al privar al árabe del lenguaje lo priva de la capacidad de pensamiento aún cuando la situación es que Wilde no entiende el árabe. Y como “*el árabe no habla ningún idioma*”, la comprensión de su cultura queda prácticamente clausurada. Una vez más el lector advierte la inestabilidad y complejidad de las representaciones que pone en juego el encuentro de culturas.

Más adelante, Wilde pasea su mirada -por momentos la de un colonizador- por el mercado: la confusión babélica de francés, español y árabe ayudan a acentuar el sentimiento de desconcierto:

La población es compuesta en su mayor parte de tres grandes grupos: francés, español i árabe predominando ya, creo, el español. Los árabes, primitivos dueños de la tierra, asisten como espectadores al avance de una civilización estraña y se retiran sin luchar; su casta está herida de muerte y es impotente para conservarse en el medio ambiente creado por la invasión de las costumbres europeas. Su religión, sus hábitos y hasta su físico, los colocan en situación desventajosa. Su vestido, tan augusto i tan solemne, es incómodo para las funciones mecánicas de la vida social en nuestros tiempos. Los árabes, en general, son débiles de constitución, no mui inteligentes i bastante perezosos. Si no fueran i no hubieran sido así, no se habrían dejado vencer y sojuzgar. Ahora deben someterse a la implacable lei de predominio del más fuerte i ser más fuerte es ser más inteligente, más sano, más activo i mas innovador(Mares I 41).

Renglones más abajo, completa este cuadro de situación afirmando que el bienestar y la riqueza prevalecientes en la región han renovado el vigor del pueblo francés²⁰¹ que se multiplica en tierras africanas mucho más que en el Viejo Continente.²⁰²

Recordemos que Wilde relata su visita al mercado. Todo parece ser actividad aunque en realidad, las imágenes de movimiento se reservan sólo para la cultura “más fuerte” que es la que avanza, tiene potencia e invade. En el discurso, los árabes son presentados como responsables de esta situación pues “no han sabido no dejarse vencer”. La cultura del antiguo poblador de Orán es representada como pasiva, débil, impotente²⁰³. En el paisaje, tal como lo presenta Wilde, los naturales

²⁰¹ El comentario sobre una tierra “ que ha renovado el vigor del pueblo francés” resulta interesante en su vinculación con la existencia, durante el siglo XIX, de dos categorías de colonias. Aunque la distinción nunca fue oficializada, en la práctica política y administrativa es fácilmente advertible. Había colonias orientadas al control de los recursos naturales y de la población (Indochina francesa, alemana, Congo belga, Filipinas) y colonias designadas, diseñadas y organizadas para el establecimiento de los europeos (Algeria, Sudáfrica, Australia y Nueva Zelanda).

²⁰² Bajo la Tercera República (1871-1940) la mayor parte de las colonias francesas eran administradas por el Ministerio de Colonias. Algeria se constituía como una excepción pues, considerada parte de la misma Francia, era jurisdicción de Ministerio del Interior.

²⁰³ Es interesante recordar aquí la representación que Gobineau hace de la raza oriental como “pasiva y carente de deseos e iniciativas” (250). En un texto aparecido en *El Nacional* de febrero de 1880, Cané relata su viaje por el Perú. Atraído por la cantidad de chinos que habían emigrado a esas tierras se detiene a describir las características de la raza – en ese caso la china- que es presentada con características muy semejantes a las que Gobineau le otorgaba: “Ahora comprendo porque ese pueblo, la mayor masa humana homogénea que haya existido sobre la tierra, ha vivido en el

habitantes del lugar son desplazados o, lo que es aún más significativo, son incorporados como elementos constitutivos del paisaje mismo. En un autor tan dado a pintar el sufrimiento, en este caso, no hay ojos para él porque se lo desplaza como lo ha hecho el imperio francés- a los márgenes. Wilde aquí está mirando con las anteojeras del discurso imperial. El habitante y la lengua árabes quedan relegados, encubiertos como el rostro de *“esas feas mujeres, imposibles de reconocer”*, que el viajero persigue hasta cuevas artificiales y húmedas²⁰⁴.

Más adelante, Wilde nos da otra perspectiva de la ciudad. Lo hace, ahora, desde el balcón de la pieza de hotel que comparte con su mujer. El hotel, está situado en la parte alta de la localidad y desde allí contempla la ciudad. Es una de las típicas escenas de la retórica imperial. Mary Louise Pratt denomina a este gesto, la actitud de *“el monarca de todo lo que veo”* y estudia su presencia en varios relatos de viajeros victorianos. La convención retórica se caracterizaría por tres momentos: primero, la estetización del paisaje; en segundo lugar, el otorgamiento de una densidad de significación con intención de comunicar riqueza material y simbólica y, finalmente, la descripción como método para *“subordinarlo al poder del escritor”*. Cabe señalar que el viajero victoriano, en general, tomaba como punto elevado de observación una roca o un acantilado que le daba dominio visual sobre una región que consideraba pasible de ser colonizada.

En el relato de Wilde, que no es un viajero imperial, pero que por momentos se adueña de ese discurso, la escena del monarca toma otra significación,

quietismo absoluto durante tres mil siglos, como ellos pretenden. Es una raza que ha quedado en embrión; parece que la naturaleza, desesperando llevar a buen fin ese tipo, lo abandonó a medio camino, dejándole la estatura raquítica del primer ensayo, la frente deprimida, el lenguaje gutural y monosilábico, todos los vicios imaginables y esta única virtud negativa: la paciencia”(Cané, *Festival* 271). Las apreciaciones de Cané, señalan la posibilidad de establecer contactos entre las teorías que se manejaban en Europa y el pensamiento de nuestros hombres del 80.

²⁰⁴ Wilde sigue a varias de las mujeres musulmanas y concluye con la siguiente afirmación: *“jamás vi rostros más desagradables, ni más feos”*(*Mares* I 41). En todo momento contrasta la fealdad de las mujeres musulmanas con los rostros lumínicos de las mujeres sajonas.

constituyéndose en uno de los momentos más ricos y significativamente más productivos de todo el texto:

Hay en Orán numerosos edificios públicos de importancia, grandes casas de comercio i una actividad notable en todos los ramos industriales. Si los españoles se ocupasen un poco más de sus intereses positivos, establecerían líneas de vapores directas de sus costas a estas comarcas i en pocos años, la población española superaría a toda otra colonia (Mares I 42).

Como se desprende de estas primeras líneas de un fragmento que citaremos *in extenso*, Wilde se pone a pensar como señor de la tierra y apunta a ver cómo esa tierra rica y productiva puede ser “colonizada” por un pueblo. No es parte de ese pueblo, pero manifiesta una concepción muy decimonónica al observar el territorio como un mapa sobre el cual los pueblos más activos deben imponerse sobre los más atrasados. Continúan sus reflexiones:

Importantísimo para el lector! He escrito las líneas anteriores después de haber pasado una media hora en el balcón de nuestra habitación, mirando el mar, la tierra, los reflejos de esta en las aguas, la hondonada llena de plantas que va desde el pie del hotel hasta la ribera, oyendo cantar a Guillermina cuya voz me parece exótica en estas comarcas tan distantes de todo lo habitual(Mares I 43)

Es un párrafo revelador. En primer lugar, la roca del viajero explorador ha sido sustituida por la ventana del hotel. Wilde enfoca toda esa tierra como tierra disponible que espera su dueño, pero lo hace desde la comodidad de un hotel de estilo europeo. Los habitantes y la vida de los pobladores nativos han desaparecido: sólo persiste una tierra que parece estar a los pies, aguardando un dueño. Su condición de *outsider* le permite cierta perspectiva “*dado que la sincronía o correspondencia entre él y la máquina no es del todo perfecta*(Said, *Imperialismo* 65). Lo paradójico es que ese distanciamiento que, en otras oportunidades, Wilde incluso forzaba para lograr la perspectiva posibilitadora de la mueca risueña, se resuelve frente a esta tierra que yace a sus pies en un cuestionamiento, quizá el más profundo de las 1600 páginas que integran sus relatos de viajes. Ha comenzado su observación desde un punto de mira privilegiado, pero de pronto la tierra se

desrealiza. La retórica que ha venido utilizando – “posición de monarca”, esteticismo de la situación de pobreza de los habitantes, uso de lenguaje negativo para referirse a los árabes- y que le ha permitido distanciarse de la dimensión histórica de lo observado, parece desvanecerse. En medio de una tierra que ha observado con los ojos ambiciosos del colonizador, su foco de atención cambia. Deja de ser el observador y se transforma en el observado. Y pasa a ser él mismo el que ahora advierte la falsedad de la actitud hacia el “otro”. De pronto, las conquistas, la vida íntima, la fe en el progreso lo llevan a un replanteo integral de sus esperanzas en los logros modernos:

Todo está lejos, lejos, lejos; todo muerto, olvidado, seco, destruido i hasta el poder de sentir, de marearse con ensueños agradables, está oprimido por el peso de la vida real, de los años pasados, del físico decadente, del cansancio moral i de la percepción clara de la infinita miseria de todo(Wilde, Mares I 45).

La reflexión lo ha llevado muy lejos de las estrategias retóricas del imperio y lo ha ensimismado en lo que James Joyce denominaría una “epifanía”, que le permite abandonar la posición egocéntrica del “señor”. De todos modos, es sólo un momento en el texto. Inmediatamente, regresa Wilde a su condición de viajero.

Aclaremos anteriormente que en 1896 Wilde reinicia sus viajes. El 13 de marzo de 1897 desembarca, finalmente, en Hong Kong. De allí se dirige a China. Es necesario señalar dos particularidades que presenta el relato de estos viajes. Lejano Oriente se le presenta a Wilde como lo “otro”, y por lo tanto, sus notas de viaje no van a descansar exclusivamente -como lo había hecho hasta ese momento- en sus apreciaciones personales sino que va a seguir de cerca -Wilde mismo lo atestigüa- las anotaciones de un viajero anterior: Robert K Douglas, autor del texto *Society in China*. Para describir Japón también utiliza una fuente libresca debidamente acreditada, en este caso un texto de A.H.Smith, “*Características japonesas*”, cuya estructura externa reproduce y cuyo contenido orienta sus observaciones. ¿Dónde

ha quedado aquel Wilde que, según Zanetti *"no se destaca por el acatamiento de lo prestigioso"*(Zanetti, *Prólogo IV*).

Ante Hong Kong y ante China, aparecen, como en su pintura de Argel, las notas características de la retórica imperial. Por ejemplo, ante Hong Kong elige una perspectiva, y desde allí enfoca la ciudad y la domina pero fundamentalmente, ensalza las características de la civilización que él ve representadas en la cultura británica.

Hong Kong es presentado como un "paraíso",

una ciudad original, linda, edificada al estilo europeo en su mayor parte i un tanto incómoda por la diferencia de nivel de las calles i la aglomeración de chinos en ellas, pues los dominadores, los ingleses, apenas se hacen presentes, si bien su mano se siente en todas partes(Wilde, *Mares I* 144).

Lo bueno, lo superior es producto del europeo. La descripción presentada es ilustrativa. Si en Orán, colonia francesa, los árabes habían sido reclusos a sus barrios y languidecían mientras los franceses, dinamizados por el cambio de clima se multiplicaban, en Hong Kong la estructura imperial es más sutil. Reaparece la invisibilidad que Wilde ha observado en su departamento de Londres. Allí, las mujeres, intuitas pero nunca percibidas, manejaban los hilos de un mecanismo que suplía todas sus necesidades. En su visión de Hong Kong, Wilde contrapone la aglomeración, visible y molesta de chinos que tornan incómoda la ciudad con la invisibilidad de quien posee el poder, de quien ha hecho de ese lugar un paraíso y concluye que este dominio de unos intrusos -al menos los llama intrusos- sólo se explica *"invocando la superioridad de la raza"*(Wilde, *Mares I* 345). Una vez más se acude a una visión esencialista de la raza, en este caso la amarilla, caracterizada por su incapacidad y su escasa ambición²⁰⁵.

²⁰⁵ Nótese la insistencia de Wilde en una visión esencialista de la raza. En ese aspecto, se diferencia abiertamente de López quien consideraba que las virtudes y la "civilización" eran transferibles. Compárese con el fragmento anteriormente citado de Cané, sobre los chinos.

Invisibilidad de los ingleses que, de algún modo, es identificable con la invisibilidad de un discurso imperial que, por esa misma condición, se va presentado como naturaleza, como causa natural ineludible, como consecuencia de diferencias raciales, y permeando todos los relatos, incluso, los de un escritor que ha podido distanciarse de los discursos románticos, de las estrategias propagandísticas de las guías turísticas y, sin embargo, de pronto, queda atrapado en los mecanismos de la retórica imperial.

Aún cuando al presentar el mundo chino y japonés Wilde denuncia por momentos las apetencias británicas (*"Los ingleses se apoderan en todas partes de lo mejor"*). (Mares I 348), su discurso manifiesta lo que David Spurr ha denominado *"la retórica de la afirmación"* (Spurr 109). En su libro *The rhetoric of Empire*, Spurr se detiene a explicar qué entiende por "afirmación". Para él afirmar es "hacer firme", "poner firme", "dar por cierto", "ratificar". Para él, *"uno podría incluso decir que la afirmación es el gesto retórico en el cual el sujeto se constituye realmente a partir de la repetición, se alía con la ley y cobra fuerzas contra todo peligro inminente sea interno o externo"* (Spurr 110). La afirmación primordial de todo discurso colonial sería la que justifica la autoridad de los colonizadores sobre una suerte de superioridad moral. Esta actitud aparece claramente en la presentación que Wilde hace del mundo chino, del mundo japonés y de la relación de ambos con el Imperio.

El mundo chino es presentado como aglomeración, multitudes indiferenciadas, sometimiento de las mujeres, comidas pestíferas causantes de epidemias, inmovilismo. Wilde hace uso aquí, una vez más, de la figura retórica de la metonimia

y se detiene en la descripción del Emperador.²⁰⁶ El Soberano es caracterizado como causa y emblema de la situación general del pueblo chino:

Una entrevista con el Soberano puede tener alguna importancia i trascendencia en los países rejidos por reglas racionales, pero no en China, donde el Hijo del Sol no habla con embajadores ni resuelve, ni oye proposición alguna(...) un chino, bruto, ignorante i supersticioso, con un poder ficticio, desprecia i ultraja a los representantes de los países civilizados(Wilde, Mares I 495)

Este fragmento testimonia la necesidad de rebajar al otro. En *Tropics of Discourse*, Hayden White relaciona esta actitud con la necesidad de afirmar la propia definición en tiempos de confrontación cultural o en casos de colisión de culturas. Un modo de afirmar las nociones de civilización y racionalidad es contrastarlas con sus supuestos contrarios: “salvajismo” y “superstición”. Al aplicarle estas características al Emperador, Wilde se las aplica también a los chinos.

La región es ubicada por Wilde en las antípodas de la modernidad; permanentemente contrastada con los Estados Unidos de Norteamérica, China vive en una eterna Edad Media²⁰⁷. El cronista orgulloso se coloca del lado de la civilización progresista para afirmar “entre nosotros el imperio del absurdo, de la inhumanidad fue transitorio mientras aquí todo parece permanente, eterno, sellado para siempre”(Wilde, Mares I 444).

Aquí el discurso del imperio se adueña de las representaciones wildianas. La *Civilización* (preferentemente la británica) aparece representada como el cambio, el movimiento, la ciudad frente al vacío natural, la actividad frente a la parálisis e inmovilismo del otro. Quisiera destacar que creo que esta actitud es mucho más profunda y arraigada que la mera actitud propagandística. No estoy sugiriendo-

²⁰⁶ Eithel Orbit Negri afirma que la “metonimia” es “un tropo por correlación o correspondencia en el que no designamos el objeto al cual queremos referirnos, sino otro que guarda relación con él. Una de sus variantes es designar el signo por la cosa significada” (Negri, Retórica 73).

²⁰⁷ Wilde utiliza el término “ Edad Media” para significar atraso, intolerancia, incapacidad de progreso. Se hace eco en estas apreciaciones de las valoraciones que el positivismo tuvo sobre dicha época. En el capítulo anterior hemos advertido el mismo uso en López.

como la ha hecho cierto nacionalismo a ultranza- que Wilde esté al servicio del Imperio inglés²⁰⁸. No creo que sea productivo ese tipo de debates sino que considero más significativo poner de relieve la ambigüedad de los textos, que de algún modo transgreden límites e intencionalidades y nos permiten constatar la fuerza de una *retórica imperial* que aparece de diferentes maneras en el periodismo, en la escritura de viajes y en los discursos ficcionales. Un texto como el de Wilde, por momentos explícito en su proceso de desenmascaramiento y por momentos absolutamente subordinado a las figuras retóricas imperiales, nos permite preguntarnos si la voz del texto es la voz del escritor en cuanto individuo, la voz de la autoridad institucional o de la ideología cultural. Posiblemente represente a la vez y al mismo tiempo todas estas voces.

4.4. Wilde y el traumático fin de siglo.

Los viajes relatados en *Por mares y por tierras* se cierran con el regreso a Buenos Aires: "15 de diciembre. Buenos Aires" es el título que encabeza el último asiento en el que Wilde nos cuenta las dificultades de la travesía, la imposibilidad de conocer Lisboa y su estadía en Río de Janeiro. Con estos sucesos concluyen los itinerarios pero no su relato de los mismos. Indudablemente, cuando en 1898 preparó la edición definitiva del texto, agregó en la última página una suerte de coda que resulta sumamente interesante, no sólo porque evidencia un cambio de actitud

²⁰⁸ Norberto Acerbi, por ejemplo, propone el rescate de Eduardo Wilde por considerarlo representante de la lucha contra la *Plutocracia de la época "vencido finalmente por la penetración económica y cultural del imperialismo inglés"*(Acerbi 136). Para él, por lo tanto, Wilde sería un liberal argentino opuesto al imperialismo. Otros estudiosos, entre quienes podríamos mencionar a Jorge Abelardo Ramos, consideran que los hombres del 80 eran agentes pagados por el Imperio. Con el lenguaje virulento que lo caracteriza, no duda en afirmar que "*El Imperio Británico había condicionado gran parte de la historia económica y política de la Argentina del siglo XIX*". Aunque en la "Introducción" ya señalamos que Ramos defiende a Roca como una "nacionalista provinciano", cree que, a partir del arribo de Juárez Celman, la situación varía hacia la sumisión meditada ante los intereses británicos. Ramos cita a Crouzet para quien la Argentina, es "*el sexto dominio británico, es el ejemplo clásico de un Estado que disfruta de una independencia nominal pero que en realidad es la semicolonía de un país industrial*"(Ramos, *Revolución* 26)

del autor sino porque manifiesta, de algún modo, una posición que comenzaba a ser preponderante en la élite, frente a los cambios que se observaban en la sociedad argentina finisecular.

Las transformaciones a que aludimos y que se hacen palpables entre 1890 y 1912 tuvieron una extensa gestación que puede remontarse -por marcar un inicio arbitrario como todos los límites- hacia 1886, cuando a raíz de la renovación presidencial, comienzan a resquebrajarse aparentes fidelidades. Algunos de los actores políticos de los años que van de 1886 hasta 1899 fueron privilegiados observadores o pronosticadores del rumbo que tomarían esas modificaciones.

En 1886, con motivo de cumplir 75 años, Sarmiento recibe un sentido homenaje de un grupo nutrido de ciudadanos. Al agradecer, por medio de un discurso, el Washington de bronce que le ha obsequiado el personal de *El Censor*, Sarmiento realiza una sinopsis de la situación del país en ese momento. Un periódico de la tarde, *El Nacional*, publica el martes 16 de febrero de 1886 un artículo titulado "*Sarmiento: el aniversario*" donde da cuenta no sólo de los festejos sino que transcribe el discurso de agradecimiento pronunciado por el ex -presidente.

En primer lugar, Sarmiento explicita la posición desde la cual va a realizar sus comentarios. Se presenta a sí mismo como un superviviente de otra generación, consciente de que la juventud del momento puede considerarlo "*un aparecido, un alma en pena y los que no me aman como un vestiglo*"(*Sarmiento: su cumpleaños 1*). Revisa la historia argentina y revaloriza a Caseros como el fruto de una campaña de 30 años que unió en un único abrazo a gentes de muy diferente posición política y cultural. Cree que "*allí terminaron los tiempos heroicos de nuestra patria*"(*Sarmiento: aniversario 1*).

Después de sus consideraciones acerca del pasado, se anima, con la autoridad que le confiere ser uno de los últimos sobrevivientes de *“esos tiempos heroicos”*, a hacer un diagnóstico del año 1886 y un pronóstico del futuro próximo del país:

Lo que sigue es nuestra propia historia, la prosa moderna compuesta de muchas esperanzas realizadas, algunas aspiraciones sobrepasadas por el éxito y no pocas decepciones y desengaños con cientos de millones que pesan sobre nuestra conciencia, nuestro honor y nuestras bolsas(...) y con soldados que por entretenimiento no sabiendo otra cosa mejor que hacer vienen a darnos simulacros de batallas desplegando guerrillas en las calles y armando pabellones en los atrios de los templos en las elecciones nuestras y no de ellos(Sarmiento: el aniversario 1).

Obsérvese que ya en 1886, el anciano Sarmiento pronostica las dificultades económicas motivadas por las deudas contraídas y los crecientes conflictos electorales que surgirán como consecuencia de grupos que no entienden que las elecciones pertenecen a toda la ciudadanía y no sólo a “ellos”²⁰⁹.

En 1890, Pellegrini -ya a cargo de la Presidencia de la Nación- en carta fechada el 5 de setiembre y dirigida a Miguel Cané, señalaba que había recibido *“un montón de escombros en todos los ramos de la administración”* (Gallo 215) y predecía las complicaciones sociales por las que atravesaría un país que estaba *“en medio de un naufragio”*: Los cientos de millones que Sarmiento veía pesando sobre las cabezas de los argentinos habían gestado una gran crisis económica, que determinó la renuncia de Juárez Celman.

Aunque la crisis económica del 90 había sido liquidada y el país atravesaba por un momento excelente del comercio internacional, que arrojaba un saldo positivo en la balanza comercial, en 1898, año en que Roca asume la segunda presidencia, el problema de la participación política y de la llamada *“cuestión social”* comenzaba a preocupar a *“un círculo gobernante que se mostró incapaz de hallar una solución*

²⁰⁹ El mes de febrero de 1886 fue un mes de mucha tensión política provocada por las denuncias cruzadas de fraude y las acusaciones de la prensa opositora- entre las que ocupaba un lugar destacado *El Nacional*- contra Roca y la posición de “Gran Elector” en que se había colocado.

política para una población que crecía rápidamente”(Flier 266). La anomia de grandes sectores de la población, las fragmentaciones de la Unión Cívica, los reclamos electorales de los llamados partidos populares, el surgimiento de nuevas fuerzas políticas y la cuestión social complejizaban una sociedad que hasta hacía no muchos años había aceptado los designios de unos pocos.

Este es el panorama que encuentra Wilde al regresar a su tierra y se hace presente en la coda con que cierra sus extensos relatos. Testimonia, de múltiples modos, la percepción de un cambio social que determina alteraciones en su relación con lo visto y vivido durante los años de ausencia:

El viaje ha concluido dejando en la mente indelebles recuerdos; llegamos a Buenos Aires donde comienza la vida habitual con más sinsabores que placeres(Mares II 364)

Obsérvese el cambio desde aquel Eduardo que en 1889 se consideraba un tonto por abandonar su tierra y su hogar, y el que en 1898 considera que después de estar unos meses en su tierra, seguramente añorará la vida en el extranjero:

Días vendrán en que uno estrañará la vida en sociedades viejas, encarriladas en cierta rutina tradicional que hace cómoda la existencia; donde todo obedece a una regla(...) pero donde ningun ratero se permite sacar los herrajes de las puertas i ventanas de las casas ajenas, como sucede en la Gran Capital del Sud, para venderlos en las prenderías, a las barbas de la policia, ni los ajentes de los poderes públicos en la campaña cobran dos veces las contribuciones territoriales, ni los gobiernos dejan de cumplir sus contratos *porque sí*²¹⁰ pues no están amparados como entre nosotros por la lei, para eximirse de obligaciones en nombre de la justicia, de la libertad i la igualdad!

La carcomida Europa no goza de tales prebendas (Wilde, Mares II 364).

El punto final de nuestra cita coincide con el cierre de todos los relatos de viajes de Wilde. Puede considerarse esta coda como las reflexiones finales del viajero. Considero que no podemos seguir sosteniendo que la postura final del mismo sea la de rechazo de lo europeo; aunque en *Viajes y observaciones* había creído que el futuro era de la gran Capital del Sud, en 1898 termina anhelando el refugio de la “*carcomida Europa*” que no por carcomida y rutinaria deja de ser una

²¹⁰ La cursiva es del original.

fortaleza y un dique de contención frente al cambio desestabilizador que advierte en su sociedad.

Si en 1889 se distanciaba del modelo europeo y proclamaba su adhesión al cambio corporizado por el movimiento perpetuo de la sociedad norteamericana, en 1898, frente a la anomia y desintegración social que entrevé en su medio²¹¹, frente a legítimos reclamos que la clase dirigente no supo resolver adecuadamente, parecería que la única salida que encuentra es el abroquelamiento en el pasado. Después de reírse de los mármoles ennegrecidos por el tiempo que serena, Wilde, el gran reformador del 80, parece anhelar la segura existencia en una sociedad *“donde todo obedece a regla”*. Han hecho su aparición contradicciones ideológicas del autor que, si bien se habían insinuado en la evolución de sus apreciaciones con respecto a muchas capitales europeas, ahora se resuelven en un giro de 180 grados que lo lleva a mirar nostálgicamente a la Vieja Europa, en cuyo centro de resistencia coloca a Inglaterra, donde *“las tradiciones y las normas son perdurables”*.

²¹¹ Julio Irazusta se ha referido a este período previo al segundo mandato de Roca y ha señalado los estallidos verbales, las quejas de la oposición contemporánea al régimen imperante, las declaraciones oficiales de entonces y los panegíricos retrospectivos. Insiste de esta manera en advertir que la situación era ambigua y que la verdad *“no estaba en ninguno de los extremos”* (Irazusta 18).

5. Intertextos, fuentes o porosidades: relaciones entre la literatura inglesa y algunos autores del 80.

5.1. Algunas cuestiones teóricas.

La causerie “El famoso fusilamiento del caballo”, de Lucio V. Mansilla, está dedicada al caricaturista Stein. Es un ejemplo del estilo digresivo de Mansilla y de su capacidad para enhebrar diferentes cuestiones, dado que partiendo de un dibujo donde se lo ha ridiculizado, Mansilla recuerda las caricaturas de las que ha sido blanco Sarmiento y rememora sus propios trabajos como fautor de éste para la Presidencia de la República. Rememora, además, la actitud desagradecida de Sarmiento y su decepción por no haber obtenido de él ni siquiera un Ministerio; revaloriza, asimismo, la tarea que junto con Arredondo -otro de los decepcionados fautores de la presidencia del sanjuanino- cumplieron conjuntamente en la frontera cordobesa. Fue –siempre según Mansilla- uno de los pocos adelantos logrados en los límites interiores durante la presidencia del “loco”.

En la misma “*causerie*” se detiene a comentar las relaciones entre el indio y su china. En medio de este fárrago, Mansilla intercala una respuesta airada a un lector que le ha enrostrado el uso de frases tomadas de otros autores²¹². Se defiende en los siguientes términos:

El mundo, la vida, la sociedad son los dominios de la inventiva, de la impostura o de la eterna pavada...como ustedes quieran.

Esto último se me ocurre con motivo de un aristarco que ha necesitado nada menos que tres años para descubrir que una frase mía es...ajena.(...).

Anda muy atrasado de noticias el crítico ese cuando ignora que, en literatura ha pasado en autoridad de cosa juzgada, siendo regla práctica que un hombre que ha hecho sus

²¹² El aristarco lo critica por haberse adueñado de la frase “*ilustre desconocido*” que había sido acuñada por Zolá y que Lucio Mansilla habría utilizado sin dar cuenta de su procedencia.

pruebas como escritor original o como orador tiene el derecho a pillar, a discreción, las obras de otros.

Toda originalidad pues, es relativa.

Todo pensador es, pues retrospectivo.²¹³

De seis mil cuarenta y tres versos de Shakespeare, mil setecientos setenta y uno son de la mano de un escritor anterior a Shakespeare, dos mil trescientos setenta y tres son de sus antecesores, y mil ochocientos noventa y nueve, suyos propios (Mansilla, Entre-nos 129).

De manera incipiente Mansilla expone, con estas palabras, la noción de intertextualidad²¹⁴ y se anticipa -de este modo- a la enunciación teórica que de la categoría realizará, un siglo después, Julia Kristeva.

Desde fines de la década del 60 el concepto se ha impuesto, aunque haya despertado no pocos debates teóricos. Aunque la noción de intertextualidad se presenta como una renovación, la misma denota una serie de prácticas de escritura y de lectura antiguas y casi podríamos decir, constitutivas del texto literario. Como acertadamente lo apreciaba Lucio Mansilla, ningún texto puede ser escrito independientemente de lo ya escrito y lleva, de manera más o menos visible, los rasgos de una herencia y de una tradición.

Al iniciar esta sección de nuestra investigación, se nos impone como un urgente desafío la decisión y posterior explicitación de nuestros usos terminológicos. La condición periférica de la literatura argentina, el cosmopolitismo proclamado por gran parte de los escritores del 80, parecen indicar que el único camino disponible es el estudio de las fuentes. Sin embargo, en el caso de Mansilla o de Cané -por mencionar sólo a dos autores representativos del período- la noción parecería un tanto restrictiva pues, en más de una oportunidad lo que se advierte en los textos es

²¹³ La negrita es nuestra

²¹⁴ La discusión acerca de los préstamos que los autores toman de otros no es tampoco una originalidad de Mansilla. Por citar sólo uno de los tantos autores que ya antes habían abordado el tema podríamos remontarnos a Montaigne, quien en 1592 se defiende de una acusación en este sentido y afirma que sus textos son *"el receptáculo de un orden orgánico"*. Más adelante afirma que *"parmy tant d'emprunts je suis bien aise d'un pouvoir: desrober quelqu'un, les deguisssant et deformant à nouveau service"*. Termina su exposición afirmando: *"Nous ne faisons que nous entregloser(Montaigne 76)*.

una alusión, una referencia, una *lectura* de los maestros europeos.²¹⁵ Aún conscientes del desequilibrio de las relaciones entre las literaturas hegemónicas y las literaturas latino-americanas en proceso de formación, hemos preferido el concepto de intertexto pues, en el caso de la literatura inglesa en particular, en más de una oportunidad lo que las obras introducen es un diálogo, aunque debamos aceptar que uno de los interlocutores se ubica -por lo general- en la actitud del discípulo frente al maestro.

Por otro lado, pese a la descalificación de “*européizante*” con que algunos críticos suelen estigmatizar a los autores del 80, muchos de ellos manifestaron su explícita condena a la copia mecánica de los modelos del Viejo Continente, e incluso buscaron -en ese aspecto- diferenciarse explícitamente de sus antecesores. Si se abandonan ideas preconcebidas, se observa que relacionada con el debate sobre la existencia de una literatura argentina, surgió la problematización de los nexos que la misma debía mantener con las literaturas hegemónicas. En general, más allá de que las prácticas en muchos casos desmintieran la teoría, en la polémica o en el trabajo de reflexión buscaron el diálogo con esas literaturas y no la dependencia admirativa, que en más de una oportunidad, criticaron en sus antecesores.

Sin ánimo de agotar estas cuestiones, resulta pertinente recordar ciertas líneas de pensamiento que tendieron a rebelarse contra el concepto de literatura subsidiaria o dependiente. Entre otros, resulta muy interesante el proyecto de Héctor Varela(Orión), quien intenta hacia 1871 la fundación de un periódico que

²¹⁵ Creo que sería oportuno, en este sentido, revisar la tanta veces repetida noción de “*escritores con un barniz de literatura europea*”. En más de una oportunidad, a través de las negociaciones que establecen con la literatura inglesa, los hombres del 80 se me presentaron como lectores profundos. No debería confundirse el carácter asistemático que sus lecturas poseyeron con superficialidad lectora.

sugestivamente se titularía *El Americano*, y que sería editado en Europa.²¹⁶ La intención explícita del emprendimiento es la de conseguir que “*la Europa le dé a la América Latina el lugar que le corresponde entre los pueblos civilizados*”(El *Americano* 1). Los futuros editores advierten la ignorancia que sobre nuestra realidad existía en las metrópolis y pretenden obtener, a partir de la divulgación de nuestros logros tanto culturales como políticos, el lugar que injustamente se nos estaba negando. Transcribimos a continuación algunos de los conceptos que permiten advertir una clara conciencia de la necesidad de abandonar el lugar periférico al que se nos había condenado:

La Europa, sin embargo, nada sabe de nosotros. En otra época se ocupó de arrancar de nuestro suelo el oro y las piedras preciosas que la naturaleza escondió en la entraña de la tierra. En nuestros días, nuestras grandes ciudades, nuestros desiertos feraces, son el campo de especulación del viejo mundo(...)

No diremos que tenemos clásicos, pero al menos tenemos escritores cuyas obras honrarán siempre la literatura de cualquier país del mundo.

A los poetas del viejo mundo podemos contestarle con el canto de nuestros poetas. El cóndor de nuestros Andes y el colibrí de nuestros bosques podría llevar su magestad y su delicadeza á competir con el águila y el cisne del viejo mundo (El americano 1).

Aunque en más de una oportunidad la práctica escrituraria desmintió esta fijación de propósitos, la misma es significativa en cuanto a su valor programático.

Por la misma época, desde una perspectiva diferente, Rafael Obligado coincidía con la necesidad de un “*9 de julio literario*”(Barcia, *Prosas XIX*). En un artículo aparecido en *La Ondina del Plata*, establece la que juzga una relación adecuada con Europa: “*aprecio pero no adoración*”(Obligado 9). Ataca abiertamente el cosmopolitismo literario, en cuanto éste se limite a una imitación acrítica y servil de los modelos, pues se niega a aceptar la literatura como un producto abstracto del espíritu humano. En posteriores artículos, donde aborda una problemática similar, insiste sobre la necesidad de constituir un arte americano pero no cae en la

²¹⁶ Con respecto al lugar de edición no se ponen de acuerdo las noticias del periodismo de 1871. *El Nacional* afirma que el periódico será editado en España; *The Standard and River Plate News* afirma que el periódico se editará en París con el objeto de hacer propaganda de los estados americanos en toda Europa; *La Tribuna*, el medio de los Varela, se refiere simplemente a Europa.

negación de las literaturas europeas, sino en el rechazo -una vez más- de una copia mecánica de los modelos:

Quiero para nuestra América un arte suyo en lo esencial, con carácter determinado, con rasgos fisonómicos inconfundibles, con personalidad propia; pero esto no significa en manera alguna rechazar el gran legado de la civilización humana: sin este legado y su benéfica influencia, el arte de nuestros días carecería de base porque carece de tradición, a no ser que se considere tal la elocuencia del indio en las asambleas del desierto(Obligado,Prosas 24).

Años más tarde, Miguel Cané, sindicado en general como uno de los autores más europeizantes del período, lamenta la excesiva influencia que a su juicio ha tenido la literatura europea sobre los autores de la primera generación romántica. El romanticismo francés había conquistado los espíritus americanos con más fuerza que el Iluminismo a los autores de la Independencia. A su juicio, el triunfo del movimiento romántico había sido ayudado por la imaginación . Estos son los inesperados juicios de Cané:

A mis ojos esa influencia no pudo ser más perjudicial para el porvenir de las letras argentinas. La lucha constante y la excitación intelectual que traía, habían producido un núcleo de escritores que librados tal vez a su propia inspiración, habrían reflejado en sus libros el ambiente, el color, el sabor de nuestra tierra y habría dejado una base inmovible a nuestra literatura nacional. Pero Byron, Lamartine en la poesía; Dumas, Hugo, Sue en el teatro y la novela se apoderaron de tal manera de la inteligencia argentina que, desdeñando ó pasando al lado sin verle, la fuente viva y fecunda del suelo y la sociedad natal, los jóvenes que manejaban una pluma se limitaban a copiar los poemas y reflejar el ideal de los románticos en voga como los poetas de la revolución habían imitado en sus odas de pesado vuelo, el modelo de los poetas españoles de la decadencia (Cané, Sarmiento 523-24).

Para Cané, por lo tanto, es posible diferenciar la actitud reverencial de la generación pasada, de la actitud más crítica de su generación respecto de la mirada sobre la literatura europea.

Sumadas a la percepción que los propios protagonistas expresan de su actividad literaria, podríamos señalar que en los textos de los autores del 80 no se observa -en el caso de la literatura inglesa- una fuente específica sino que, en general, los textos nacionales establecen diálogos con los textos clásicos de las

literaturas extranjeras, sin por ello intentar copiarlas servilmente. Se trata de “presencias o negociaciones”; “porosidades” las denomina Pedro Luis Barcia.

Nos referimos a un estudio de este autor sobre el *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal. En una nota a pie de página alude a las relaciones que muchos autores argentinos han establecido con la literatura europea, y se remonta hasta el siglo XIX. Sus valoraciones ameritan ser citadas extensamente, pues aporta un panorama certero de lo que ocurría en el seno de la naciente literatura argentina:

La recepción lectiva y crítica de autores capitales de la literatura contemporánea fue siempre temprana en la Argentina, respecto del resto de Hispanoamérica. (...). La Argentina fue, desde el siglo XIX, “porosa” y abierta a las novedades europeas y norteamericanas. Esta apertura receptiva se debió a varios factores concertados: apetencia de lo europeo como una vía rápida de inserción en el mundo cultural de la hora, para salvar el aislamiento que su geografía austral le imponía; enseñanza activa de las lenguas modernas en sus planes educativos, desde los principios de la nación; presencia de buenos y activos traductores; una rica producción hemerográfica de alta calidad cultural que se ofrecía para la amplia difusión de las versiones de obras recientes; la frecuencia de los viajes de los escritores argentinos, que constituían una puesta al día con las novedades literarias; cierto esnobismo exhibicionista de estar *à la page* en escritores y críticos. Estas son, entre otras, las causales de este sostenido *aggiornamento* argentino respecto de las literaturas extranjeras (Barcia, Introducción 93)

Al emprender el estudio de unos pocos casos individuales de la relación entre autores argentinos e ingleses advertimos que este concepto de “porosidad”, entendido como recepción lectiva y crítica abierta, resulta suficientemente gráfico a la hora de conceptualizar el tipo de contacto que se presentó.

5.2. Algunas precisiones teóricas

Antes de abocarnos al estudio particular de puntos de filiación, deudas y contactos que se presentaron entre algunos autores del 80 y sus pares ingleses, nos detendremos a explicitar alguna de las cuestiones teóricas relacionadas con esta problemática.

Mansilla afirmaba “*que todo pensador es retrospectivo*”; Nathalie Piegay-Gros, por su parte, cree “*que toda escritura se sitúa siempre entre las obras que la*

preceden y no es posible, en ningún caso, hacer tabla rasa de la literatura(Piegay Gros 7). Julia Kristeva, la responsable de acuñar el término, en un trabajo de 1969, define la intertextualidad como *“una permutación de textos”*(Kristeva 28). Para la crítica, el vocablo designa el fenómeno que determina que *“dans l’espace d’un texte plusieurs énoncés pris à d’autres textes se croisent et se neutralisent* (Kristeva 79). Para ella la cuestión de la identificación de un intertexto pierde pertinencia en cuanto mero dato erudito y cobra significación en cuanto transposición. Un texto no es reproducción de un texto anterior sino apropiación de intertextos que se incorporan a la productividad del nuevo.

Por su parte, Roland Barthes, responsable del asiento sobre *“texto”* en la edición 1973 de la *Encyclopedia universalis*, al comentar las conclusiones de Kristeva las interrelaciona con su propia visión del texto como productividad, *“como teatro mismo de una producción donde se reúnen el productor del texto y su lector”* (Barthes 1015). Concluye el asiento con la siguiente afirmación:

Tout texte est un intertexte; d’autres textes sont présentes en lui à des niveaux variables sous des formes plus o moins reconnaissables: les textes de la culture antérieure et ceux de la culture environnante(Barthes 12)

Gérard Genette enfoca el concepto desde una óptica diferente. El trabajo más significativo que dedica al tema es de 1981 (*Palimpsesto*) y en él rectifica algunas nociones que había adelantado en estudios anteriores. Para Genette la intertextualidad *“no es un elemento central sino una relación entre otras”*(Genette 7) Su punto de partida es el convencimiento de que el objeto de la poética no es el texto considerado en su singularidad, sino *“el architexto(literariedad de la literatura) es decir, el conjunto de categorías generales o trascendentes -tipos de discurso, modos de enunciación, géneros literarios, etc- del que depende cada texto singular*(Genette 9). A partir de su concepción de transtextualidad, Genette logra

trascender la singularidad del texto aislado y lo coloca en relación manifiesta o secreta con otros textos. Describe cinco tipos de relaciones transtextuales.

El primer tipo de relación- coincidente con el explorado por Kristeva- sería la *intertextualidad* que para Genette es un fenómeno de co-presencia entre dos o más textos, "*presencia efectiva de un texto en otro*"(9), que puede concretarse en la cita (con comillas o sin ellas), en una referencia (precisada o no), en una forma. El segundo tipo de transtextualidad es la relación del texto con lo que podemos llamar su *paratexto*(título, subtítulo, intertítulos, prefacios, prólogos, epílogos, advertencias, notas al margen, epígrafes).²¹⁷

El tercer tipo de trascendencia textual estaría dado por lo que Genette denomina la *metatextualidad*, que sería concebida como una relación crítica- generalmente denominada comentario- según la cual un texto se relaciona con otro texto que alude al primero sin citarlo.

La cuarta categoría propuesta -es la que atrae la atención preferencial del estudioso- es la relación bautizada con el nombre de *hipertextualidad*. Entiende por la misma toda relación que "*une un texto B (que llamaremos hipertexto) a un texto A(al que llamaremos hipotexto) en el que se **injerta** de una manera que no es la del comentario(Genette 13)*. Las relaciones de hipertextualidad designarían operaciones transformadoras hasta el punto de que dos textos pueden tener el mismo hipotexto y transformarlo de modos disímiles(Genette cita el caso de *La Eneida* y el *Ulysses* de Joyce que teniendo el mismo hipotexto arriban a transformaciones absolutamente dispares).

Como aclaramos anteriormente, el trabajo de 1981 está centrado en el estudio de las relaciones hipertextuales, cuyos alcances se irán precisando. En

²¹⁷ Gérard Genette se dedicará a la problemática del estatus pragmático de los elementos paratextuales en un texto posterior, publicado en 1987, en Francia. Se trata de su estudio: *Paratexto*.

líneas generales, Genette concluye por definirla como la derivación de un texto a partir de otro texto anterior. Los modos de derivación utilizados pueden ir desde la simple transformación hasta la transformación indirecta, a la que Genette denomina *imitación*.

El último tipo de operación transtextual codificado es el que recibe el nombre de *architextualidad*, que designaría una relación completamente muda que podría ser concebida como la *literariedad de la literatura*, es decir -en palabras de Genette- "*el conjunto de categorías generales o trascendentes- tipos de discurso, modos de enunciación, géneros literarios- del que depende cada texto singular*" (Genette 9).

La tipología anteriormente expuesta permite distinguir categorías diferentes y bien diferenciables en lo que hasta ese momento se denominaba, de modo general y global, *intertextualidad*. Por un lado, la parodia y el pastiche recibirían el nombre de hipertextualidad y, por otro lado -los límites son trazados con precisión por el crítico- encontraríamos las citas, el plagio y las alusiones para las que se reservaría la denominación más genérica de *prácticas intertextuales*.

En un marco influido por la teoría de la recepción, Michaele Riffaterre enfocó la cuestión desde otra perspectiva, al desplazar la *intertextualidad* al plano del lector a quien su posición crítica le otorga una suerte de carta blanca. Para él se constituye como *intertexto* todo trazo que el lector percibe como tal "*se trate de una cita explícita o de una vaga reminiscencia*"(Rifaterre 111). El teórico amplía los alcances del término cuando afirma que "*l'intertextualité est la perception par le lecteur de rapports entre une oeuvre et d'autres, qui l'ont précédé ou suivre. Ces autres oeuvres constituent l'intertexte de la première*(115). Creemos que la definición de la intertextualidad desde la perspectiva del lector entraña -por lo menos- dos riesgos: uno de ellos -advertido por el mismo Rifaterre- sería lo que podríamos denominar

cierto “terrorismo de la intertextualidad”, pues de no descubrir las llamadas *intertextualidades obligatorias* se fracasaría en la captación del mensaje²¹⁸. El segundo riesgo sería el de la extrema subjetividad de los acercamientos textuales señalados, puesto que un intertexto podría desconocerse debido a la incapacidad del lector de reponerlo o -por el contrario- podría ocurrir que un lector “*trés cultivé et très savant*” fuera solicitado en exceso y cayera en la tentación de trasponer al texto sus propias referencias, confundiendo con fenómenos intertextuales obligatorios aquello que no es sino una reminiscencia bien aleatoria.

A estas posibilidades hace referencia Umberto Eco en una conferencia pronunciada en Forlì, en febrero de 1999, cuyo título “*Ironía intertextual y niveles de lectura*”, adelanta su temática. En realidad, el crítico italiano se ocupa fundamentalmente de las formas de intertextualidad que aparecen en la literatura post-moderna, sin dejar de admitir que éstas “*no son vicios ni virtudes posmodernos*”(223). Advierte que, en muchos casos, la incapacidad de reconocer intertextos deja al lector “*excluido de la comprensión del texto*”(Eco 226) pero alerta sobre el efecto contrario. A veces la enciclopedia del lector se torna incontrolable y “*fabrica*” intertextos que no serían pertinentes para la comprensión del texto. Eco ha teorizado demasiado sobre el predominio de la *intentio operis* sobre la *intentio auctoris*, como para permitirse la ingenuidad de aceptar que no existe intertextualidad si no está en la intención autoral, pero también advierte que es necesario distinguir niveles de lectura pues mientras algunos textos –especialmente modernos y post-modernos- “*echan a patadas al lector ingenuo*”(Eco 237), otros permiten lecturas en distintos niveles que denomina semántico y estético. El teórico italiano concluye con una reflexión que me parece iluminadora para las referencias

²¹⁸ Riffaterre llama “*intertextualidades obligatorias*” a aquellas que el lector no puede dejar de percibir porque “*el intertexto deja en ellas una traza indeleble, una constante formal que juega el rol de un imperativo de lectura que gobierna el desciframiento del mensaje*”(Riffaterre 118)

intertextuales de mucha de nuestra literatura argentina del siglo XIX. Una vez más, insiste en la aplicabilidad de un término nuevo a prácticas ya existentes:

... la pluralidad de sentidos es un fenómeno que se instaura en un texto aunque el autor no pensara en él en absoluto y no haya hecho nada para estimular una lectura con sentidos múltiples. Es inútil esconder que no es el autor sino el texto el que privilegia al lector intertextual sobre el ingenuo. La intertextualidad es un selector "clasista" (Eco 239)

En resumen, esta breve revista a los diferentes conceptos de intertextualidad, nos permite deducir que se trata de un concepto productivo de la teoría literaria actual y que, difícilmente, un *aristarco* se atrevería a señalar como mancha el uso de la cita o alusión a un texto anterior. Sin embargo, deja abiertos muchos flancos que la teoría no ha podido clausurar –si ése fuera su propósito.

Para un mejor encuadre de este capítulo nos resulta imprescindible referirnos al conflicto de alcances que se crea entre los estudios intertextuales y el más clásico análisis de fuentes. En más de un asedio crítico, la intertextualidad aparece como una simple variante de la tradicional crítica de fuentes. Julia Kristeva, consciente de este riesgo -a su juicio es decididamente un riesgo- ha insistido sobre el procedimiento de *transposición* propio de la intertextualidad, y ha señalado, en cuanta oportunidad le ha sido posible, que mientras la noción de fuente colocaba el acento sobre un concepto estático que se supone aislable y reponible (el origen del texto), el intertexto se manifiesta como una fuerza difusa que "*puede diseminar sus huellas de un modo más o menos inasible dentro de un texto*" (Piegay-Gros 32).

La noción de fuente se refiere a un texto concebido como organismo que se desarrolla a partir de un principio inicial; la intertextualidad valoriza el texto en su heterogeneidad y fragmentarismo. Gustave Rudler, en un ensayo publicado en 1923, afirmaba que el estudio de las fuentes permitía reconstruir la génesis de una obra y mostrar lo que su originalidad y singularidad debían al contexto social e histórico. Las teorías de Kristeva y de Barthes surgieron, precisamente, como reacción a este

tipo de asedio tradicional al que pretendieron sustituir, promoviendo el concepto de texto en detrimento del de obra. Sin embargo, las relaciones entre ambos conceptos no tardaron en aparecer. Los límites no se presentan precisos; Laurent Yenny en un artículo insoslayable en relación a este tema, "La Stratégie de la forme", afirma que:

au contraire a ce qu'écrit Julia Kristeva, l'intertextualité prise au sens strict n'est pas sans rapport avec la critique des sources. L'intertextualité désigne non pas une addition confuse et mystérieuse d'influences, mais le travail de transformation et d'assimilation des plusieurs textes opéré par un texte antérieur qui garde le *leadership* du sens (Yenny 257)

La conclusión final a la que arriba es que la intertextualidad no se limita a señalar los préstamos, aunque no puede dejar de marcarlos como paso previo o pretexto semántico e ideológico. Laurent Yenny insiste, además, en la necesidad de distinguir entre la simple alusión o reminiscencia (repetición de un texto sin usar su significado) de la intertextualidad propiamente dicha, que se daría en los casos en que un nuevo texto remite a una estructura o significación textual anterior, que actúa como modelo formal o semántico.

Jonathan Culler también se detiene en las distinciones entre intertextualidad y estudio de las fuentes. Para este crítico, la intertextualidad presentaría un espectro de alcances mucho más amplio, pues no se limitaría a designar las relaciones con los textos anteriores sino con una cultura. Así lo expresa Culler:

Intertextuality thus becomes less a name for work's relation to particular prior texts than a designation of its participation in the discursive space of a culture. (...). The study of intertextuality is thus not the investigation of sources and influences as traditionally conceived, it casts its net wider to include anonymous discursive practices codes whose origins are lost, that make possible the signifying practices of later texts (Culler 103)

Se observa, entonces, que la noción de intertextualidad resulta central para la descripción de la significación literaria, pese a la dificultad generada por las múltiples posiciones en este sentido, amén de lo arduo que resulta el rastreo de prácticas discursivas de orígenes remotos.

Un enfoque diferente, que ha concluido por re-inscribir la noción de intertextualidad en la cuestión de los orígenes, ha sido el de Harold Bloom, quien prefiere utilizar la categoría de *"influencias"*, entendiendo que las mismas lejos de minimizar la originalidad de los textos *"los vuelven más originales"* (Bloom, *Angustia* 15). Para Bloom es absolutamente cuestionable la posibilidad de escribir, leer, pensar o enseñar sin un conocimiento de la tradición, y esta dificultad lo lleva a afirmar que *"uno no puede -por lo tanto- escribir, enseñar, pensar, ni siquiera leer sin imitación y lo que uno imita es lo que otra persona ha hecho; la escritura, enseñanza o pensamiento de ese otro. La relación de uno con lo que esa persona informa es lo que llamamos tradición"*(Bloom 34). Adviértase que Bloom se ha desplazado del espacio anónimo de los primeros teóricos de la intertextualidad hacia la batalla psíquica entre un poeta y su predecesor dominante. El texto es considerado un constructo intertextual sólo comprensible en relación con otros textos que *"prolonga, transforma, completa o sublima"*(34)

Para cerrar este panorama de los debates teóricos surgidos alrededor de la cuestión; quisiéramos referirnos a los críticos que abordan la problemática desde la práctica de las literaturas comparadas, tal el caso de Claudio Guillén, quien afirma la utilidad del concepto para los comparatistas. La noción de intertextualidad les ha permitido delimitar las antiguas superposiciones de elementos biográficos y textuales que caracterizaban la idea de influencia. Guillén enfatiza la deuda que Julia Kristeva tiene con el crítico ruso Mijail Bajtín, lo que le permite afirmar que la palabra es *"una y otra"* al mismo tiempo; *"puede ser considerada desde una perspectiva horizontal o vertical; horizontalmente pertenece al sujeto que escribe y al destinatario y verticalmente pertenece al texto en cuestión y a otros textos previos y diferentes"*(Guillén 245). Guillén relativiza -en realidad estigmatiza- lo que él

considera un exceso de dogmatismo en Kristeva y en Barthes, sólo entendible a su juicio, por tratarse de la reacción ante una práctica que había resultado estérilmente erudita, y considera que si uno de los propósitos de la *intertextualidad* apuntó a eliminar la vaguedad e interminables listas de datos que caracterizaron al estudio de las fuentes e influencias, la vaguedad retornó a veces en los trabajos sobre intertextualidad que se limitaron a señalar generalidades, y concluye con una explicación de lo que él considera deben ser los aportes de este tipo de estudios:

En mi opinión hay dos pares que se destacan. En primer lugar[al leer] trazamos una línea cuyos extremos son **alusión** e **inclusión**. Ciertamente existen muchas posiciones intermedias. Pero, en la práctica, es claramente distinguible la alusión o reminiscencia, que implican necesariamente una memoria del pasado o la exterioridad de lo que es aludido, y la inclusión en la elaboración poética del texto mismo -agregando a su superficie verbal- uno diría- palabras o formas o estructuras temáticas foráneas. Tal acto, por su naturaleza explícita, no debería -de ningún modo- ser desdeñado; es una manifestación tangible de la apertura de todo lenguaje poético individual a la pluralidad de lenguajes -la cara heteroglosia de Bakhtin. Pero es necesario distinguir entre los dos extremos de la citación y el significado. El intertexto se limita a la cita cuando su efecto es exclusivamente horizontal, esto es, cuando consiste en evocar autoridades o establecer lazos de relación(o de debate) con figuras y estilos del pasado, sin intervención de la estructura semántica vertical del poema. En tales casos la función del intertexto es - tal vez- meramente contextual. (Guillén 251)

Guillén concluye con una reflexión que resultará sumamente productiva a la hora de enfocar -desde esta perspectiva- los textos del 80. La inclusión no nos aporta un sentido unívoco sino que va mucho más allá. El intertexto nos hace la lectura más problemática, "*exige la intervención del lector*" (Guillén 256) que se ve impelido a elegir. Por lo tanto el lector pasa de lo funcional a lo contextual y viceversa.

Elizabeth Fox –Genovese, una prestigiosa comparatista norteamericana que suele trabajar con las relaciones entre historia, literatura y teoría literaria, en un artículo redactado a propósito del papel que debía cumplir el comparatismo a partir del triunfo del multiculturalismo, insiste en el mismo sentido que Guillén en cuanto a los aportes que el concepto de intertextualidad acerca a la práctica del comparatismo. Reacciona frente a los reclamos de "*los estudios culturales de*

constituirse en la fórmula mágica que explica todo”(Fox-Genovese 140) y destaca la importancia que el campo lectivo del crítico -cuya manifestación más clara es la capacidad de advertir intertextos- aporta a la lectura significativa de un texto:

For comparative literature does aspire to elucidate and enrich the literary representation of the human conditions in all its variations. In this respect, **intertextuality** lies at the center of its sense of itself, even when that sense is most contested as it is today. But intertextuality poses its own problems, beginning with the intertextuality of texts, which, however separated in origin and purpose resemble one another and texts that explicitly converse with one another. Differentiation between the two groups requires knowledge of the cultures or societies from which they emerged as well as knowledge of their author's literary universe (Fox-Genovese 141)

La autora concluye afirmando que, cuando es posible -como en el caso de la literatura argentina- afirmar el contacto de autores, uno se verá inmerso en la problemática de la historia literaria, que en más de una oportunidad sigue caminos complejos y trasciende influencias sociales, económicas o políticas. La importancia que esta autora adjudica al *universo literario del autor*, nos remite a la interrelación planteada por Jenny Laurent entre intertextualidad y estudio de fuentes.

Estos rodeos que hemos realizado no tienen otra intención que la de posicionar el método con que abordaremos el estudio de las relaciones entre la obra de algunos de nuestros escritores del 80 y los autores de la literatura inglesa. Acorde con los debates teóricos que hemos expuesto, trataremos de trascender el dato erudito y abordaremos algunos casos de *intertextualidades* prestando particular atención al tipo de relación que se establece entre los diferentes textos así como con la categoría que los teóricos han llamado *el universo literario del autor*. Nuestro propósito es patentizar cómo los autores de la literatura inglesa actuaron como intertextos activos de nuestros escritores del 80 y delimitar, de esta manera, la importancia que la misma tuvo para la configuración de nuestra literatura nacional.

En el estudio de los casos particulares, trataremos de caminar por una delgada zona que nos permita trabajar con la intertextualidad en el sentido

propuesto por Yenny Laurent, enfocándola no como una adición misteriosa y confusa de influencias sino como el trabajo de asimilación y transformación que todo nuevo texto literario propone. Orientados desde esta perspectiva, abordaremos la cuestión de las relaciones entre la literatura inglesa y los autores argentinos del 80, enfocando casos puntuales. Tomaremos algunos textos del “canon ochentista” y en ellos precisaremos los préstamos, sin ánimo de exhaustividad ni de desplazamiento de otros intertextos, y trataremos de ver de qué modo los mismos contribuyen a la creación de significados. Hemos preferido este camino por parecernos que este trabajo nos permitirá evaluar los alcances del contacto que los hombres del 80 tuvieron con la cultura inglesa y de qué modo la literatura del Imperio fue absorbida, asimilada, rechazada o pervertida por nuestros escritores. Una vez más queremos destacar que nos guía la idea de contribuir a expandir los tentáculos afiliativos que constituyen el campo dinámico de todo texto.

5.3. Dos estudios insoslayables.

Antes de abocarnos al anunciado estudio de ciertos casos particulares, quisiéramos explicitar la deuda que hemos contraído con dos trabajos aparecidos en nuestros medios académicos con motivo del IV centenario del nacimiento de William Shakespeare: se trata de un trabajo de Emilio Carilla titulado “Shakespeare en la Argentina”, publicado por la revista *Humanitas* de la Universidad Nacional de Tucumán, y un estudio de Pedro Luis Barcia publicado por la Universidad Nacional de La Plata, bajo el mismo título que el anterior.²¹⁹ Ambos son una fuente inagotable

²¹⁹ Los dos trabajos resultan ser prácticamente coetáneos. Pedro Luis Barcia complementó su artículo con una bibliografía de Shakespeare y sobre Shakespeare en la Argentina en la cual incluye como “*en prensa*” el trabajo de Carilla.

de datos acerca de las relaciones entre los textos de los escritores argentinos y los del dramaturgo inglés.

Los dos artículos se constituyen como modelos de trabajo en el campo de los estudios comparativos, pero más allá de notables coincidencias que permiten -de algún modo- arribar a comprobaciones semejantes, difieren en cuanto a ciertos criterios.

Emilio Carilla considera relativo el valor de su indagación y manifiesta el convencimiento de que la misma, no le permitirá arribar a descubrimientos deslumbrantes. Parte de la búsqueda de la irradiación de la obra de Shakespeare en España y señala la importancia -aunque su valor sea estéticamente cuestionable- de las adaptaciones francesas, fundamentalmente las de Ducis. Ya centrado en la repercusión del dramaturgo isabelino en la literatura argentina, distingue lo que denomina "*etapa de penetración*", que hace coincidir con los comienzos del siglo XIX y que tuvo, de acuerdo con su juicio, "*el defecto de considerar que los arreglos de Ducis reflejaban a Shakespeare*"(Carilla 50). Dentro de este período queda incluida la época de Rosas, que no habría presentado en cuanto a teatro "*avances que anotar*"(58), aunque destaca las lecturas de Shakespeare que realizaron Echeverría y otros miembros de la generación del 37. Carilla cree que la mayor parte de los miembros de dicha generación leyó las traducciones francesas, aunque esta circunstancia, no haya constituido "*un inconveniente para que se les revelara un nuevo mundo*"(59).

La segunda etapa, que el crítico extiende hasta la literatura contemporánea a la escritura de su ensayo, la hace comenzar en 1852. Afirma que la mayor estabilidad política y social favoreció la llegada al Río de la Plata de compañías europeas que hicieron "*escuchar -no siempre en español- los diálogos*

famosos(Carilla 60). Cree que la figura más destacable de este período denominado “*período de la expansión*” fue Miguel Cané, y en segundo lugar, Santiago Estrada. El trabajo se dedica luego a corroborar las citas de Shakespeare en varios autores de la literatura argentina del siglo XX.

El trabajo de Barcia enfoca la cuestión desde una perspectiva que difiere, en varios aspectos, del artículo de Carilla. En primer lugar, acota desde el título el período estudiado, restringido al siglo XIX. Explicita su intención de establecer una “*ordenación del material recogido referente a la presencia de la obra de Shakespeare en la Argentina hasta fines del siglo pasado*”(Barcia 43), y destaca su intención de presentar “hechos”, aunque su tarea trasciende el mero acopio de datos.

Barcia ordena el material recogido sin omitir las primeras alusiones y representaciones, desde la simple mención de su apellido en “*esa suerte de manifiesto que la Sociedad del Buen Gusto del Teatro publicara en noviembre de 1817*”(Barcia 44). Luego focaliza el romanticismo y la generación del “ochenta”. Con respecto a esta última, Barcia afirma que debido a las características del momento cultural está más abierta a la universalidad, que permite “*continuos enlaces y acercamientos entre lo shakespeariano y lo cultural, lo cívico, lo político de nuestra patria*”, que certifican “*la preocupación constante por lo argentino que alentaba en estos escritores censurados de extranjerizantes*”(Barcia 70-71). Para Barcia, el autor que mayor cantidad de alusiones a Shakespeare presenta es Mansilla, en cuya obra rastrea referencias, alusiones y citas. Se observa coincidencia con la apreciación crítica de Carilla en cuanto a la significación que para la presencia de Shakespeare en la Argentina ha tenido el “*fervor por lo shakespeariano que alentará en*

Cané"(Barcia 82), cuya traducción y estudio prologal del *Enrique IV* le parecen el aporte más consistente de toda la generación.

Sin embargo, Barcia no se limita a constatar la presencia de lo shakespeariano en los textos de Lucio López, Santiago Estrada y otros autores, sino que se abre hacia la interpretación de estas presencias -recordemos que el concepto de intertexto como tal no había alcanzado todavía su formulación teórica específica- y tipifica la pluralidad de modos a través de los cuales el grupo generacional consigna su relación con Shakespeare. En el "Resumen" con que cierra el artículo, incluye una tipificación de las diferentes influencias, que por lo clarificadora y exhaustiva citaré en extenso:

Este grupo generacional evidencia su carácter múltiple en la pluralidad de los modos con los cuales consigna su relación con Shakespeare: impresión de lector(Mansilla), crónica teatral(S.Estrada), artículo difusor(Cané,L.V.López),ensayo(Cané,Groussac), traducción(Cané), estudio especializado (Groussac). Además este grupo revela en su vinculación con lo shakespeariano, las inquietudes y temas que ocupan la atención del momento: Shakespeare ejemplifica un acercamiento entre ciencia y arte (Goyena), o entre lo universal y lo local(Oyuela, González), o ilustra entre asunto y literatura nacional(Oyuela, González). Las situaciones y elementos del universo dramático del genio inglés son asociados insistente y sistemáticamente a las realidades cívicas, políticas, históricas y culturales de la Argentina(Barcia 97)

Quedan, de este modo, señalados los diferentes matices con que los autores del 80 se han acercado a la producción de Shakespeare.

Con respecto al proceso de revalorización que le cupo al romanticismo en la aproximación al dramaturgo inglés, cabría mencionar un trabajo de Raúl Castagnino, publicado en el volumen de la Universidad Nacional de La Plata mencionado anteriormente. Su autor se detiene a considerar cómo se ha producido la difusión de Shakespeare entre los primeros autores del Río de la Plata. El artículo no incursiona, de manera específica, en el período que ocupa nuestro asedio, pero resulta -de todos modos- interesante por la insistencia con que señala la influencia de Voltaire y sus críticas para la divulgación de Shakespeare. Según Castagnino, Voltaire aún

cuando castigara en más de una oportunidad los supuestos defectos del “bárbaro sajón”, fue quien “cimentó la gloria de Shakespeare en el continente y en parte, en Inglaterra misma”(Castagnino 21). En lo que respecta a la fama en Inglaterra, la afirmación puede resultar un tanto arriesgada pues, aunque Shakespeare había creado piezas dirigidas al público más que al lector, y había sido en su tiempo una figura central pero no absolutamente predominante, ya a fines del siglo XVII, pese al cierre de los teatros ocurrido en 1642, su fama quedó transformada en una suerte de *primus inter pares*, como lo demuestra Harry Levin en un reciente ensayo. Ya en 1668, John Dryden en su *Essay of Dramatic Poesy* había imaginado un diálogo entre viejos versus modernos, ingleses frente a franceses, isabelinos frente a autores de la Restauración. En el mismo, cuatro interlocutores presentan sus puntos de vista sin aventurarse a una resolución final aunque Dryden (Neander) se guarde la última palabra para hablar en defensa de sus compatriotas Jonson y Shakespereae. Reconoce que Jonson es “el poeta más correcto, pero Shakespeare el más grande ingenio”(Levin 215). La palabra que Dryden reserva para Shakespere, *wit*, significa “ingenio, inteligencia, gracia, imaginación”²²⁰, lo que le permite parangonar al autor de *Hamlet* con Homero, mientras que Jonson sólo puede asemejarse a Virgilio. Dryden cierra su diálogo con una afirmación categórica: “Admiro a Jonson pero amo a Shakespeare”(Levin 216)

No es nuestro propósito extendernos sobre esta cuestión, pero baste lo dicho para afirmar que resulta un tanto aventurado sostener que la fama del dramaturgo inglés en Inglaterra dependió de la crítica volteriana; compartimos la

²²⁰ El diccionario Collins-Cobuild da la siguiente acepción: “**Wit** in speech or writing is the ability to use words or ideas in an amusing, clever and imaginative way”(1677). Por su parte, el Webster’s New Collegiate Dictionary considera como sinónimos: “humor, irony, sarcasm, satire”. En cuanto a su uso retórico lo define de la siguiente manera: “a mode of expression intended to arouse amused interest or to evoke attention and laughter or a quality of mind that predisposes to such expression”(1336).

afirmación de Castagnino en lo que respecta a la difusión de Shakespeare en el continente europeo, y por lo tanto, en nuestro Río de la Plata. Más allá de estas rectificaciones, creemos que el trabajo de Castagnino resulta sumamente provechoso a la hora de señalar la importancia que la biografía de Shakespeare, escrita por Víctor Hugo, tuvo sobre nuestros autores.

Finalmente, destaquemos que Castagnino coincide con Barcia y Carilla en señalar a la generación del 80 como la que *“entre nosotros prolonga de modo efectivo la fama shakesperiana y la que se declara su ferviente admiradora”*(Castagnino 23).

Realizado este somero repaso de los textos que han resultado hitos a la hora de señalar intertextualidades entre un autor inglés y los autores del 80, pasaremos al estudio de algunos casos particulares. Dados los logros de lo hecho con respecto a Shakespeare, nos detendremos en otros contactos.

5.4. Mansilla: juego de citas alusiones y referencias

Cuando el 10 de octubre de 1913 aparece en los diarios de Buenos Aires la noticia de la muerte de Lucio Victorio Mansilla, ocurrida en París el 8 de octubre, las notas necrológicas -tanto el obituario aparecido en *La Prensa* como el más extenso publicado por el diario *La Nación*- testimonian el extrañamiento que el público porteño manifestaba por quien, en algún momento, había sido el personaje *“mimado o festejado y también execrado*(Blanco 34) de esa misma sociedad. *La Prensa* expresa con los siguientes términos los sentimientos que la muerte del general despertaba:

Fue diplomático en los años de su alta vida en Berlín, Viena y Rusia y muere **alejado por completo de todas las materias que formaron su predilección intelectual**. Hacía años que veía venir su fin. (Lucio V Mansilla 1)

El fragmento, a través de la oposición entre *“alta vida(diplomático en los centros europeos) / alejamiento de intereses intelectuales*, testimonia el olvido en que había caído la figura de Mansilla. Era cierto: su tiempo había pasado y el mundo previo a la Guerra del 14 lo hacía parecer un sobreviviente de una época con problemáticas remotas.

Por su parte, el cronista de *La Nación* se detiene en una revisión de sus obras más significativas pero, por sobre todo, abandona la objetividad y se adentra en un juicio de los méritos y defectos del personaje, pues así lo considera. Continuando una línea de análisis que el mismo Mansilla había abonado, la necrológica se inscribe dentro de una posición crítica que tendrá abundante descendencia y se detiene en las apetencias ministeriales de Mansilla, en el afán de figuración permanente para concluir que el peor enemigo de la fama mansillesca había sido el mismo autor, que había abusado del ejercicio constante de sus aptitudes y condiciones de *“causeur”*, inhibitorias del pensamiento hondo y de la realización de una obra seria y fundamental. Así cierra el cronista su recordatorio:

¡Pobre Mansilla! Porque no fue grave y adusto, porque no logró deslindar dentro de su inteligencia una conducta uniforme, porque no supo dominar sus tendencias y darles una aplicación preferente, porque se dejó desbordar en palabras y aptitudes.

Es otra figura típica que desaparece como ayer la de Wilde y sería bien triste que el país no repusiera las fisonomías que pierde, en cuanto han representado formas de la inteligencia nacional(“Ayer en París” 1)

Observemos que los comentaristas de 1913 desplazan su figura hacia el pasado, con clara conciencia de la escasa significación que la figura tenía para el lectorado porteño de esa época, para quien Mansilla no representaba -seguramente- sino un *“montón de anécdotas entre graciosas y estrafalarias”*(Blanco 35). Sin embargo, había sido popularísimo. De algún modo, la figura emblemática de todo un grupo.

Ricardo Rojas- como acertadamente lo señala Cristina Iglesia- no escatima la puntualización de sus faltas insistiendo en la *deuda* de Mansilla quien- por su falta de gravedad- no habría logrado elevarse de la condición de *causeur*. Considero interesante destacar la apreciación de Iglesia sobre *La Historia de la literatura argentina*, editada por el Centro Editor de América Latina -se trata de un texto de fines de la década del 60- que, a juicio de la crítica, no corrige a Rojas en este aspecto, sino que *“reitera la descalificación”* (Iglesia, *Aventura* 542). En efecto, Rodolfo Vinacua, responsable del capítulo dedicado a Lucio Mansilla, no duda en ratificar las apreciaciones de Rojas:

Prosistas fragmentarios llamó Ricardo Rojas a Mansilla y otros hombres del 80 y la expresión es ajustada porque Mansilla utilizó en realidad su prosa como un arma liviana y elegante, como una vía fácil para la larga conversación que mantuvo con el grupo dominante de la política argentina constituido en realidad por una *élite* de la que él formaba parte. No escribe, pues, para todos. Lo hace para una minoría a la que conoce y de ahí que su lenguaje esté lleno de sobreentendidos y de alusiones tácitas(Vinacua 86).

Más allá de nuestra discrepancia con la desvalorización de la obra de Mansilla por exigirle a la misma que se acomode a *“una idea de obra completa y lograda”*, cabe destacar la coincidencia que todos los críticos manifiestan, a la hora de otorgarle a Lucio Mansilla un lugar central y emblemático en el mundo literario desde 1870 hasta fines de siglo. Asimismo, interesa destacar la caracterización del discurso mansillesco como *“cargado de sobreentendidos y alusiones”*, una de las formas de los contactos intertextuales.

Al referirse a la presencia de Shakespeare en la literatura argentina del 80, Barcia, en el artículo anteriormente citado, puntualiza que *“Mansilla es el autor de la generación del “ochenta” que ofrece mayor diversidad de referencias a obras y pasajes shakespearianos(71)*, que incorpora, indistintamente, *“en inglés o traducidos de modo suelto y acriollado”*. Paso seguido, el crítico enumera las alusiones e indica la obra de Mansilla en la que están insertas, y el drama de Shakespeare al que

pertenece. La exhaustividad del trabajo de Barcia torna estéril todo intento de abundar en este aspecto.

Otro autor de la literatura inglesa que es citado, indistintamente en inglés o en castellano, es Lord Byron. Creemos que la presencia del poeta -a nuestro juicio uno de los intertextos significativamente más ricos de *Una excursión a los indios ranqueles*- no ha sido detenidamente estudiada.

5.4.1. Presencia de Byron en la obra de Mansilla.

Las citas que Mansilla introduce de Byron no son excesivamente abundantes, pero creemos que, de algún modo, permiten cuestionar el tan proclamado repentismo y espontaneidad del estilo mansillesco, al complejizar los sobresentidos intertextuales que se transforman en “*horizontales, infinitos, de texto a texto*”(Eco, *Sobre literatura* 245).

El poeta romántico inglés aparece mencionado tanto en los libros escritos durante la juventud de Mansilla, como en sus últimos escritos.

En 1864, la *Revista de Buenos Aires* publica “*Recuerdos de Egipto*”, escrito en el que Mansilla relata sus primeras experiencias como viajero. Allí, tras deplorar la pérdida de sus libros y de su cuaderno de bitácora, confiesa el esfuerzo que debe hacer para recordar a los 33 años una experiencia que había vivido cuando contaba apenas veinte años. Lamenta su edad con una clara referencia a un poema de Lord Byron:

Tengo, pues, que evocar mis antiguos recuerdos, las reminiscencias de cuando no tenía cuatro lustros aun: hoy que al ver blanquear algunos cabellos sobre mi sien, he lanzado ya mi blasfemia, exclamando como el poeta que todos conocéis; malditos treinta años! (Mansilla, *Recuerdos* 257)²²¹

²²¹ El motivo del encanecimiento prematuro también había sido poetizado por Núñez de Arce, en versos muy conocidos en la época. Preferimos seguir la relación con Byron porque es la que Mansilla parece continuar. De todos modos los intertextos no son excluyentes.

El motivo de la juventud perdida a los treinta años había sido poetizado por Lord Byron, quien en reiteradas oportunidades se lamentó por la disminución de su capacidad de seducción debida al paso de la edad.²²² Uno de los poemas más conmovedores de toda su producción, en este sentido, es el que escribe en Missolonghi, en enero de 1824, tres meses antes de su muerte en ese mismo lugar. Se trata del poema titulado "On this day I complete my thirty six year". Según Harold Bloom el poeta consideraba a este poema una suerte de testamento poético y la primera estrofa parece, de algún modo, "el epitafio del poeta"(Bloom, *Company* 279):

'Tis time this heart should be unmoved,
 Since others it hath ceased to move:
 Yet, though I cannot be beloved,
 Still let me love!(Byron, Selected 92)

El mismo poema es aludido por Mansilla en *Una excursión a los indios ranqueles*(1870), en la epístola LX, cuando se le presenta su comadre Carmen. El General admira la expresión tierna del rostro y el seno palpitante de su comadre, y en un alarde de seducción juvenil, lamenta estar en el período de la vida en que uno ama pero ya no es amado. Incorpora, en inglés, los dos versos iniciales de la segunda estrofa del mismo poema:

My days are in the yellow leaf;
 The flowers and fruits of love are gone;
 (Byron, Selected 92)

Los versos siguientes del poema incorporan una alusión a *Macbeth* que también encuentra eco en *Una excursión* El gusano, el cáncer y la pena se mencionan como los únicos atributos que le corresponden a un yo lírico, que considera los 36 años como el final predecible de su vida. El poema juega con el

²²² El motivo de la muerte en plena juventud y del desgaste y desengaño producidos por el paso del tiempo fue poetizado por Echeverría en varios de los poemas de *Los Consuelos*(1832). Por citar algunos: "El poeta enfermo", "El destino". Es por todos conocida la deuda que Echeverría tuvo con el poeta inglés. Prefiero relacionar la referencia mansillesca directamente con Byron por las reiteradas menciones que Lucio hace de ese poema.

símbolo del fuego: el tiempo ha transformado la llama de la pasión en una pira fúnebre. Una lectura detenida de la epístola LX de Mansilla permite advertir los trazos del intertexto, pues aunque verosímil por la situación en la que está el narrador, el discurso se detiene morosamente en el fuego, primero apenas “*tibias cenizas*” que envolvían a la visita y al narrador “*en un sutil crespón*” y después, “*fogón que flameaba*” ejerciendo una influencia magnética sobre los dos interlocutores. Mansilla altera la secuencia, pero las referencias se relacionan con su atracción por Carmen. ¿Simple casualidad o eco del juego que Byron hace con el fuego de la pasión?

Volvemos a encontrar alusiones a Byron en la *causeries*. En una de ellas, titulada “*Indiscreción? ...¿ Digresión?*”²²³, “Byron” es una de las palabras claves anotadas por la memoria de Mansilla.²²⁴ El punto de partida de la causerie es la necesidad de responder a la numerosa correspondencia recibida. Toma una misiva muy voluminosa y extenuado por la actividad desarrollada durante el día, decide contestarla al día siguiente pero, antes de dormirse, repite en voz alta cinco palabras claves que le permitirán hacerlo. “*Sarcey, Poe, Byron, digresiones, indiscreciones*”(Mansilla, *Mosaico* 24). La carta en cuestión, de acuerdo con las referencias que a ella realiza Mansilla, tiene más de juicio crítico que de comunicación amical. Una a una, las cinco palabras clave le sirven para contestar - en tono de refutación- las apreciaciones del emisor, Eduardo Saéñz.

Mansilla se detiene especialmente en una sugerencia acerca de la influencia de Byron en sus escritos:

²²³ El editor Juan Alsina decidió después de publicar cinco tomos de las causeries no continuar con la empresa. Esto motivó que varias de ellas hayan quedado sin recoger en las hojas del diario *Sud-América*. Recientemente Julio Schwartzmann y un equipo de investigación procedieron a su publicación.

²²⁴ La causerie “¿ Indiscreción?¿ Digresión? ” apareció publicada en el periódico *Sud-América*, el 17 de diciembre de 1889.

Byron :es la otra palabra anotada en mi memoria.

Allá voy...

Dice usted, Saézn: "Pero...noto que lo estoy plagiando a más no poder con mis digresiones, y usted ya sabe que la peor de las producciones vale más que el mejor de los plagios.

No estoy de acuerdo. Y en cuanto a eso de plagio: *tout tant que nous sommes*, así como Dios nos ha hecho, cada cual de nosotros lleva dentro de sí mismo un fonógrafo de las ideas, de las inspiraciones, de las frases de los que nos han precedido en la luminosa carrera del pensamiento.

Byron, decía y continuó: me parece que usted se ha olvidado al encontrarme afinidades con él , de que el gran poeta perdió, como dicen los ingleses, su virginidad parlamentaria en medio de aplausos. Yo no.(Mansilla, Mosaico 26).

Dos aspectos de esta *causerie* me parecen significativos: por un lado la insistencia con que Mansilla destaca la imposibilidad de escribir sin los autores precedentes, el necesario carácter intertextual de todo escrito. En segundo lugar, Byron lo remite enseguida a la palabra "digresión", característica definitoria de sus *causeries*. ¿No lo fue también del poeta inglés? La crítica argentina ha insistido en más de una oportunidad en la relación entre los textos de Mansilla y los de Charles Sainte-Beuve.²²⁵ Si bien el título indudablemente fue inspirado por el francés, las *causeries* del primero tienen la pretensión de "*hacer historia de la literatura y de organizar- a través de esquemas precisos- sus propias lecturas*"(Scwartzmann, *Todo prohibido* 14). La digresión , el componente fundamental del estilo mansillesco, no es constitutivo de los textos de Sainte Beauve. Por el contrario, el interlocutor de Mansilla, que asocia la digresión con la figura del poeta inglés, no anda muy desviado, pues ese recurso es de uso reiterado, por ejemplo, en *Don Juan*.²²⁶

En uno de los últimos textos publicados en vida de Mansilla, la única parte de sus prometidas *Memorias*(1904), al recordar los temores infantiles hacia los

²²⁵ Sainte Beuve escribe sus *causeries* entre 1849 y 1861. Fueron muy leídas en el Río de La Plata.

²²⁶ Los ejemplos son innumerables. En la estrofa séptima del Canto XIV, por ejemplo, la voz vertebradora del poema afirma: "*Me dirás qué tiene que ver todo esto con nuestro asunto./ Amado lector: nada. Es una mera especulación/ Para la cual mi única excusa es que mi estilo es así, /Yo escribo sobre lo primero que me viene a la cabeza. Este relato no intenta ser relato,/sino una mera excusa fantástica e inconsistente/Para decir cosas vulgares y a veces tópicos*(Byron, *Don Juan* 1215) Otro claro ejemplo de este estilo digresivo aparece en la estrofa 87 del Canto XII , en el que leemos: "*aquí el canto duodécimo de nuestra introducción termina./Cuando el cuerpo de este libro haya empezado,/ lo encontraréis de construcción diferente..*(Byron, *Juan* 1129)

“zaguanes sombríos y tenebrosos”(135) de las casas porteñas de su niñez, compara sus sentimientos infantiles con los que más tarde sintiera en Escocia frente a los esqueletos solitarios de las abadías en ruinas, y para graficarlos echa mano- una vez más- al *Don Juan* de Byron.

En esta oportunidad, el propio Mansilla aporta la cita byroniana de modo bastante preciso:

The mansion's self was vast and venerable
With more of the monastic than has been(Byron, Don Juan 1176)²²⁷

La incorporación de estos versos parecería testimoniar un trasiego de la obra del Lord. Por otro lado, cabe destacar que en *Mis memorias*, contrariamente a lo que acostumbraba en otras obras, Mansilla parece haber acotado su manía de citar y aludir a otros autores. Por lo tanto, la cita se torna más significativa en cuanto al peso que el autor argentino le otorgaba al romántico inglés²²⁸.

Los textos que hemos mencionado señalan, de alguna manera, el comienzo, la cumbre y el cierre de la obra mansillesca, lo que nos permite proponer la hipótesis de que Byron es un autor que acompaña el desarrollo intelectual de Mansilla, y hacia 1870, se constituye en una presencia fuertemente significativa en *Una excursión a los indios ranqueles*.

Es cierto que a la hora de recordar sus lecturas predilectas , Mansilla - en dos oportunidades- omite toda referencia a Byron y le da lugar prioritario a William Shakespeare(único autor inglés incluido en las dos selecciones de libros que

²²⁷ En la edición de Hachette la cita aportada por Mansilla es Canto XIII,LV. En realidad los versos citados corresponden a la estrofa LXVI de ese canto. Byron está describiendo la residencia de vacaciones de Lady Adeline Amundeville a la que llama en el poema, Abadía Normanda, identificada por muchos críticos con Newstead que había sido propiedad de los Byron.

²²⁸ En cuanto a referencias a la literatura inglesa, *Mis memorias* incorpora una mención secundaria a Charles Dickens, algunas citas de Shakespeare(los infaltables “ *to be or not to be*” y *Romeo y Julieta* entre otras) y una llamativa y extensa cita de *Canterbury Tales* de Chaucer extraída del discurso sobre la providencia que el caballero/peregrino pone en boca del héroe Egeo.

Estas alusiones, propias de las lecturas de los románticos ingleses y de las lecturas inglesas de nuestros románticos, conviven en el texto de 1904 con una mención a los estrenos y traducciones de *Espectros(1888)* de Henrik Ibsen y el relato de su relación con Paul Verlaine.

realiza). No es Byron el único autor reiteradamente citado que excluye; omite también mencionar a Dante. Sin embargo, creemos que en *Una excursión a los indios ranqueles*, “la más personal de sus obras”(Ghiano, Lucio V. Mansilla 13) la presencia de Byron cala más hondo que una simple referencia propia del “erudito a la violeta” con que el mismo Mansilla se autodefine, y posibilita , por el contrario, las vinculaciones de Mansilla con el “estilo alto”.

Antes de presentar el funcionamiento de esta intertextualidad, correspondería detenernos en la fortuna que tuvo Byron entre los primeros autores de la literatura argentina.

En primer lugar, es necesario destacar que la difusión de Byron entre los autores de la literatura argentina fue semejante a la situación que Carilla, Castagnino y Barcia describieron con respecto a Shakespeare. El contacto con la poesía del Lord inglés fue, en sus comienzos, mediada por la lectura que del poeta hicieron los románticos franceses, indiscutibles responsables de la divulgación continental del autor.

Dentro de la literatura inglesa, Byron ocupó un lugar peculiar y “a duras penas era considerado un romántico sino como un enemigo de lo que los ‘verdaderos románticos’consideraban más sagrado”(Bowra 149). La reputación europea del poeta es absolutamente contradictoria con su valoración en las Islas Británicas, y se cimentó fundamentalmente, sobre su rechazo a los sistemas establecidos, su agresiva afirmación del yo, su amor a la libertad y su culto del amor. En este sentido, Hipólito Taine podía afirmar con acierto que “los críticos ingleses son aún injustos con él”(Taine 9), lo que le permite erigirse en juez más equitativo por su condición de extranjero.

La posición del romanticismo inglés frente a la naturaleza, la entronización de la Imaginación o las disquisiciones sobre la Primera Fantasía, poco interés despertaron en Byron²²⁹. Sin embargo, fue su poesía la que dio presencia al romanticismo inglés en el continente donde cada país fue byroniano, a su modo, haciendo del poeta un adalid de una nueva manera y de una nueva concepción del arte que suponía el más claro rechazo a los lazos sobre los que se había cimentado la civilización del siglo XIX.²³⁰

Son éstas las influencias fundamentales en los miembros de nuestra generación del 37, alentadas, especialmente por Echeverría, quien en respuesta a una carta del Dr. José María Fonseca se expresa en los siguientes términos:

El mejor tipo para toda obra poética es, pues, el corazón humano, es decir el corazón humano con la comparsa de todas sus pasiones. Lord Byron será el poeta de los siglos porque es el poeta de las pasiones y éstas son en poesía el solo reflejo indeleble de la humanidad(Echeverría, Carta 422).

Esta predilección por Byron se corrobora cuando, de regreso de su viaje a Europa, lo propone como *modelo romántico*. En los poemas incluidos en *Los consuelos(1831)* esta admiración se observa no sólo en los elementos paratextuales de los poemas, sino en la persistencia con que trabaja intertextualmente con algunos

²²⁹ De algún modo, podemos responsabilizar a René Wellek de la perduración durante gran parte del siglo XX de la expulsión de Byron del canon romántico inglés. En su ensayo "*The concept of Romanticism in Literary Scholarship*", el crítico había condensado en la siguiente frase la definición del romanticismo: "*Imagination for the view of poetry, nature for the view of the world, and symbol and myth for poetic style*"(Wellek 161). Esta concepción arrojaba a Byron fuera del romanticismo lo que contrastaba con la visión que el romanticismo continental decimonónico había mantenido del autor. "*Desde Goethe y Pushkin hasta Baudelaire, Nietzsche y Lautréamont, Byron parecía ocupar el centro mismo del romanticismo*"(Mac Gann, *Rethinking* 236). En la crítica actual, Harold Bloom sostiene la pertenencia de Byron al romanticismo inglés, fundamentalmente en cuanto a "héroe romántico". Sin embargo, no duda en enunciar la siguiente restricción: "*Byron never left the world, nor could he ever abandon any of the existing conceptions of it. His is therefore the more social of Romantic imaginations and so the least Romantic. Few poets has less trust in their own consciousness, and no great English poet had less faith in the validity of his own powers than Byron*" (Bloom, *Visionary* 3).

²³⁰ La lectura que hace la literatura continental de Byron es sumamente interesante pues se lo presenta como el prototipo de la ruptura de los cánones propios del siglo XVIII, cuando en realidad es el romántico inglés más adherido a la poesía de Alexander Pope.

de ellos.²³¹ Aunque en sus trabajos teóricos sobre las diferencias entre clasicismo y romanticismo se refiere a las renovaciones métricas introducidas por Wordsworth y por Samuel T. Coleridge, se identifica abiertamente con el poeta muerto en Grecia. No es el único: cuando en 1843 Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez viajaron hacia Europa llevaron como “guía turística” el *“Childe Harold’s Pilgrimage”*.

El 14 de abril de 1927, Arturo Farinelli dio una conferencia sobre *“el byronismo”* en la literatura argentina. El texto de la misma fue reproducido en la revista *Logos*, en 1944. El autor circunscribe la influencia del byronismo en la literatura argentina al romanticismo, al que habría nutrido del *“amor por lo primitivo y lo selvático”*(76) Cree que muchas de las composiciones de la generación del 37 *“pueden emparejarse con el acongojado anhelo de la incultura y de la barbarie sana y robusta, tan propia del lord británico”*(Farinelli 77). Aunque al referirse a los autores del 80, se limita a señalar que aún en esa época tardía las lecturas byronianas fueron fructíferas, fundamentalmente, para la obra crítica de Miguel Cané y de Calixto Oyuela, no se detiene a señalar -como lo hizo con los autores del 37- la presencia de los héroes o las ideas byronianas. Sin embargo, nos interesa destacar especialmente el énfasis con que el estudioso italiano destaca algunos *“aportes”* que reaparecerán en Mansilla: la sátira mordaz, la ironía y, por sobre todo, la crítica a los pretendidos logros de la civilización.

Años después de la publicación del artículo de Farinelli, Noé Jitrik retoma estas ideas para intentar una explicación de la convivencia que en la poesía de los autores de la generación de la Joven Argentina se dio entre *“lo culto y lo salvaje, el*

²³¹ En este aspecto podríamos citar el caso del poema byroniano *Lara*. Si bien el poema *“Lara o la partida”* de Echeverría no parece en la estructura superficial poseer demasiada relación con el hipotexto, el mismo se sitúa en la base de dos *“continuaciones”* del mismo: *“El regreso”*(más abiertamente hipertextual) y – ya más tarde- un poema publicado en las rimas *“Último canto de Lara”* que incluso remeda el tipo de poema narrativo característico de una de las formas de la poesía byroniana.

progresismo y lo primitivo, la "urbanidad" y el nacionalismo"(Jitrik, Soledad 139). El crítico se pregunta si la forma de resolución de los términos contradictorios se presentó, en la literatura argentina, "según las pautas del maestro Byron o bien si tuvo un carácter singular y propio"(Jitrik, Soledad 140)

Jitrik centra su trabajo en lo que él entiende -sigue en esto las apreciaciones de Farinelli- como la contradicción inherente a la poesía byroniana entre la crítica a la civilización y el anhelo de una "edad feliz para los pueblos libres de tiranos", pues advierte que el poeta inglés anhela la entronización de una democracia que no es sino el fruto más acabado de la civilización, mordazmente criticada en gran parte de su obra. Por otro lado, como muchos otros románticos, el lord inglés canta y ensalza "lo primitivo" pero lo hace instalado desde la tradición europea. Pese a la afirmación inicial acerca de la perduración del byronismo en nuestros románticos y post-románticos, el trabajo de Jitrik no avanza más allá de la generación del 37 y de la resolución de esta contradicción en la poesía echeverriana.

Se advierte la insistencia con que los críticos han destacado la importancia de la poesía byroniana en nuestra primera generación romántica. En los dos estudios considerados se menciona la perduración de la influencia sin extender rastreos más meticulosos.

De haberlo hecho, se podría haber constatado la presencia de intertextos byronianos en Mansilla. No sólo en él. Se habría verificado la persistencia de lo "byroniano" hasta muy entrado el siglo XIX.

Podríamos aportar una serie de ejemplos interesantes, todos ellos del año 1870, el de la publicación de *Una excursión a los indios ranqueles* en el periódico *La Tribuna*. En el mismo medio, durante los días en que se está publicando el libro de Mansilla, en la sección "Cosas" , a cargo de Orión, aparece una carta que Miguel

Cané envía desde Londres²³². Su primera apreciación de la ciudad la realiza con una cita de Byron; se trata de la estrofa 82 del canto X del *Don Juan* que Cané utiliza como la mejor descripción de la capital de Inglaterra.²³³ En una carta posterior, enviada desde París hacia donde se ha trasladado con premura para llegar antes de que el ataque prusiano cambie la fisonomía de la Ciudad Luz, se refiere a su decisión de no relatar todas sus penas y hace un balance de las modas literarias europeas en los siguientes términos:

Ahora todo el mundo es escéptico, y no hay verso que no sea centuplicada edición adulterada y corrompida de algún grito de Manfredo, Lara o Don Juan (Cané, Correspondencia 1)

Tanto las noticias relacionadas con uno de los sucesos más significativos de la época, la Guerra Franco-prusiana como las notas de carácter más frívolo, son relacionados con Byron. En una nota titulada "*De cómo le gustan los hombres a las mujeres*", el cronista reconoce que un hombre bajo como Víctor Hugo tendría pocas probabilidades y en cambio, el modelo propuesto por Lord Biron(sic), por su estatura, fiereza y arrogancia, sería más seductor.

Cuando el 22 de octubre de 1870, Héctor Varela publica la arenga con la que Víctor Hugo alienta a los parisienses a resistir frente al ataque prusiano, se observa en ella que el poeta francés se coloca en la misión de poeta comprometido con los destinos de la nación bajo la égida de Lord Byron y otros modelos aludidos²³⁴. Asimismo, el 27 de octubre de 1870 se informa acerca de las traducciones realizadas

²³² Se trata de una carta de lo que hemos denominado "Correspondencia" que corresponde al viaje de Cané a Europa, en 1870.

²³³ Confrontar *La Tribuna*, 22 de junio de 1870. La estrofa incorporada por Miguel Cané, con la que inicia la descripción de su primer contacto con la ciudad de Londres es la siguiente: "*a mighty mass of brick and smoke and shipping, / Dirty and dusky, but as wide as eye / Could reach, with here and there a sail just skipping / In sight, then lost amidst the forestry / of masts, a wilderness of steeples peeping / On tiptoe through their sea coal canopy / A huge, dun cupola, like a foolscap crown / On a fool's head - and there is London town!* (Byron, *Don Juan* 1002)

²³⁴ Confrontar *La Tribuna* del 22 de octubre de 1870.

por Pedro Espinosa de los poemas “La novia de Abetes”y “El infiel”, de Lord Byron, y se promete la próxima publicación en el periódico..

Valgan estos ejemplos para dar cuenta de la persistencia de la fama byroniana en las más diversas esferas de la actividad cultural y social de la época. Esta presencia, constatada en las múltiples esferas del quehacer cultural configuran, de este modo, lo que Edward Said denomina la *estructura de referencia* en la cual se insertan no sólo los textos sino también los autores de la época. Si, como postula Culler en el texto anteriormente citado, la “intertextualidad” supone la participación de un texto en el espacio discursivo de una cultura, en un momento dado, esta omnipresencia de Byron no debería carecer de significado.

Recordemos aquí una interesante reflexión de Manuel Mujica Láinez al definir lo que él denomina la “generación del 80”. Afirma que cada una de las generaciones anteriores le dio algo y la “tercera generación”(la del 37) le habría legado el romanticismo *“al que se arrojaron con los ojos cerrados hasta que evolucionaron hacia el criterio artístico de Emilio Zolá”*(Mujica Láinez 2). En un sentido semejante se manifiesta Juan Cantor, quien insiste en las estrechas relaciones que los hombres del 80 mantuvieron con la figura de Echeverría quien a su criterio *“siguió vigente, aún perviviendo en la época de los hijos de la nueva generación”*, que continuaron sintiendo la necesidad de emanciparse no sólo política sino literariamente. No es de extrañar pues, que por esta vía, también se reforzara la perduración de las lecturas del maestro entre los miembros de la nueva generación. Tampoco deberíamos omitir, en este sentido, los estudios realizados por Juan María Gutiérrez en la *Revista Río de la Plata* ,²³⁵ donde, en más de una oportunidad, se dedica al estudio de los textos de quien considera el poeta fundacional de la literatura argentina.

²³⁵ La *Revista del Río de La Plata* comienza a publicarse en Buenos Aires en 1871. Los editores responsables son Andrés Lamas, Vicente Fidel Lopez y Juan María Gutiérrez. En la editorial inicial en

Establecida la persistencia con que Mansilla acude a la cita byroniana, veremos cómo se presenta este intertexto en *Una excursión a los indios ranqueles*. El 20 de mayo de 1870 apareció en *La Tribuna*, la primera carta, dirigida a Santiago Arcos. La publicación de las 68 cartas y el epílogo se extiende hasta setiembre de 1870, con ciertas interrupciones debidas, fundamentalmente, a la falta de espacio causada por la abundancia de noticias y corresponsalías relacionadas con la Guerra franco-prusiana.

Julio Caillet-Bois, en el ineludible prólogo a su edición del texto, precisa que Mansilla había partido del Fuerte Sarmiento rumbo a la tierra de los ranqueles el 30 de marzo de 1870, en una empresa que se habría extendido hasta el 17 de abril. "*La expedición duró dieciocho días; de veinte a veintidós según el relato*"(Caillet-Bois XXI-XXII). De los acontecimientos surgen dos textos escritos: un informe y las epístolas aparecidas en el periódico de los Varela. No tardan en producirse en los medios periodísticos y literarios, porteños y provincianos, nacionales e internacionales, ²³⁶respuestas críticas y personales al mismo. Entre las primeras cabría consignar la reseña aparecida en el diario *La Libertad*, de Chile, sumamente aguda en la captación del doble significado político y literario de los hechos narrados. Entre las respuestas de índole más personal que la publicación generó podría citarse la dura réplica que el padre Burela, aludido por Mansilla, realiza en *La Nación*. El 13 de julio de 1870 el periódico de los Mitre, en cumplimiento con "su

que se manifiesta los propósitos se hace hincapié en que se dedicará con especial atención "a todas las publicaciones en lengua española, fruto de los Sud-Americanos"(Propósitos 5)

²³⁶ Muy interesante resulta un artículo aparecido en *La Tribuna* que, en realidad es reproducción del aparecido en *La libertad* de Chile. El comentarista, muy elogioso con Mansilla, un tanto crítico hacia las actitudes del presidente Sarmiento, distingue entre el "informe" y las cartas. Dice lo siguiente: "*En el primero se descubren la inteligencia ilustrada por el estudio de los libros y la enseñanza de los viajes; la fuerza de voluntad, la energía, la perseverancia, la audacia del militar(...). En las segundas se transparenta otra faz del coronel Mansilla: su carácter vivo, agudo, espiritual: brilla en ellas esa imaginación que todo lo penetra.... 28 de julio de 1870, La Tribuna.*

deber de imparcialidad', da lugar a la réplica no menos airada de Mansilla.²³⁷ La mencionada escaramuza periodística problematiza la inscripción genérica del texto; aunque sea percibible la ficcionalización e hiperbolización de ciertos hechos, la cercanía con la realidad extratextual autoriza a los implicados a hacer escuchar sus reclamos al autor.

Más allá de las cuestiones relacionadas con el origen del relato, el texto trabaja con un múltiple descentramiento. En primer lugar, el desplazamiento de la política oficial de Sarmiento con respecto al indio, que le permite al narrador insertarse en un debate ya institucionalizado en el horizonte de expectativas sociales de la época, sobre el lugar que habría que adjudicarle en la organización del Estado moderno. En este sentido, la pregunta vertebradora del texto podría resumirse en las siguientes palabras: *“¿Cómo resolver el problema del indio? ¿Qué hacer con la indiada ante la disyuntiva que planteaba su exterminio o asimilación?”*(Stern 120). Esta pregunta implicaba, por concomitancia, la problemática del gaucho respecto de quien el texto explicita también su propuesta. A este primer acto de desplazamiento, el autor responde con una posición conciliadora en múltiples circunstancias y en niveles ficcionales también múltiples, frente a las posiciones dicotómicas sustentadas por la política del presidente Sarmiento, conforme con el plan ya expuesto en 1845 en *Facundo o civilización y barbarie*.

²³⁷ En la carta enviada desde Mendoza y publicada en *La Nación* del 22 de junio de 1870, el padre Burela acusa a Mansilla de *“presentar un cuadro amplio de inesactitudes”* y de falsear la verdad al aseverar que cuenta con prestigio entre los ranqueles pues en realidad *“es aborrecido”*(*Otra excursión* 1). La respuesta de Mansilla no se hace esperar demasiado y aparece en el mismo medio periodístico, el 13 de julio de 1870. Profundamente molesto por los comentarios del padre Burela se pregunta y le pregunta al lectorado *“qué corresponde hacer cuando un reptil se interpone en mi pacífica tarea de hacer un libro?”*(*Mansilla, Respuesta* 1). Acusa abiertamente al padre de haber recibido cuantiosas fortunas, de haber puesto una pulpería que fomentaba el vicio del alcohol entre los indígenas y cristianos, de hacer política en favor de los conspiradores. Reivindica el valor de su *“excursión”* que no fue un viaje de placer. Se defiende de la acusación de haber matado un caballo, alegando que prefiere *“una época en que se puedan degollar caballos y no hombres para que éstos se corrijan”*(1). En toda la respuesta a Burela, Mansilla insiste en el carácter documental de su obra.

Relacionada con la respuesta que el texto aporta a la pregunta fundacional acerca del indígena, surge una nueva pregunta no menos significativa que la primera, con cuya respuesta está estrechamente vinculada. Este segundo descentramiento le ha sido impuesto a Mansilla desde afuera, desde las circunstancias políticas del país que lo han desplazado del lugar que, por herencia-su parentesco con Rosas-, por posición económica -representante de la clase saladeril- creía con derecho a ocupar. Su condición de fautor de la candidatura de Sarmiento también le había hecho abrigar esperanzas, que en 1870, reconoce totalmente infundadas y que sólo lo han relegado a un puesto en la frontera cordobesa. Aún más, en el momento en que aparecen las cartas, está “*en disponibilidad militar*”²³⁸ La segunda pregunta del texto actúa como matriz unitiva de todo el relato.²³⁹ Hace su aparición en la primera carta y será repetida con insistencia. El emisor se pregunta por el sentido de la felicidad y cree que ésta sólo puede darse en los extremos. Comprende que haya “*quien quiera ser Mitre o sacristán*”, así como acepta “*que nadie quiera ser Mansilla porque al fin “ese mozo quién es?”*”(Mansilla, *Ranqueles 68*).²⁴⁰

La pregunta se reitera en el texto como un leit-motiv. En el plano diurno, en su mirarse e interrogarse a sí mismo, en los decires múltiples y reiterados de los ranqueles que interrogan una y otra vez acerca de las intenciones e identidad del “winca”. Sin embargo, el interés de la voz narrativa por corregir su desplazamiento social se produce -de uno de los modos más consistentes- en el plano onírico. Hace su aparición, en ese nivel, una sostenida imagen de grandeza y de poder, cuya

²³⁸ Confrontar *La Tribuna*, 8 de agosto, 11 de setiembre de 1870, noticias sobre el juicio que se le ha llevado a cabo a Mansilla.

²³⁹ Mirta Stern cree que todo el relato puede leerse como respuesta a la pregunta : “¿*Quién es el coronel Mansilla?*”. Aunque la considero una pregunta determinante, coincido con María Rosa Lojo en que “*hay algo más que fijación narcisista en las páginas de La excursión*”(Lojo 158).

²⁴⁰ Las citas de *La Excursión a los indios ranqueles* corresponden a la edición de Guillermo Ara.

relación con la realidad histórica de Mansilla se marca en el plano del discurso a través de una explícita relación (“*Me estaba por dormir. Hay ideas que parecen una cristalización. Así nomás no se evaporan*”(*Mansilla Excursión 281*).

El sueño equilibra su estado presente con una entronización como Lucius Victorious, no sólo por los indígenas sino por personas cuyos trajes testimonian diversas y variadas índoles: “*personas vestidas a la francesa, a la inglesa, a lo gaucho, a lo Adán*”(Mansilla 282). Julio Ramos caracteriza este sueño como muestra acabada de la “*inflación del yo*” (151) que caracteriza a Mansilla. Me parece un juicio acertado: un yo que requiere ser visto y ser escuchado, además de ver y escuchar. El lugar anónimo al que lo ha desplazado la política oficial es transmutado en el lugar central que le concede la experiencia onírica. Sin embargo, aún en ese plano, voces consejeras le advierten que nunca llegará a ser el emperador.

Un tercer tipo de desplazamiento es propuesto por el texto en otro plano. Se da en el nivel de las relaciones de *Una excursión a los indios ranqueles*, no sólo con la producción literaria anterior sino también con los géneros literarios²⁴¹. La crítica ha reiterado algunos de estos descentramientos como -por ejemplo- la separación del texto del relato de viajes canónico que -como hemos desarrollado en los capítulos anteriores- llevaba a nuestros hombres de letras y de Estado a Europa.

Mansilla- que en *De Adén a Suez* ha relatado un viaje de esta índole- opta en *la excursión* por el viaje hacia la tierra de la frontera, en abierta confrontación con “*la manía de la imitación que quiere despojarnos de nuestra fisonomía nacional, de nuestras costumbres, de nuestra tradición*” (Mansilla, *Excursión 252*). Coloca al

²⁴¹ Este desplazamiento del género “*relato de viajes*” es agudamente captado por los lectores de la época. Cané, en una de las cartas que envía de Europa, hace referencia al texto en los siguientes términos: “*Ahora tenemos un coronel que cuenta en el tono familiar de una amistosa correspondencia la expedición más original y benéfica que pueda jamás haber ocurrido a jefe de frontera alguno*(Cané, *Carta, Sup 5969*). Santiago Arcos, en la primera página del ejemplar de *La Tribuna*, correspondiente al 28 de setiembre de 1870, agradece las epístolas de Mansilla y a modo de respuesta, da comienzo a la publicación de una serie de cartas calificadas como relato tradicional y más aburrido de viajes. Se trata de “*Sin rumbo ni propósito*”.

lector frente a una situación de otredad, de barbarie, de exotismo propio, menos conocido que el exotismo oriental. Es destacable también, la separación en cuanto a la extensión temporal del viaje; son sólo 18 días. Significativos y relevantes como se nos presentan estos distanciamientos genéricos, no es sobre ellos sobre los que deseamos centrarnos. Nuestro interés se focaliza sobre otro tipo de distanciamiento que- una vez más- el narrador propone. Se trata de su cuestionamiento de la representación de la pampa y del indio que ha presentado la literatura argentina.

Tanto Julio Ramos como María Rosa Lojo han llamado la atención sobre este planteo. Ramos afirma, en este sentido, que *“La Excursión además de la crítica al poder[proponer] la crítica de sus formas literarias”*(Ramos 168), y Lojo considera que el texto supone una búsqueda de la *“verdad estética”*, desenmascarando la ideología literaria de la *“civilización”* y proponiendo como modelo alternativo el estilo oral de los relatos de fogón.

En la carta undécima, Mansilla debe frenar el paso de su andar para darle tiempo a los chasquis que ha adelantado. Avanza morosamente hasta el Cuero, lugar al que su amigo y superior, Emilio Mitre, no había podido arribar, a causa de la información incorrecta de un mal baquiano. Como el lugar es nuevo se detiene a describirlo pero aprovecha la ocasión para criticar el modo como la naturaleza argentina ha sido representada por nuestra literatura:

Los que han hecho la pintura de la pampa, suponiéndola en toda su inmensidad una vasta llanura, ¡en qué errores descriptivos han incurrido!

Poetas y hombres de ciencia, todos se han equivocado. El paisaje ideal de la pampa, que yo llamaría para ser más exacto, pampas, en plural, y el paisaje real, son dos perspectivas completamente distintas.

Vivimos en la ignorancia hasta de la fisonomía de nuestra patria.

Poetas distinguidos, historiadores, han cantado al ombú y al cardo de la pampa.

¿ Qué ombúes hay en la pampa y qué cardales hay en la pampa? (Mansilla, Excursión 127-128)

Esta cita pone de manifiesto la expresa separación de Mansilla de la tradición nativista, aunque como lo señala Lojo, y lo veremos más adelante, esto no le impide

citar versos y estrofas enteras de *La Cautiva*, para concluir con la exaltación del “estilo natural”, “lo que no se aprende en los libros” sino “observando”. No menor rechazo manifiesta hacia la gauchesca que queda reducida a “poesía festiva a la manera de Aniceto el gallo o Anastasio el Pollo”(173), o a “bardos que no han tenido el valor de cantar[al gaucho] sino para hacer su caricatura”(252). Frente a la cultura libresca, Mansilla rescata el relato de fogón, la oralidad, el género popular, “la narración sencilla, natural , sin artificios ni afectación”(151). ¿A quiénes se refiere Mansilla al hablar de bardos sin valor para cantar al gaucho? ¿Está contestando en el plano estético al descrédito con que Echeverría, en la introducción a las *Rimas*(1837) defiende el uso del octosílabo, “pese al descrédito a que lo han sometido los copleros’(Echeverría XXVI)? Al comentar esta afirmación de Echeverría, Eduardo Romano afirma que la misma plantea varias dudas pero una certidumbre primordial: “Echeverría opone las letras a la oralidad”(Romano, Perfil 78) Mansilla coincidiría con la oposición entre oralidad y escritura pero, aparentemente, desecharía los “libros forrados de marroquín dorado”, la idealización libresca de la pampa, para oponer a esa operación propia de la poesía nativista un regreso a las voces de los “iletrados” que posibilitaría lo que Josefina Ludmer ha llamado “un ascenso de las voces no escritas nunca”(Ludmer, Género gauchesco 44) ¿ Apunta sólo a los escritores nativistas? Aparentemente no pues también parece referirse – como lo señalamos anteriormente- de modo satírico a Aniceto el Gallo y Anastasio el Pollo, a quienes, además, emparenta con el negro espía , uno de los personajes que más abierto rechazo provoca en el narrador.²⁴²

Opuesta a todas estas descalificaciones, Mansilla reivindica la voz del hombre natural que en *Una excursión* está representada por el gaucho que narra lo que ha

²⁴² Recordemos que en las páginas de *La Tribuna* en 1866, Estanislao del Campo había publicado el *Fausto*.

sufrido, lo que ha vivido. Frente a los llamados “*romances ideales*” se hace una explícita valorización de “*toda narración sencilla, natural, sin artificio ni afectación*”(252) . El fogón le parece el gran lugar de la democracia nacional. Sin embargo, y pese a toda esta retórica contra la estética del poder, en *Una excursión a los indios ranqueles* conviven la valorización de lo espontáneo y “real” con discursos contruados con lo que Ludmer ha calificado como “*descenso a palabras escritas que vienen de otras palabras escritas en otras lenguas*”(Ludmer, *Género gauchesco* 44) Sin lugar a dudas, el discurso mansillesco se inscribe en el código “alto y culto” de la época .

Las críticas a la literatura nativista por su idealización del contexto y la monomanía de las imitaciones, conviven con un discurso inscripto en una fuerte tradición cosmopolita que incluso no duda en citar, aludir o plagiar la cultura letrada sobre la que se inspiraron los bardos tan duramente desacreditados. Por un lado se cuestionan las idealizaciones estetizantes de la literatura “culta”, aunque al mismo tiempo se sirve de ese código alto en los procedimientos figurativos, la sintaxis, y fundamentalmente, en la ya mencionada incorporación de un sinnúmero de citas y alusiones que indudablemente van dirigidas a un lector informado, “*que caza la referencia*”(Eco, *Ironía intertextual* 230) y que por lo tanto lee el texto en un nivel de lectura más equiparable con el de su amigo Santiago Arcos que con el público general de *La Tribuna*. A este punto deseábamos arribar para entroncar con la problemática de las relaciones entre *Una excursión a los indios ranqueles* y la poesía byroniana.

La epístola décimo tercera presenta este juego de intertextualidades y las abre hacia una serie de referencias a la literatura inglesa en particular y a la europea en general, como clara manifestación de la ‘*reapertura de la literatura del 80 hacia la*

literatura europea" (Laera 435). Comienza la epístola con una jocosa referencia al número de la carta que debía haber sido publicada un martes ²⁴³y recién aparece el miércoles, lo que le recuerda las supersticiones asociadas con los martes trece en particular y al número "*simbólico, fatídico, cabalístico*"(Mansilla, *Excursión*139). Para esclarecer el carácter universal de este temor nos remite a la "*cultísima Francia*" y la extendida costumbre de contratar un "*quatorzième*" que conjure, llegado el caso, la mala suerte en banquetes y reuniones. El narrador ironiza sobre la posibilidad cierta de que "*esa industria no tarde en introducirse en Buenos Aires donde todas las plagas de la civilización nos invaden día a día con irritante rapidez*"(140).

Concluida la digresión sobre los motivos que retrasaron la publicación de la epístola, hace una detallada descripción de los desplazamientos topográficos de su partida. En la carta 12 había incluido una cita de Echeverría para señalar el momento del día ("*era la tarde y la hora*"), aquí acude a dos versos del poema "Darkness", de Lord Byron, para señalar el paso del tiempo:

The bright sun was extinguish'd and the stars
Did wander darkling in the eternal space²⁴⁴ (Selected 36)

El poema de Lord Byron data de 1816 y en su primera redacción, aparece bajo el título de "The Dream". Se lo publica en libro recién en 1824, en *Occasional Pieces(1807-1824)*, bajo el título "*Darkness*". En esa colección de 1824, el título "The Dream" se reserva para otro poema que también parecería actuar como hipotexto de la construcción del capítulo XIII de *La excursión*. Seguramente Mansilla ha leído la

²⁴³ Efectivamente, en el ejemplar de *la Tribuna* correspondiente al lunes 6 y martes 7 de junio no aparece la epístola trece de *Una excursión a los indios ranqueles*". Recién se publicó el miércoles 8 de junio.

²⁴⁴ El brillo del sol se había extinguido/ y las estrellas erraban titilando en el espacio eterno.

compilación en inglés aunque la *Revista de Buenos Aires* menciona en su número 27 la existencia de una traducción al español de "The Darkness".²⁴⁵

Este poema se abre con un verso que enmarca la visión apocalíptica que el yo lírico transmite en el poema:

I had a dream, which was not all a dream²⁴⁶

La ambivalencia encuentra un eco en el relato de Mansilla:

Yo iba mustio y callado, como la misma noche.
Me quedé como soñando(a dream , which was not all a dream)(142)

En el otro poema, titulado "The dream" incluido en el mismo poemario que el anterior, el yo lírico señala el estrecho contacto que existe entre muerte, sueño y vida:

Our life is two fold. Sleep has its own world,
A boundary between the things misnamed
Death and existence. Sleep has its own world,
And a wide realm of wild reality(Byron, Selected 56)

Obsérvese que el poeta presenta al sueño como un equívoco límite entre las "mal denominadas" muerte y vida, e introduce una alusión a la duda hamletiana entre ambas realidades. Estas relaciones encuentran un eco en el texto de Mansilla, quien a partir de la melancolía del momento se remonta, con el pensamiento, a la circunstancia en que se diga a sí mismo: "*Me muero*"(Mansilla, *Excursión 142*). De allí pasa a la "*duda horrible y desgarradora de Hamlet: ...To die-to sleep...to sleep! Perchance to dream*"(142). ¿Se tratan estos ecos de una mera "*erudición a la violeta*"(Mansilla, *Excursión 257*) o una muestra acabada de un trabajo intertextual más serio? ¿Podemos hablar de una de esas "influencias o malinterpretaciones" a las que se refiere Harold Bloom? ¿Corroboran la certeza del lector que le ha señalado la deuda con Byron?

²⁴⁵ Se atribuye la traducción al poeta Manuel Belgrano, sobrino homónimo del general.

²⁴⁶ "Tuve un sueño que no era completamente un sueño"

Mencionábamos anteriormente que Mansilla, al intentar responder a lo que hemos llamado segundo desplazamiento, apelaba a su resolución en el plano onírico y argumentaba sobre la continuidad entre realidad y sueño: algo muy semejante plantea Byron en el poema "The Dream":

...dreams in their development have breath,
they leave a weight upon our waking thoughts,
They take a weight from out our waking toils(Byron, Selected 57)

El coronel , más adelante, se hunde -una vez más- en la duda del príncipe danés. El chicotazo de una rama lo saca de sus ensoñaciones, y en renovado contacto con la realidad, advierte que sus soldados -que no habían podido seguirlo en su contacto con Byron y con Shakespeare- se relataban por turno sus aventuras. La historia relatada por uno de ellos, Antonio, actúa como contrapunto con el estilo "alto" del narrador. El discurso cambia y en la voz cedida al soldado, abandona la hipotaxis que caracteriza al ensueño de Mansilla para sumergirse en la parataxis propia de la *"jerga de la tierra"*:

Mi intención era buena.
Yo me habría casado con la Petrona; 'ese era su nombre. Pero no basta que el hombre tenga buena intención si no tiene suerte, si es pobre. (...)
En eso andábamos, viéndonos de paso con mucha dificultad; **porque** siempre nos espiaban los padres **y** el juez, que era viudo **y** medio viejo, **que** quería casarse con la Petrona **y** **cuya** hija menor tenía tratos con Antonio, de quien era muy enemigo; siempre lo amenazaba con que lo había de hacer veterano(143).

Concluida la historia de las desventuras de Antonio y sus amores con la Petrona, el trote los ha ido acercando a un bosquecillo delicioso. El discurso del narrador vuelve a apropiarse de los modelos prestados por la "alta literatura":

En esos momento el bosque se abría formando un hermoso descampado; la nítida y blanca luna se levantaba y las estrellas centelleaban trémulamente en la azul esfera.
El pasto estaba lindísimo, la noche templada(146)

Aquí el narrador retoma los elementos del poema *"Darkness"* pero cambia el signo de cada uno de ellos; lo que en Byron es manifestación de la oscuridad que

envuelve el Universo, se transforma aquí(los elementos son los mismos) en ámbito propicio par el descanso.

Se inserta, en esta secuencia, uno de los sueños más significativos de Mansilla en tierras de la barbarie: se siente conquistador; apela una vez más a las referencias literarias -en este caso a Manzoni- y regresa a Byron para referirse a Napoleón. Despierta abruptamente con la comprobación de que ha usado una mulita de almohada. Sátira magnífica de su sueño de grandeza. Sátira aprendida, fundamentalmente, en la lectura del Lord inglés²⁴⁷. Apoteosis de la aspiración mansillesca por evitar toda fijación.

En alguna oportunidad, David Viñas ha afirmado que *“Mansilla gambetea el destino de alfiler, tiene el proyecto de que no lo agarren, de que no lo fijen”* (Viñas, *Conferencia*) Esta búsqueda se potencia en el sueño con una mulita por almohada, mulita que luego se metamorfosea en gliptodonte.

Tras arreglar la cabecera retoma el sueño y confunde las identidades de Macario, Antonio y la suya propia. En el sueño se mezclan las personalidades; en el discurso los niveles literarios. Cuando el narrador quiere distanciarse de los otros personajes que se le superponen, lo hace a través de una nueva referencia a Byron: acude al poeta para referirse a la misericordia de las mujeres utilizando una cita que ya había sido usada por Echeverría:

Byron, tan calumniado, tiene razón; en todo clima el corazón de la mujer es tierra fértil en afectos generosos; ellas, en cualquier circunstancia de la vida, saben como la Samaritana, prodigar el óleo y el vino(147).²⁴⁸

²⁴⁷ Como ejemplo de la sátira propia de Lord Byron, consideremos su *Don Juan*. El poema comenzó a ser publicado en septiembre de 1818. En esa oportunidad, Byron se refirió al mismo como a *“a poem in the style and manner of Beppo, encouraged by the success of the same”*. En realidad es mucho más que eso. El poema es, en términos de Harold Bloom: *“a satire of European Man and Society which attempts epic dimensions”*. (Bloom, *Visionary* 258). Uno de los modelos sobre los cuales trabajó Byron fue, a su vez, el mejor poeta satírico de la Restauración, Alexander Pope.

²⁴⁸ Eva Gillies, en las notas correspondientes a su traducción al inglés de la novela de Mansilla, llama la atención sobre las diferencias entre la cita bíblica presente en el texto byroniano y el uso que de la misma hace Mansilla. Byron aludiría a la parábola del buen samaritano narrada en Lucas 10,29-37(cura las heridas del prójimo con “aceite y vino”) y Mansilla traspone el

Todo se mezcla en este sueño. El estilo no sólo menciona a Byron sino que lo remeda. La sátira de los sueños heroicos propia del poeta inglés se adueña del discurso de *Una excursión*. La situación culmina con la recuperación del anterior sueño de grandeza, pero ahora la cabeza no es apoyada sobre una mulita sino sobre un gliptodón:

En el instante mismo en que me desperté, el desorden, la perturbación, la incompatibilidad de las imágenes del delirio llegaban al colmo. Había vuelto a tomar el hilo del sueño anterior -no sé si al lector le suele suceder esto- y montado no ya en la mulita que se me escapara de la cabecera sino en enorme gliptodón que era yo mismo y persistiendo mi espíritu en alcanzar la visión de gloria (Mansilla, *Excursión* 147).

Mansilla sigue cabalgando con temor a volver a dormirse. ¿Sería el temor a un nuevo sueño? Vuelve a confundir realidad con ilusiones pues a veces aparta ramas imaginarias y, por el contrario, recibe latigazos de ramas reales que no ha percibido. Cierra el relato con una nueva alusión a su situación política: ¿Esos peligros que vienen de donde no se los espera no son una clara alusión a la actitud de Sarmiento que -como el lector de *La Tribuna* lo sabía- lo desplazó de su puesto en cambio de premiarlo con el esperado ascenso?²⁴⁹

...así fue que más de una vez apartamos ramas imaginarias y más de una vez recibimos latigazos formidables en el instante mismo en que más lejos del peligro nos creíamos.

¿No sucede en el sendero de la vida -de la política, de la milicia, del comercio, del amor- lo mismo que cuando en nublada noche atravesamos las sendas de un monte tupido?(Mansilla, *Excursión* 148)

significado hacia la "mujer de Samaría" que reconoce en Cristo al Mesías(San Juan 4, 7-29).Confrontar Eva Gillies, 404-405.

²⁴⁹ La publicación en libro de *Una excursión a los indios ranqueles* le hace perder al lector contemporáneo la modalidad y circunstancias en que se publicaron las epístolas. A lo largo de los meses en que lo hicieron, *La Tribuna* se refiere a las múltiples circunstancias contextuales, no sólo a la expedición sino las cartas de desagravio, los banquetes. Merecería destacarse el banquete que en honor de Mansilla se realizó el 20 de junio de 1870. *La tribuna* incluye, en la sección, "Cosas de Orión" del 21 de junio el texto de los brindis. Explicito en cuanto a la situación generada con Sarmiento es el brindis de del Valle. Estas son las palabras con que el periódico comenta su participación: "*habló como un amigo que se siente herido por el golpe que se ha descargado sobre el amigo, y aunque , con toda la cultura de una forma digna y mesurada, lamentó que el soldado que iba á conquistar la pampa más con el brillo de su inteligencia que con la punta de la espada, más con la palabra tranquila del misionero de la civilización que con el arranque impetuoso del guerrero que combate, hubiera sido suspendido en su carrera de gloria!*"(*La Tribuna*, 21 de junio de 1870)

Después de estas alusiones a su situación, vuelve al uso de las intertextualidades propias del estilo alto. Los cambios reiterados y sucesivos de planos recuerdan, de algún modo, el *leit motiv* que se reproduce en el primer verso de las estrofas 3, 4, 5, 6 y 7 del poema "The dream" ("A change came o'er the spirit of my dream"). La aventura se cierra con una nueva descripción de la noche que recuerda, ahora, al clima representado en el poema "Darkness"²⁵⁰:

La noche tenía una majestad sombría; soplaba el vientecito del sur y hacía un poco de frío. Medio entumido como me había levantado de mi gramíneo lecho, temí dormirme sobre el caballo(...) La penumbra de la luna eclipsada a cada momento por las nubes cenicientas que corrían veloces por el vacío de los cielos hacía muy difícil apreciar la distancia de los objetos(Mansilla, Excursión 148).

Una vez más los elementos descriptivos recuerdan al poema de Byron, sin embargo, mientras en el poeta inglés la falta de luz y de luna llevan a una visión aterradora y casi apocalíptica del universo, a una oscuridad metafísica que lo cubre todo, Mansilla sólo nos remite al "*sendero de la vida -de la política, de la milicia y del amor*"(Mansilla, Excursión 148).

El poema "Darkness" reaparece en el capítulo XXXIX, en una nueva oportunidad en que Mansilla está soñando. En ese momento, acaba de escuchar el relato de José, un lenguaraz originario de Mendoza, que se ha aquerenciado con los indios y cuenta su historia. Una vez más se trata de una historia de amor y de injusticia hacia el pobre, uno de "*esos tipos crudos y primitivos que tanto abundan en nuestro país, que se sacrifican o mueren por una opinión prestada*"(Mansilla, Excursión 331). Mansilla, en esta oportunidad, asocia el sueño que no es sueño con la visión de un país más justo. Con estas palabras concluye su crítica: "*porque nos sobran instituciones y leyes y nos falta la eterna justicia, la justicia que, cual genio tutelar, lo mismo debe velar el hogar del desvalido que la mansión suntuosa del rico*

²⁵⁰ Confrontar, especialmente, versos 71 a 77.

potentado"(*Mansilla 331*) . El narrador rubrica su crítica con la expresión final: "*I had a dream, which was not all a dream*" que aquí- pese a que una vez más la naturaleza ampara la asociación- se refiere a la organización político social definitiva del país.

Hemos insistido en las relaciones entre las epístolas 13 y 14 y los poemas "Darkness" y "The Dream", de Byron, por considerar que es uno de los ejemplos más cabales de la escritura de Mansilla. La superposición de niveles e intertextos lo acercan a las prácticas escriturarias post-modernas y su entronización del llamado "*double coding*"(*Jenks 6*), que entrelaza los códigos altos que se dirigen de algún modo a un público de élite y, por otro lado, códigos más populares que se dirigen a los lectores más masivos. Este doble lector en *Una excursión*, está representado por Santiago Arcos, destinatario explícito de las cartas, y el público de *La Tribuna*, que en 1870 podía vanagloriarse de tener 30.000 lectores²⁵¹

La presencia de estos intertextos y la construcción de ese código doble nos permite, volviendo a los desplazamientos que señalábamos al comienzo, afirmar que la "*Excursión*" terminó transformándose en una excursión cosmopolita. Lucio, confinado a una posición marginal dentro de la política sarmientina, recupera en sueños la posición central a la que cree tener derecho. Todos sus sueños dejan un peso sobre la realidad. El poema byroniano lo expresaba en los siguientes términos:

....Sleep has its own world,
And a wild realm of wild reality,
And dreams in their development have breath,
And tears, and tortures, and the touch of joy;
They leave a weight upon our waking thoughts,
They take a weight from off waking toils,
They do divide our being (Byron, Selected 60)

Como en el poema byroniano, los sueños dejan su peso sobre la realidad o la realidad es traspuesta a los sueños.

²⁵¹ Ver primera plana de *La Tribuna* 10 y 11 de julio de 1870.

Por otro lado, en *Una excursión* aparecen muchas otras alusiones a Byron. Podríamos citar entre otras, la cita de varios versos de la “Oda a Venecia”(una vez más un texto ya trabajado por Echeverría), como corolario de su relato de otro sueño. En este caso, el general, después de conversar, en torno a un apetitoso asado criollo, sobre la injusticia que se comete con el gaucho comparado, en su condición, con el caballo patrio, sueña lo que él mismo califica como “*un verdadero imbroglio*”(383). La imagen onírica presentaba una cena en que los manjares servidos eran carne humana(¿transposición de los pobres/caballos patrios?) y los convidados, cristianos disfrazados de indios. La cena transcurría en Quenque y entre los invitados, Mansilla individualiza a Mitre, Rawson, Argerich, Avellaneda, Varela, Elizalde, López Jordán, Gainza, Sarmiento, Alsina y tantos otros. La orquesta ejecutaba, con aire militar, un acompañamiento de los versos de la “Oda a Venecia” de Byron. Son versos en los que el poeta inglés manifiesta su pesimismo con respecto al curso de la historia²⁵² y que Mansilla utiliza, aplicándolos a su visión de la situación política nacional.

Múltiples son, asimismo, las “citas” tomadas del poema *Don Juan*, texto en el que Byron, como apuntábamos anteriormente, satiriza permanentemente al mismo relato. En este sentido, uno de los ejemplos más gráficos se presenta cerca del final del canto XIV, en el que el poema se categoriza a sí mismo como “*epic satire*”:

Above all, I beg all men to forbear
Anticipating aught about the matter:
They'll only mistake about the fair,
And Juan too, especially the latter.
And I shall take a much more serious air
Than I have yet done, in this Epic Satire.
It is not clear that Adeline and Juan
Will fall; but if they do, 'twill be their ruin. (Byron , Juan 1274)²⁵³

²⁵² Se trata de la carta 46 de Mansilla. Los versos citados en este caso, son los siguientes: “*There is no hope for nations! Search the page/Of many thousand years-the daily scene;/The flow and ebb of each recurring age;/The everlasting to many which hath been,/Hath taught us nought or little*”.(Selected 102)

²⁵³ Sobre todos, os pido que evitéis/Adelantaros a todo esto. Sería/Un craso error hacer suposiciones sobre la bella/Y Juan, especialmente sobre este último./Y tendré un tono mucho más severo/Del

En un sentido, esta estrofa presenta un juego de palabras alusivo a la extrema longitud del poema, pero en otro ilustra lo que la sátira y la épica tienen en común: la licencia poética de incorporar diferentes estados de ánimo, múltiples argumentos, relaciones sociales de variada índole y una sólida conciencia de la estructura narrativa. Aparece constantemente la dicotomización entre elementos puramente románticos y el descreimiento con respecto a esos rasgos. El héroe del poema, Don Juan, es el héroe y es el antihéroe. ¿Qué relación guarda esto con Mansilla?

Creemos que la presencia sostenida de Byron en *Una Excursión a los Indios ranqueles* no sólo testimonia la persistencia de algunos ideales románticos, que difícilmente podían conciliarse con el positivismo sustentado en otras áreas. Fundamentalmente aporta a Mansilla una técnica del desplazamiento construida sobre una sostenida presencia de elementos satíricos, que le aseguran la posibilidad de interrelacionar diversos niveles: el de la historia, el de la metaliteratura, la crítica del estilo. Así como Byron, en el *Don Juan*, ha escrito un poema épico que es una sátira de la épica y en los poemas menores como los que hemos mencionado, presenta “sueños que no son sueños”, así Mansilla construye a partir de una expedición que le ha valido la separación de su cargo militar una excursión épica que le permite entronizarse como emperador de los ranqueles.

5.5. La gran aldea de López

El año 1884 resulta clave para el surgimiento de la novela argentina. Antonio de Laferrére lo denomina “climatérico de las letras argentinas”(X); Alejandra Laera

que he tenido en esta sátira épica./No está claro que Adeline y Juan caigan/Pero, si lo hacen, será su fin.

extiende la consideración hacia la década del 80 a la que considera “*momento fuerte de la emergencia del género novela*”(19), pero destaca dentro del período al año 1884. Considera que durante todo ese lapso temporal se construyen nuevos significados y nuevas prácticas, aunque aclare que sólo provisoriamente es posible la agrupación de novelas cuya diversidad señala “*la ausencia de un proyecto cohesivo de tipo generacional*”(Laera 19).

De todos modos, durante el año 1884 se publican *¿Inocentes o culpables?* de Antonio Argerich, *Juvenilia* de Miguel Cané, *La gran aldea* de Lucio V. López, *Música sentimental* de Eugenio Cambaceres, *Fruto vedado* de Paul Groussac, *Arturo Sierra* de Julio Llanos y los fragmentos de *De Cepa criolla*, de Cané. Cualquiera sea nuestra valoración de las producciones, la abundancia de las mismas muestra un movimiento inusitado en una literatura que hasta ese momento podía exhibir poco material en ese género.

De todas estas ficciones escritas durante el año, nos ocuparemos especialmente de lo que Josefina Ludmer ha considerado las “*autobiografías de la coalición*”. En efecto, en 1999 focaliza desde nuevas perspectivas las lecturas de *La gran aldea*, de Lucio V icente López y de *Juvenilia*, de Cané.

En primera instancia, nos referiremos a *La gran aldea*. La crítica canónica había insistido machaconamente en los defectos estructurales del texto de López. Se le daba un lugar en el proceso de formación de la novela argentina pero se repetían -con diferentes matices- las objeciones manifestadas por la crítica desde un período muy próximo a la finalización de su publicación en el diario *Sud-América*²⁵⁴. El mismo diario publicó el 21 de julio de 1884, en la sección que ocupara la novela,

²⁵⁴ Desde el primer número del diario *Sud-América* se anuncia la publicación de *La gran aldea*. En realidad la novela comienza a publicarse recién el día 20 de mayo(número 16 del periódico) Aparece en una sección titulada “*El folletín del SUD-AMÉRICA*”. La publicación del texto de Lucio V. López se extiende hasta el 2 de julio.

un juicio crítico que recogía, de algún modo, la recepción que la novela tuvo en su época. Advierte, en primer lugar, que no había sido concebida como folletín y que *“la publicación en folletín de una obra literaria es una mutilación artística”*(*“La gran aldea”* 1). Inaugura la idea de antologizar fragmentos: *“los más severos[críticos], si son imparciales, proclamarán el mérito nada común, la vida y el interés de muchos fragmentos(La gran aldea 1)*. Le parece al crítico que el vicio orgánico de la novela es la *“falta de columna vertebral que ligue y sostenga las partes”*(1) En cuanto a las relaciones de la novela con el mundo literario de la época, el crítico del periódico la distancia de Zola y la acerca a *“la novela política a lo Disraeli y la emoción comunicativa de Dickens”*(1) especialmente en la sección que narra la infancia de Julio. Los personajes, por lo demás, le parecen poco creíbles y artificiosos.

Alberto Navarro Viola al hacer la reseña para el *Anuario Bibliográfico de la República Argentina*, correspondiente al año 1884, acota lo siguiente:

La gran aldea dista mucho de ser una novela; publicadas separadamente sus capítulos, en forma de artículos diversos constituirían una serie de cuadros más o menos completos, siempre vivaces, chispeantes, con detalles del más puro realismo, que revelan la observación perspicaz del autor. Lucio V. López ha querido aproximar esos cuadros formando un conjunto pero el lazo de unión que el espositor dá a la narración refleja que no salva las soluciones de continuidad más visibles (230).

Más tarde, en 1896, Paul Groussac recordaba el éxito que había alcanzado al ser editada en volumen independiente,²⁵⁵ aún cuando a su juicio ostentaba *“un concepto fotográfico de arte que juzgamos subalterno”*(Groussac 634). Con todo, rescataba algunas escenas como la introducción y los retratos de algunos tipos literarios.

Rojas, sin coincidir con la intención de Navarro Viola de separar los cuadros costumbristas, suscribe abiertamente sus opiniones en cuanto a la estructura. Varios aspectos de la *“novelita”* merecen su condena: el estilo (*“tropezón e incorrecto”*), la

²⁵⁵ Se publica el mismo año 1884.

distribución del material, “*la composición general*” a la que juzga “*deleznable*” pues “*no hay en ella un carácter, una pasión ni una tesis que den orgánica unidad a la obra*”(Rojas 403). Rescata, sin embargo, el valor documental de la obra que permitiría señalar al cambiante ambiente porteño como el eje unificador del relato.²⁵⁶

Adolfo Prieto²⁵⁷ -muchos años después- incluye el texto dentro de la tradición realista, característica de los primeros escritores del 80 que se negaron, en sus comienzos, “*a la seducción del naturalismo*”(Prieto104) y permanecieron fieles a los modos del realismo más tradicional. En línea con las críticas a las desprolijidades estilísticas de la novela, Prieto señala la marcada diferencia entre las dos partes que coinciden con los dos períodos históricos representados en el texto: la Buenos Aires de 1860, modesta, austera, “*sacudida por la vorágine política que sucedió a la caída de Rosas*”(105) y la Buenos Aires pujante y satisfecha del final. Coincidentemente con Rojas, acentúa la debilidad del personaje que no le parece sino el nexo que permite hilvanar las diversas escenas costumbristas.

Prieto acentúa los elementos que posibilitan una lectura contextualizada de la obra y cree que el propósito del texto es señalar la supervivencia de una clase política, que desde la batalla de Pavón manejaba los destinos del país. Destaca la supervivencia del general Buenaventura -clara alusión a Mitre- y la importancia que los partidarios le otorgan al Doctor Trevejo. En este aspecto, el narrador en primera persona no le parece al crítico sino el *alter ego* de López, que le permite manifestar su decepción ante un grupo dirigente que se niega a dar un paso al costado. El diario *Sud-América* sintetizaría, en un artículo que no se refiere a la novela, esta situación, con la siguiente expresión: “*La República tiene como peculiaridades sus*

²⁵⁶ Ricardo Rojas menciona el subtítulo de la obra “*Costumbres bonaerenses*” recién al final de su apreciación crítica. El recuerdo del subtítulo parece legitimar su rescate del texto como documento insoslayable a la hora de estudiar el pasado argentino.

²⁵⁷ Adolfo Prieto es el encargado del capítulo correspondiente a la “La generación del 80: la imaginación” de *La historia de la literatura argentina* de Capítulo. .

grandes ríos, su inmensa pampa, su cielo precioso, sus elevadas montañas y su general Mitre. Produce papas, maíz, toda clase de cereales, vacas e historias de San Martín”(La nación argentina 1). Este agudo sentido de crítica a un momento político de nuestra organización nacional está presente en la novela que nos ocupa.

Si el contexto de producción de una obra suele ser significativo, mucho más lo es cuando- como en este caso- la obra se refiere -aunque lo haga a través de una ficcionalización- a la política y además, cuando utiliza para su publicación un medio periodístico que posee también una finalidad política.

La gran aldea es el primer folletín publicado por el periódico *Sud-América* . En el primer período, el *Sud-América* fue un diario eminentemente roquista, que más tarde acompañaría -construiría e instalaría- la candidatura de Juárez Celman. Con la llegada de Roca al poder en 1880, la nación había accedido a la tercera presidencia provinciana. Los grupos porteños que habían estado al lado de Tejedor, los que habían alentado la Revolución del 80 que generara tanta inquietud en los últimos meses de la presidencia de Avellaneda, no se resignaban a dejar de conducir el país. Pese a que entre los redactores iniciales del periódico figuraron personajes claves del *patriciado porteño*, el diario *Sud-América* se oponía abiertamente a los intereses políticos reflejados por “*el diario más grande de la América (López, Aldea 88)*”, identificado con los vencedores de Pavón y los intereses de la ciudad-puerto. En la primera época, el tono del *Sud-América* es virulento en su ataque a las pretensiones presidencialistas de Dardo Rocha,²⁵⁸ así como también la emprende

²⁵⁸ Baste citar algunas expresiones: el 7 de junio de 1884 aparece un artículo titulado “¡Pobrecito!” en el que se satiriza a Rocha por estar dedicando todos sus ocios a una biografía de Don Juan de Garay; el 29 de octubre del mismo año, se acusa a Rocha de despilfarrar dinero “*por haber levantado catorce palacios a pura pérdida en ese colosal aborto que se llama La Plata*”(Loco 1). En cuanto al anticlericalismo, las notas acompañan el debate de las leyes de enseñanza laica y de Registro civil pero no se detienen allí sino que ridiculizan a los sacerdotes y a los opositores que se expresaban en el diario *La Unión* . El diario *Sud-América* hizo gala de una intolerancia absolutamente equiparable a la que el medio adjudicaba a sus opositores. Leamos, por ejemplo, el siguiente fragmento de un artículo que bajo el título de “Clausura del Concilio clerical” publica el martes 2 de setiembre de 1884:

con acritud contra los católicos de *La Unión* y cualquier corriente de opinión que criticara la política nominalmente liberal llevada a cabo por Roca y sus colaboradores. Es durante ese período cuando se publica la novela de López.

A lo largo de la misma, el narrador insiste en el rechazo que los vencedores de Pavón manifestaban hacia la juventud universitaria que conformaba una nueva generación, que se creía llamada a dirigir al país. Las tensiones del momento histórico son ficcionalizadas por los personajes de *La gran aldea*. Muerta la tía Medea, Julio encuentra al Doctor Trevexo en el velatorio en el que se han dado cita los antiguos correligionarios. El narrador los ve como sobrevivientes, como seres anacrónicos que luchan por no perder un lugar de privilegio que el país les va negando:

¡Pobre Doctor Trevexo! ¡Cómo aquel hombre que había sido el primero veinte años antes, era hoy el último! ¡Cómo se había detenido en su apogeo sin marchar! Me hacía el efecto de una de esas fotografías antiguas de un album de familia ante las que uno tiene que reír involuntariamente. Mientras que el mundo político había progresado entre nosotros con lecturas serias y sazonadas, en el siglo de Disraeli, Gladstone, de Bismarck y de Gambetta, en el siglo de Taine y de Lanfrey, el doctor Trevexo vivía con sus recortes de diarios criollos, con toda su fama del pasado por capital y toda su estéril informalidad por presente y por venir (López, Aldea 130).

El narrador emplea un “*nosotros*” que incluye al grupo preocupado por modernizar la política, por mantener el contacto con los estadistas europeos y por concretar en la práctica política, lo aprendido en los claustros universitarios. La perspectiva autobiográfica elegida le permite señalar la distancia que media entre el niño Julio que admiraba al Doctor Trevexo y el adulto que en el capítulo 20 ironiza acerca de su propia carencia de posición económica y política, “*por no haber seguido el consejo del doctor Trevexo, de estudiar en los diarios*”(López, Aldea 181).

“Cosa singular! La humanidad avanza sin cesar; las ideas se transforman, los intereses cambian; los medios de acción varían: sólo el fanatismo religioso, en todos los tiempos y en todos los pueblos, conserva siempre su fisonomía hosca, intolerante y sombría”(Clausura 1).

Los múltiples matices que dividen y diferencian a los actores políticos y sociales de la Argentina de 1884 son representados, de un modo o de otro, en la novela. Allí se dan cita los provincianos y los porteños, los mitristas y los progresistas, los eclesiásticos y las órdenes religiosas, los usureros y agiotistas, que empiezan, ya en 1884, a jugar con las finanzas y, *last but not least*, la mujer y su cambiante papel dentro de la sociedad.²⁵⁹ Don Eleazar, el usurero, innegable antecedente de un tipo que será central de la narrativa posterior, le sirve al narrador para realizar una rápida enumeración de estos diferentes actores:

Él sabía bien que a los que saben negociar en política, esta buena madre les devuelve el préstamo con capital e intereses compuestos; y como para él lo mismo eran los nacionalistas y los autonomistas, los porteños y los provincianos, los federales y los unitarios, con todos promiscuaba, porque en la viña del Señor tanto valía para él ser judío como cristiano (López, Aldea 94).

Precisamente Ludmer insiste en que la novela representaría, junto con *Juvenilia*, el relato autobiográfico de los *patricios pobres* (Ludmer, *Delito* 25), y se interesa, fundamentalmente por la representación del corte histórico-cultural que produjo el Estado roquista. El paso de la humilde casa alquilada por un urquicista a la casa señorial característica del más rancio aristocratismo porteño que termina transformándose en un palacete decorado de acuerdo con una *“moda que se adoptaba casi sin digerir”* (Braun 49), no son para Josefina Ludmer sino signos de un espacio cambiante, pero por sobre todo, de una historia de la Nación que la novela se preocupa por simbolizar.

Julio comienza su relato *in media res* y, con el gesto característico de la autobiografía, mira desde el presente de la enunciación, desde la ruina personal de

²⁵⁹ Francine Masiello se refiere a *La gran aldea* al estudiar la representación de la mujer en la literatura argentina del 80. Para esta crítica el autor *“aisla la figura de la mujer para simbolizar el derrumbe de la grandeza argentina”* (Masiello 146). Personalmente, considero que el personaje de Medea es por momentos satirizado y ridiculizado, y su muerte me parece más la ficcionalización del derrumbe de un modo de hacer política que el derrumbe de la grandeza argentina como lo lee Masiello.

una situación no propicia, desde el desencanto de un casamiento imposible, desde la parálisis de su tío Ramón y desde la prosperidad vana de una ciudad europeizada, su infancia pobre y desvalida. De algún modo, *construye su pasado*.

El tiempo en que el narrador ficcional mira hacia atrás a fin de realizar el acto de auto-interpretación, que según Jean Starobinski es constitutivo de todo relato autobiográfico, coincide, aproximadamente, con el tiempo histórico en que la novela se publica. Se trata de los primeros años de la década del 80²⁶⁰. Son años de optimismo político y social como lo confirman los periódicos de la época²⁶¹ y, en el mundo ficcional, se observa a través de la transformación de la aldea en ciudad. Julio es el testigo de todas estas modificaciones.

Los cambios se simbolizan a través de las sucesivas mudanzas del protagonista. Cada espacio familiar representado en la novela es identificado por un retrato: Waverly preside el hogar infantil; el mayor Berrotarán, que había servido con Rauch, vigila el hogar mitrista de doña Medea; la casa del viudo Ramón confina los retratos del militar y su hija a los últimos cuartos como muestra del cambio operado; el palacete de los Montefiori está presidido por pretendidos cuadros de Rubens, Madrazo, Egusquiza, Largilliere y otros.

²⁶⁰ Julio participa en los festejos con que la ciudad de Buenos Aires celebró el triunfo de Pavón. En el capítulo 9 señala el avance del tiempo cronológico ("han pasado algunos años"). En el capítulo 11, al relatar el baile en el Club del Progreso afirma lo siguiente: "*Es en un baile del Club del Progreso donde pueden estudiarse por etapas treinta años de la vida social de Buenos Aires: allí han hecho sus primeras armas los que hoy son abuelos. La dorada juventud del año 52 fundó este centro del buen tono, esencialmente criollo*"(103). De acuerdo con esta cita, el baile tendría lugar aproximadamente, en 1880; al día siguiente, fallece la tía Medea. La fecha del casamiento entre tío Ramón y Blanca Montefiori es precisada en el capítulo 14: 20 de junio de 1883. Estas fechas permiten conjeturar que la acción concluye en el año 1884.

²⁶¹ Confrontar, a modo de ejemplo, *La Tribuna nacional* del 12 de octubre de 1884, conmemoración del cuarto año de la presidencia de Roca, el ejemplar del 16 de octubre y el artículo ya mencionado de junio de 1884 de *La Nación* o una carta publicada en *Sud-América* el 23 de noviembre de 1884, firmada por el propio Presidente Roca en la que afirma: "*El estado actual económico y financiero del país constituye efectivamente el período de mayor desenvolvimiento comercial e industrial que jamás hayamos presenciado*(Roca, Carta 1). El cambio de valoración de la situación económica que atraviesa el país es claramente observable en el periodismo de comienzos de 1886. *El Nacional*, el 23 de marzo de 1886 refuta apreciaciones del "*concienzudo colega del Sud-América*" e insiste en la suba del oro tiene razones estructurales en la política de Julio Roca y no —como lo sostiene el *Sud-América*— "*en los despilfarros de Rocha en la edificación de La Plata*"(*Alrededor de La Plata* 1).

Al recordar su casa paterna, Julio recuerda *“los seis antiguos grabados ingleses de sus paredes, colgados con poco esmero, seis escenas de los romances de Waverly, amarillentos y marcados entre sus maltrechos cuadros(20)*. Más adelante recuerda, con infantil ingenuidad, el temor que le producía al adormecerse, la mirada amenazante de Guy Mannering. De los últimos momentos de su progenitor, guardará el libro que hojearan juntos la noche anterior a su muerte:

Pobre libro mío! A los diez años muy lejos estaba de amarlo por el valor moral de sus páginas: era Ivnahoe, el primer romance que debía deslumbrar más tarde mi imaginación virgen de impresiones(López 22)

El legado paterno unido a la mención de los grabados introduce alusiones intertextuales que agregan, a nuestro juicio, un plus de significado, que no es secundario al sentido de la novela²⁶². Alejandra Laera ha insistido en que la década del 70 está ausente en la novela y que la del 80 se resuelve en la despolitización de los conflictos.²⁶³ Aún cuando convenimos en que el peso del partidismo se da en la primera parte de la novela -coincidente con el período de Pavón- no podemos dejar de ver que las críticas a la jerarquía eclesiástica y las consideraciones acerca del pretendido espíritu clasista de los mitristas, trasuntan, de alguna manera los grandes debates políticos que dividieron a la sociedad argentina durante la década del 70 y que más tarde cristalizarían durante la primera presidencia de Roca. Las críticas que, como Ludmer y Laera insisten en la llamada “despolitización del 80”, tienden a dejar fuera del panorama político de la década los intensos debates con la Iglesia

²⁶² La preservación de un libro por su asociación con un progenitor muerto está presente en *David Copperfield*, cuyos ecos en la novela de López han sido aludidos reiteradamente por la crítica.

²⁶³ Alejandra Laera sigue en este aspecto la mirada crítica de Josefina Ludmer quien en el ya mencionado *Cuerpo del delito* se expresa en los siguientes términos: *“Sus diversas versiones coexisten[se refiere a las de Juvenilia y La Gran aldea] y este es uno de los gestos literarios fundamentales de la coalición, que se afirma sobre la superación de las diferencias políticas anteriores. Todas son culturalmente, literariamente válidas y verdaderas, porque 1880 cambia la representación literaria: los escritores mismos despolitizan la escritura cuando cruzan ese umbral. En sus cuentos, las diferencias políticas y sociales posteriores a 1880 son puramente culturales(45)*

que –aunque minimizados y desvalorizados por la élite- tuvieron significación en un país con amplia mayoría católica.

En lo que respecta a la filiación de la novela con su contexto de producción, quizá convenga recordar el modo como la crítica contemporánea al momento de publicación del texto destacó su carácter referencial. Por sólo citar un caso, la presentación que el narrador hace de los seguidores del general Buenaventura es absolutamente coincidente con la que realizaba en los comienzos de 1871- un diario como *El Nacional*. En el artículo “La raza de Tartufo”, aparecido el lunes 16 de enero de 1871, se leen los siguientes términos aplicados a los seguidores de Tartufo(Mitre):

Los que durante nueve años han esplotado el país a beneficio propio convirtiendo en sistema administrativo el nepotismo más escandaloso, los autores de todas las cábalas y fraudes electorales, los que con sus intrigas y errores, han llevado al país al borde del abismo, sacrificando la paz, el progreso y la libertad, las instituciones de estos pueblos, en obsequio de sus insensatas aspiraciones de gloria(...) Los tartufos políticos como los tartufos de la iglesia son siempre los mismos(La raza de Tartufo 1).

Aunque presentes en la década del 70, muchas de las cuestiones socio-políticas abordadas por la novela²⁶⁴ encontrarían su resolución durante la primera presidencia de Roca. Creemos que la atención a los intertextos aludidos en la ficción enriquece nuestra visión del tratamiento que López hace de las mismas.

Entre los múltiples factores analizables, tendremos en cuenta dos perspectivas. En primer lugar, indagaremos los orígenes y la profundidad del conocimiento de Walter Scott por parte de Lucio López. En segundo lugar, enfocaremos el “plus” de significación que la obra del autor escocés agrega.²⁶⁵

²⁶⁴ Por ejemplo, la cuestión religiosa si bien encuentra su resolución en la década del 80 dividió a la opinión pública en la década anterior, aparentemente más homogénea. En agosto de 1871 se debate en el seno de la Convención Constituyente un proyecto presentado por Eugenio Cambaceres que obtiene sólo 12 votos contra veintinueve. La nota con que *La Tribuna* cubre este acontecimiento termina con una expresión: “*En fin hemos sido vencidos pero no convencidos*”(La cuestión religiosa 1).

²⁶⁵ Otro aspecto digno de ser tenido en cuenta que sólo aludiremos es la relación que guarda este intertexto con un movimiento de repliegue ante las innovaciones literarias provenientes de

Debemos recordar, en primera instancia, la educación de Lucio López en un colegio inglés de Montevideo, en el que habría tomado contacto no sólo con la lengua inglesa que manejaba fluidamente sino con los clásicos de esa literatura que leía, sin tropiezos, en la lengua original. A esta circunstancia debe sumársele la innegable influencia ejercida por su padre, Vicente Fidel, quien no sólo fue un fervoroso lector de Scott sino que intentó escribir para el Río de La Plata una saga equivalente a la elaborada por el novelista escocés. En la "Carta-prólogo" con que introduce la edición de 1854 de *La novia del hereje*, se lee:

Creía que los pueblos en donde falta el conocimiento claro y la conciencia de sus tradiciones nacionales son como los hombres desprovistos de hogar y de familia, que consumen su vida en oscuras aventuras sin que nadie quede ligado a ellos por el respeto, por el amor o por la gratitud. Las generaciones se suceden unas a otras abandonadas a las convulsiones y a los delirios del individualismo. Esta es quizá la causa de que Walter Scott y Cooper sean únicos en el mundo moderno: es un hecho, al menos, que los pueblos para quienes escribieron son los únicos en donde se respetan las tradiciones nacionales como una creencia inviolable(Vicente Fidel López, *Novia* 13).

Vicente Fidel encontró en Scott el modelo que le enseñó cómo contar la historia; años más tarde, su hijo Lucio, es guiado en su viaje a Escocia por las orientaciones del padre, quien le da consejos sin haber estado en el Viejo Continente²⁶⁶, pero se basa en los espacios novelados por Scott cuyas descripciones le sirven a Lucio de guía de turismo:

El mapa de Escocia podría formarse con las descripciones geográficas de sus novelas[de Scott]; la cueva de Mac-Gregor se conserva a las márgenes de Loch Lomond; el teatro del **Abad** no es una invención, está vivo como en el tiempo de sus héroes(...) En todas partes encontramos a Walter Scott y sus creaciones(López, *Recuerdos* 258).

El 20 de septiembre de 1880, desde Heidelberg, le comenta a su padre y a los lectores del periódico *El Nacional* su experiencia en Escocia. En su artículo,

Francia. Lo mismo ocurre con el estilo de López, estrechamente vinculado al humorismo dickensiano así como la capacidad de crear caracteres que guarda estrecha relación con su admiración por el novelista inglés.

²⁶⁶ Confrontar Profesor Piccirilli, Conferencia dada en el Instituto Popular de Conferencias, el 5 de septiembre de 1970, "*Vicente Fidel López, historiador y padre*". Nos hemos referido a esta cuestión en el capítulo III.

afirma que la región *"ha sido hecha por Scott"*(249), y coloca al autor en el lugar del más grande novelista que ha producido el siglo XIX²⁶⁷. López sintetiza en los siguientes términos el aporte de sus novelas:

Él fue el restaurador de la gloria de sus héroes, y defensor de sus reyes, el salvador de los tesoros de su Corona sepultados entre los muros macizos de los baluartes; él, en fin, ha hecho a su patria el más grande de los beneficios. Walter Scott no es solamente el poeta, el anticuario, es el resurrector de un pueblo, de una raza, de un período histórico. Ha sido el inspirador de Macaulay, el fundador de la escuela histórica moderna, el arqueólogo que ha rehecho un estado social y político olvidados(López, Recuerdos 250).

No vacila López -en una nueva muestra de la capacidad de lectura crítica de nuestros hombres del 80- en considerar a la ficción como el elemento vehiculizador de la conciencia de un pueblo. Para López, Scott no ha representado a Escocia sino que la ha *"reinventado"*. Interesante también resulta que el mismo López establece la diferencia entre anticuario e historiador que tan significativa fue para el autor escocés en particular y para la teoría historiográfica decimonónica en general. Las ficciones de los hombres del 80 buscaron, en más de una oportunidad, hacer lo mismo con la Argentina. La pasión de López por Scott fue testimoniada también por los críticos contemporáneos como Martín García Mérou y Paul Groussac. Este último afirmó que López consideraba a Walter Scott como *"el más honrado y puro de los novelistas"*.²⁶⁸

²⁶⁷ Esta apreciación, que puede parecer exagerada al lector actual, no lo era en el siglo XIX. Es el punto de partida de la tesis de un autor como Jerome McGann quien considera que Walter Scott junto con Lord Byron *"eran figuras de inmensidad"*(2). En el caso de Byron, el crítico cree que los últimos años han asistido a un retorno de los "relegados", situación que todavía no es clara con respecto a Walter Scott.(Cfr. "General analytical and historical introduction"en *Byron and romanticism*" Op.cit). Otro crítico, Richard Maxwell comienza un artículo publicado en la revista English Literary History (ELH) con la siguiente afirmación: *"Between 1830 and 1930, the Waverley novels were omnipresent. It is true, of course, that the tone of their reception changed several times during this period. (...) But for all this time, a century more or less, they remained omnipresent"*(Maxwell 419). Maxwell como Mc Gann no se refiere sólo a la audiencia inglesa sino a la importancia que los autores cobraron en el continente.

²⁶⁸ Confrontar *Recuerdos literarios* de Martín García Mérou.

López mismo nos aporta -una vez más en sus *Recuerdos de viaje*- otro dato interesante, referido, en este caso, al modo cómo había tomado contacto con las novelas del autor escocés:

Llegué pues a Escocia con el espíritu deslumbrado por todos los prestigios del romance. Quince años hacía que había leído aquellos libros queridos, amigos de mi juventud, cada cual más amado y más bello. Pero la memoria débil e infiel para la novela de nuestros días, donde los personajes se mueven en los salones y las alcobas, no había olvidado las grandes figuras y los contornos enérgicos de aquellos cuadros históricos (López, *Recuerdos* 260).

Se refiere evidentemente, a toda la serie de las llamadas "*novelas Waverley*". Debería repararse, asimismo, la oposición establecida entre aquellos "romances" y los personajes de las novelas contemporáneas, que no logran impresionar la memoria.

Recuerda asimismo haber soñado con los versos de "*La dama del lago*", poema que en 1810 señaló el punto culminante de la carrera poética de Scott y que López afirma haber leído de niño y haber visto en su hogar, "*con sus páginas destrozadas que han servido de deleite a dos generaciones*(260). En síntesis, López le adjudica a Scott dos valores primordiales: por un lado lo erige como el generador de la "moderna" Escocia; por otro, lo señala como el guía más fidedigno para recorrer la geografía de la región.

En lo que respecta al primer aspecto considerado, al convertirlo en "inventor" de la región, está otorgando un peso significativo al "romance". Si bien la distinción entre novela y *romance* no es, en el siglo XIX, una distinción terminológica de significación constante, Scott solía referirse a las obras escritas a partir de 1814 con el término "*romance*". En un artículo publicado en *Quarterley Review* define al género como "*fictitious narrative in prose or verse; the interest of which turn upon marvelous and uncommon incidents*"(Scott, *Essay* 189), y lo contrasta con el de

novela en la que los hechos narrados se ajustarían a los ordinarios de la vida humana, *al moderno estado de la sociedad*(189)

Pese a estas distinciones teóricas, en el “Prólogo” a la edición de 1829 utiliza para las mismas obras la categoría “*novelas Waverley*”, y afirma que una novela fundada en la historia de las Highland y en hechos más recientes, podría tener más chances de popularidad que una que se ubicara en la Edad Media. La posición prologal demuestra que las novelas Waverley eran consideradas por su autor como “**romance**”²⁶⁹ *modificado, atemperado por el realismo*”(Welsh 9). En varias oportunidades, se referirá a las novelas como “**minor romance**” o “*hijos legítimos del romance*”. El artículo de López que comentamos mantiene la fluctuación presente en el propio Scott y testimonia- también en este aspecto- una lectura atenta de la obra del escocés, cuyos relatos parece recordar con fruición y detalle destacables.

Establecida esta simpatía entre los autores cabe preguntarse qué “plus” de significación agrega la referencia a Scott en *La gran aldea*. Los “*amados grabados ingleses*” que presidían la casa paterna, representaban escenas de Waverley. Para un narrador que va a testimoniar la división política de un país en el que todavía los porteños se atrevían a vituperar a los vencidos urquicistas como provincianos y bárbaros “*merecedores de cuatro balas*”, esos grabados son mucho más que una simple alusión.

Walter Scott publicó *Waverley o 'tis Sixty Years since*, en 1814. Corresponde aquí una precisión terminológica. “*Waverley*”, según propia confesión del autor en el “Prólogo” a la novela homónima, fue el nombre elegido para designar al héroe por la ausencia de connotaciones, es decir como nombre que no le parecía evocador de

²⁶⁹ La negrita es utilizada por Scott.

asociaciones pre-juiciosas²⁷⁰. Más tarde, al publicar varias novelas Scott utiliza pseudónimos o máscaras autorales entre los cuales, el más reiterado, suele ser “*El autor de Waverley*”. Esto nos permite, en primer lugar, destacar el carácter genesíaco de esta novela dentro de la producción del autor pero, al mismo tiempo, genera la utilización del nombre para designar a un conjunto que, en una primera instancia estuvo integrado por la trilogía: *Waverley*, *Guy Mannering* y *The Antiquary*. Más tarde, el nombre se usó genéricamente para incluir un total de 23 novelas publicadas entre 1814 y 1823.²⁷¹

Waverley es la primera novela inglesa que “ficcionaliza” la última de las guerras civiles británicas: el levantamiento de los jacobitas entre 1745 y 1746, intento final del Príncipe Charles (Bonnie) de restaurar el dominio de la dinastía escocesa sobre la Hannover, reinante. El príncipe había tomado por sorpresa a los ingleses residentes en Escocia y con sólo 500 hombres dominó prácticamente el reino y se desplazó hasta arribar a unas 130 millas de Londres. Finalmente, fue vencido en Culloden, cerca de Inverness, el 16 de abril de 1746. La acción de la novela comienza, precisamente en el verano de 1744 y está centrada en la figura de Edward Waverley, joven oficial inglés, heredero de una gran fortuna, que se ve mezclado en el levantamiento jacobeo por razones “*que son más sentimentales que ideológicas*”(Fiona Robertson 211). La novela relata sus experiencias como voluntario en el ejército del joven Charles Edward Stuart, pero termina con un extraño perdón por parte del monarca inglés, su reinserción social y su

²⁷⁰ De este modo lo expresa Scott: “*I must modestly admit I am too diffident of my own merit to play it in unnecessary opposition to preconceived associations. I have therefore like a maiden knight with his white shield, assumed for my hero, Waverley, an uncontaminated name, bearing with its sound little of good or evil excepting what the reader shall hereafter please to affix to it.* (Scott, *Waverley* 3)

²⁷¹ Con respecto a este doble valor del título, confrontar el trabajo de Fiona Robertson, “Walter Scott. *Waverley*”

asombrosamente feliz matrimonio en medio de la debacle que significó, para Escocia, la rendición de Culloden.

Otro aspecto relacionado con los vínculos entre ficción e historia ha sido, en general, enfatizado por la crítica. Scott la concluye en junio de 1814, cuando la Guerra con Francia napoleónica estaba en su etapa final. John Lauber representa de la siguiente manera el contexto de producción:

The time was propitious. Napoleon had abdicated a few months before and was now exiled in Elba; peace had apparently returned after more than twenty years of continuous war, and England had not only survived but had won glorious victory and considered itself the savior of Europe from revolutionary chaos and Napoleonic tyranny. Patriotic readers were in mood to explore the past that had made England what it was and to recognize Scottish history as a part of a common British heritage(Lauber 21)

Esto podría explicar el énfasis que la trama de la novela pone en la reconciliación. Edward Waverly es criado por un rico y anciano tío a quien le debe la inclinación "tory", en oposición con la oportunista elección "whig" de su padre. De todos modos, Edward se incorpora al ejército inglés con base en Escocia, lo que le aconseja la visita a un anciano amigo de su tío, el Barón de Bradwardline, quien le presenta su vez a a Fergus McIvor, un ardoroso jacobeo y a su hermana Flora. Encandilado por el fervor de esa resistencia escocesa, Edward abraza la causa. Al final del relato, Waverely es perdonado y contrae matrimonio no con Flora – representación del tipo literario de mujer inteligente e independiente- sino con la simple y dulce Rosa.

Hay un aspecto del personaje de Scott que resulta particularmente interesante: suele ser mostrado en una posición en la que no puede ser considerado responsable. En *Waverley*, esta instancia se concreta a través de hechizos o de privación de la palabra. En *Ivanhoe* -novela posterior pero también aludida por López- la pasividad del héroe está motivada por su herida en el torneo de Ashby, que produce su imposibilidad de actuar durante el asedio al castillo de Frente de

Buey debiendo contentarse con el relato que le hace Rebeca desde una ventana del castillo. Alexander Welsh llamó a esta condición del héroe scottiano *“la pasividad del héroe(Welsh 24)* que determina -de algún modo- su incapacidad de escaparse del rol simbólico y actuar libremente con una vida “abundante” que es esencial para una buena novela.

Esta particularidad del héroe scottiano más “actuado” por las circunstancias que agente de las mismas, es a mi juicio, un aporte fundamental de la novelística scottiana a la de López. Se trata, en este caso, de una fuerte intertextualidad relacionada con las técnicas utilizadas para la configuración de los personajes, que posibilita la reinterpretación de Julio. La crítica ha advertido reiteradamente, la actitud pasiva de Julio, su incapacidad de revertir los hechos y su condición de mero testigo. Yo encuentro aquí un eco, muy fuerte, del personaje central de *Waverley*, quien se pone al servicio del príncipe Carlos Eduardo tras haber llegado a su presencia involuntariamente, trasladado como prisionero dado que su amigo Fergus le confiesa que *“no deseaba comprometeros ulteriormente cerca del Gobierno inglés, en caso de que tuvierais el designio de dirigiros al Sur”*²⁷²(Scott, *Waverley* 194). El lector nunca termina de saber cuál es la posición ideológica del personaje, quien se arrodilla en esta instancia ante el príncipe con la misma actitud con que más tarde aceptará el perdón del monarca inglés. Ningún aspecto del relato justificaría hablar de una actitud acomodaticia. Se trata de una necesidad de mantenerse en una recatada “neutralidad”²⁷³. Lo mismo ocurre en la resolución de sus preferencias sentimentales entre Flora y Rosa Bradwardine, con quien finalmente contrae matrimonio.

²⁷² “Dirigirse al Sur” en la novela implica aliarse a las fuerzas inglesas.

²⁷³ Georg Lukács ha relacionado esta característica de los héroes scottinos con la necesidad de conciliar extremos y afirma, en este sentido, que los protagonistas de las novelas de Walter Scott *“son caracteres típicamente nacionales, mas no en el sentido de cimas comprensivas, sino en el del cabal promedio. (..) son héroes prosaicos”*(Lukács 36).

Julio, el protagonista de *La gran aldea* nos sume en la misma incertidumbre.

¿ De qué hechos es agente?

Martín García Mérou, en *Libros y autores*, al referirse a la novela que nos ocupa, tras valorizar la creación de los personajes femeninos, fundamentalmente Blanca y Fernanda; se detiene a considerar lo que interpreta como “fallas” en la construcción del personaje de Julio:

En cuanto a Julio, debemos hacer una salvedad. En las primeras páginas, nada más interesante que el huérfano acogido por caridad, que purga el delito de su pobreza, inespiable a los ojos de la tía Medea. Después se diría que el autor se ha olvidado de rellenar de carne el esqueleto de este joven. Se nota con harta claridad que él es un pretexto, un cicerone encargado de conducirnos en aquel mundo abierto á nuestros ojos, ó mejor aún, el artista que maneja los hilos de todos aquellos *fantoques* que se agitan en la feria de las vanidades. Julio carece de relieve, flota en la vaguedad, nos habla de todos sus asuntos sin decir jamás nada gráfico y definido. Es la única creación débil de la novela(García Mérou, Libros 61-2).

Obsérvese que la crítica de García Mérou con respecto al héroe de López es semejante a lo que se ha observado con respecto a los héroes del novelista escocés. Aún, en la resolución final de ir en busca de Valentina, uno puede encontrar, tras sus devaneos con Blanca, un intento de hallar equilibrio parangonable con el que sostienen los héroes masculinos de Scott, que terminan, siempre, uniéndose en matrimonio con las mujeres rubias y angelicales, menos proclives a cuestionar los espacios socialmente pre-establecidos que las heroínas “morochas” del tipo de Flora McIvor o Rebecca en *Ivanhoe*. Pese a la alusión final de la posibilidad de suicidio, el relato de Julio connota claramente la intencionalidad de refugiarse en el equilibrio y la serenidad ánte la disolución que lo rodea:

Algunas veces el recuerdo inquietante de Blanca había turbado mi sueño; el mundo con sus pasiones y sus encuentros, habíame suspendido un momento en su vorágine, pero poco a poco la purísima imagen de Valentina volvía a levantarse delante de mis ojos como una cariñosa sombra que me llamaba, allá, al dulce pasado de la adolescencia.

Valentina me esperaba y busqué a Valentina en el pueblo del colegio. Llevaba el espíritu enfermo y agitado bajo la influencia de los tormentos por que había atravesado y la realidad de un sueño de juventud iba a darme la eterna felicidad(182).

Al referirse a la significación de las características del héroe de Scott, la crítica inglesa ha seguido múltiples y diferentes caminos. Herbert Grierson sugirió que Scott proyectaba en el héroe su desconfianza personal hacia cualquier tipo de pasión irracional. Lo resume con el siguiente juicio: *“si no entra profundamente en la interioridad de sus personajes es porque tampoco lo hace en sus propios motivos”*(Grierson 68). Un asedio muy diferente relaciona la novela *Waverley*, en particular y todo el ciclo en general, con la esfera política e histórica. El máximo representante de este enfoque en la crítica anglosajona moderna, David Daiches, considera que los romances no representan las aventuras ni los pensamientos del héroe individual porque se interesan por la historia de un *“pueblo presentando con deliberada ambigüedad de sentimientos la transición de la era de la violencia heroica a la de la prudencia republicana”*(Daiches 47²⁷⁴)

El otro texto de Scott mencionado en *La gran aldea* es *Ivanhoe*. Este se constituye como la herencia más concreta que el padre deja a Julio niño. El contexto evocado en esta historia es muy diferente del abordado en *Waverley*. Scott abandona el siglo XVIII y se interna en la Edad Media para novelar, en esta oportunidad, el conflicto entre el nacionalismo sajón y la usurpación normanda. Una vez más, el héroe evocado por el narrador es un personaje de conciliación, pues Wilfredo reúne las virtudes letradas y *“civilizadas”* del normando con el amor por la tierra y la tradición propia del pueblo sajón. Sin embargo, esta actitud no ha sido entendida por el padre de *Ivanhoe*, Cedric, el sajón, quien deshereda al hijo en un intento por detener el curso de la historia. *Ivanhoe* puede ser considerada -y de hecho lo ha sido- como una de las muestras más cabales de la posición ideológica

²⁷⁴ Este tipo de lectura puede relacionarse con la propuesta por el anteriormente mencionado Lukács. Cabe aclarar que el crítico ha cumplido un papel muy importante en la orientación de las lecturas de Scott y del género “novela histórica” en el Continente europeo, pero su traducción tardía al inglés, generó que sólo a partir de fines de la década del 70 la crítica inglesa lo incorporara al debate académico.

de Scott, quien creyó que el progreso era necesario e inevitable aún cuando resultara devastador para quienes quedaban en su camino. Aún pese a su posición “tory”, a través de sus novelas Scott siempre consideró que la evolución era deseable, incluso cuando los cambios podían destruir el mundo y aparentemente “*disolver todo lo sólido*”²⁷⁵.

Ivanhoe, es asimismo, por excelencia, la novela en que Scott insiste en la necesidad de neutralidad y calma que el héroe debe tener para construir un todo (la nacionalidad británica) a partir de fragmentos, aparentemente irreconciliables. Debe, además, vencer o conciliar prejuicios ancestrales en contra de grupos sociales estigmatizados como se pone de manifiesto en su trato con los judíos Isaac y Rebecca, a quien defenderá en la acción más contundente de las que realiza en toda la novela.

Una vez más me pregunto si es sólo un detalle ornamental que un padre urquicista y provinciano deje como herencia a su hijo -junto con un modelo de digna pobreza que contrasta con la infelicidad del tío Ramón- el texto de *Ivanhoe*. También me pregunto si Julio hace honor a ese legado. López, el hombre histórico, ha insistido en la conciliación y ha señalado –en su viaje a Escocia- la posibilidad que tiene la ficción de llenar de algún modo los intersticios dejados por la historia oficial estandarizada.

Retornemos a Julio y su relato. Cuando, al iniciar el acto de narrar mira hacia atrás para construir su identidad, en el origen de la misma coloca al hogar feliz y al padre leyendo, con el niño, el relato de las hazañas de *Ivanhoe*. Nietzsche al referirse a los usos de la historia para la vida, distinguió en 1874, entre el “*uso monumental*” que individualiza a los grandes hombres del pasado, el “*uso crítico*”

²⁷⁵ Richard Maxwell en el artículo anteriormente citado establece un interesante paralelismo entre la relación que, con el progreso y el cambio, sostienen un economista como Karl Marx y un “tory” como Scott.

que fundamentalmente destruye la reverencia por el pasado y el “*uso anticuario*” que realiza una identificación entre la historia personal y la de la ciudad o nación²⁷⁶. Creo que, López toma de Scott, precisamente, esta intencionalidad del anticuario, del joven que mira más allá de su existencia transitoria y se identifica con la existencia de su casa, de su cultura y de su ciudad. Y es en esta instancia, donde hallo el “plus” de significado al que me vengo refiriendo pues, el final de *La gran aldea* no es un final de síntesis y conciliación sino un final de pérdida y caos que, en general, no ha sido suficientemente tenido en cuenta. Una ficción de la “coalición” presenta, en 1884, una resolución absolutamente desintegradora.

En las dos novelas scottianas que venimos aludiendo, los espacios son cuidadosamente trabajados pues los destinos de los héroes quedan ligados a la suerte de los mismos. Algo semejante ocurre en *La gran aldea*. Como ya señalamos, el cambio de hogar de Julio, las sucesivas transformaciones de los ámbitos, señalan no sólo los cambios en los gustos sino modificaciones más sustanciales en sus posiciones sociales o políticas. Sin embargo, si tanto *Waverley* como *Ivanhoe* muestran la reconstrucción de las moradas ancestrales que serán ocupadas por los héroes que han sabido conciliar las fuerzas en pugna, nada de esto ocurre en *La gran aldea*. El espacio lujoso y mundano que Blanca y Ramón han construido sobre la casa tradicional de la tía Medea termina arruinado por el fuego y queda finalmente deshabitado. ¿No se puede extraer un sentido histórico de esta destrucción? El cambio había relegado al rincón de los objetos inútiles los signos de un pasado de gloria que aunque satirizados en la novela parecen ahora reclamar por su consideración. El final había sido preanunciado por la risa aterradora del espectro de doña Medea:

²⁷⁶ Confrontar “On the Uses and Disadvantages of History for Life”, en *Untimely meditations*. Op.cit.

Aquella aparición deslumbrante de todas las noches, que pasaba indiferente por su lado y el de su hija, sin detenerse, que no rendía culto ni a la ley del esposo ni al cariño de la madre, que volvía llena y tibia aun con los vapores del mundo en que vivía, después de librar la batalla del lujo en la feria de las vanidades; aquella aparición enloquecedora desaparecía y ante los ojos del anciano se alzaba el espectro aterrador de doña Medea, riendo con una carcajada satánica, estridente y vengativa, y lanzando una blasfemia terrible contra aquel degraciado del destino, víctima inocente de la suerte, que temblaba de espanto y de impotencia ante el recuerdo del pasado y el cuadro del presente(165).

El “pobre” tío Ramón ha intentado, en varias oportunidades, destruir el pasado. En primer lugar, al casarse con Medea ha renegado de sus orígenes humildes; luego, al casarse con Blanca, y estos hechos, de algún modo, motivan la destrucción del futuro representado en la niña que dormita en su cuna. La situación de Julio no es muy diferente: aunque recuerde los grabados infantiles y el texto legado por el padre, su existencia no ha logrado concretar esos bienes heredados. También él, aunque el estilo no alcance a comunicar la intensidad del momento, culmina su trayectoria con un anhelo de suicidio que corroboraría la imposibilidad de haber logrado una síntesis o conciliación. No menos que su tío Ramón, él falla en la tarea de leer el pasado correctamente y encontrar en ese intrincado palimpsesto los elementos que le permitieran construir un futuro.

Bajo la luz arrojada por la mención de los textos de Scott, encuentro que la novela de Lucio V. López arroja, en plena euforia roquista, un llamado de atención hacia una generación que como la anterior -representada en la ficción por Trevexo, Medea y, por qué no, Ramón- podría terminar sin lograr armonizar los aportes del pasado con los desafíos del porvenir. Una vez más, el modelo anhelado sería el que posibilitara un “desarrollo tradicional”, una “evolución conservadora” como la presentada por Scott en sus novelas históricas. Ninguno de los personajes de ficción lo había logrado.

5.6. Cané y Dickens

En 1884, en un artículo titulado "David Copperfield", reunido posteriormente en sus *Charlas literarias*, Cané confiesa, refiriéndose a la novela de Charles Dickens:

No podría decir a punto fijo cuántas veces lo he leído pero sí asegurar que cada nueva lectura ha sido una fuente nueva de ese placer que serena y conforta, que hace amar al espíritu humano. *David Copperfield* no sólo es para mí la obra más perfecta de Dickens sino la más acabada de las que en su género se hayan escrito sobre la tierra. Todas las facetas que el hombre puede presentar están allí, iluminadas bajo un rayo de luz de una fuerza tal como jamás la alcanzó psicólogo alguno en el tiempo y en el espacio (Cané, David 27)

Su explícita confesión no hace sino corroborar lo que muchos otros escritos testimonian: Cané ha sido un perseverante lector de Dickens a quien consideró, en más de una oportunidad, el mejor novelista del siglo XIX.

Si bien es un lugar común entre los estudiosos de Cané, insistir en el impresionismo que caracterizó sus trabajos de crítica literaria, no debería identificarse dicha característica con superficialidad. Cané es un lector atento, detallista y culto, cualidades que le permiten proponer lecturas que -aunque carezcan de sistematicidad- revelan profundidad en su acercamiento a los textos.

En el caso del artículo que mencionamos, delinea dos perspectivas desde las cuales, a su juicio, la novela debería ser asediada, las que no difieren, en lo sustancial, de las que aún hoy la crítica especializada en Dickens maneja.

En primer lugar, destaca el carácter autobiográfico de *David Copperfield*. Afirma que "ese libro pasa a mis ojos con todo fundamento, por ser una autobiografía de Dickens"(27). Su juicio no es desacertado. En 1847, John Forster, amigo y biógrafo de Charles Dickens, le habría comentado al autor que un amigo común recordaba la época en que Charles trabajaba en una embotelladora de vinos. Se cuenta que Dickens, en el momento, no dio respuesta pero semanas después

habría depositado en las manos de Forster un fragmento de su autobiografía, motivado, aparentemente, por esa dolorosa pregunta.

Esos fragmentos autobiográficos son la fuente principal de nuestro conocimiento de la infancia y pubertad del novelista: la desprotección familiar que le obligó a trabajar en durísimas condiciones, que parecían no ser advertidas por un padre débil y una madre incapaz de cumplir con el papel protector que el novelista requirió siempre de tal condición. Las palabras con que Dickens (el hombre) rememora ese período de su existencia testimonian un dolor agónico, que aún en la adultez, no había terminado de cicatrizar:

No words can ever express the agony of my soul as I sunk into this companionships, compared these everyday associates of those of my happier childhood; and felt my early hopes of growing up to be learned and distinguished man, crushed in my breast. The deep remembrance of the sense I had of being utterly neglected and hopeless of the shame I felt in my position, of the misery it was to my young heart to believe that day by day, what I had learned and delighted in, and raised my fancy and my emulation up by, was passing away from me, never to be brought back any more(Forster 212).

Para Philip Hobsbaum, toda la carrera literaria de Dickens no fue sino *“un intento de asegurarse que nadie pudiera hacerlo regresar a la etiquetadora de sus pesadillas”*(112). Aunque pueda atribuirse cierta exageración a las palabras del novelista, la situación fue, en realidad, negativamente significativa para él. *David Copperfield* significó, meses después de la escritura del fragmento autobiográfico, la posibilidad de exorcizar sus fantasmas infantiles a través de la ficcionalización de sus conflictos en un “narrador autobiográfico”.

Cané parece haber captado acertadamente este contexto de producción de la novela, así como se hizo eco de la visión que el siglo XIX sostuvo del novelista como la figura literaria más capacitada para mostrar, con misericordia, las miserias humanas. Mencionamos, en un capítulo anterior, que los hombres del 80 argentino, al viajar a Europa advirtieron los efectos negativos del desarrollo. Dickens también lo

había hecho. No buscó, contrariamente a lo que algunos críticos se empeñan en sostener, una solución en el incipiente socialismo sino en el socorro del fuerte para con el débil, en la caridad privada. En términos difícilmente igualables lo expresó Raymond Williams:

That potent and benign hand, which takes off the housetops and shows the shapes and phantoms which arise from neglect and indifference; which clears the air so that people can see and acknowledge each other, overcoming that contraction of sympathy which is against nature: that hand is the hand of the novelist; it is Dickens seeing himself. And it's significant that this comes in a description of the city(...) He is describing, in the image of a dense black cloud hanging over the city, the human and moral consequences of an *indiferent and unnatural* society(Williams , Creation 106).

Cané, en su condición de lector, insiste en que el novelista no escribe para los felices sino para los que sufren, para los que carecen de afecto o de riqueza, para los que ambicionan algo que la sociedad parece retacearles. La perspectiva social de la novelística del inglés no pasa inadvertida para el autor argentino.

Se refiere con duras palabras a las cinco mil personas que gobiernan Inglaterra, que *“poseen la tierra y determinan en qué momento deben morir diez mil o veinte mil hombres en Sudán o en la India”*(24)²⁷⁷. Concluye con las siguientes palabras:

Son los felices; Dickens los conoce y no escribe para ellos. Puede, a su vez, decir que no pertenecen a su mundo. Su mundo, son los treinta y tantos millones que están fuera de la excepción, ¡qué digo!, es la humanidad, porque para él el lazo sagrado de la fraternidad es el dolor. Él también ha atravesado esos oscuros fondos que pinta y que existen, ha sido un paria, un abandonado, y si no ha muerto en un presidio o en una roca lejana del imperio colonial, es porque llevaba en su cerebro la fuerza que protege y que levanta y porque el destino lo reservaba para manejar el látigo vengador de los miserables. Puede el noble par mirarlo sobre el hombro y la lady de espíritu estrecho vanagloriarse de no haber leído sus obras; su voz ha penetrado el corazón del pueblo inglés. (Cané, David 25)

Relacionada con esta capacidad de interpretar los sufrimientos de los postergados por el progreso, Cané avanza, en su artículo, hacia consideraciones acerca del lectorado de Dickens quien escribe *“a las masas, vive de ellas y para*

²⁷⁷ Observar la reiteración de las críticas al imperialismo inglés y a la aristocracia. En estos aspectos, el artículo sobre David Copperfield parece más cercano al tono de los escritos de 1870 que al relato de viajes, *En viaje*, contemporáneo a *Juvenilia* y al ensayo que nos ocupa.

ellas”(25). Lo separa de otros autores ingleses entre los que menciona a Disraeli que sólo pueden ser comprendidos por hombres de formación intelectual más profunda.

La diferenciación entre el lectorado de uno y otro novelista, determinó insalvables diferencias en las carreras de cada uno de ellos, que Cané advierte. Sin ahondar los detalles, señala la preocupación de Dickens por “construir” el grupo de lectores a quienes están dirigidas sus ficciones: es la clase media inglesa, crecientemente alfabetizada a la cual él pertenece y al mismo tiempo representa no sólo en sus posibilidades de progreso sino también en los tres intereses -que a juicio de la crítica literaria actual- dominaron toda su vida pública: *“educación, reforma penal y legal y sanidad pública”*(Smith 12).

Ubicado en esta perspectiva social de la novela, Cané aborda otro aspecto del realismo del novelista inglés que asocia -decididamente- con el genio de Shakespeare: la capacidad para crear personajes. *“Cada uno de sus libros encierra un manicomio”*, admite Cané, quien considera asimismo que lo caricaturesco y grotesco de muchos de ellos obstaculiza la identificación del lector. Sin embargo, exalta la capacidad dickensiana de crear seres que se nos imponen y entre ellos destaca a David, a Steeforth -personaje que nuestro autor identifica con Byron y tantos otros *“jóvenes de clase alta inglesa que tienen en sus venas el hastío de diez generaciones”*(Cané, David 28). Acto seguido se detiene en las figuras femeninas y advierte- a mi juicio con mucho acierto- el valor de “madres sustitutas” que David adjudica a su tía Betsy y a Agnes.

Una vez presentados los personajes ideales de la novela Cané se detiene en la figura de Uriah Heep, para ubicarse en el lugar de lector totalmente identificado con la posición de David:

Nadie como Dickens suscita en el lector el sentimiento que se propone despertar hacia sus personajes. Por mi parte, arrostraría un mes de prisión por deshacer con el taco de

mi bota la cara de Murdstone y cuando David da el famoso bofetón a Uriah Heep, respiro más desahogado, me han quitado cuarenta libras del pecho y me da ganas de gritar ¡bis! con todas mis fuerzas.(31)

Huelga aclarar que Cané/ lector no advierte el conflicto social que podría representar este personaje sino que prefiere encararlos desde la perspectiva moral.

Es posible que Cané, como otros hombres de su época *“leyera sin método, sin orientación definida”*(Coronado 7) pero definitivamente sabe leer. Su apreciación de 1884, su encuentro con lo “otro” que propone la novela posibilita un contacto con realidades ajenas, que se tocan tangencial pero significativamente con sus experiencias. Me pregunto si se puede seguir sosteniendo que Cané es un lector de superficie cuando en 1884, desde la práctica subsidiaria- porque así lo fue para los hombres del 80- de la crítica literaria, expone ideas en muchos aspectos semejantes a las que uno encuentra actualmente en críticos literarios de la talla de Harold Bloom o Willis Konick, quienes al iniciar sus estudios sobre Dickens establecen asociaciones similares a las expresadas por nuestro autor. El primero de los críticos mencionados, al comentar la significación de Dickens en la historia de la novela universal comenta:

Ningún novelista del siglo XIX, ni siquiera Tolstoi fue más poderoso que Dickens, cuya riqueza inventiva casi rivaliza con Chaucer y Shakespeare. Ningún otro novelista inglés inventó tanto.(Bloom, Canon 323)

Por su parte, Willis Konick se refiere a Dickens como *“señor de los tipos, creador de figuras que naturalmente traen a la mente la idea de grotesco desde el monstruoso Quilp hasta la no menos monstruosa Mis Havisham”*(Konick 61)²⁷⁸.

Quisiera detenerme en la condición de Cané como lector. Al comienzo del ensayo que nos ocupa, el autor rememora la situación que determinó su relectura de *David Copperfield*. Se trató de una discusión con un diplomático inglés, autor ignoto de novelas que representaban la clase aristocrática inglesa. En el calor del debate,

²⁷⁸ La traducción es nuestra.

los comentarios del diplomático han “*profanado su templo*”. Cané se calla respetuosamente pero concluidas las tareas oficiales, regresa al silencio de su casa con la determinación de releer el texto:

Volví a mi casa, gané a tuestas la biblioteca, saqué el primer tomo de *David Copperfield*, me acosté, tomé una postura cómoda (el arte no quiere el martirio de sus fieles) y antes de abrir el libro, cerré los ojos, reuní mis recuerdos y medité. (24)

Aunque la motivación de su relectura haya sido el debate acalorado, Cané sopesa y reflexiona. Es en esta situación donde para mí se descubre como un lector más profundo de lo que la crítica literaria argentina ha querido ver. En su lectura solitaria, silenciosa y por qué no placentera descubre la existencia de una “*naturaleza única que escribe y lee*” (Bloom, Leer 7). Nuestro lector/autor del 80 lo expresa así:

Libro humano, hondamente sentido, escrito con un vigor raro en el campo literario, *David Copperfield* es no solamente un timbre de honor para las letras inglesas, sino una voz de aliento para todos los que sufren sobre la tierra. (Cané 36)

El acto de leer siempre es considerado por Cané como un acto profundamente significativo. Como miembro de un grupo de jóvenes, que aunque requeridos por actividades de diferente índole (médicos, ingenieros, abogados) lucharon por configurar una literatura nacional aún cuando ésta fuera entendida de las más diversas formas, su consideración de la lectura como posibilidad de abrirse a la universalidad de la experiencia humana no es desechable. Al comienzo de este capítulo nos hemos referido a la “*porosidad*” de la literatura argentina, condición que necesariamente se asienta sobre la recepción lectiva. Frente a posturas críticas que sólo ven en Cané a un lector superficial y hedonista, prefiero rescatarlo en su condición de lector abierto, reflexivo y receptivo.

Cané ha dedicado muchas páginas de sus escritos a describir el acto mismo de la lectura. Del mismo modo, varios críticos contemporáneos del autor han destacado la complacencia y concentración con que se dedicaba a esa actividad.

Vale la pena pues, una puntualización sobre estos hábitos. En 1877, con motivo de un nuevo aniversario de la muerte de Alejandro Dumas(padre), Cané se rebela frente a las tendencias desvalorizadoras del novelista francés²⁷⁹ y acude para ello a una descripción de lo que, a su juicio, debe ser la actitud del lector. Las notas caracterizadoras son coincidentes con las que describió en el artículo de 1884. El mismo episodio es narrado en la novela autobiográfica, *Juvenilia*. Advirtamos cómo describe el acto de leer:

Nada subyuga como un buen libro. En ese coloquio mudo de nuestra inteligencia con un espíritu elevado, se desarrollan vastos horizontes, espléndidos en bellezas inesperadas. Las impresiones todas de la vida positiva desaparecen, las ideas tristes que germinan sin reposo aun en los cerebros más tranquilos, parecen adormecerse en una plácida somnolencia, y concluimos por perder la conciencia de la propia individualidad.(Cané, Lectura 203)

Más adelante presenta los efectos poderosos de la lectura sobre su ánimo:

El efecto fue indescriptible:en un día y una noche se leyó el libro, y cuando el joven²⁸⁰ levantó la cabeza radiante de esperanza por la promesa de la continuación, las sombrías paredes del colegio habían perdido su tinte opaco, le reclusión parecíale más dulce y un mundo desconocido le ofrecía tesoros inagotables(Cané, Lectura 203)

En síntesis, Cané parece poner en práctica la máxima de Francis Bacon sobre la lectura: *“No leáis para contradecir o impugnar, ni para creer o dar por sentado, ni para hallar tema de conversación o discurso sino para sopesar y reflexionar”*.

En *Juvenilia*, al referirse a las lecturas y conocimientos adquiridos en la institución educativa, los califica como *“caracteres perdidos en el fondo de la*

²⁷⁹ La ironía de Cané se ejercita en este artículo contra los pretendidos intelectuales del siglo XIX que abjuran, con vergüenza del maestro francés: *“¡Pobre viejo maestro, tan querido en secreto, tan renegado en público!”*(Cané, Lectura 202)

²⁸⁰ Cané en el ensayo “Después de una lectura” se refiere a sí mismo en tercera persona.

memoria que reaparecen con la claridad de las líneas de un palimpsesto ante un reactivo que borra el último trazado".(Cané, *Juvenilia* 175)

La imagen del "palimpsesto" –nótese la correspondencia con Genette- se constituye como una clave que nos permite entender cómo han actuado en Cané las lecturas no sólo de Dickens sino de otros autores.

Una particularización: no se limitan a *David Copperfield* las lecturas dickensianas de Cané. En varias oportunidades se refiere a *Martín Chuzzlewit* (también admirado por Eduardo Wilde) y a *Los papeles del Club Picwick*. Estos tres textos pertenecen a la producción temprana del novelista inglés. Algunos críticos británicos consideran que las llamadas "novelas del 40"²⁸¹ ponen de manifiesto un cambio en la perspectiva narrativa de Dickens, que empezaría a ocuparse del diálogo entre la conciencia de los personajes y el mundo y la incesante interacción entre consciente e inconsciente. No obstante la preferencia de Cané por estas tres novelas se observa, en sus escritos, un espectro más amplio de lecturas dickensianas como lo evidencia la mención del conflicto "*Jarndyce versus Jarndyce*" para designar, en *Juvenilia*, un pleito de jurisdicciones entre el Colegio Nacional y la Municipalidad de Belgrano. Como se sabe el conflicto mencionado aparece en la novela *Bleak House*, que nos lleva a las producciones tardías de Dickens. El "palimpsesto dickensiano" de Cané se nutre de múltiples caracteres.

En la admiración por Dickens, Cané no estaba solo. Además de sus amigos Eduardo Wilde y Lucio V. López²⁸² con quienes compartía varias afinidades literarias, el público porteño leía al autor inglés. *La Tribuna* -por citar un ejemplo- comenzó el 25 de junio de 1871 (pocos días después de cumplirse un año de la

²⁸¹ Se encuadrarían dentro de esta categoría *Martin Chuzzlewit*(1843-44), *Dombey and Son*(1846-48) y *David Copperfield*(1849-50).Kate Flint las denomina "the middle novels". Cfr.*The Cambridge Companion to Charles Dickens*.Op.cit.

²⁸² Ver, por ejemplo, el capítulo "Southampton- Winchester- Bromley" de sus *Recuerdos de viaje* o las diferencias que establece entre Dickens y Zolá en el capítulo "Crónica parisiense".

desaparición del novelista inglés) la publicación de una traducción “argentina” de *David Copperfield o el sobrino de mi tía*. Los editores anunciaban su convencimiento de que la nueva novela “*obtendría unánime aplauso entre los numerosos lectores y lectoras de La Tribuna*” (*Dickens 2*) y así fue, como lo testimonian algunos comentarios aparecidos el 18 de noviembre de ese mismo año, cuando finalizó la publicación del texto.

Basados en la simpatía que Cané ha manifestado por Dickens, muchos críticos han señalado la existencia de relaciones entre *David Copperfield* y *Juvenilia*.

Martín García Mérou recuerda en *Confidencias literarias* la génesis de *Juvenilia*. El libro habría visto la luz en las horas de tedio que Cané había pasado en Colombia y Venezuela. Agrega además, la enumeración de las lecturas que ocupaban a Cané en esa misma época:

Cané era en aquel tiempo, uno de los lectores más formidables é incansables que conozco. Permanecía horas y horas, desde la mañana hasta la noche, con el libro en la mano, devorando volúmenes de crítica, de historia, de derecho político, de filosofía, de literatura. Entre mi provisión de libros, llevaba yo una escogida colección en la cual figuraba Shakespeare, Dickens, Taine, Balzac, Schiller, Goethe, Heine además de otras obras científicas que formaban la parte pesada del bagaje. Todas ellas fueron leídas o releídas por Cané, y algunos de esos libros, que han andado conmigo varios miles de leguas conservan aún en sus páginas sus anotaciones de entonces.

En aquella época, Cané escribió las resplandecientes escenas de *Juvenilia* (García Mérou, *Confidencias* 413-14)

Si bien García Mérou no explicita vinculación directa entre las lecturas que ocupaban a Cané y la escritura de *Juvenilia*, la crítica posterior ha retomado las coincidencias y las ha evaluado desde perspectivas diferentes.

Susana Zanetti en el artículo que dedica a *Juvenilia* en el marco de *La historia de la literatura argentina*, considera que “*puede alegarse alguna influencia de Charles Dickens o del Jack de Alphonse Daudet*” pero “*las relaciones no pasan de cierta similitud temática*”(131). Sylvia Molloy, quien inscribe el relato dentro de una tradición que, a su juicio, había sido poco cultivada en la literatura

hispanoamericana, afirma que “*Cané conocía bien a Dickens y que David Copperfield era uno de sus textos predilectos*”(Molloy 135) para concluir que *Juvenilia* tiene gran afinidad con el texto dickensiano aun cuando “*no comparta sus técnicas narrativas*”(135).

Advertida la disparidad de opiniones que van desde “*alguna relación*” a “*gran afinidad*”, se impone la necesidad de ajustar la observación de los textos para determinar cuál ha sido la naturaleza de ese contacto.

A priori me atrevo a hipotetizar que, en este caso, el estudio de las relaciones intertextuales resulta más significativo en los distanciamientos que se establecen que en las semejanzas. Estoy tratando de insinuar que, dado que hay en *Juvenilia* un eco de *David Copperfield*, esta relación –irrecusable fruto de la recepción lectiva de Cané que acabamos de presentar- aporta un “plus” de significado no por sus semejanzas y afinidades sino por las desviaciones que se presentan tanto en el plano de las técnicas como en el plano de la cosmovisión que cada una de las obras supone. Si como señala Culler en el texto citado anteriormente, el planteo de intertextualidades supone una compleja red de relaciones que –agregaría Harold Bloom- inserta al texto dentro de una tradición, *Juvenilia* queda inserta en la tradición del “*bildungsroman*” revitalizada en el siglo XIX inglés por Dickens²⁸³. Sin embargo, el uso que el argentino hace del texto se circunscribiría a un caso de “cita”, es decir afectaría la dimensión exclusivamente horizontal del texto, sin intervención en la estructura semántica vertical.²⁸⁴

Ambas novelas comparten la perspectiva autobiográfica aunque Cané se concentra en los recuerdos de los cinco años transcurridos como interno del Colegio

²⁸³ Sobre la problemática de la relación entre *David Copperfield* y la *bildungsroman* consultar el artículo de Daniel Sheridan, “David Copperfield: Different readers, different approaches”. *Cambridge Companion to Dickens*.

²⁸⁴ Confrontar con el texto, anteriormente citado de Claudio Guillén.

Nacional de Buenos Aires y evita otro tipo de confesión autobiográfica. Asimismo es necesario distinguir entre “*una novela autobiográfica*” cuya voz narrativa está ficcionalizada, como es el caso de *David Copperfield*, de una autobiografía en el sentido técnico de la palabra con la necesaria identificación entre autor-narrador y protagonista como es el caso de *Juvenilia*.

En el prefacio a la edición de *David Copperfield* de 1867²⁸⁵, Charles Dickens admite el carácter ficcional de los personajes y del narrador de la novela, al confesar “*el disgusto con que suelta la pluma y ve sumirse en el mundo de las sombras a una multitud de seres creados por su cerebro*”(Dickens, David 3).

Munido de la voz ficcional, David comienza su relato entablando un imaginario diálogo con el lector(esta técnica es utilizada reiteradamente por Cané en *Juvenilia*) y lo alienta a leer con una actitud de colaboración crítica. Quiere contar su historia. En realidad, necesita contar su historia porque desea averiguar cuál es el sentido final de la misma, anhela saber si ha sido él el constructor de su destino o si éste ha estado regido por otras fuerzas. El narrador parte entonces, de un cuestionamiento acerca del valor que debe adjudicarle a sus acciones y se esfuerza por alcanzar la comprensión madura de la relación establecida entre sí mismo y su entorno. Esta pregunta por el sentido de sus actos introduce desde el comienzo una de las problemáticas centrales de la novela que es la preocupación por la libertad individual y su relación con la posibilidad de lograr “*una posición dentro de la sociedad*”:

El lector podrá juzgar en el curso de estas páginas si yo soy el héroe de mi propia existencia, o si tal puesto ha sido asumido en ella por algún otro(Dickens, David 5)

Juvenilia también está precedida de un “Prefacio”, paratexto que muestra deliberadamente la distancia entre la intencionalidad de David y la de Miguel, narrador del texto argentino. Cané manifiesta, desde el prólogo, la conciencia de

²⁸⁵ Como ya señalamos anteriormente, la primera edición, por tiradas fue de 1849 a 1850.

haber llegado. Mientras que muchos de sus compañeros han caído en la *“sombra impenetrable del olvido”* o han sido oscurecidos por *“las miserias y las dificultades de la vida”*(51) él *“ha hecho flamear la historia”*(45) de acuerdo con las palabras admirativas de su compañero Binomio. En segundo lugar, el narrador Miguel Cané, de treinta y tres años, no necesita averiguar quién es el responsable de su triunfo pues se presenta como representante de un grupo que tiene en sus manos el destino del país gracias a la instrucción recibida en el Colegio Nacional, con el que ha contraído una deuda filial públicamente reconocida.

La confianza que Cané manifiesta en la institución “Colegio”, lo distancia abiertamente de las dudas de David. La novela de Dickens es una constante y reiterada condena de las instituciones sociales, precisamente por su fallo a la hora de actuar en beneficio de los débiles. La organización social muestra sus fallas a lo largo de toda la vida de David y las escuelas, particularmente, o bien son espacios de tortura donde un ser humano es tratado como un perro o bien sucumben ante los privilegios de los poderosos como lo demuestra la actitud genuflexa del director frente a Steerforth.

Suele señalarse que los dos protagonistas han perdido a sus padres. Una vez más, la “cita” existe, pero resignifica, en su distanciamiento, la intencionalidad de Cané .

David inicia el relato de su existencia insistiendo en reiteradas oportunidades en su condición de *“hijo póstumo”*. Alrededor de 1850 se impone en Gran Bretaña la idea de que la construcción de la sociedad está basada en la “self construction”, entendida de modo muy diferente a como lo había hecho el romanticismo byroniano: el victoriano medio se rehúsa al excentricismo y a la subversión de los valores

consagrados para poner el acento en el esfuerzo personal como motor único que permite vencer los obstáculos que dificultan el ascenso social.

Varias novelas de la época ficcionalizaron padres perdidos que reaparecían en las más variadas circunstancias del relato. El caso de David es diferente. No conoció a su padre sino por los relatos de su madre y a lo largo de su vida va en busca de padres sustitutos.

Recordemos que esta libertad de "*matar al padre*" la ha obtenido Dickens a partir de la delegación en su ser ficcional, David, de varios de sus propios traumas infantiles. En la biografía histórica de Charles Dickens, su padre, John Dickens, no sólo acompañó a su hijo durante la infancia sino que fue el causante de lo que él consideraba su mayor deshonra: haber habitado en la cárcel para deudores. Por el contrario, la condición de hijo póstumo le otorga a David la máxima libertad en la tarea de construir su identidad y la posibilidad de "renacer" a lo largo de la narración.

Al dolor de las circunstancias de su nacimiento, David debe sumarle la orfandad, primero espiritual y luego física de su madre. Clara es un ser débil que lo coloca a David en la necesidad de buscar también madres sustitutas: Pegotty, tía Betsy, Agnes.

Las imágenes de orfandad se multiplican en el relato dickensiano. Cuando después de unas vacaciones escolares, David debe abandonar el hogar para regresar a la escuela, su madre lo despide con su nuevo hijo en brazos. Mr. Murdstone no aparece en la escena, pero es sustituido por la presencia controladora de su hermana, "la Murdstone". David recuerda en estos términos la última visión de su madre viva:

Así transcurrieron las vacaciones, hasta que llegó la mañana en que la Murdstone dijo, dándome la postrera taza de té de la temporada:

-Este es el último día.

No me sentí disgustado al irme.

De nuevo Barkis apareció en la puerta y de nuevo la Murdstone dijo admonitoriamente: ¡Clara! , cuando mi madre se inclinó sobre mí para despedirse.

La besé y besé a mi hermano menor, y en aquel momento sentí sincero disgusto. Pero no disgusto por partir, ya que el abismo y la separación que mediaban entre nosotros estaba allí presente, como siempre; lo que más pervivió en mi mente no fue tanto el apasionado abrazo que me dio mi madre, como lo que le siguió.

Ya estaba yo en el carro cuando la oí llamarme. Miré y la distinguí sola, en la puerta del jardín, alzando el niño en brazos para que yo lo viera. El día era frío y sin un soplo de viento.

Así fue como dejé de verla. Así fue como la vi después en sueños (Dickens, David 107)

No volvería a ver a su madre con vida. La escena soñada en reiteradas oportunidades se personifica cuando David regresa al hogar para el entierro de la madre y su pequeño hijo. Jamás David recuerda a la madre/Sra. Murdstone sino que mantiene en su memoria a la madre de su niñez, la infantil Clara Copperfield. El entierro de la madre y su hijo representan para el narrador el entierro de una parte de sí mismo, de una de las múltiples identidades que irá adoptando en la búsqueda de una identidad familiar y social:

Al morir ella, retornó para mí a su tranquila y serena juventud y todo lo demás se borró de mi memoria. La madre que yacía en su tumba era la madre de mi infancia; la criatura que dormía en sus brazos era yo mismo tal como había sido en otros tiempos, descansando ahora, silencioso para siempre...(Dickens, David 117)

La condición de hijo póstumo, la sacralización de la madre muerta y el entierro del niño feliz, David, deja al otro David en libertad para crearse a sí mismo. Más tarde caminará en condiciones deplorables hasta la casa de tía Betsey –camino iniciático por antonomasia- y allí mudará su apellido por el de Trotwood Copperfield. Si la adquisición del mismo le posibilita la vida holgada de un aprendiz de procurador que no debe hacer sacrificios para estudiar, la aparente ruina económica de Betsey, su benefactora, fragmenta esta nueva identidad y lo coloca en la necesidad de trabajar duramente para solventar sus estudios y generar, de ese modo, la posibilidad de un destino común con Dora, su venerada hija-mujer, una nueva figura sustitutiva de la madre infantil.

David recuerda todos estos hechos y se apropia para re-significarlos de una de las imágenes con que los victorianos medios graficaban las luchas por el ascenso social. Lo interesante es que las pérdidas que se van sucediendo en la existencia de David son vistas, en el largo plazo, como pasos hacia la consecución de una identidad. ¿Héroe de su propia existencia?:

Lo que yo había de hacer era empuñar el hacha del leñador y abrirme camino a través de la selva de las dificultades derribando árbol tras árbol hasta llegar a Dora.(...) Ansiaba talar los árboles de la selva de la dificultad en condiciones que me permitieran probar mi esfuerzo (Dickens, David 88)

La recurrente imagen del leñador que derriba los árboles de una sociedad que le opone resistencia va a dominar la consolidación de la identidad final de David. Esta actitud es la que le permite alcanzar un nombre que será reconocido aún en las recónditas playas de Port Middlebay, en Australia. La misma actitud permite - finalmente- a Micawber y su numerosa familia, obtener una posición social aunque sea lejos de la amada/odiada Albión. Lo mismo ocurre con Traddles.

Juvenilia, como es sabido, se inicia también con la muerte del padre de Cané (“*Debía entrar en el Colegio Nacional tres meses después de la muerte de mi padre*”)(53). En este caso, se trata de un padre extinto pero conocido por el narrador, quien atesora recuerdos propios de su exquisita cultura:

En cuanto a mí recordaba bien que de los ocho a los doce años no había faltado casi ni una noche a la Ópera; mi padre me llevaba siempre consigo. Era, pues, un diletante de raza y tradición (164)

La incorporación del niño Cané al Colegio coincide con un anhelo de concluir el duelo y, al mismo tiempo, su iniciación escolar coincide con la reciente fundación de la institución a cuya historia la historia personal del narrador queda , de este modo, asociada.²⁸⁶

²⁸⁶ De acuerdo con Mabel Manacorda de Rosetti, el Colegio Nacional fue fundado por decreto fechado el 14 de marzo de 1863, firmado por Bartolomé Mitre. De los términos del decreto se

Los primeros pasos del narrador de *Juvenilia* se relacionan más con las estrategias ideadas para sobrevivir en el Colegio que con la búsqueda de una identidad. Lucha contra la comida siempre escasa y el terrible suplicio de despertarse temprano a la mañana. Como ya señalamos, la soledad inicial a la que todo “recién llegado” es condenado es revertida por el hallazgo de la compañía de los libros.

Los directores del Colegio Nacional se distancian de la crueldad y dureza de Mr. Creakle, excepción hecha del “pervertido” D.F.M., a quien la propia institución expulsa. El Dr. Agüero, figura de padre sustituto, es recordado con cariño y aparece como una figura paternal que llamaba “hijos” a sus estudiantes. El rigor académico de Amadée Jacques, “*su espíritu liberal, abierto a todas las verdades de la ciencia, libre de preocupaciones raquíticas*”(Cané 101) contribuyó a la formación de una generación de discípulos intelectuales. El narrador refuerza la idea de paternidad sustitutiva cuando relata que jamás visita la tumba de sus padres sin pasar por el sepulcro del maestro. El lector de *Juvenilia*, que ha incursionado por las páginas de *David Copperfield*, no puede dejar de advertir los ecos. Considero que se encuadran dentro de la *intentio operis*. Tampoco debería omitirse preguntarse, qué significado agregan las intencionales desviaciones. Creo que un episodio de la novela de Cané podría ser considerado, en este sentido, paradigmático.

El pequeño Cané ha crecido dentro de las paredes del Colegio y, en una oportunidad, encabeza una revuelta contra el vice-rector Torres. ¿Causa? La mala calidad de la comida. Sofocada la revuelta y enterado Jacques, no duda en sancionar al rebelde. Miguel es “*expulsado con todos sus petates, es decir con un*

desprenden las ideas directrices que orientaban el proyecto: la unión nacional, el progreso y el bienestar del pueblo mediante una mayor instrucción y la concepción democrática de ofrecer a todos los jóvenes igualdad de oportunidades. En realidad, la institución se fundaba sobre el Colegio Eclesiástico, heredero, a su vez, del Colegio de Ciencias Morales.

*pequeño baúl del lado exterior del Colegio” (Cané, Juvenilia 88). Su familia estaba en el campo y él carecía de dinero. Se mira en el espejo de *David Copperfield*:*

¡Qué hacer! Me parecía aquella una aventura enorme y encontraba que David Copperfield era un pigmeo a mi lado y me creía perdido para siempre en el concepto social. Vagué una hora, sin el baúl, se entiende, que había dejado en depósito en la sacristía de San Ignacio, y por fin fui a caer sobre un banco de la plaza de la Victoria. Un hombre pasó, me interrogó, y tomándome cariñosamente de la mano, me llevó a su casa, donde dormí en el cuarto de sus hijos, que eran mis amigos.

Era don Marcos Paz, presidente entonces de la República...(Cané, Juvenilia 89)

Aunque el narrador explicita las semejanzas con el héroe novelesco, la intención de la obra es que se adviertan las distancias. No pueden ser mayores. En los caminos ingleses, habiendo huido de un humillante trabajo impuesto por su padrastro, todas las figuras que se le acercan a David lo engañan y se aprovechan de él. Pocas escenas de la literatura decimonónica connotan un sentido más absoluto de pérdida.²⁸⁷

Al establecer un paralelismo entre esta terrible escena del texto inglés y la de Miguel, el narrador utiliza una sutil ironía que resignifica toda la situación. Miguel está muy lejos de David. Sentado en el banco de la plaza Victoria, “*un hombre le tomó amistosamente la mano*”. Esa noche duerme en la casa del presidente de la República. Lejos de tener que construir una identidad, el protagonista se reconoce y es reconocido como miembro de un grupo de notables que comparten educación, amistades y diversiones.

Josefina Ludmer, al realizar una re-lectura de *Juvenilia* como ficción autobiográfica de la coalición señala la necesidad de Cané de definir su posición política y darle una proyección social al recuerdo personal. Si David –como señala Diane Sadoff- se hace padre de sí mismo a través de la escritura, en *Juvenilia*, Cané

²⁸⁷ En primer lugar David es estafado por un joven que debía hacerse cargo de su baúl; más tarde por el comprador de ropa usada. Vaga solo y hambriento durante días. Llega un momento en que todos le producen temor y desconfianza: “*Los caminantes vagabundos que encontré aquel día eran más aterradores que nunca y me inspiraron un miedo que aún pervive en mi mente. Algunos de ellos parecían feroces rufianes*”(Dickens, *David* 165)

es, en todo momento, parte de una red de filiaciones; Cané, hijo de Miguel Cané, exiliado en tiempo de Rosas, amante del teatro; primo casi hermano de los Varela; amigo de los hijos del Presidente de la República, egresado del Colegio Nacional, redactor jefe de *El Nacional*, director de Correos, examinador. La lista de nexos sería fatigosa.

Volvamos a nuestro punto de partida. Es innegable que existen referencias, alusiones y “citas” de *David Copperfield* en el texto caniano. Sin embargo, una lectura detallada de las afinidades y relaciones permite advertir que Cané se aparta, a sabiendas del intertexto, desviación que intensifica el sentido buscado por su autobiografía. El autor argentino se centra en su propia historia como alumno del Colegio Nacional y la eleva a paradigma de una clase. El protagonista de la novela inglesa, al iniciar la redacción de su historia se pregunta si es héroe o no. El narrador de *Juvenilia* inscribe sus memorias dentro de un concepto genealógico de la nación²⁸⁸ en el que considera que “no debemos olvidar que [nuestros hijos] son los nietos de nuestros padres y es necesario pagarles la deuda filial, haciendo felices a los nietos encaminándolos en la vida”. (Cané *Juvenilia* 51). Miguel Cané construye su autobiografía desde la perspectiva indubitable del héroe.

En síntesis, hemos considerado tres obras de las consideradas “canónicas” dentro de la producción literaria del 80 y hemos advertido en cada caso la presencia de vinculaciones con textos de la literatura inglesa. Se deduce de los casos estudiados que no se trata de operaciones transformadoras de la categoría bautizada por Genette con el nombre de *hipertextualidad*. Sin embargo, los

²⁸⁸ De acuerdo con las tres categorías presentadas por Nietzsche y a las que nos hemos referido anteriormente, *Juvenilia*, se inscribiría en la categoría del “anticuario” que ve en su propia historia un reflejo de la historia de la nación. Esta misma operación realiza la identificación con la historia del Colegio Nacional.

fenómenos de co-presencia, de citas, de referencias precisadas o no y de ecos formales son abundantes. Los aportados, podrían multiplicarse significativamente.

Cabría además, señalar que los *intertextos ingleses* señalan la notable persistencia de modelos románticos que, en ocasiones, son difícilmente conciliables con la posición decididamente positivista que los autores mantienen en otros aspectos. Asimismo, la insistente recurrencia de López y Cané(habría que incluir a Wilde aunque no lo hemos considerado en los estudios específicos²⁸⁹) al realismo dickensiano señala una renuencia sostenida a aceptar la renovación literaria de Zolá, en general condenada por ambos en términos que –en diferentes tonos- son variaciones de la apreciación realizada por López en 1880:

Zola se considera capaz de hacer con el naturalismo una nueva renovación literaria como la del año 30, en la que Víctor Hugo quedaría como un desgraciado filisteo, sin nombre y sin gloria en la historia. ¡Inútil esfuerzo!(..) Hugo, es cierto, no es un filósofo ni es un sabio; pero querer suprimir su nombre y su influencia en la literatura de nuestro siglo, vale tanto como querer suprimir la revolución misma que él llevó a cabo.**Los libros de M. Zolá no sólo no serán nunca indispensables, sino que la Francia habría ganado mucho si no se hubieran escrito.**(López, Recuerdos 335)²⁹⁰.

Frente a la seducción del naturalismo²⁹¹ y la posibilidad de una nueva “revolución” literaria, los autores que hemos considerado se refugiaron en los modelos ingleses que, como la historia misma de Gran Bretaña, les resultaba capaz de evolucionar sin sobresaltos.

²⁸⁹ Apunto la permanente citación(sin comillas) que un relato como “Tini” hace de la novela *Martin Chuzzlewit* de Dickens o las relaciones entre la autobiografía póstuma *Agua abajo* y *David Copperfield*.

²⁹⁰ La negrita es nuestra.

²⁹¹ En este aspecto, es interesante observar que algunos autores(Martín García Mérou, entre ellos) evolucionaron desde un rechazo abierto hacia una aceptación de la nueva tendencia aconsejada por “*la reflexión, la vida y la experiencia propia*”(Libros 78).

6. La traducción.

6.1. Variaciones sobre el concepto de traducción y la enseñanza del inglés

Nos hemos referido, en más de una oportunidad y desde diferentes perspectivas conceptuales a la apetencia con que los hombres del 80 buscaron insertarse en el mundo moderno y abandonar la "insularidad", que durante los años del rosismo al que todavía sentían próximo, había caracterizado nuestra cultura y economía . En muchos casos, este aislamiento era más una representación discursiva que un reflejo fidedigno de la realidad; de todos modos, era esa la representación predominante.

Asimismo, hemos mencionado que desde 1860 comenzaron a hacerse escuchar voces que instaban a la revalorización de lo nacional, lo "nativo", lo "criollo", actitud que se iría acentuando a medida que el peso del componente extranjero fue haciendo sentir su mayor gravitación dentro de la sociedad argentina. Inserta en esta "tensión entre opuestos", la literatura nacional se debatió entre quienes manifestaban su rechazo por los modelos castizos y reclamaban la imperiosa necesidad de tomar contacto con otras literaturas modernas, y quienes como los autores ya mencionados, Rafael Obligado y Calixto Oyuela sustentaban una posición más proclive a buscar las fuentes de inspiración nativas. A estos últimos podría agregarse Santiago Estrada, uno de los desplazados del canon del 80, que sustenta, en algunos aspectos, una posición contrastable con la de los llamados "autores modélicos", consecuencia, a juicio de María Minellono, de su *"formación intelectual(a cargo de los franciscanos) y sus predilecciones literarias*

proclives a autores españoles y ajenos a los modelos franceses celebrados por sus pares”(Tensiones 33).

Puesta la literatura nacional en esta encrucijada, los autores “modélicos” o grupo de notables, podía enorgullecerse, en general, de un bilingüismo o plurilingüismo que les posibilitaba la lectura en varios idiomas; sin embargo, conscientes de que la divulgación y el contacto entre literaturas diferentes no se alimentaba sólo con el conocimiento de unos pocos, se dieron a la tarea de la traducción. No se plantearon esta actividad de una manera mecánica o acrítica sino que dejaron, en más de una oportunidad, medulares reflexiones sobre tal problemática.

Desde la perspectiva de un estudio crítico inscripto en el tercer milenio, convendría recordar que la traducción, como práctica, ha sido revalorizada desde 1980 por estudiosos de literaturas comparadas. Tras décadas de postergación como un trabajo servil, la traducción literaria ha recobrado, durante los últimos decenios una merecida relevancia; se ha insistido sobre la importancia que tiene “*para el estudio de uno de los sectores de las relaciones literarias internacionales, o mejor dicho, de la importación literaria*” (Lambert 179).

Desde esta perspectiva de revalorización actual de las prácticas de traducción nos interesa focalizar el papel que se le confirió durante los últimos años del siglo XIX.

En primer lugar nos referiremos a las posturas que la cuestión generó entre los hombres de la Organización Nacional y la década del 80, para detenernos después en el logro más notable que dio el período: la traducción de *Enrique IV* de William Shakespeare, por Miguel Cané.

6.1.1. Reflexiones acerca de la traducción en el período 1860-1880.

En febrero de 1864, la *Revista de Buenos Aires*, que se presentaba como publicación de “historia americana, literatura y derecho”, publicada bajo la dirección de los abogados Miguel Navarro Viola y Ernesto Quesada, respondió en la sección “Literatura” una nota de Pastor S. Obligado, que había sido publicada en otros medios periodísticos, unos días antes.

Reconstruyamos la situación motivadora de la nota y su respuesta. José María Estrada había traducido, en 1863, la obra de Fieppei titulada “*Refutación de la Vida de Jesús por Renán*”, y su tarea había merecido un elogioso comentario de Navarro Viola. El 28 de enero de 1864, Pastor Obligado comentó, a su vez, el trabajo de Estrada con las siguientes palabras:

Estamos acordes con el crítico: una gran parte de la importancia de la obra de Renan tiene su origen en las prohibiciones con que se las ha fulminado. Es más noble combatir el mal, que volverle la espalda. Creemos bien acabada la traducción del señor Estrada, pero también tenemos por desmedidos los elogios que se le tributan por una traducción (Navarro Viola, Traducciones 249).

El comentario de Pastor Obligado lleva implícita una concepción de la práctica de la traducción; a su juicio, el trabajo de Estrada no es más que la reelaboración de una “*obra equivalente*”. En su visión, el mérito se refugiaba en el texto de partida (texto en el lenguaje original) y consideraba de “segunda categoría” el texto de llegada, que no tenía más valor que las imágenes que se reflejan en el fondo de la caverna platónica. Navarro Viola, quien ha sido el autor del encomio a Estrada, aprovecha la crítica de Obligado para desarrollar su posición frente a la problemática de las traducciones.

La argumentación de Navarro Viola parte, precisamente, de la desvalorización implícita en el comentario de Obligado. Cree que esta valoración errónea surge de una falta de definición precisa acerca de lo que es una traducción, y se impone a sí

mismo el cometido de definir la práctica. Distingue entre la traducción de palabras, que consiste en “*verter a un idioma la palabra escrita en otro*”(250), y la traducción de obras literarias que supone, a su juicio, el conocimiento profundo tanto del idioma de la obra de partida como el de la obra de llegada. A partir de estas afirmaciones establece una diferencia entre el maestro de idiomas y el traductor de obras, quien no sólo debe conocer ambas lenguas sino que debe ser capaz de comprender el pensamiento ajeno, asimilándose, de algún modo, al del autor original. Para Navarro Viola, el verdadero traductor debe “*dejarse penetrar de la obra de otro*”, de modo que su traducción produzca imágenes y expresiones muy diferentes, y al mismo tiempo, muy semejantes. Navarro Viola, finalmente, identifica la categoría “traductor” con la de “buen lector” porque cree que en más de una oportunidad, el traductor traiciona al texto, no como consecuencia de incompetencias del orden lingüístico sino por incompetencia cultural o interpretativa.

Por esa misma época, la revista literaria “*El Correo del Domingo*”, Periódico Literario Ilustrado, que aparecía semanalmente, inicia una significativa tarea de traducción que se refleja en la incorporación, en sus páginas, de textos literarios y filosóficos traducidos no sólo del francés sino también del italiano y del inglés.²⁹² En el ejemplar correspondiente al 4 de septiembre de 1864, Juan María Gutiérrez, uno de los colaboradores estables de la publicación, comenta los textos recibidos por la redacción del semanario. Uno de ellos es una traducción del poema “El infiel” o “El Giaour” de Lord Byron. Nuestro primer crítico literario, aprovecha la instancia que le presenta el texto para reflexionar sobre la práctica de la traducción. Incorporo un pasaje que me parece revelador en cuanto a su concepción de la tarea:

²⁹² *El Correo del Domingo* apareció ininterrumpidamente entre 1864 y 1868. Ese año dejó de aparecer; intentó reanudar sus publicaciones a fines de 1879, pero sólo duró hasta la primera mitad de 1880. Algunos de los miembros que integraban su redacción quedaron definitivamente distanciados a partir de la “crisis del 80”.

Por otra parte, traducir á un poeta en verso es casi producir una obra nueva, por cuanto supone esfuerzos mentales que valen casi tanto como una verdadera concepción propia. Para que una traducción aspire á este mérito es indispensable que en ella se deje traslucir no sólo el pensamiento radical del modelo, sino también la especialidad de los detalles en que generalmente hablando, consiste el estilo, el color, la marca peculiar del autor extranjero que se quiere vestir con las ropas del lenguaje patrio(Gutiérrez 515).

Gutiérrez se detiene, más adelante, en la importancia de las traducciones para el logro del objetivo que se ha propuesto la publicación, elevar la literatura argentina a través del contacto con las grandes obras de la literatura universal. Considera que todo traductor debe decidir, en un momento de su tarea, entre la equivalencia absoluta o la reestructuración del poema. Gutiérrez se opone a quienes han considerado la traducción como tarea que involucra escaso talento y creatividad²⁹³, y por el contrario, sostiene la necesidad de evitar las traducciones “literales” o “equivalentes”.

Como en el caso del artículo de Navarro Viola, se observa una jerarquización de la práctica de la traducción, aunque Gutiérrez parece más dispuesto a considerar la existencia de un discurso primario -el texto original- y un discurso secundario, representado por el texto traducido. Pese a que en sus consideraciones generales proclama la relativa independencia del traductor, en su valoración final del caso concreto de la versión de “Il Giour” se refiere a *“una sombra indecisa entre los versos del original y los versos españoles del joven traductor”*(566). La imagen de la “sombra” da entrada a una red semántica que relaciona el discurso de la traducción con vocablos tales como *“disminución”, “pérdida”, “derivación”,* que el crítico había rechazado anteriormente. De todos modos, pese a estas ambivalencias o contradicciones teóricas aparentes, el comentario señala, en 1864, la importancia de

²⁹³ Esta actitud hacia la traducción persiste hasta nuestros días. Sobre ese tema, puede consultarse el trabajo de Susan Bassnett, “From Comparative literature to translation Studies”. Por su parte, Hilaire Belloc, en una conferencia dada en 1931 en el marco de las “Conferencias Taylor, sintetiza, con las siguientes palabras, toda una concepción acerca de la práctica: *“The art of translation is a subsidiary art and derivative. On this account it has never been granted the dignity of original work, and has suffered too much in the general judgement of letters”*Belloc 3).

fomentar traducciones y se presenta como una voz crítica frente a una tendencia generalizada que sostenía la intraducibilidad de la lírica. Frente a estas voces, uno de los primeros críticos literarios del Río de la Plata, no sólo señala un camino conducente hacia un cierto tipo de traducciones sino que se manifiesta abiertamente contra las “*pretendidas equivalencias*”, a las que considera “*infieles que acaban por hacer insípido y vulgar un original famoso*”(566).

Unas palabras más acerca de la labor de traducción del “*Correo del Domingo*”: a partir de 1865, varios números introducen ediciones bilingües cuando se trata de traducciones de textos líricos.²⁹⁴ La publicación, que tan prolífica fue en la incorporación de textos traducidos, no descuidó su preocupación por la literatura nacional sino que incluyó, entre sus páginas, obras teatrales de Lucio Mansilla, poemas de Ricardo Gutiérrez, los primeros cuentos de Santiago Estrada, etc. También incorporó obras de la literatura española, que en más de una oportunidad publicó con la modalidad propia del folletín. La atención a la literatura nacional equilibra la sostenida presencia de traducciones de poesía romántica y contemporánea escrita por autores franceses, italianos, ingleses y norteamericanos. En más de una oportunidad, los editores del semanario ilustrado reflexionaron sobre las relaciones entre la literatura nacional y las literaturas extranjeras para arribar a la conclusión de que la traducción no supone una pasiva sumisión a los impulsos culturales extranjeros, sino por el contrario constituye un acto positivo e incluso agresivo, de apropiación de los valores culturales extranjeros, casi una invasión de otros territorios culturales. Si cuando se juzgan los textos nacionales, los responsables de la publicación les reclaman a los mismos que tengan “*olor a cedrón y a rosa criolla*”(Estrada 677), en el contacto con las literaturas en otros idiomas, el

²⁹⁴ Ver, por ejemplo, “*Correo del Domingo*”, 5 de febrero de 1865, número 58, 19 de febrero del mismo año.

Correo reivindica la posibilidad de “expropiar” textos e incorporarlos a la tradición nacional.

La concepción de la traducción como beneficio de expropiación que permite a una cultura periférica “realizar un acto de conquista o si lo queremos menos territorial de aprehensión de otro sistema cultural”(Basnett 46), la volvemos a encontrar en otra de las publicaciones hemerográficas de la época. Nos referimos a la *Revista del Río de La Plata(1871-1877)*, de historia y literatura americana, a cargo de Juan María Gutiérrez, Andrés Lamas y Vicente Fidel López. El primer número de la revista expresa en los siguientes términos los objetivos perseguidos:

No por contraerse especialmente a la historia del Río de La Plata, desechará de sus páginas esta revista los documentos y los sucesos relativos a las demás repúblicas de Sud-América sobre todo cuando contribuyan a dar una idea del desarrollo intelectual de aquéllos países hermanos porque consideramos solidaria a la América toda de nuestro propio origen, en el anhelo de perfeccionar y estender su civilización y su buen nombre. Y como no hay espejo más fiel del estado moral e inteligente de una sociedad que la prensa y los libros é ideas que ésta produce, la Revista del Río de la Plata, se contraerá en una sección especial y siempre activa á dar á conocer crítica y bibliográficamente la aplicación de los Sud-americanos, sea cual fuere la materia, la extensión, las opiniones con tal que se presten a la crítica(4-5).

La nota editorial inicial permite , pues, esperar una excluyente dedicación a la literatura nacional e hispanoamericana, que parece quedar confirmada por estudios como los dedicados por Juan María Guitierrez a la lengua guaraní o araucana, artículos críticos sobre “*La Araucana*” de Ercilla, comentarios sobre las novelas de Juana Manuela Gorriti, estudios y edición de textos de Echeverría, etc. Sin embargo, fundamentalmente a partir del tercer año de vida(1873), comienza a percibirse en las páginas de la publicación una notoria ampliación de los intereses, hecho que motivó la incorporación de traducciones, preferentemente del inglés. Este viraje no es antojadizo sino que es fehacientemente argumentado en el número 31 de la revista, con motivo de la inclusión de un extenso comentario sobre una traducción

colombiana de *"El paraíso perdido"* de Milton²⁹⁵. El artículo ocupa la casi totalidad de la sección "Literatura americana". La nota aúna una valoración del trabajo realizado por el traductor y la transcripción de extensos párrafos del texto.

En una nota a pie de página, el editor responsable del artículo(en este caso Juan María Gutiérrez) justifica la dedicación de toda la sección a una traducción. No se trata de una ingenuidad o descuido sino de una toma de posición sobre el estatuto que debe darse a ese tipo de emprendimientos culturales. Se explicita, en los siguientes términos, la posición teórica sostenida no sólo con respecto a la práctica de la traducción en sí misma, sino con respecto a la significación que aquélla adquiere para una literatura periférica como la nuestra:

Con más o menos acierto se hacen esfuerzos entre nosotros para aclimatar el pensamiento y el genio de las lenguas del norte de la Europa, como medio para dar seriedad e independencia a la razón. Educándose el hombre para la república, necesario es, decimos, que volvamos los ojos hacia los pueblos donde tuvieron su cuna y han alcanzado el más vasto desarrollo las instituciones libres. Si no poseemos la lengua en que esas instituciones se encuentran mejor formuladas, careceremos de la llave que ha de abrirnos ese tesoro más indispensable que ningún otro para conseguir á su precio la estabilidad política de una sociedad que aspira á conciliar el orden con la vida completamente libre de sus ciudadanos. Pero mientras en este nuestro país, en donde, por la atracción que ejerce sobre las poblaciones europeas, es de absoluta necesidad el estudio y la práctica de las lenguas extranjeras, no se nos enseñan éstas en las escuelas primarias á par de la nacional como fuera de desearse, reconocemos como laudable el empeño para dar mayor circulación posible a los libros pensados y escritos en Inglaterra y en el Norte(*El paraíso* 403).

Varias puntualizaciones con respecto a esta nota. En primer lugar, la visión de la lengua inglesa como vehículo de ideas de libertad y republicanism, lenguas que posibilitan el *"aprendizaje en la disciplina de la razón"*(404). Esta idea de una lengua que expresa a una sociedad más capacitada que otras para la racionalidad y el

²⁹⁵ El artículo se titula: *"El paraíso perdido* de Milton. Traducido del inglés por Aníbal Galindo, ciudadano de los Estados Unidos de Colombia". La nota de los editores de la *Revista* se extiende a lo largo de cuatro páginas. En el número 34, la *Revista del Río de la Plata*, continuando la posición explicitada en la nota del número 31 incorpora un artículo titulado "Un forastero en su patria" referido a la elegía de Thomas Gray, y en el número 35, se publica "La visión", texto que es presentado como "imitación" de Lord Byron aunque tiene mucho de traducción. Hago constar estos ejemplos para fundamentar mi afirmación de que el artículo sobre Milton no se trata de un caso aislado sino de un cambio de posición, o por lo menos, una ampliación de los alcances de la sección "Literatura" originalmente restringida a lo hispano-americano.

republicanismo, puede asociarse con otros comentarios que suelen aparecer en el seno de la revista en la sección titulada "Revista del mes", cuyos encargados - generalmente Vicente Fidel López o su hijo, Lucio- insisten en la necesidad de conocer la cultura inglesa a través del contacto directo con su lengua y abandonar, de algún modo, la fascinación que se había tenido con el modelo francés.²⁹⁶ El encargado de la nota editorial que acompaña la traducción del poeta inglés, considera que la lengua es el vehículo de una cultura, lo que impide la equiparación absoluta de dos lenguas diferentes pues los mundos que cada una de ellas representan son diferentes y no el mismo mundo con distintas etiquetas. En otras palabras, las lenguas categorizan la realidad de modos disímiles.

De acuerdo con esta idea, Gutiérrez considera que la situación óptima para una literatura y una sociedad en formación como la nuestra sería, la enseñanza de lenguas extranjeras. Dado que ese ideal era lejano en 1873, propone el fomento de la traducción como un paso intermedio que permitiría penetrar en la cosmovisión de las sociedades avanzadas. Deplora el desfase observable entre el movimiento y la producción intelectual de las literaturas anglófonas y la producción española. Con dolido acento, debe reconocer la enorme desventaja en que dicha situación nos coloca:

²⁹⁶ Las participaciones de los López son sumamente interesantes porque, fundamentalmente, Vicente Fidel captó muy acertadamente que nuestra relación comercial con Inglaterra era ventajosa para los británicos más que para nosotros y defendió, en esos aspectos, cierto proteccionismo de la industria nacional (Ver. "Fisonomía del mes", T.1.1871-159-199). El reclamo por la independencia económica, sustentada según López, en el desarrollo de nuestra industria nacional (¡1871!), no obstaculizó su permanente prédica a favor de un estudio concienzudo del sistema de gobierno inglés. En la nota correspondiente a esa sección, en el número 24 de 1873, a cargo, en este caso, de Lucio V. López, éste critica, al referirse a la necesidad de revisar los modelos educacionales y políticos ingleses, la excesiva admiración que se ha tenido por los franceses: *"Si la victoria de Prusia sobre Francia no se hubiera realizado, ésta nos hubiera absorbido: la Francia nunca fue un pueblo práctico por más que haya sido y sea un gran pueblo. Sólo los pueblos prácticos pueden ser grandes, felices y libres en los tiempos actuales y por eso que la Francia no es hoy ni grande, ni feliz ni libre. Uno de sus grandes enemigos ha sido su pasmoso talento de teorizar. Esta era nuestra escuela de la que afortunadamente hemos comenzado a emanciparnos en parte. Nuestro sistema político se reforma y se reforma bien"* (Lucio López 694).

Los españoles traducen no poco; pero se limitan a traducir del francés, y como traducen para su pueblo cuya índole social es completamente opuesta, en su masa, á la que la revolución de la independencia nos impuso y tenemos obligación y conveniencia en perfeccionar y robustecer, resulta que los libros calcados a trasluz de los textos franceses que importa el comercio de la librería peninsular, nutren poco el juicio del lector, y aun en la región de la ciencia inducen á la pereza y á la trivialidad(402).

Los términos del crítico son lo suficientemente taxativos como para pasar inadvertidos: los españoles seleccionan para traducir libros irrelevantes que *“nutren poco el juicio del lector”*. El propio Gutiérrez advierte la temeridad de un juicio tan categórico, y admite la existencia de excepciones. De todos modos insiste en la necesidad de traducciones, que sin dar la espalda a las civilizaciones de origen latino, ayuden a *“superar sus limitaciones”*(403).

El catálogo de defectos heredados de nuestros orígenes mediterráneos es extenso y se hace eco de representaciones que hemos señalado en otros textos de los autores del 80:

La tradición, la tiranía del dogma, el excesivo respeto por lo que creyó, estableció y dijo el maestro, la timidez para pensar por sí, la inhabilidad para discurrir con exclusivo auxilio de la razón propia, el predominio de la comunidad sobre los derechos individuales, el espíritu administrativo con tendencia a centralizarse personificándose en un nombre propio, son resabios inherentes á los pueblos meridionales, y dan origen á las crisis terribles porque actualmente pasan en ambos mundos esos mismos pueblos(403).

Como único modo de contrarestar estos efectos nocivos para el progreso de la civilización, Gutiérrez cree necesario aportar modelos provenientes de otros universos culturales, aún cuando hacerlo suponga ampliar los límites programáticamente propuestos para la publicación. Haciéndose eco de una idea que permea las valoraciones críticas del mundo anglosajón decimonónico, Gutiérrez postula el poema de Milton *“como uno de esos libros que deben manejar los hombres libres”*(403), pues en él la virtud se emplea *“para romper cadenas”*.²⁹⁷ Antes

²⁹⁷ Durante el siglo XIX el texto de Milton se vio como la amalgama de diferentes culturas(cristiana, judía y pagana) unidas en una epopeya de la cultura, y por lo tanto, se lo cargó de una función simbólica. La elección de una traducción de *El paraíso perdido* para exponer las ideas de una cultura inglesa a la vanguardia del progreso y del desarrollo, evidencia,

de ceder, definitivamente, la palabra al traductor neogranadino, el comentarista rioplatense concluye con una afirmación que no deja lugar a dudas con respecto a su valoración de Milton y de la cultura británica:

El poema de Milton es uno de los libros que deben manejar los hombres libres: en él la virtud es una fuerza empleada en romper cadenas y Satanás no es más que la sombría encarnación del tirano(...) El espíritu del poema miltoniano, explica porqué y cómo en el pueblo inglés el sentimiento religioso es un inspirador de independencia y fuente de aguas vivas para regar el **árbol de la libertad**²⁹⁸, que en el suelo británico es una encina y en otros suelos un arbusto sin savia cuyas amarillentas hojas solo destilan sangre(404).

¿Qué hacer desde la cultura letrada para que nuestra raquíca organización deje de destilar sangre? Para Gutiérrez, incorporar el idioma inglés, vehículo de una civilización más desarrollada, y al mismo tiempo, instrumento que favorecería las relaciones comerciales tanto con Inglaterra como con los Estados Unidos de América.

La posición sustentada por Gutiérrez no era, por lo demás, absolutamente original. Se podrían citar múltiples textos donde se observan apreciaciones semejantes. Por su clara explicitación, citaremos una carta que Sarmiento había enviado a un joven compatriota argentino, el 28 de abril de 1866. El joven le había pedido consejo acerca de qué competencias convenía desarrollar para convertirse en un político notable. Sarmiento no duda en responder:

¿ sabe usted inglés? Sin ese elemento para leer poco podrá Ud. hacer para contribuir á la mejora de las instituciones. La política requiere conocer el idioma de nuestra constitución. Sin el inglés no sabrá Ud. lo que importa la educación del pueblo ni la manera de desenvolverle(Sarmiento, ¿Sabe..? 103).

Si para Gutiérrez una civilización en busca de su desarrollo necesitaba ciudadanos que conocieran otros idiomas y leyeran traducciones de los libros que presentaban las cosmovisiones de esas sociedades, donde la libertad era una *“fuerte encina”*, la

como tantas otras instancias, el conocimiento á *la page*, que tenían nuestros “notables” de fines del siglo XIX.

²⁹⁸ La negrita es del original.

carta de Sarmiento abunda en el mismo sentido: el republicanismo hablaba inglés, por lo tanto, el mejor modo de “trasplantar” esas encinas, el único modo de cultivarlas, consistía en aprender ese idioma. De ahí su prédica en favor de la enseñanza del inglés en las escuelas como instrumento para hacer de los niños, ciudadanos. Quisiera llamar la atención sobre la respuesta de Sarmiento publicada y recuadrada en el periódico el *Correo del Domingo*, íntimamente ligado en 1866, al pensamiento de Santiago Estrada que no puede -bajo ningún aspecto- ser tildado con el mote peyorativo de extranjerizante, con que a menudo, la crítica literaria ha desvalorizado las opiniones de otros hombres del 80.

6.2. La lengua inglesa en la década del 80.

Aunque desde fines de 1860 y durante toda la década del 70, las publicaciones culturales insistieron en su prédica en favor de la enseñanza del inglés, el aprendizaje del idioma no se popularizó como práctica en la clase media, y las escuelas no alcanzaron el nivel que hombres como Sarmiento o Gutiérrez habían soñado. Sin embargo, los esfuerzos redundaron en la mayor cantidad de obras de las literaturas inglesa y norteamericana traducidas y publicadas por los diarios matutinos y vespertinos. Podemos mencionar, entre otros, la publicación por tiradas, de novelas de Robert Louis Stevenson, Charles Dickens y cuentos de Edgar Allan Poe. En general, se trataba de traducciones realizadas en el país para el diario que publicaba la obra.²⁹⁹ Independientemente de todas las propuestas, la situación se mantenía sin mayores modificaciones en la mitad de la década del 80. Los

²⁹⁹ En mayo de 1871, *La Nación* publica la traducción de los poemas de Ossian, *La Tribuna*, la traducción para el periódico de *David Copperfield*; el miércoles 13 de febrero de 1884, *La Nación*, entrega la primera traducción de *Los grandes viajes científicos* que incorporará fragmentos de los viajes de Humboldt, Darwin, etc. Por supuesto que también se seguían incorporando gran cantidad de traducciones de Jules Verne, de Ponson du Terrail y comenzarían, en esa misma época, las traducciones, especiales para los diarios porteños, de Zolá.

"notables" dominaban varias lenguas, cuyo aprendizaje había sido favorecido, en algunos casos, por la situación de exilio infantil, y en otros, por la posibilidad de viajar y residir en el Viejo Continente. Sin embargo, el grueso de la población, aún las personas que habían completado los ciclos escolares, carecían de formación en este aspecto.

Pedro Luis Barcia ha señalado en su *Historia de la historiografía literaria*, que en la decisión de enseñar literatura argentina como materia individualizable, la escuela media se anticipó respecto de la cátedra universitaria. En 1885, en la planificación del Colegio Nacional de Buenos Aires, figuraba entre los diversos programas, el de la asignatura "*Literatura española y de los estados hispanoamericanos*". Por ese mismo año, siempre según los datos citados por Barcia, los alumnos cursaban, en Quinto año, una materia denominada "*Estética y literaturas extranjeras*".

La situación es semejante en lo que se refiere al inglés. En el ámbito del Colegio Nacional Buenos Aires, en 1886 aparece un texto a cargo de Baldmar F. Dobranich, profesor de lengua y literatura inglesa, que propone una serie de innovaciones en lo que respecta a la enseñanza del idioma. Entre otros medios periodísticos, el diario *El Nacional* le dedica el 15 de mayo una extensa nota que trasciende el mero comentario bibliográfico y se detiene en las controversias que desde hacía varios años, generaba la enseñanza de la lengua y las literaturas en idioma extranjero.

El texto de Dobranich se titulaba "*Curso graduado de lengua inglesa*" y anunciaba, en el subtítulo, la incorporación de trozos escogidos de los principales "prosadores" ingleses del siglo XVII y XIX, acompañados por algunos sud-americanos. Cabe aclarar que la categoría "ingleses" no excluía a los autores

norteamericanos. En cambio, en la selección de textos en castellano que el alumno debía traducir al inglés, se dejaban de lado todos los autores peninsulares, opción que merece la única crítica que el comentarista periodístico le hace al texto. Deplora la ausencia de fragmentos de Menéndez Pelayo, Pereda, Jovellanos, quienes familiarizarían al alumno con *"bueno y puro estilo castizo"*(Curso 1).

Desde las líneas de la reseña bibliográfica, el comentarista, cuya identidad se esconde detrás del pseudónimo de "Guzmán, el bueno", realiza un diagnóstico del estado de las letras argentinas a mediados de la década del 80.

En primer lugar, lamenta el desconocimiento, en nuestro medio cultural, de las literaturas modernas en general y de la inglesa, en particular. De esta última, se lee poco y cuando se lo hace, se recurre a traducciones francesas que pecan por imponer su *"gusto refinado y meticuloso a la natural crudeza del genio inglés"*(Curso 1). Si las traducciones francesas son criticadas, las españolas, caracterizadas por *"la incuria de esta raza y la manía retórica y oratoria"*(1), son condenadas sin atenuantes. Nada puede esperarse de ellas. La primera y más urgente necesidad para lograr la divulgación de una literatura tan rica como la inglesa es, pues, la promoción de las actividades de traducción.

Un segundo aspecto deplorado por el autor del artículo es que el desconocimiento de los autores hispánicos de mérito, ha inclinado a los autores argentinos a la imitación servil de la literatura francesa, considerada (sin apuntar casos individuales) como una literatura bien labrada pero *"escasamente creadora"*(1). No vacila en acusar al modelo francés del estrechamiento de nuestras ideas, que han sido revestidas de apariencia y estilo, pero que carecen de las *"bellezas sustanciales"* que encuentra en otros modelos literarios.

Después de esta presentación del panorama existente en el ambiente literario porteño, "Guzmán el Bueno" ratifica su fe en que *"la literatura inglesa sostiene su supremacía sobre todas las literaturas modernas"*(1)³⁰⁰.

Destaquemos, al paso, el darwinismo literario que inspira todo el texto y acompañemos al autor en las razones sobre las que argumenta dicha supremacía: utilización de una lengua creada por una raza fuerte, fusión de *"crudeza natural y cultura"*, asimilación y transformación de las modas predominantes en el Continente. Con las siguientes palabras sintetiza su fervoroso apoyo al estudio concienzudo y reposado de la lengua y la literatura inglesas:

Después del estudio profundo de la propia lengua y de las llamadas clásicas, nada más útil y fructuoso para el desenvolvimiento literario que el conocimiento de la de una raza distinta, máxime cuando, como sucede con la inglesa, une tanta crudeza natural a tanta cultura.

Es pues de gran interés para nuestro progreso en las letras, este gusto por lo inglés, no ya sólo **comercial sino literario**³⁰¹ que empieza a manifestarse y esta tendencia tiene tantas probabilidades de propagarse y crece en la generación nueva(Curso 1).

Después de esta valoración positiva de la tarea fomentada por el Colegio Nacional, el autor del comentario, felicita la elección de textos realizada por el antologista pues considera encomiable el equilibrio entre textos ficcionales y fragmentos históricos y filosóficos, entre los textos escritos por británicos y los que usaban el inglés norteamericano.

El artículo de *El Nacional* que estamos comentando, da cuenta , en estos términos de la preocupación generacional por abandonar la insularidad literaria, al mismo tiempo que testimonia -¿a instancias del avance del naturalismo³⁰²?- el creciente cuestionamiento del seguimiento acríptico del modelo francés, carente,

³⁰⁰ El comentarista manifiesta su desacuerdo con quienes han afirmado que la literatura inglesa es la "superior de todas las conocidas". Sin que la apreciación parezca irónica ni satírica, no duda en afirmar que sólo tiene *"supremacía sobre todas las literaturas modernas"*(Curso 1).

³⁰¹ La negrita es del original.

³⁰² La relación de la prensa periódica con las producciones naturalistas fue, realmente, esquizofrénica. Se vitupera y se critica el gusto y los logros del movimiento artístico encabezado por Zolá, pero paulatinamente, los periódicos incorporan en sus páginas traducciones del autor francés.

según una sostenida corriente de opinión de la época, de vigor. A instancias de esta desvalorización de una literatura, cuya hegemonía paradigmática había sido incuestionable durante décadas, se reivindican algunos aspectos de la literatura hispánica, que pese a *“su falta de sobriedad y su deslumbramiento con el mal gusto”*, posee savia generosa que le permite mostrarse como una literatura de sustancia.

Cierro este panorama sobre las cuestiones que se debatían en torno a la lengua inglesa, con una mención de las posturas de Santiago Estrada y Martín García Mérou. El primero de ellos, considerado por María Minellono como figura arquetípica de los autores desplazados del “canon”, debido a sus preferencias estéticas disímiles a las de otros miembros de la coalición, no ignoró que la geografía sud-americana que había recorrido en sus viajes por el “interior”, no era el mundo. Aunque amó y cartografió histórica e imaginariamente la aldea y la pampa, nunca las confundió con el universo sino que, por el contrario, manifestó en diversas oportunidades, la necesidad de conocer otras lenguas y otras literaturas, que le permitieran al hombre de letras argentino, acceder a los *“textos escritos para la humanidad”*(Estrada, Teatro 24). Entre todos ellos, manifestó una predilección especial por Shakespeare de quien llegó a afirmar, parafraseando a Alejandro Dumas(padre) que *“el mundo teatral emana de Shakespeare como en el metafísico todo proviene del sol*(Estrada 25).

Desde su temprana juventud, Santiago Estrada se ocupó en las páginas del *Correo del Domingo*, de la necesidad de fomentar las traducciones. En 1879, con motivo de las representaciones shakespearianas del actor italiano, Rossi, Estrada reclama la elaboración de buenas traducciones del isabelino. Aunque sus

comentarios no alcanzan la estatura de una teoría de la traducción, no ahorra críticas a las traducciones españolas³⁰³.

La mano audaz de impíos traductores ha solido profanar las obras de Shakespeare y reducir sus proporciones con insolente ignorancia y desmedida falta de criterio(Estrada, Teatro 26).

Al referirse a la traducción que Moratín hizo de *Hamlet*, burlescamente apunta:

Moratín desprestigió a los pueblos de nuestra habla con su traducción de enemigo(Teatro 535).

Martín García Mérou, por su parte, se ocupa de la problemática en sus *Recuerdos literarios*, libro que constituye, a juicio de Barcia, “el único intento abarcador de signo historiográfico” de una generación que no supo o no quiso continuar la herencia historiográfica legada por Gutiérrez.

Enfoca la problemática de la traducción, encuadrándola dentro de otra más compleja y de más ardua solución, la controversia acerca de cuál debía ser la sustancia de la poesía. En cuanto a la traducción, podríamos colocar la posición de García Mérou como heredera directa de la posición de Bartolomé Mitre en cuanto que debería traducirse “*al pie de la letra*”. Cita las palabras del traductor de *La Divina Comedia*:

Las obras maestras de los grandes escritores y sobre todo las poéticas(dice en su teoría del traductor) **deben traducirse al pie de la letra**³⁰⁴, para que sean, al menos, un reflejo del original. Son textos bíblicos, que han entrado en la circulación universal como la buena moneda, con su cuño, y con su ley, y constituyen por su forma y por su fondo, elementos esenciales incorporados al intelecto y la conciencia humana(García Mérou, Recuerdos 123).

Bajo el pseudónimo de Juan Santos, García Mérou mantuvo, en varias intervenciones sobre el tema, una posición que podría ser catalogada como de “desconfianza” hacia las traducciones. Insiste, en múltiples ocasiones, en la “intraducibilidad” del poema, y en el caso de hacerlo, propone que el texto de llegada

³⁰³ Vuelvo a insistir en que esta posición cobra mayor significación por haber sido hecha por quien defendió, en más de una oportunidad, la necesidad de hacer justicia a la literatura española.

³⁰⁴ La negrita es del original.

se exprese en prosa. Acopia criterios de autoridad: Cervantes, Philàrete, Edmond Scherer, su propio hermano Enrique García Mérou. Todos ellos colaboran con citas en las que sustentan la imposibilidad de concretar una buena traducción, porque *“la traducción literal es un sacrificio y la traducción elegante una mentira”*(195).

¿Qué posición tomar en una literatura naciente que necesita de las traducciones para entrar en contacto con los *“buenos modelos”*? Pese a su rechazo, García Mérou aporta algunos parámetros que considera practicables: en primer lugar, traducir en prosa lo que originalmente está en verso de modo de conservar, como única pretensión, las ideas del original; en segundo lugar, aceptar y respetar, casi con unción de devoto, el texto de partida. Para referirse a la relación entre el traductor y el texto original, García Mérou hace uso de léxico religioso. El traductor debe presentarse ante la obra como un fiel ante la imagen inalcanzable de la divinidad. Sus máximas aspiraciones no pueden ir más allá de *“hacer una obra interesante”*(107) o alcanzar una *“relativa perfección”*(113).

Dos libertades están vedadas para el traductor: la primera, todo movimiento que lo aparte del original; la segunda, ejemplificada a través de la ridiculización de la traducción de *Hamlet* realizada por Moratín, es la pretensión –común a muchos traductores decimonónicos- de corregir al autor. Cuando se refiere al intento de traducción de Moratín, el discurso de García Mérou alcanza ribetes satíricos. Califica al traductor español como quien *“tiene el gracejo del elefante y la petulancia del magister”*(115) y acumula ejemplos de sus “impertinencias”.

Consideremos algunos de los ejemplos aportados por García Mérou como muestras de estos *“peligrosos”, “deplorables”* deformadores de las obras maestras. El *“inquisidor”* Moratín se ha creído en la necesidad de corregir al genio, y ante la expresión soldadesca de Francisco, *“not a mouse stirring”*(no se ha movido un ratón)

prefiere la que Racine pone en boca de Ifigenia: "*Mais tout dort, et l'armée, et les vents et Neptune*". No satisfecho con el cambio, Moratín comenta, a pie de página, que "*es necesaria mucha ignorancia o mucha pasión para dar tal fallo*"(114). García Mérou cierra sus reflexiones sobre Moratín y esa clase de traductores con las siguientes palabras:

Estas enérgicas reconvenciones se multiplican. Si Bernardo dice: "It was about to speak, when the cook crew", el gran Moratín frunce el entrecejo, toma su más imponente aspecto de *esprit fort* y amenazando con la palmeta al desaplicado alumno Shakespeare, hace las siguientes sensatísimas observaciones: "*Horacio que es hombre de estudios no debía creer los disparates que dice ni los que añade Marcelo acerca de los espíritus, las brujas, los encantos y planetas siniestros...El poeta dramático no ha de adular la ignorancia pública; su obligación es censurar los vicios e ilustrar el entendimiento*". Lástima que el infeliz autor de Hamlet, Macbeth, Rey Lear, no haya vivido en la época de Moratín, que hubiera podido consagrarse a ilustrarle el entendimiento arrojando al fuego todas esas insulsas y defectuosas payasadas que se llaman *Sueño de una noche de verano*, *Las alegres comadres de Windsor*, *El mercader de Venecia*, etcétera para enseñarle a hacer comedias sabrosas y rellenas de envidia como "*El Barón*" o "*La Mojigata*". ¡Oh, sublime pedante! (García Mérou 116).

A través de la presentación del "caso Moratín", García Mérou explicita sus críticas a toda concepción que considere al traductor al mismo nivel que el autor. Se trata para él de una cuestión de jerarquías. La exposición de los límites ridículos alcanzados por Moratín, le permite recluir al traductor a la función de mero auxiliar, intérprete ancilar del genio. La tarea del traductor no es sino la del fiel que, humildemente y de rodillas, se acerca a los textos sagrados que deben ser manipulados con extremo cuidado y respetados en su intencionalidad.³⁰⁵

³⁰⁵ Una perspectiva más amplia de la preocupación por el tema de la traducción podría obtenerse a partir de ciertas reflexiones que hace José Martí, relacionadas con su tarea de traductor de poetas norteamericanos para el diario *La Nación*, en 1884. Beatriz Colombi, en *El viaje intelectual*, le dedica un capítulo al tema. Para esta autora, Martí es uno de los primeros que expone, en Sud-América, una teoría moderna de la traducción "*cifrada en estos neologismos -traspensar, impensar- con los que señala una de las operaciones centrales del escritor de América latina en su encuentro con las literaturas centrales*"(Colombi 64).

6.3. La teoría de la traducción en Miguel Cané.

Como se desprende de las posiciones anteriormente comentadas, la problemática de la traducción asumía diferentes significaciones para los distintos actores del 80, sin que abandonara su centralidad. Más allá de las divergencias acerca de qué textos traducir y cómo hacerlo –servilismo frente al texto o “impensamiento”(la palabra es un neologismo de Martí)-, la práctica de la traducción se presentaba como un imperativo para las literaturas hispano-americanas, por un lado, alejadas de las literaturas de los países centrales, y por otro, en búsqueda de sus voces particulares.

En este estado de la cuestión, debemos considerar el prólogo de Miguel Cané a su traducción, *Enrique IV(Primera y segunda parte)* de William Shakespeare. La primera publicación, parcial, de este trabajo, posiblemente el más significativo en el plano de las traducciones realizadas por los hombres del 80, se publicó en el Tomo VII de *La Biblioteca*, dirigida por Paul Groussac, bajo el título de “El Falstaff de Shakspeare”. Este trabajo no debe ser confundido con un artículo anterior titulado también “Falstaff”, que puede considerarse el origen de muchos de los planteos retomados en 1898.

Según los datos aportados por el mismo Cané en el prólogo, la tarea de traducción había sido iniciada, con bastante antelación, en 1891. De todos modos, el producto de su trabajo se conoció en marzo de 1898 y en la entrega siguiente de *La Biblioteca*, se reprodujo la traducción de los Actos I y II. Finalmente, en 1900, la traducción completa, precedida de la correspondiente “Introducción” fue publicada en un volumen independiente.

Para abordar el estudio de este texto y su significación para el tema que estamos desarrollando, seguiremos tres pasos. En primer lugar, nos referiremos a

las consideraciones del autor sobre la problemática de la traducción y a sus criterios sobre la práctica. En segundo lugar, partiendo del aprecio por “lo shakespeariano” que se trasunta en la “Introducción” ampliaremos nuestra perspectiva hacia consideraciones acerca de “lo shakespeariano” en Cané y en otros autores del 80, dejando explícita constancia de que no nos referiremos a las presencias “concretas” en sus obras, pues éstas han sido exhaustivamente señaladas por Barcia en un estudio anteriormente comentado. En tercer lugar, insinuaremos una explicación de los motivos de Cané para preferir *Enrique IV*, ante tantas otras obras posibles.

6.3.1. Cané y su concepción de la traducción

En la dedicatoria “A la memoria de Aristóbulo del Valle” que precede a la traducción del *Enrique IV*, Miguel Cané, tras dar cuenta de la relación de filiación intelectual que su obra tiene con el amigo fallecido, asume una concepción de la tarea emprendida, calificada, a secas, como “*labor mecánica, que el contacto con el alma del poeta soberano hacía deliciosa*”(Cané, *Enrique 7*).

Esta primera calificación actúa como una suerte de profesión de fe, que será desmentida desde varios aspectos de la práctica. A lo largo de la “Introducción”, un aporte destacable para la crítica literaria de los 80, el traductor insiste en su actitud de adhesión afiliativa al texto pero sus reflexiones demuestran que su labor no fue un mero mecanismo de translación de códigos.

Señalamos anteriormente que uno de los propósitos que persigue un prólogo autoral es el señalamiento de los aportes originales del texto. Cané, conforme a esta tendencia, destaca un primer mérito de su trabajo: la primacía. Se trata de la primera traducción de *Enrique IV* al español. Como un crítico literario erudito y meticuloso,

Cané incorpora la nómina de traducciones españolas de Shakespeare, para destacar que Enrique IV no figuraba en ninguna de esas versiones.³⁰⁶

Segundo mérito enunciado por el autor: la fidelidad que su texto guarda con el original; en este sentido, su trabajo es orgullosamente contrapuesto a las versiones francesas, cuyo defecto principal radica en la blandura, la estilización, la “domesticación” de Shakespeare. Aunque declarado admirador del refinamiento galo, considera que al pulir el estilo las traducciones francesas le quitan al dramaturgo isabelino “*el golpe seco, el latigazo del verbo*”(33) que son dos de las notas más características del dramaturgo. En este aspecto, coincide con García Mérou en cuanto a que el traductor debe dar una nota “*lo más acabada posible*” de la obra de partida.

Una consideración especial merece la elección del estilo. Cané reniega de las perífrasis, tan características de las traducciones españolas, que “*emplean catorce o veinte versos en describir un melón, sin nombrarlo, en vez de decir lo que es tan cómodo, tan natural y más estético que lo otro: melón*”(36). Relacionada con la cuestión del buen gusto, Cané nos presenta las dudas que ha debido dilucidar a la hora de decidir qué hacer con las aparentes salidas de tono del isabelino. Advierte que desde Voltaire se ha insistido en las disonancias del “bárbaro sajón” y se pregunta qué debería haber hecho ante esas aparentes faltas de tono y civilidad. ¿Hubiera correspondido la eliminación, la “inquisición” a la que gráficamente aludía García Mérou? Cané se ha inclinado por el respeto de la obra de arte como todo acabado, como unidad sellada, y lo manifiesta con la siguiente acotación:

“Este Shakespeare tiene unas cosas! Comete faltas de buen tono, de civilidad, hasta de decencia, tan enormes que por respeto mismo es bueno eliminarlas”. De ahí a castrar el

³⁰⁶ Cané se refiere a las siguientes traducciones: Jaime Clark, Marqués de Dos Hermanas, Guillermo Macpherson, Marcelino Meléndez Pelayo, José Arnaldo Marques y traducciones de obras parciales a cargo de García Villalta, Carlos Coello, etc.

toro Farnesio o el Apolo de Belvedere o poner calzones de baños a las flamencas de Rubens, no hay más que un paso(36)

Cané considera que a fines del siglo XIX predomina un concepto más amplio del arte que le permite mantener esas “salidas de tono”, respetando el espíritu original del texto cuya alteración implicaría un cercenamiento de la intencionalidad del dramaturgo. El caso más complejo, en lo que respecta a esta cuestión, es el de la traducción de las escenas en que aparece Falstaff. Considero interesante incorporar el fragmento en que Cané expone las reflexiones que precedieron a la realización de la tarea:

Ahora una explicación indispensable: Falstaff es muy mal hablado, excesivamente mal hablado; es, sin reticencia, lo que los franceses llaman “mal embouché”. El príncipe, por momentos no le va a la zaga. En cuanto a Poins, Bardolfo, Peto, el mismo pajecillo, hay que convenir que no tienen un estilo de excesiva cultura. La honorable posadera y la no menos honesta Rompe-Sábanas podrían competir con el carretero de lengua más ágil en una lid de denuestos. Ahora bien, ¿cómo traducir las escenas de la taberna de Eastcheap o de la Cabeza de Jabalí? ¿Cubrir la prosa de Falstaff y sus compañeros con un pudoroso velo, y atenuando aquí, parafraseando allá, llegar a un estilo compungido y mojigato? ¿O traducir seca y bravamente, vocablo por vocablo, tratar de conservar el carácter, el sabor propio del diálogo, la índole de cada personaje?(Cané, Enrique 44).

Cané cuestiona, pero fundamentalmente se cuestiona la posibilidad de la traducción, la legitimidad de alterar el original. ¿Cómo pasar de un código a otro código sin traicionar al genio? ¿Cómo transitar de uno a otro lenguaje los insultos y las salidas de tono, si los códigos no son equiparables ni las sociedades que los producen intercambiables?

Consideremos algunos ejemplos del modo como resolvió estas dificultades. Enfocaremos, para tal fin, la escena tercera del Acto III. Se trata de una de las escenas en Eastcheap. Hal acaba de recibir una dura reprimenda por parte de su padre, que le ha recriminado sus conductas licenciosas. Acaba de prometer un cambio. La escena que nos ocupa muestra la contracara de su personalidad. Es una de las escenas que suele considerarse como muestra de la doble paternidad que

debe resolver el príncipe: Harry, que indica y representa el deber, ser contrapuesto a Falstaff, encarnación del hedonismo, la sensualidad y el ingenio.

El primer momento de esa escena nos presenta a Falstaff lamentándose por el paso del tiempo. Es el lamento del hombre vital que advierte que el físico no acompaña sus inextinguibles apetencias de disfrutar la vida:

Fal. Bardolph, am I not fallen away vilely since this last action? Do I not bate? Do I not dwindle? Why, my skin hangs about me like an old lady's loose gown. I am withered like an old apple-john. Well, I'll repent, and that suddenly, while I am in some liking; I shall be out of heart shortly, and then I shall have no strength to repent. And I have not forgotten what the inside of a church is made of, I am a peppercorn, a brewer's horse: the inside of a church! Company, villainous company, hath been the spoil of me.

Bard. Sir John, you are so fretful you cannot live long.

Fal. Why, there is it: come, sing me a bawdy song, make me merry. I was so virtuously given as a gentleman need to be; virtuous enough; swore little; diced not above seven times –a week; went to a bawdy-house not above once in a quarter-of an hour; paid money that I borrowed-three or four times; lived well, and in good compass; and now I live out of all order, out of all compass. (Shakespeare, King 110)

Cané traduce este diálogo de la siguiente manera:

Falstaff.-Bardolfo, ¿no encuentras que he alojado indignamente después de esta última empresa? ¿No estoy disminuido? /No he mermado? Mira, mi piel cuelga sobre mí como el pellejo suelto de una vieja lady; estoy marchito como una manzana de invierno. Bien; quiero arrepentirme, y eso súbitamente, mientras estoy aún en estado: pronto va a faltarme el corazón y entonces no tendré ya la fuerza para hacerlo. Si no he olvidado cómo está hecho el interior de una iglesia, soy una piltrafa, un rocín cervecero. ¡El interior de una iglesia! ¡La compañía, la mala compañía ha sido mi perdición!

Bardolfo.-Sir John, estáis tan mohino que no viviréis mucho tiempo.

Fastaff.-Eso, eso es; ven, cántame una canción de burdel, alégrame. ¡Estaba yo tan virtuosamente dotado, cuanto es necesario a un caballero; suficientemente virtuoso; juraba poco; a los dados, jugaba no más de siete veces por semana; a p..., no iba más que una vez cada cuarto...de hora; devolver el dinero prestado, lo hice tres o cuatro veces; vivía bien y en la justa medida...y ahora llevo una vida fuera de todo orden, fuera de toda medida! (cané, Enrique 122)

Me limitaré a llamar la atención sobre algunos casos particulares que testimonian el detenimiento en la realización de la traducción. Si tradujera literalmente (palabra a palabra), “old apple-john” debería traducirse como “vieja manzana de San Juan”. Así lo hace, en una traducción española posterior a la de Cané, Luis Astrana Marín, quien -ignoro por qué razón- cambia de fruta y prefiere la expresión “pera de San Juan”. Cané, seguramente a instancias de las ediciones anotadas que confiesa

haber consultado, sabe que las “manzanas de San Juan” estaban asociadas con los festejos del 24 de junio -comienzos del verano en Inglaterra- y que tenían la particularidad de conservar el interior en perfectas condiciones desde el invierno hasta ese día, aunque la piel exterior de la fruta se arrugaba notoriamente. Falstaff usa deliberadamente la imagen. Cané, posiblemente consciente, de que “manzana de San Juan” no connotaría nada en particular al lector argentino, prefiere colocar “manzana de invierno”.

Más adelante, tras manifestar su decisión de conversión, Falstaff se designa a sí mismo como un “pepercorn”. Según los comentaristas, una suerte de diminutivo de uso infrecuente. Astrana Marín, traduce literalmente, “grano de pimienta”, Cané prefiere mantener el valor peyorativo del vocablo y lo “impiensa” como “piltrafa”, “parte de carne flaca que no tiene más que el pellejo”. Del mismo modo, interpreta el subjetivema presente en “brewer’s horse” que designaría, en inglés, a un caballo notoriamente decrepito. El vocablo es traducido por “rocín” que mantiene el valor despreciativo. En su elección de los términos y en la intención de preservar la “otra voz”, se advierte que Cané ha meditado sobre las anotaciones aportadas por los editores ingleses que prolijamente enumera en otra parte del trabajo.

En cuanto a un Falstaff, mal hablado, fiel a lo enunciado en la “Introducción” el traductor mantiene los dobles sentidos y las palabras procaces utilizadas por el personaje, limitándose – tal el caso de la reiteración en el original de “bawdy”- a disminuir la frecuencia de su uso. Cabe consignar que en los casos ejemplificados, Cané no hace ninguna aclaración y se limita a traducir.

Otra conducta sigue cuando se trata de “dobles sentidos”: en estos casos suele advertir al lector sobre la intraducibilidad de los juegos de palabras. Tomemos

como ejemplo un intercambio de palabras entre Hal y Falstaff en la escena II del Acto I:

Fal Well, Hal, well; and in some sort it jumps with my humour, as well as waiting in the court, I can tell.

Prince. For obtaining of suits?

Fal. Yea, for obtaining of suits, whereof the hangman hath no lean wardrobe. 'Sblood, I am as melancholy as a gib cat, or a lugged bear. (Shakespeare, King Henry 13)

El traductor lo resuelve de la siguiente manera:

Falstaff.-Bueno, Hal, bueno; hasta cierto punto, ese oficio me me conviene tanto como el de cortesano, te lo aseguro.

Enrique.-¿ Para obtener favores?

Falstaff.- Sí, para obtener...vestidos, porque el verdugo, como sabes, no tiene desprovisto el guardarropa...¡Ay de mí! Estoy melancólico como un gato escaldado o un oso de hociguera(Cané, Enrique 59).

A pie de página incorpora una nota aclaratoria sobre el juego de palabras, intraducible, pues "suits" significaba esperar favores de la corte (*"being a suitor in the royal court for preferment"*), y al mismo tiempo, se utilizaba con el sentido de esperar el cumplimiento de una sentencia (*"waiting about the law-court for the felon's robes, which were the hangman's perquisite"*).

Retomemos la dedicatoria. Había calificado a la tarea de traducción como una mera actividad mecánica. Los ejemplos que hemos incorporado que podrían ser multiplicados, testimonian que la práctica de Cané no fue tan mecánica como él mismo la presentaba y se nutrió de una consulta de las ediciones inglesas más autorizadas. Al mismo tiempo, se advierte preocupación por la fidelidad al espíritu de la obra que no siempre implica fidelidad a la letra.

Nos hemos referido a la toma de posiciones en el plano del discurso y del código. No deberíamos desatender una decisión no explicitada por Cané pero que precede a todas las señaladas anteriormente: Cané traduce *Enrique IV*, en su integridad. Tanto la primera como la segunda parte. Esto que parece algo obvio no era así en el siglo XIX, que cuestionó en más de una oportunidad la estructura de la

tragedia. En general, las posiciones se dividieron entre quienes sostenían que la obra estaba constituida por dos tragedias separadas y separables, y quienes abogaban por la indestructible unidad. En realidad, el problema ya había sido planteado en 1746 por John Upton, quien en *Critical Observations of Shakespeare*, trató por todos los medios de mostrar la falsedad de los clichés, universalmente aceptados hasta ese momento, de la “incultura” del isabelino y de la “naturaleza caótica de sus estructuras dramáticas”. Este autor sostuvo, en primer lugar, que cada una de las partes del *Enrique IV* presentaba su propio comienzo, nudo y desenlace, tal como lo requería la más estricta ortodoxia aristotélica, pero consideró, por sobre todo, que era muestra de una “lectura injuriosa y desatenta”(Upton 42) la pretensión de dividir la obra. El Dr. Johnson, agregaría el argumento de que las obras “eran sólo dos porque eran muy largas para ser una”(Jenkins 153). Johnson, cuyo magisterio Cané invoca en la “Introducción” sostuvo, en todo momento, que podían aparecer como dramas separados sólo para quienes los consideraban desde la perspectiva de la “ambición por descubrimientos críticos”(Jenkins 156). Por su parte, Malone, también citado por Cané, no coincide con Johnson e incluso apoya su disidencia en evidencias históricas, que le permiten conjeturar que la segunda parte no estaba “ni siquiera concebida cuando ya la primera era un éxito”(Jenkins 157).

No corresponde en este momento ahondar sobre la problemática estructural de *Enrique IV*, sin embargo, resulta destacable la toma de posición realizada por Miguel Cané, quien, de acuerdo con la bibliografía que da muestras de conocer, no ignoraba el debate y toma partido por la posición “unitaria”. Para Cané, la Parte I inicia una acción que no adquiere perspectiva simbólica sino a partir de la finalización de la acción dramatizada en la parte II. Insisto, una vez más, en la capacidad lectiva de Cané: cuando al final de la “Introducción” afirma que había

tenido la intención de poner como título “Falstaff”, no sólo está dando muestras de su admiración por el personaje sino también de su captación de uno de los elementos que aseguran la unicidad de las dos partes del drama.

6.4. La pasión shakespeariana de los hombres del 80.

Antes de intentar dar respuesta a los motivos que guiaron la elección de Cané por la obra traducida, conviene preguntarnos acerca de la naturaleza de la relación que los hombres del 80 tuvieron con Shakespeare. Admiración es la palabra que mejor resume el carácter de su acercamiento. No sólo Mansilla sino Cané, Lucio V. López y Eduardo Wilde se refieren al dramaturgo en las más diversas y variadas situaciones. A ellos debe sumarse, entre otros, Santiago Estrada quien pone de manifiesto un sólido conocimiento de la obra shakespearina. Ya hemos adelantado que la exhaustividad del trabajo de Barcia sobre estos contactos nos exime de toda necesidad de abundar en citas y alusiones. Nos centraremos, por lo tanto, en un planteo estrictamente vinculado con la relación que estas lecturas tuvieron con la “presencia de lo inglés” y su representación.

Primera línea de reflexión: la universalidad de Shakespeare. El autor no fue para los hombres del 80, exclusivamente inglés, aunque representara lo inglés en su máxima expresión. Quiero decir: pese a su “anglicismo”, el isabelino era visto como un genio universal. Este tipo de consideraciones no era original de nuestros escritores y críticos sino que constituía un lugar común a fines del siglo XIX.

Hemos señalado, en el capítulo anterior, que durante los años en que Shakespeare actuó y dirigió obras en los teatros del Southbank londinense, y más tarde, en un período que se prolongó hasta 1660, su condición fue la de *primus inter pares*, aún cuando el año 1623 señaló un primer escalón en el ascenso de la fama

del autor. Durante ese año se publicaron, en un volumen *in folio*, 36 obras que fueron clasificadas en “comedias”, “tragedias” e “historia”. John Heminges y Henry Condell, actores compañeros de William, fueron los responsables de la edición, y lamentaron que la muerte del dramaturgo hubiera impedido la fijación de los textos. Aclaran a los lectores –el volumen supone el acto de lectura y no el hecho teatral– algunas cuestiones relacionadas con el modo de composición de Shakespeare:

His mind and hand went together. And what he thought, he uttered with that easiness, that we have scarce received from him a blot in his papers. But it is not our province, who only gather his works, and give them you, to praise him. It is yours that read him. And there we hope, to your diverse capacities, you will find enough, both to draw, and hold you: for his wit can no more lie hid, then it could be lost. Read him, therefore; and again and again: And if them you do not like him, surely you are in some manifest danger, not to understand him. (Wells and Taylor XIV).

El fragmento refleja, poco tiempo después de la muerte del autor, el crecimiento de su prestigio y resulta llamativa la apelación de sus compañeros a la necesidad de leer y releer las obras para arribar a la captación de su profundidad. La invitación es a leer “again and again”, casi como una profecía de la fama universal que los textos alcanzarían. El prefacio de Heminges y Condell puede ser considerado, sin lugar a duda, el comienzo del largo camino ascendente, que, desde entonces, seguiría la fama del isabelino. Cuando en 1642 se produjo el cierre de los teatros, las obras de Shakespeare subsistieron a través de la fijación por medio de la escritura.

Durante el período posterior a la Restauración asistimos a la “instalación” de Shakespeare como “poeta nacional inglés”, posición que se se fue edificando a través de la realización de múltiples acciones, no siempre programadas a tal fin, entre las que cabe destacar: revalorización de los papeles femeninos que comenzaron a ser representados por mujeres, reproducción escolar de las obras,

incorporación de aparato crítico a las ediciones³⁰⁷, incorporación del estudio de las obras en la curricula escolar. Fue en ese mismo período, cuando los alumnos de las diferentes escuelas inglesas comenzaron a representar los dramas shakespearianos³⁰⁸, y Stratford-upon-Avon se fue desarrollando como lugar de peregrinación secular.

La cultura neo-clásica de la Restauración forzó la relación con los modelos latinos y se preocupó por debatir el grado de educación alcanzado por el autor. Anteriormente nos hemos referido al texto de John Dryden, que en 1668 realiza la defensa del autor.

En el siglo XVIII, Samuel Johnson, cuya edición anotada de las obras de Shakespeare fue publicada en 1765, se preguntó a sí mismo cuáles eran las peculiaridades que habían generado la consagración del autor, y se respondió con las siguientes palabras:

Shakespeare is above all writers...the poet of nature, the poet that holds up to his readers a faithful mirrour of manners and life. His characters are not modified by the customs of particular places, unpractised by the rest of the world; by the peculiarities of studies or professions, which can operate but upon small numbers; or by accidents of transient fashions or temporary opinions: they are the genuine progeny of common humanity, such as the world will always supply, and observation will always find (Johnson viii-ix).

Para Johnson la clave de la alta estima que goza Shakespeare se debía a que el autor familiariza lo maravilloso y aproxima lo remoto porque el centro de su obra no es el héroe sino el hombre. Su virtud primordial es *"la representación de lo humano"*. Esta característica le permite trasponer los límites de la nación y acercarse a la condición de genio universal.

³⁰⁷ La primera edición que incorporó aparato crítico fue la de Rowe. Cané se muestra, en este aspecto, adecuadamente informado.

³⁰⁸ La primera representación escolar de un texto de William Shakespeare de la que se tenga noticia, tuvo lugar en 1728, por los alumnos de la Westminster School. Llevaron a escena *Julio César*.

Si avanzamos hasta llegar al siglo XIX, advertimos que el romanticismo revaloriza la genialidad del dramaturgo, y lo hace desde distintas perspectivas y por razones muy disímiles. Para Johann Wolfgang Goethe, el poder del isabelino estaba fundamentalmente en el lenguaje mientras que August von Schlegel revalorizaba los dramas históricos y elevaba a Falstaff a la condición de *“corona de las creaciones cómicas de Shakespeare”*(Smith 20). Resulta evidente que, pasado el Romanticismo, el siglo XIX entró en una verdadera “bardolatría” que podría ser epitomizada a través del capítulo *“The hero as Poet”* de Thomas Carlyle, quien al referirse al isabelino apunta:

Here, I say, is an English King whom no time or chance, Parliament or combination of Parliaments, can dethrone! This King Shakespeare does not he shine, in crowned sovereignty over us all, as the noblest, gentlest, yet strongest of rallying-signs; indestructible(Carlyle 97).

La sucinta línea cronológica que hemos trazado, en la que sólo nos hemos detenido en los mojones fundamentales, permite advertir que , poco a poco, se fue labrando la idea de un “poeta-rey”, de un “poeta héroe” y fundamentalmente, de un poeta que, de algún modo, era -conforme una expresión actualmente usada por Harold Bloom- *“el inventor de lo humano”*. En ese sentido pertenecía a los ingleses, cuya cosmovisión representaba en un grado superlativo, pero también los trascendía.

No deja de llamar la atención hallar todas estas líneas críticas entre las apreciaciones que los autores argentinos del 80 realizan de Shakespeare. En este aspecto, como en tantos otros, se mostraron actualizados con respecto a las corrientes de opinión que circulaban en los medios literarios de los países centrales.

Una segunda línea de reflexión: la admiración de nuestros autores por el isabelino precede, en mucho, al arribo del actor Rossi, pero las actuaciones del

italiano y las de otros actores arribados a nuestra aldea/ciudad contribuyeron a alimentar un entusiasmo que ya era grande.³⁰⁹

Consideremos algunos testimonios de esta predilección. Cané, en una epístola enviada a Enrique Rodó, el 21 de marzo de 1901, con motivo de la publicación de *Ariel*, resume, por un lado la consideración que el isabelino merecía en el siglo XIX, y por otro lado, deja un claro testimonio de su predilección por el autor:

El solo título de su libro me llevó, una vez más a vivir horas mágicas, breves, pero siempre fecundas en compañía del poeta admirable que, a medida que el tiempo corre, se levanta sobre el horizonte humano y se engrandece con mayor vigor, si cabe, que el de su pueblo y el de su raza. En mi juventud, nunca dejé pasar un mes sin leer una pieza de Shakespeare. Hoy mismo, raro es el año que no lea *La tempestad* y el *Midsummer's*. Hay en la melancolía serena y afectuosa de Próspero un eco tan profundo y sincero de lo que pasa en el alma de aquellos que llegan a la altura de la vida en que me encuentro, que casi me es difícil concebir sea comprendido por los que no la han alcanzado (Saenz Hayes 477).

Para Cané, Shakespeare es lo humano, la captación de un modo de vida o un estado de la vida humana. Coincide con Johnson³¹⁰ en que los personajes creados por el isabelino trascienden su individualidad debido a que alcanzan la imitación de la naturaleza³¹¹. En esta epístola, en la que de alguna manera confiesa su "canon personal", Miguel Cané admite el lugar privilegiado que siempre le ha reservado a Shakespeare.

³⁰⁹ La mayor parte de los autores "notables" comenta las actuaciones de Rossi en 1879. Cabe aclarar que el actor ya había estado en Buenos Aires en 1871 como se desprende del artículo "Fisonomía del mes" aparecido en la *Revista del Río de La Plata* correspondiente al año 1871. Allí, Vicente Fidel López acota: *No hace mucho que la célebre Ristori conmovía nuestras almas con los ecos de su estro trágico, desde el teatro hasta los rincones del hogar. Hoy tenemos a Rossi; y si en aquella era pobre, por no decir otra cosa, el vulgarísimo repertorio á cuyo través exponía sus talentos, el repertorio de Rossi es lo más encumbrado que conoce el arte trágico. Libres son todos para criticar los detalles con que el artista interpreta los héroicos caracteres consagrados en la historia del drama; pero nadie puede negar con justicia la profunda filosofía, el sério estudio del alma humana, la riqueza y la variedad de los medios con que nos exhibe al personaje mismo creado por el poeta. Otello, tierno y blandamente erótico en los momentos alhagüenos de la pasión, solícito en los instintos carnales(...) Hamlet, hipocondríaco e inocente al mismo tiempo...*(Vicente F. López, *Fisonomía* 198-199)

³¹⁰ No es exageración hablar de "coincidencia". La "Introducción" a *Enrique IV* demuestra que Cané había consultado las ediciones de las obras shakespearianas anotadas y comentadas por Johnson.

³¹¹ Esta misma idea la retoma Harold Bloom, quien en ningún momento oculta su enorme deuda con Johnson.

Idéntica predilección, puede rastrearse en Mansilla, quien incluso en 1868, había utilizado el pseudónimo de “Falstaff” para firmar sus contribuciones en el periódico *La Tribuna*³¹². Su manejo de los textos se evidencia en la cantidad de citas del dramaturgo, que con comillas o sin ellas, en inglés o en castellano, incorpora en sus obras³¹³.

Lucio V. López confiesa, por su parte, en más de una oportunidad, su lectura apasionada y crítica de los textos shakespearianos, y cuando durante su viaje a Europa asiste a los teatros londinenses, sus comentarios ponen de manifiesto lecturas previas y concienzudas de los textos. Su admiración por los logros del autor nacido en Stratford-upon-Avon se constituye en la razón fundamental sobre la que basa su preferencia por el teatro inglés frente a su competidor francés. En 1880, en la epístola titulada “Crónica parisiense” establece el siguiente paralelismo entre los personajes neoclásicos franceses y los personajes humanos del isabelino:

¡Qué fenómeno singular! En Francia, donde las facultades de asimilación son pasmosas, Shakespeare nunca ha sido interpretado, ni su influencia ha formado una escuela nueva de artistas y de escritores. Se le ha estudiado, comentado y popularizado; pero ni la escena nacional ni los teatros libres lo han acometido nunca con sus intérpretes. Va sobreentendido que no tomo en cuenta ni el *Otelo* francés, ni el *Lear*, ni otros remedos débiles del genio que han hecho su época y que hoy nadie piensa en exhumar. Racine y Corneille que explotaron el teatro griego, que copiaron a Sófocles e imitaron a Esquilo, adoptaron sus formas, usurparon sus personajes, reprodujeron sus leyendas, pero no conocían ni el pueblo, ni las costumbres, ni el carácter de la sociedad griega. Así todos sus héroes arengan pero carecen de acción. Shakespeare, cuando mordió un argumento en la historia antigua, lo animó restaurando sus personajes a la acción y a la vida (López, Recuerdos 338).

La cita habla por sí misma. No obstante, quisiera señalar el uso del léxico. Los autores franceses “usurpan”, “adoptan”, “imitan”, “explotan”, “copian” y pese a todas estas acciones no logran imponer personajes a la vida. Shakespeare, quien apenas “muere” en otros autores, **anima** cada historia o cada personaje que sale de su imaginación.

³¹² Confrontar Juan Carlos Ghiano “Lucio V. Mansilla”. Introducción. Op.cit.

³¹³ Confrontar, Pedro Luis Barcia, “Shakespeare en la Argentina”. Op.cit.

López destaca, en otra oportunidad, la capacidad de Shakespeare para plasmar personajes femeninos (Porcia, la hija menor de Lear, Julieta y su preferida Ofelia) se le presentan como modelos simbólicos de la belleza y el equilibrio de la mujer inglesa.

En síntesis, para López, el teatro inglés ha llegado con Shakespeare a colmar el vaso y no necesita otra gloria pues tiene *“suficiente con Guillermo Shakespeare, el sublime pintor de caracteres, de sentimientos y contrastes”* (Recuerdos 161).

Si todas estas citas testimonian un conocimiento concienzudo de la obra del dramaturgo, la presencia de Rossi en Buenos Aires, fundamentalmente su presentación en el Politeama en la temporada de 1879, produjo “un movimiento de moda” que Miguel Cané y otros miembros de la élite han relatado. Observemos la actuación, en este caso, de Santiago Estrada. Según testimonio de Cané, era él quien conocía al actor y quien realizó las presentaciones.

En los artículos de crítica teatral, Santiago Estrada presenta una perspectiva diferente pues no sólo comenta la textualidad sino que deja constancia de una percepción fina del hecho teatral y de los signos de escenario aludidos a través de consideraciones acerca de la entonación de la voz o la felicidad y pertinencia de los desplazamientos del actor en el escenario.³¹⁴ En general, Estrada coincide con Cané y con Johnson en su valoración de Shakespeare al que califica de “genio universal”, y se opone a quienes creen que es exclusivamente el escritor de *‘un pueblo que empezaba a ser grande, que iba a extender su imperio y mejorar su civilización propia y a difundirla por todas las regiones de la tierra’* (Rey Lear 23). Contrario a quienes consideraban la civilización inglesa como superior a otras, por razones

³¹⁴ En un comentario sobre la puesta de *Otelo* de Shakespeare, representado por Rossi, acota: *“La voz de Rossi parece obedecer ciegamente á un registro oculto, que la modifica y concierta según la voluntad del que lo pulsa. Rossi es un gran órgano que tiene la pasión por fuelle, el corazón por registro”* (Teatro 21).

raciales, Estrada prefiere referirse a la universalidad de Shakespeare, que a su juicio, se cimentaba sobre la captación de las pasiones que afectan a todos los seres humanos.

Conocedor de los estudios críticos de Villemain, Aubrey, Rowe, Campbell, Malone, Weeland, Schlegel, Lessing, Víctor Hugo y Wisseman, Estrada advierte las negociaciones que el “genio” ha entablado con la historia, la crónica popular, los romances antiguos, los refranes populares. Con todos estos materiales el isabelino ha obtenido una amalgama originalísima, que le ha permitido rescatar ese material de modo de sacarlo “*de la mala sociedad para hacerlo entrar en la buena*”.

No deberíamos dejar de advertir que Estrada, en más de una oportunidad (lo mismo hará Cané) relaciona los textos isabelinos con la realidad histórica que le corresponde vivir. Así advierte, en el Rey Lear y su egoísmo por conservar la autoridad declinando sus responsabilidades, un símbolo de muchos gobernantes de la época. Lo mismo ocurre con *Hamlet*, que en el país del “*curso forzoso*” (Estrada, *Teatro 533*) parece una obra escrita para el agitado presente argentino. En este sentido, las lecturas de Estrada se van ensombreciendo. Cada vez más, el danés representa aspectos de una realidad argentina que motiva la pérdida del optimismo que caracterizaba al año 1879. Esta situación se advierte en la crítica que realiza, en la década del 90, como comentario de la actuación del actor Emanuel. Fundamentalmente, es la situación del contexto de recepción la que se ha modificado:

Hamlet es un mundo pequeño. Parece imposible que el fausto de una corte brillante oculte la miseria y delitos de un antro miserable, que los gusanos hormiguen en el mausoleo de alabastro cándido, que los infusorios del cólera fermenten en los sitios en que brotan las orquídeas, embellecidos por el esplendor de la victoria regia. En la corte alegre de Elsingor se agitan en la sombra la traición, la hipocresía, el crimen, la incertidumbre, la duda y el escepticismo. ¿Qué importa que a su lado se deslicen ocultas y mudas de horror, la lealtad, el valor, la inocencia y la virtud? El nuevo rey ha subido al trono pisando un cadáver que le ha servido de escalón. Le rodean una esposa incestuosa, calumniadores, bufones grotescos, que con el precio del escarnio compran el

pan que desdeñarían muchos presidiarios, aduladores del éxito, descreídos para quienes la honradez acrisolada es pura vanidad(Estrada, Teatro 536)

En el país del curso forzoso y del agio, el mensaje de Hamlet se actualiza de modo diferente para el receptor y se prioriza la pintura de la corrupción disolvente, de la descomposición social. Una y otra vez Estrada, crítico teatral, modifica de acuerdo con el contexto, su recepción de la obra.

6.5. ¿ Por qué *Enrique IV*?

De acuerdo con los testimonios anteriormente expuestos, Shakespeare fue una presencia sostenida en la formación y en el gusto de los autores del 80, fundamentalmente para aquellos que miraban hacia el otro lado del Atlántico. Aunque Paul Groussac cuando define la obra de Miguel Cané, insiste en varias oportunidades sobre la “finura francesa” que caracterizaba e influía en toda su producción, uno no puede dejar de advertir la predilección que manifestó por el dramaturgo isabelino. Se pueden hallar afirmaciones en este sentido en los diversos períodos de su dilatada carrera literaria.

En 1879, con motivo de realizar una crítica literaria de dos novelas de Rodolfo Töpffer, se refiere a la capacidad creativa del dramaturgo isabelino con las siguientes palabras:

Uno de los rasgos distintivos de las buenas obras es que en ellas no hay figuras ni personajes realmente de segundo orden.

Shakespeare cuida cariñosamente desde su héroe hasta el último de los seres que se agitan en el vasto cuadro de sus dramas.

En Hamlet el sepulturero es un personaje de primer orden y no hace más que aparecer un instante. Del mismo modo el viejo que vende a Romeo el veneno fatal, llama a sí la atención desde el primer momento.(Ensayos 126).

En esta oportunidad puntualiza la capacidad creadora de caracteres; una vez más, la invención de lo humano.

En otro ensayo, en este caso de 1875, al referirse a los logros del poeta Ricardo Gutiérrez bosqueja lo que él denomina “hombre de espíritu” y una vez más, el modelo que acude a su representación es el de William Shakespeare, a quien presenta en los siguientes términos:

Llamo hombres espirituales aquellos que han abarcado en su conjunto el ideal del arte moderno; a los que han adivinado su carácter íntimo, esa mezcla inexplicable de grandioso y grotesco que lo distingue profundamente de las manifestaciones artísticas de la antigüedad. Para explicarme más claramente si es necesario, recordaré que es ése el rasgo distintivo de los grandes maestros de los tiempos modernos; Shakespeare era rudamente criticado por los escritores del siglo XVIII precisamente por la antítesis constante de su espíritu: Falstaff al lado de Enrique, Polonio junto a Hamlet. Entretanto, el criterio moderno lo ha realizado y justificado (Ensayos 157).

En este caso se puntualizan los aportes de Shakespeare en cuanto dramaturgo moderno. Ya hemos citado, una carta de 1901 en la que reconoce su prolongada relación con el isabelino. Las referencias podrían multiplicarse, pero todas ellas serían variaciones de lo mismo: Shakespeare presentado en su genialidad. Una y otra vez, repite y asiente con la frase de Dumas: *“Después de Dios, Shakespeare es el hombre que ha creado más”*.

Entre todas estos comentarios, habría que mencionar, como adelanto más sostenido de su intención de emprender la tarea de traducción de una obra del dramaturgo, dos ensayos que pueden ser encuadrados dentro de la “crítica literaria”. El primero de ellos, “El ‘Hamlet’ de Rossi”, de 1879, estrechamente relacionado con la presentación de Rossi en el Politeama; el segundo “Falstaff”, de 1884, aunque posterior también se relaciona de algún modo con el actor. Más allá del contexto de producción, ambos ensayos dan cuenta de las reflexiones de Cané sobre los textos aludidos.

En “El ‘Hamlet’ de Rossi”, Cané parte de un acto de confesión: acepta la atracción que siempre ha ejercido sobre él *Hamlet*. No alardea entendimiento cabal

de la tragedia, pues admite falta de capacidad para captar la profundidad del texto.

Lo dice abiertamente:

Este drama me subyuga, me impone(..)He pasado muchos años sin entender el *Hamlet* y hoy mismo mi inteligencia sólo comprende vagamente esa encarnación del pensamiento humano(Charlas 145).

Sin embargo, apunta ciertas reflexiones personales. En primer lugar, se aparta de quienes creen que lo medular en la tragedia es la trama de la venganza. Para él, el conflicto central pasa por otro lado y se encuentra en la relación desencantada que Hamlet mantiene con la realidad. Señala a Hamlet como a un hombre adelantado a su "época", exposición genial de las³¹⁵ dudas e incertidumbres que se han apoderado del hombre moderno. No olvidemos que es un Cané de aproximadamente 30 años el que reflexiona:

He ahí donde llega la vaga fantasía humana cuando no señala límites a su acción, cuando se aferra a los problemas de la vida y pierde en el abismo gota a gota la sangre generosa de la confianza y la fe. Viaje sin término, cada etapa agrega un dato a la experiencia, la razón se aguza, se levanta del nivel de la existencia diaria, se habitúa a regiones altas y supremas.

Llamad luego a ese espíritu a las realidades del mundo, recordadle que el hombre nace del vientre de la mujer y queda ligado a ésta por el vínculo del amor; que ha habido un ser real y positivo sobre la tierra que se llamó como él Hamlet y que lo engendró; desenvolved ante su mirada habituada a vagar en el espacio, el cuadro negro del crimen(...) Baja, baja de las nubes, hamlet, esta es la vida, este el mecanismo del mundo que habitas y del que no puedes desprenderte(Charlas 148).

Cané señala, a mi juicio adecuadamente, la incapacidad del joven Hamlet de compatibilizar sus ideales con la realidad que lo circunda. El pasado, representado por el fantasma del padre muerto, le exige el cumplimiento de una acción que no cabe dentro de su mundo ideal. En ese sentido, Hamlet se le presenta a Cané como el prototipo del hombre moderno que investiga sin reposo, que quiere siempre alzarse sobre una realidad que aniquila sus aspiraciones. Y en medio de la crítica de una obra renacentista, aparece una vez más la preocupación, en este caso del joven

³¹⁵ Cané se aparta de una interpretación autorizada del texto que sólo reparaba en la postergación indefinida de la venganza y se inclina por lecturas más relacionadas con la relación que el príncipe establece con el mundo que lo rodea. Confrontar Theodore Spencer, *Shakespeare y la naturaleza del hombre* o Barbara Everett, *Young Hamlet*.

Cané, por los efectos no deseados de esa inteligencia moderna lanzada hacia adelante.

Si Hamlet representa el choque entre la realidad y el mundo ideal, si expone la incapacidad de reconocer los límites que impone la realidad y el consecuente desengaño, Falstaff se sitúa en las antípodas. En 1884, años antes de iniciar la traducción del *Enrique IV*, Cané le ha dedicado un ensayo al personaje. No duda en afirmar que Falstaff es uno de los personajes más maravillosos de Shakespeare, “*en el que ha derramado toda su alegría, todos sus perdones a las debilidades humanas, todo el humour latente de su espíritu*”(Charlas 88). Falstaff es el goce, es la materia, es la exaltación gozosa de la vida. No tiene patria ni época histórica porque para Cané, pertenece a todo el mundo y a todas las edades. En el artículo de 1884, Cané rescata al pecador impenitente como la figura central del *Enrique IV*.

Partes enteras de este ensayo fueron recogidas, más tarde, en la “Introducción” a su traducción, donde justifica, de algún modo la elección de la obra. En primer lugar, intenta llamar la atención del lectorado argentino sobre textos que, por exigir mayor preparación por su trasfondo histórico, han sido postergados. De este modo, el lector se ha visto privado de toda una veta de la producción del genio. Puntualiza, sin embargo, que aún en estos textos entroncados directamente con la construcción de la nación inglesa, es necesario advertir la huella de lo humano.

Consciente de las inexactitudes históricas de Shakespeare, deja explícita constancia que éstas no le preocupan porque considera que el texto literario se erige como “una creación de la historia”, tan válida o más que la propiamente histórica. Manifiesta su decidida preferencia por Shakespeare como “historiador inglés” antes que Raleigh y su exigencia de veracidad absoluta. Cané admite que Shakespeare ha “construido” la historia de Inglaterra pero, por sobre todo, en estas

consideraciones deja clara su concepción de que la historia de una nación se construye. Cree descubrir en los personajes de *Enrique IV*, fundamentalmente en los de la primera parte, la representación de los agentes históricos que construyen las naciones. En este punto de sus reflexiones, Cané apunta un comentario que a mi juicio, resulta significativo para justificar la elección de esta tragedia a la hora de emprender su traducción. Se está refiriendo a los personajes masculinos de la obra, y contrapone a Hal y su personificación de la patria, sus glorias, sus debilidades y sus virtudes con Northumberland, Worcester y el arzobispo de York, que no tienen concepción de patria, que son irresolutos egoístas y con Hotspur, que no tiene sentido del refinamiento, de la oportunidad ni de la cultura. En medio de esta exposición antitética de los personajes, inserta la siguiente reflexión:

Tomad cualquier época de la historia humana, en cualquier región de la tierra, un momento de convulsión política y social, 1640 en Inglaterra, 1789 en Francia, 1848 en Hungría, más aún, si queréis usar el microscopio, 1890 en Buenos Aires y veréis al lado de los Hotspurs y los Douglas, que marchan impetuosos a la muerte, enloquecidos por la idea de triunfo, los Nortumberlands y los Worcesters, irresolutos, inquietos y egoístas (Cané, Introducción 25).

Este párrafo no figuraba en el ensayo de 1884. En la "Introducción", sigue a las consideraciones de Cané sobre las relaciones entre texto shakeaspeariano e historia y aparece antes de la defensa de Falstaff, sección que reproduce, con escasas modificaciones, las ideas que ya había expresado en 1884. Falstaff, es a los ojos de Cané, el vicio amable, la encarnación del *carpe diem* (el pasado es un sueño vago y el porvenir...la taberna de Eastcheap), la explosión secular de los apetitos de la humanidad.

La comparación entre el ensayo de 1884 y los términos de la "Introducción" permite advertir que Cané reitera sus reparos ante la ingratitud de Hal, en la escena V, del Acto V (Parte II). Confiesa haberse reconciliado con el viejo doctor Johnson al

verlo criticar la actitud de Hal. Sin embargo advierte la oposición entre razones de Estado y razones poéticas:

“¡Falstaff primer ministro de Enrique V! ¡Apicio consejero de Marco Aurelio!”No, ni ministro ni consejero pero sí al alcance de la irradiación real. ¡La historia se opondrá! ¡Bah! Ya que el poeta da a Hal la fuerza y el valor necesario para derribar a Hotspur, ¿ por qué no darle la magnanimidad, la energía de conservar a Falstaff a su lado? (...) Puesto que la grandeza de Enrique V tiene por origen la experiencia de Hal, ¿ por qué abandonar al maestro? (Cané, Enrique 33).

Como afirmábamos en el párrafo anterior, Cané mantiene sus reparos ante el final de la obra, sin embargo atempera los términos. Posiblemente a instancias de la *visión microscópica* a que él mismo se refiere, advierte las similitudes entre el conflicto planteado por el isabelino y la circunstancia histórica que le corresponde vivir en la década del 90. Considero oportuno relacionar esta alteración del tono con otros escritos de Cané del mismo período, en los que se advierte una seria preocupación por el momento histórico finisecular tanto en la Argentina como en el mundo.³¹⁶

Me inclino a pensar que el sentimiento apocalíptico que se adueña de Cané influye en su decisión de traducir un texto, que pese a su flagrante injusticia poética con Falstaff, presenta el modelo de un rey equilibrado. Recuérdese que el padre de Hal, es antes de ser entronizado como Henry IV, Henry Bolingbroke, usurpador del trono. Si bien como rey había intentado dar legitimidad a su poder a través de la participación en las Cruzadas, sólo su hijo Hal concentrará las características que los isabelinos anhelaban para el monarca: firmeza, conducción y rechazo de los excesos. Josefina S. de Kernon, resume en las siguientes palabras los logros de Hal:

Al adoptar siempre una posición media, al estudiar la vida inteligentemente y evitar los excesos de virtudes hasta el punto en que de nuevo se vuelven vicios, el Príncipe Hal, por lo menos en esta etapa, posee todas las cualidades del rey perfecto y promete

³¹⁶ Me refiero a los escritos reunidos en *Notas e impresiones*, preferentemente escritos entre 1896 y 1897. En todos ellos predomina un tono de “*cansancio de la vida moderna*”, “*una nota de decadencia y de fatiga*”(Notas 55).

convertirse en el gran monarca que, de acuerdo con la leyenda, en realidad llegó a ser (Kernon 200).

Falstaff es, indudablemente el demonio que persigue a Hal, el tonel humano, el corruptor de la juventud y al mismo tiempo el hombre corpulento y de bella presencia, de aspecto seductor y mirada llena de gracia, que alternativamente presentan Hal y el propio Falstaff en la magnífica escena donde fingen una entrevista con el Rey. Es eso y mucho más y Cané no lo condena. Humanamente se siente más inclinado a censurar la hipocresía de Hal; sin embargo, la "Introducción" permite entrever que al traducir el *Enrique IV* también está advirtiendo la sabiduría del poeta isabelino y su entronización del equilibrio y el orden como únicos pilares sobre los cuales podía edificarse la Inglaterra unida. ¿No estaría añorando lo mismo el traductor argentino de fin de siglo?

7. Conclusiones

En una cultura bifronte como la nuestra, caracterizada, según Gloria Videla, por una cara que mira al Atlántico, a Europa, al Hemisferio Norte y otra cara que mira al interior, presuntamente la más arraigada, la más americana, el modelo cultural propuesto por los autores del 80 que consideramos en este trabajo priorizó la mirada a través del puerto/puerta. Aunque el puerto pueda ser visto como una vía de evasión o de invasión, no puede negársele la función positiva que tuvo para la construcción de la identidad argentina, tan especial en su dinamismo, *"siempre en proceso de evolución, tan ricamente cosmopolita, tan abierta a lo universal y, al mismo tiempo, tan propia"*(Videla 9).

En nuestra investigación hemos intentado señalar uno de los tantos elementos que contribuyeron a la conformación de la "identidad argentina", puntualizando los lazos de filiación o afiliación que los hombres del 80 establecieron con el modelo "inglés" o, mejor dicho "británico". El señalamiento de estos vínculos no supone creer que todos los hombres del 80 fueron permeables del mismo modo a la cultura inglesa, como tampoco implica sostener que la presencia de esta cultura es cuantificable o comparable con otros contactos. Supone, a nuestro juicio, una ratificación de la hibridez propia de lo nuestro.

Hemos advertido que la cultura inglesa generó sentimientos contradictorios y cambiantes reflejados en los escritos de los actores de los 80 y en el contexto metacrítico que posteriormente se ocupó del tema. Sin embargo, aún la crítica más antieuropeísta debe reconocer la influencia del modelo europeo, dentro del cual nuestro trabajo intentó señalar las fisuras observables en el paradigma

homogeneizador, "Europa", y distinguir también allí entre las diferentes culturas nacionales focalizando nuestro interés en el modo como fue percibida y representada, particularmente la cultura británica.

Hemos advertido que lo "inglés" supuso, al mismo tiempo una presencia históricamente constatable tan importante y significativa como *"los modos de representación de lo inglés"*, es decir los mecanismos por los cuales nuestros escritores, memorialistas y viajeros, incorporaron imágenes que fueron adquiriendo gran poder y prestigio y que se incorporaron a la realidad y se difundieron de maneras complejas y diversas. En general, el 80 argentino, construyó una representación de lo inglés como "civilización avanzada", tierra de progreso y germen de la libertad, independientemente de la valoración que cada uno de los autores le otorgara a estas representaciones.

En cuanto a los contactos estrictamente literarios, representados tanto por las intertextualidades como por el afán creciente de las traducciones, intentamos puntualizar en este aspecto, la apelación a los modelos ingleses tradicionales, frente a la innovación desestabilizadora del naturalismo de origen francés. De modo equiparable sucedió en el ámbito político con las representaciones del "equilibrio inglés, entre la innovación y la tradición". Los textos de la literatura inglesa, la presencia ubicua de Shakespeare aseguraron a los autores del 80 un refugio en los estilos tradicionales, en el realismo equilibrado de Dickens o el romanticismo ya "domesticado" de Byron, frente al avance del naturalismo que les resultaba una amenaza de mal gusto y de disolución.

El 28 de noviembre de 1905 en el Prince George Hall, Carlos Pellegrini dio una conferencia sobre el tema *"Los británicos en la Argentina"*, en la que tras repasar los aportes del capital y de la cultura británica para el desarrollo de la

Argentina, sintetizaba su legado fundamental como *“maestro modelo de pueblos libres pues si bien el latino comprende y proclama la libertad con entusiasmo y con pasión, el inglés la siente y la practica con convicción y verdad”*. El ex -presidente hacía votos para que más allá de las relaciones comerciales o las lecturas de los grandes genios ingleses, el pueblo argentino incorporara a su modo de vida esa característica, que poco a poco debía penetrar en *“las masas todavía no preparadas para recibir esas semillas”*(*Pelegri* 441).

Cien años después de aquel discurso, la finalidad última de este trabajo ha sido señalar presencias y representaciones británicas en la cultura argentina no con el propósito de enumerar y estigmatizar o enumerar y alabar, sino como una contribución a la difícil tarea de comprender las peculiaridades de nuestra cultura, en un momento particular de nuestra historia. Tal actitud comporta, en definitiva, un aporte más en la tarea, por cierto difícil, de comprender las peculiaridades de los “hombres del 80” y sus expresiones literarias.

Bibliografía

- Academia Nacional de la Historia. *Nueva Historia de la Nación Argentina. La Configuración de la República Independiente*. T 5 y 6. Buenos Aires: Planeta, 2001.
- Acerbi, Norberto. *Eduardo Wilde. La construcción del Estado nacional roquista*. Buenos Aires: Confluencia, 1999.
- Acuña, Ángel. “Orígenes de la crítica argentina. Lucio V. López” En: *La Nación* [Buenos Aires] , 3 de diciembre de 1944. 1-2.
- Alonso, Paula(ed). *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- “La Tribuna nacional y Sud-América”. En: Paula Alonso: *Construcciones impresas*. Op.cit. 203-242.
- “Alrededor de La Plata”. *El Nacional*. [Buenos Aires] :23 de marzo de 1886.1.
- Altamirano, Carlos-Beatriz Sarlo.*Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1983.
- Altick, Richard D. *Victorian people and Ideas: a companion for the modern reader of Victorian Literature*. New York: Norton, 1973.
- Alvarado, Maite. *Paratexto*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, s/f.
- “El Americano” . *La Tribuna* [Buenos Aires], 5 y 6 de junio de 1871.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001
- “El año 1883”. *La Nación*. [Buenos Aires],miércoles 6 de febrero de 1884.p.1,c.4.
- Arcos, Santiago. “Sin rumbo ni propósito”. *La Tribuna* [Buenos Aires], Setiembre de 1870.
- “Argos”. *La Nación* [Buenos Aires], 25 de enero de 1891.

- Arrieta, Rafael A. *Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Ediciones Peuser, 1959.
- "La poesía en la generación del 80". En: Rafael Alberto Arrieta. *Historia de la literatura argentina*. Op.cit.
- Aschcroft, Bill- Pal Ahluwalia. *Edward Said*. London: Routledge, 1999.
- Astolfi, José C. K. "Las Invasiones Inglesas en el cuadro de la política británica". *La Prensa*, 5 de agosto de 1956. Suplemento literario.
- Auza, Néstor Tomás. *Católicos y liberales en la generación del ochenta*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, 1975.
- "Ayer en París. El general Lucio V. Mansilla". *La Nación* [Buenos Aires] , 10 de octubre de 1913. 11.
- Barcia, Pedro Luis. "El 80 y la forma de periodización". En: *Revista de la Universidad Nacional de La Plata*. La Plata: U.N.L.P, 1966.
- "Brevísima historia de la Academia Argentina de Letras". En: *La Academia en Internet*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 2004. 9-30.
- *Historia de la historiografía literaria argentina. Desde sus orígenes hasta 1917*. Buenos Aires:Pasco, 1999.
- Introducción. *Adán Buenosayres* por Leopoldo Marechal. Madrid: Castalia, 1994. 9-140.
- Introducción. "Rafael Obligado. Prosista" *Prosas de Rafael Obligado*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 1976. XII-LXXVI.
- "La literatura". En: Academia Nacional de Historia. *Nueva historia de la Nación Argentina. La configuración de la República independiente (1810-c.1914)*. Buenos Aires: Planeta, 2001. 311-348.
- "Shakespeare en la Argentina". En: *Shakespeare en la Argentina*. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, 1966.
- Barreda, Ernesto Mario. "Lucio Vicente López". *La Nación* [Buenos Aires], 22 de febrero de 1942. Suplemento literario, 4.
- Barthes, Roland. "Texte(theorie du)". *Encyclopaedia universalis*. París, XV, 1015.

- *Roland Barthes par Roland Barthes*. Paris: Éd. Du Seuil, 1975.
- Basnett, Susan. "From Comparative literature to translation Studios". En: Susan Basnett. *Comparative literature*. Oxford: Blackwell, 1993.
- Bayoumi, Moustafa- Andrew Rubin. Introduction. *The Edward Said reader*. New York: Vintage Books, 2000.
- Bejarano, Manuel. "Inmigración y estructuras tradicionales en Buenos Aires(1854-1930). En: Torcuato S. Di Tella –Tulio Halperín Donghi(ed). *Los fragmentos del poder: de la Oligarquía a la poliarquía argentina*. Op.cit.
- Belloc, Hilaire. *On translation*. Oxford: Clarendon Press, 1931.
- Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Madrid: Siglo Veintiuno de España, 1988.
- Blanco, Marcos. "Lucio Mansilla: fantasía y realidad". *Nosotros* [Buenos Aires]. Año V, tomo XIII: 34-50.
- Blanning, T.C.W. *El siglo XIX*. Barcelona: Crítica, 2002.
- Blanton, Casey. *Travel writing: the self and the world*. New York: Routledge, 2001.
- Bloom, Harold. *La angustia de las influencias*. Caracas: Monte Ávila, 1991.
- *Charles Dickens*. New York: Chelsea House, 1987.
- *Cómo y por qué leer*. Norma: Santa Fe de Bogotá, 2000.
- *El canon occidental*. Barcelona: Anagrama, 1994.
- *The visionary company: a reading of English romantic poetry*. New York: Cornell University Press, 1971. (Enlarged edition)
- Bonaudo, Marta(ed). *Nueva Historia Argentina. Liberalismo, Estado y Orden burgués(1852-1880)*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.
- Booth, Wayne C. *The rethoric of Irony*. Chicago: Chicago University Press, 1974.
- Borges, Jorge Luis. *El idioma de los argentinos*. Buenos Aires: Seix Barral, 1994.
- Bowra, Maurice Cecil. *The romantic imagination*. Oxford: Oxford University Press, 1961.

- Braun, Clara- Julio Cacciatore. "El imaginario interior: el intendente Alvear y sus herederos. Metamorfosis y modernidad urbana". En: Horacio Vázquez Rial. *Buenos Aires 1880-1930: Lá capital de un imperio imaginario*. Madrid: Alianza, 1996. 31-71.
- Buckle, George Earle. *The life of Benjamin Disraeli: Earl of Beaconsfield*. London: John Murray, 1920.
- "Buenos Aires desde setenta años atrás". *La Tribuna [Buenos Aires]: 15 de enero de 1881. 1.*
- Buruma, Ian. *Anglomanía: una fascinación europea*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- Busaniche, José Luis. Estudio preliminar. *Buenos Aires y las provincias del Río de la Plata*. Por Woodbine Parish. Buenos Aires: Hachette, 1958. 7-29.
- Buzard, James. *The beaten track. European tourism, literature, and the ways to 'culture'. 1800-1918*. Oxford: Clarendon Press, 1993.
- Byron, Lord. *Don Juan*. Madrid: Cátedra, 1994. Edición bilingüe. Traducción y notas de Juan Vicente Martínez Luciano, María José Coperías Aguilar y Miguel Teruel Pozas. T 1 y 2.
- *Selected Poems of Byron*. London: Oxford University Press, 1942. Selection made by Humphrey Milford.
- Caillet-Bois, Julio. "Lucio Mansilla". Prólogo. *Una excursión a los indios ranqueles. Por Lucio V. Mansilla*. México: Fondo de Cultura Económica, 1947.
- Calzadilla, Santiago. *Las beldades de mi tiempo*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, s/f.
- Cantor, Juan. "Una generación que afirmó lo argentino". *La Nación*. [Buenos Aires]: Domingo 7 de febrero de 1954.
- Cambacerés, Eugenio. "Separación de la Iglesia y del Estado". *Revista del Río de la Plata*. Tomo 1. 1871. 275-289.
- Cané, Miguel. "Apuntes de viaje" *El Nacional* [Buenos Aires], 11 de febrero de 1880.
- *Charlas literarias*. Buenos Aires: La Cultura Argentina, s/f.

- “Correspondencia a Orión”. En: *La Tribuna*, julio-diciembre de 1870.
- “David Copperfield”. En: Miguel Cané. *Charlas literarias*. Op.cit. 21-36.
- “Después de una lectura”. En: *Charlas literarias*. Op.cit. 202-208.
- “Discurso de Miguel Cané al ser recibido en Venezuela”. *El Nacional* [Buenos Aires] 26 de octubre de 1881:1.
- *Ensayos*. Buenos Aires: Casa Vaccaro, 1919.
- *En viaje(1881-1882)*. Buenos Aires: La cultura Argentina, 1917.
- *En viaje(1881-1882)*. Buenos Aires: Ediciones Estrada, 1949. (es ésta la edición según la cual se cita salvo indicación contraria).
- “Un festival chino”. En: *Charlas literarias*. Op.cit. 267-282.
- *Introducción. Enrique IV*. Por William Shakespeare. Traducción de Miguel Cané. Buenos Aires: Casa Vaccaro, 1918.
- *Juvenilia*. Buenos Aires: Kapelusz, 1966.
- “Miramar”. En: Miguel Cané. *Ensayos literarios*. Op.cit. 282-290.
- *Notas e impresiones*. Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1918.
- “París, sensación de llegada”. En: *Notas e impresiones*. Op.cit. 51-54.
- “La última página de Cané”. *La Nación*. 7 de septiembre de 1905: 5.
- “Sarmiento en París”. En: *La Biblioteca* [Buenos Aires] Año I, TII, dic 1896. 517-542.
- Carilla, Emilio. “Shakespeare en la Argentina”.*Humanitas*. [Tucumán] 1965. 33-81.
- Carlyle, Thomas. *On heroes, Hero-worship and the Heroic history*.(1840). Berkeley: University of California Press, 1993.

- Carr, Helen. "Modernism and travel. 1880-1940". En: Peter Huklme and Tim Young. *The Cambridge Companion to Travel Writing*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002. 70-86.
- Castagnino, Raúl H. "La fama póstuma de Shakespeare y los primeros ecos rioplatenses". En: *Shakespeare en la Argentina*. Op.cit.
- Castelar, Emilio. "Correspondencia". *La Tribuna*. [Buenos Aires] 12 de setiembre de 1870.
- Chamberlain, Joseph. "Our mission". *Foreign and Colonial Speeches*. London: Routledge and sons, 1897. 172-173.
- Ciria, A.(comp). *La década infame*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1969.
- Clark, Steve. *Travel writing and empire*. London: Zed Books, 1999.
- "Clausura del Concilio Clerical". *Sud-América*: martes 2 de setiembre de 1884.1.
- Colombi, Beatriz. *El viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América latina(1880-1915)*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2004.
- Coronado, Nicolás. Introducción. *Charlas literarias* por Miguel Cané. Op. Cit. 7-17.
- Cromer, Lord. *Modern Egypt*. New York: Macmillan, 1908.
- "La cuestión religiosa". *La Tribuna* [Buenos Aires] :6 de agosto de 1871.
- Culler, Jonathan. *The pursuit of signs. Semiotics, Literature, Deconstruction*. Ithaca: Cornell University Press, 1981.
- "Curso graduado de lengua inglesa". *El Nacional*. [Buenos Aires] : 15 de mayo de 1886.1.
- Cusack, Mary Frances. *History of Ireland*. Middlessex: Senate, 1998.
- de Certeau, Michel de. *Heterologies: Discourses on the Other*. Trad. Brian Massumi. Minneapolis: University of Minnesota, 1986.
- "Freudian novel: history and literature"
Humanities in society.4.nos.2-3 (1981)121-141.
- Daiches, David. "Scott's *Redgauntlet*". En: *From Jane Austen to Joseph Conrad*. Robert Rathburn(ed). Minneapolis: Minneapolis University Press, 1958. 40-63.
- De Laferrère, Alfonso. Prólogo.*La gran aldea.Costumbres bonaerenses*. Por Lucio V. López. Buenos Aires: Ángel Estrada, 1948. VII-XXXIII.

- Delaney, Jeane. "Imagining *El Ser argentino*: cultural nationalism and Romantic Concepts of Nationhood in Early Twentieth Century Argentina". *Journal of Latin American Studies* 34. August 2002. 625-658.
- "De viaje". En *La Tribuna*. 17 de mayo de 1870. p.2
- Devoto, Fernando- Marita Madero. *Historia de la vida privada en la Argentina*. Buenos Aires: Taurus, 1999. T.1 y 2.
- Devoto, Fernando. *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 2003.
- "Dickens". En: *La Tribuna*, 25 de junio de 1871: 2.
- Dickens, Charles. *Historia y vicisitudes del joven David Copperfield*. Barcelona: Obras maestras, 1961.
- Di Tella, Torcuato S.- Tulio Halperín Donghi.(comp). *Los Fragmentos del poder: de la oligarquía a la poliarquía argentina*.Buenos Aires: Editorial Jorge Álvarez, 1969.
- Di Tella, Torcuato S. "Raíces de la controversia educacional argentina" En: *Los fragmentos del poder: de la iligarquía a la poliarquía argentina*. Buenos Aires: Editorial Jorge Álvarez, 1969.289-323.
- Dobranich, Baldmar F. *Curso graduado de lengua inglesa*. Buenos Aires: Imprenta del Colegio, 1886.
- "Doctor Eduardo Wilde. Ministro argentino en España. Ayer en Bruselas" . En: *La Prensa*, [Buenos Aires] , 6 de septiembre de 1913:12.
- Dunn, Richard (ed). *Approaches to teaching Dickens' David Copperfield*. New York: MLA, 1984.
- Echeverría, Esteban. Introducción. *La Cautiva- El Matadero*. Buenos Aires: Péuser, 1946.
- *Obras completas*. Buenos Aires: Ediciones Antonio Zamora, 1972. (Compilación y datos biográficos por Juan María Gutiérrez)
- Eco, Umberto. "Ironía textual y niveles de lectura". En: Umberto Eco. *Sobre literatura*. Barcelona:Océano Raquer, 2002. 223-246.
- Eldridge, C.C. *England's mission*. London: Macmillan, 1973.
- Estébanez Calderón, Demetrio. *Diccionario de términos literarios*. Madrid: Alianza, 1999.

- Estrada, Santiago. *Teatro*. Barcelona: Imprenta Henrich, 1889.
- *Viajes*. Buenos Aires: Ediciones Estrada, 1946.
- “Una tía”. *Correo del Domingo*, 23 de octubre de 1864.677.
- Everett, Barbara. *Young Hamlet. Essays on Shakespeare’s tragedies*. Oxford: Clarendon Press, 1989.
- Farinelli, Arturo. “Byron y el byronismo en la Argentina”. *Logos*. Año 3, n. 5. 1944: 75-104.
- Ferns, H.S. *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*. Buenos Aires: Solar/Hachette, 1968.
- Ferguson, Niall. *Empire: The rise and demise of the British World order and the lessons for global power*. London: Penguin-Basic Books, 2002.
- Ferrari, Gustavo-Ezequiel Gallo.(ed). *La Argentina del Ochenta al Centenario*. Buenos Aires: Sudamericana, 1980.
- Flier, Patricia. “ La sociedad del 80: la élite, el inmigrante, el conflicto”. En: *Las tensiones de los opuestos* por María Minellono(ed). Op.cit. 263-283.
- Floria, Carlos. *Pasiones nacionalistas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Floria, Carlos Alberto- César García Belsunce. *Historia de los argentinos. T I y II*. Buenos Aires: Larousse, 1992.
- *La Argentina política. Una nación puesta a prueba*. Buenos Aires: El Ateneo, 2005.
- Forster, John. *The life of Charles Dickens*. London: Dent, 1966.
- Foulke, Robert. *The sea voyage narrative*. New York: Routledge, 2002.
- Fox-Genovese, Elizabeth. “Between Elitism and Populism. Whither Comparative Literature?”. En: Charles Bernheimer(ed). *Comparative Literature in the age of multiculturalism*. Baltimore: John Hopkins University Press, 1995.
- Frías, Félix. “Los derechos de los frailes”. *Correo del Domingo* 7 de junio de 1867 : 492-495.

- Frugoni de Fritzsche, Teresita. "Lucio V. López" .Introducción. *Don Poliodoro y otros relatos* por Lucio V. López. Buenos Aires: EUDEBA, 1966.
- Frye, Northrop. "The nature of satire". *University of Toronto Quarterly* 14, 1944: 78-89.
- Fussell, Paul. *The Norton Book of Travel*. New York: Norton & Company, 1987.
- Gallagher, John A- R.E. Robinson. "The imperialism of Free Trade". *Economic History Review*, 2nd series. VI, 1953.1-15.
- Gallo, Ezequiel-Natalio Botana. *De la República posible a la República verdadera(1880-1910)*. Buenos Aires: Ariel Historia, 1997. .
- Gallo, Ezequiel. "Un quinquenio difícil: Las presidencias de Carlos Pellegrini y Luis Saenz Peña" En: *La Argentina del Ochenta al Centenario*. Op. Cit.
- Gallo, Klaus. Introducción. *Cinco años en Buenos Aires(1820-1825)*. Por "Un inglés". Buenos Aires: Taurus, 2002. 11-51.
- García Mérou, Martín. *Confidencias literarias*. Buenos Aires:Imprenta y Casa Editora "Argos", 1898.
- *Recuerdos literarios*. Buenos Aires: Félix Lajouane Editor, 1891.
- *Libros y autores*. Buenos Aires: Lajouane, 1988.
- Gayol, Sandra. "Conversaciones y desafíos de los cafés de Buenos Aires(1870-1910)". En: Fernando Devoto- Marta Madero.*Historia de la vida privada en la Argentina*. Op. Cit.
- "El general Lucio V. Mansilla. Ayer en París". *La Prensa*. [Buenos Aires], 10 de octubre de 1913. 11,c.5.
- Genette, Gerard. *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*. Madrid: Taurus, 1989.
- *Paratexts. Thresholds of interpretation*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997.
- Ghiano, Juan Carlos. "Entre memorias y recuerdos". Introducción. *Entre-nos: causeries de los jueves*. Por Lucio V. Mansilla. Op. Cit.

- “Lucio V. Mansilla”. Introducción. *Mis memorias*. Por Lucio V. Mansilla. Op.cit.
- Gilbert, Sandra- Susan Gubar. Preface. *The Norton Anthology of Literature by Women. The tradition in English*. New York: Norton Company, 1985. XXVII-XXXIV.
- Gillies, Eva. Notes. *A visit to the Ranquel Indians* por Lucio V. Mansilla. Traducción al inglés por Eva Gillies. Lincoln: University of Nebraska Press, 1984. 387-448.
- Giusti, Roberto F. “La prosa de 1852 a 1900”. En: Rafael Alberto Arrieta. *Historia de la literatura argentina*. T.III. Op.cit.
- Gobineau, Joseph-Arthur, Comte de. *Essai sur l'inégalité des Races Humaines*. Paris: Firmin-Didot, 1940.
- González, Santiago. *Miguel Cané*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968.
- Gorelik, Adrián. *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Quilmes: Universidad de Quilmes, 1998.
- Gramuglio, María Teresa. “Las minorías y la defensa de la cultura. Proyecciones de un tópico de la crítica literaria inglesa en *Sur*”. *Boletín del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*. Rosario: Universidad Nacional de Rosario, octubre de 1999. 71-77.
- “La Gran aldea por Lucio V. López”. *Sud-América* [Buenos Aires], lunes 21 de julio de 1884.
- Grierson, Herbert. *Sir Walter Scott*. London: B.A.T., 1938.
- Groussac, Paul. “Nuestros redactores: Lucio V. López”. *La Biblioteca*. T. II, 1896: 634-635.
- Guillén, Claudio. *Entre lo uno y lo diverso: Introducción a la literatura comparada*. Barcelona: Crítica, 1985.
- Gutiérrez, Juan María. “Historia y poesía”. *Correo del Domingo*, 4 de septiembre de 1864: 563-566.
- Halliday, F.E. *England: A concise History*. London: Thames and Hudson, 1995.
- Halperín Donghi, Tulio-Torcuato S. Di Tella. (comp). *Los fragmentos del poder*. Buenos Aires: Editorial Jorge Álvarez, 1969.

- Halperín Donghi, Tulio. Prólogo. *Proyecto y construcción de una nación. (1846-1880)*. Buenos Aires: Ariel Historia, 1995. 7-107.
- *Historia Contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza, 1969.
- “Un nuevo clima de ideas”. En: Gustavo Ferrari-Ezequiel Gallo.(comp). *La Argentina del Ochenta al Centenario*. Buenos Aires: Sudamericana, 1980. 11-24.
- Head, F.B. *Las Pampas y los Andes. Notas de viaje*. Buenos Aires: Vaccaro, 1920.
- Hibbert, Christopher. *The story of England*. London: Phaidon Press, 2004.
- Hinde, Wendy. *George Canning*. London: Faber, 1973.
- Hobsbaum, Philip. *A reader's guide to Charles Dickens*. New York: Syracuse University Press, 1998.
- Hobsbawm, Eric. *Entrevista sobre el siglo XXI*. Barcelona: Crítica, 2000.
- *La era del capitalismo*. Barcelona: Grijalbo Mondadori, 1997.
- *La era del Imperio, 1875-1914*. Buenos Aires: Crítica-Grijalbo Mondadori, 1987.
- *Industry and Empire*. New York: The New Press, 1968.
- Introduction. “Inventing traditions”. *The Invention of traditions*. Por Eric Hobsbawm y Terence Ranger(ed). 1-14. Cambridge: Cambridge University Press, 1983.
- *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica, 2000.
- Hogg, Ricardo. *Yerba vieja*. Buenos Aires: Julio Suárez Editora, s/f.
- Hopkins, A.G. “Expansión hacia ultramar, imperialismo e imperio, 1815-1914”. En: T.C.W. Blanning. *El siglo XIX*. Barcelona: Crítica, 2002.
- Hulme, Peter- Tim Young. Introduction. *The Cambridge Companion to Travel Writing*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002. 1-13.
- Hunter, G.K.(ed) *Shakespeare King Henry IV. Parts 1 & 2*. London: Macmillan/ Palgrave, 1981.

- Iglesia, Cristina. *La violencia del azar. Ensayo sobre literatura argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- "Eduardo Wilde: tiempo que perder" . En: Cristina Iglesia. *La violencia del azar*. Op.cit.
- "Mansilla, la aventura del relato". En: Schwartzman, Julio(ed) . *La lucha de los lenguajes. (Historia crítica de la literatura argentina. T II)*. Op.cit. 541-565.
- Un inglés. *Cinco años en Buenos Aires*. Buenos Aires: Taurus, 2002.
- Irazusta, Julio. *El tránsito del siglo XIX al XX. 1896-1904*. Buenos Aires: La Bastilla, 1975.
- Jenkins, Harold. "The structural problem in Shakespeare's Henry IV". En: G.K. Hunter(ed). *Shakespeare King Henry IV. Parts 1 &2*. Op. cit. 154-173.
- Jenks, Charles. *The language of Post-modern architecture*. Londres: Academy, 1972.
- Jitrik, Noé. *El mundo del 80*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1982.
- "Soledad y urbanidad. Ensayo sobre la adaptación del romanticismo en la Argentina". En: Noé Jitrik. *Ensayos y estudios de literatura argentina*. Buenos Aires: Galerna, 1970. 139-178.
- "El Jockey Club". *El Nacional*. [Buenos Aires]. Lunes 22 de marzo de 1886. 1.
- Johnson, Samuel (ed). *The Plays of William Shakespeare*. 10 vols. London: s/ed, 1765.
- Jordan, John O. (ed) *The Cambridge Companion to Charles Dickens*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.
- Kernon, Josefina S. de. "Shakespeare: Las obras históricas". *Humanitas*. [Tucumán], segundo semestre de 1965. 189-207.
- Kipling, Rudyard. "The White Man's Burden". *Collected Verse of Rudyard Kipling*. Toronto: The Copp- Clark Company, 1906.
- Knight, Alan. "Britain and Latin America". En: Andrew Porter. *The Oxford History of the British Empire. The Nineteenth Century*. Op. cit.122-145.

- *Recuerdos de viaje*. Buenos Aires: La Cultura argentina, 1915.
- “Revista de setiembre”. *Revista del Río de la Plata*. [Buenos Aires] N 24, 1873. 694-711.
- López, Vicente Fidel. “De la naturaleza y del mecanismo del poder ejecutivo en los pueblos libres” .En: *Revista Río de la Plata. Periódico Mensual de Historia y Literatura de América*. Buenos Aires. (1872) T.IV: 243-256
- “Fisonomía del mes”. *Revista del Río de la Plata*. 1871, t1. 173-184.
- “Lingüística y política orgánica”.*Revista Río de la Plata*, 1871,t.1. 446-461.
- “*La novia del hereje o la Inquisición en Lima*” . Buenos Aires: La cultura argentina, 1917.
- Ludmer, Josefina. *El cuerpo del delito: un manual*. Buenos Aires: Perfil, 1999.
- *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Buenos Aires: Sudamericana, 1988.
- Lukács, Georg. *La novela histórica*. México: Era, 1983.
- Macaulay, Thomas Babington. *Essays*. Londres: Ginn, 1931.
- Madero, Guillermo. “Tres eminentes argentinos”.*La Nación*. [Buenos Aires] 25 de octubre de 1970. Suplemento dominical.
- Mansilla, Eduarda. *Recuerdos de viaje*. Madrid: Ediciones del Viso, 1996.
- Mansilla, Lucio V. *Entre- nos: causeries de los jueves*. Buenos Aires: Librería Hachette, 1963.
- *Horror al vacío y otras charlas*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 1995. Edición a cargo de Cristina Iglesia, Julio Schvartzman y colaboradores.
- *Mis memorias*. Buenos Aires: Hachette, 1955.
- *Mosaico. Charlas inéditas*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 1997. Edición a cargo de A. Amante, P. Ansolabehere et al.
- “Recuerdos de Egipto”. *La Revista de Buenos Aires*. Año 1, 10(febrero 1864), 257-271.

- “Respuesta al padre Burela”. *La Nación*. [Buenos Aires] 13 de julio de 1870.
- *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires: Kapelusz, 1966.
- Marani, Alma Novella. *Cinco amigos de Rivadavia*. La Plata: Centro de Estudios Italianos, 1973.
- Marshall, P. J. “1870-1918: The Empire under Threat”. *Cambridge Illustrated History Of British Empire*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996. 54-76.
- Martel, Julián.(José María Miró). *La Bolsa*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1975.
- Masiello, Francine. *Entre civilización y barbarie: mujeres, nación y cultura literaria en la Argentina moderna*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 1997.
- Maxwell, Richard. “Inundation of Time: a definition of Scott’s originality”. *E.L.H.* Volume 68, N 2(Summer 2001): 419-468.
- Mc Gann, Jerome. “Rethinking romanticism”. En: Jerome Mc Gann. *Byron and Romanticism*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.
- “Memoria”. *La Nación* [Buenos Aires] , 12 de junio de 1884. 1.
- Minellono, María-José Panettieri. *Argentina: Propósitos y frustraciones de un país periférico. Cruces y préstamos entre la Literatura y la Historia*. La Plata: Ediciones al Margen, 2002.
- Minellono, María(ed). *Las tensiones de los opuestos*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 2004.
- Molloy, Sylvia. *Acto de Presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Monteleone, Jorge. *El relato de viaje: De Sarmiento a Umberto Eco*. Buenos Aires: El Ateneo, 1998.
- Moronell, Claudia. “Los hombres del 80: ironía y humor en las visiones de Francia y su literatura”. En: Minellono, María(Ed). *Las tensiones de los opuestos*. Op.cit.
- Mujica Láinez, Manuel. “Aspectos literarios de la generación del 80”. *La Nación*. [Buenos Aires] 10 de diciembre de 1939. Suplemento literario, 2.

- Montaigne. *Essais*. Paris: Larousse-Bordas, 1998.
- Musgrove, Brian. “*Travel and Unsettlement: Freud on vacation*”. En: Steve Clark *Travel writing and empire*. London: Zed Books, 1999.
- Myers, Jorge. “Identidades porteñas. El discurso ilustrado en torno a la nación y el rol de la prensa: El *Argos* de Buenos Aires. 1821-1825”. En: *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina*. Op.cit. 39-63.
- “La nación argentina”. *Sud-América*, 4 de agosto de 1891.
- Navarro Viola, Alberto. *Anuario bibliográfico de la República Argentina*. Buenos Aires, Años 1879-1882.
- “La gran aldea”. En: *Anuario Bibliográfico de la República Argentina*. Año VI-1884(1885).
- Navarro Viola, Miguel. “Traducciones y traductores”. En: *La Revista de Buenos Aires*, T.II, N 10, febrero de 1864: 248-256.
- Negri, Eithel Orbit. “Retórica”. Manuscrito no publicado, 2001.
- Nietzsche, Friederich. *Untimely Meditations*. Traducción al inglés por R.J.Hollingdale. Cambridge: Cambridge University Press, 1983.
- Obligado, Rafael. *Prosas*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 1976.
- Onega, Gladys. *La inmigración en la literatura argentina(1880-1910)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1982.
- “Otra excursión a los indios ranqueles”. En: *La Nación*. [Buenos Aires] 22 de junio de 1870.
- Pagés Larraya, Antonio. “El naturalismo y el tema del inmigrante”. *La Nación* [Buenos Aires] 1 de abril de 1945. Segunda sección: 1.
- “El paraíso perdido de Milton” *Revista del Río de la Plata*. N. 31, mayo 1874. 401-440.
- Parish, Woodbine. *Buenos Aires y las Provincias del Río de la Plata desde su descubrimiento y conquista por los españoles*. Buenos Aires: Hachette, 1958.
- “El pasado y el presente”. *Sud-América*. [Buenos Aires]. Jueves 28 de mayo de 1884.

- “El pasado”. *La Tribuna nacional*. [Buenos Aires] 17 y 18 de enero de 1881.
- Pellegrini, Carlos. “Los británicos en la Argentina”. En: *Discursos y escritos*. Buenos Aires: Martín García, s/f. 437-454.
- “Tercer censo Nacional”. *Obras completas*. T.X . Buenos Aires: Jockey Club, 1941. XXVI.
- Pérez, Alberto Julián. *Los dilemas políticos de la cultura letrada*. Buenos Aires: Corregidor, 2002.
- Petersen, Julius. *Filosofía de la ciencia literaria*. México: Fondo de Cultura Económica, 1946. 137-193.
- Piccirilli, E. “Vicente Fidel López: historiador y padre” *La Prensa*. 5 de septiembre de 1970. 9.
- Piégay-Gros, Nathalie. *Introduction à l'intertextualité*. Paris: Dunod, 1996.
- Pigna, Felipe. *Los mitos de la historia argentina. La construcción de un pasado como justificación del presente*. Buenos Aires: Grupo Norma, 2004.
- “Pobrecito!”. *Sud-América*: 7 de junio de 1884. 1.
- Porter, Andrew (ed). *The Oxford History of the British Empire: The Nineteenth Century*. Oxford: Oxford University Press, 2001.
- Pratt, Mary Louise. *Imperial eyes. Travel writing and transculturation*. London: Routledge, 1992.
- Prieto, Adolfo. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 1996.
- “La generación del 80: la imaginación”. En: *La Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1967. 457-480.
- “Los príncipes de un pueblo libre”. *La Nación* [Buenos Aires]. 28 de diciembre de 1880.
- “Propósitos”. *Revista del Río de la Plata*. N.1 (1871). 4-7.
- Pudney, John. *The Thomas Cook Story*. London: Michael Joseph, 1953.
- Pugin, Augustus- Welby Northmore. *Contrasts*. London: John Weale, 1841.

- Quesada, Ernesto. Introducción. *En viaje(1881-1882)* de Miguel Cané. Buenos Aires: La cultura argentina, 1917.
- "Un libro de Cané". En: Ernesto Quesada. *Reseñas y críticas*. Buenos Aires: Félix Lajouane, 1893. 181-216
- Ramos, Jorge Abelardo. *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1970.
- Ramos, Julio. "Entre otros: *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla". *FilologíaXXI*,1.(1986) 143-171.
- Ravina, Aurora. "La historiografía". En: *Nueva Historia de la Nación Argentina. La configuración de la República Independiente(1810-1914)* .Op.cit. 429-451.
- "La raza de Tartufo". *El Nacional*. [Buenos Aires] 16 de enero de 1871.
- Renan, Ernest. *Qu'est- ce qu'une nation?* . Paris: Calman-Levy, 1882.
- Riffaterre, Michael. "La Trace de l'intertexte". *La Pensée*. 215(octubre 1980): 111-123.
- Rivera, Jorge. "Calzadilla: las memorias de un viejo porteño". En: Santiago Calzadilla. *Las beldades de mi tiempo*. Op.cit.
- Robertson, Fiona. "Walter Scott: Waverley". En: Duncan Wu. *A companion to romanticism*. Op.cit. 211-219.
- Robertson,J.P.-W.P. *Cartas de Sudamérica*. Buenos Aires: Emecé, 2000.
- Roca, Julio Argentino. "Carta a Don Ernesto Tornquist". *Sud-América*, 23 de noviembre de 1884.
- Rojas, Ricardo. *Historia de la Literatura Argentina: Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Río de la Plata*. Cuarta Parte: Los modernos. Buenos Aires: Losada, 1948.
- Rojek, Chris- John Urry. "*Transformations of travel and theory*". En: Chris Rojek y John Urry: *Touring cltures: transformations of travel and theory*. New York: Routledge, 1997. pp.1-19.
- Romano, Eduardo. "Colisión y convergencia entre los escritores del 80". En: *Punto de vista* N 10. Buenos Aires, noviembre de 1980. Año 3.
- "Eduardo Wilde, escritor". Introducción. *Aguas abajo* por Eduardo Wilde. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, s/f.

- "Hacia un perfil de la poesía nativista argentina". En: *Anales de la literatura hispanoamericana: El cuento criollista y otros estudios* 27. Universidad Complutense de Madrid (1998) :73-88.
- Romero, José Luis. "El despertar de la conciencia histórica". *La Nación*. [Buenos Aires], 24 de junio de 1945. Suplemento literario, 1.
- Rosa, José María. *Análisis histórico de la dependencia argentina*. Buenos Aires: Guadalupe, 1973.
- Royo, Amelia. "La narrativa subsidiaria del archivo documental del s. XIX". En: Marcela Arpes-Nora Ricaud(ed). *Encuentro de la literatura argentina con el discurso crítico*. Río Gallegos: Universidad Nacional de la Patagonia Austral, 2005. 643-650.
- Sábato, Hilda. "La vida pública en Buenos Aires". En: Marta Bonuado(ed) *Nueva historia Argentina. Liberalismo, estado y orden burgués(1852-1880)*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.161-216.
- Sabine, George H. *Historia de la teoría política*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Saenz Hayes, Ricardo. *Miguel Cané y su tiempo.(1851-1905)*. Buenos Aires: Guillermo Karft, 1955.
- Saer, Juan José. *Liminar " Sobre los Viajes" Viajes por Europa, África y América-1845-1847 y Diario de gastos. Por Domingo Faustino Sarmiento*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1993. XV-XVII.
- Said, Edward. *Orientalism*. New York: Vintage, 1978.
- *Cultura e imperialismo*. Barcelona: Anagrama, 1993.
- *The World, the text and the critic*. Cambridge-Massachussets: Cambridge University Press, 1983.
- "The text, the world, the critic". En: Harari, Josué. (ed) *Textual Strategies*. New York: Cornell University Press, 1989.
- Saldías, Adolfo. Carta prólogo. *Las beldades de mi tiempo*. Por Santiago Calzadilla. Op.cit.
- *Historia de la Confederación Argentina*. Buenos Aires: El Ateneo, 1951.

- Salomón, Noel. *Cosmopolitismo e internacionalismo desde 1880 hasta 1940* . En: Leopoldo Zea(coord) *América Latina en sus ideas*. México: Siglo XXI, 1986. pp.172-200.
- Sarlo, Beatriz. *La batalla de las ideas(1943-1973)*. Buenos Aires: Ariel, 2001.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Viajes por Europa, África y América-1845-1847. Diario de gastos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- "Palermo. 1852". *Correo del domingo*. [Buenos Aires], 20 enero de 1867. 62
- "¿ Sabe Ud. inglés? ". *Correo del domingo*. [Buenos Aires], 15 de julio de 1866. 103.
- "Sarmiento: su aniversario". *El Nacional* [Buenos Aires] , martes 16 de febrero de 1886. p. 1, c 2-3.
- Sarmiento, Domingo Faustino(h)."París en América por Eduardo Laboulaye". *Correo del Domingo* [Bs.As] ,23 de octubre de 1864. 680-681.
- Scalabrini Ortiz, R. "Bases para la reconstrucción nacional". En: A.Ciria(comp).*La década infame*. Op. Cit.
- Scalabrini Ortiz. *Política británica en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1979.
- Schama, Simon. *A History of Britain. The fate of Empire 1776-2000*. New York: Miramax Books, 2003.
- Schwartzman, Julio et al. "Todo prohibido menos hablar". Prólogo. *Mosaico. Charlas inéditas*. Por Lucio V. Mansilla. Op.cit.
- *La lucha de los lenguajes. Historia crítica de la literatura argentina*. T.II. Buenos Aires: Emecé, 2003.
- Scobie, James. *Buenos Aires, del centro a los barrios.1870-1910*. Buenos Aires: Ediciones Solar, 1986.
- Scott, Walter. "Essay on romance". *Quarterley Review* 14 (1985): 189-214.
- *Waverley or'tis sixty Years Since*. Oxford: Oxford University Press, 1986. Ed. Claire Lamont.

- **Waverley**. Barcelona: Sopena, s/f. Traducción de José Pablo Rivas.
- Selgas, José. “*El lujo de las mujeres*”. *La Nación* [Buenos Aires], 28 de abril de 1871: 1.
- Shakespeare, William. *King Henry IV*. Part I and Part II. Edited by A.R.Humphreys. London: Arden Shakespeare, 1980.
- Sheridan, Daniel. “David Copperfield: Different readers, Different Approaches”. En: *Approaches to teaching Dickens’David Copperfield*. Op. cit. 23-32.
- Smith, Emma (ed). *Shakespeare’s Histories*. London: Blackwell, 2004.
- Smith, Grahame. “The life and times of Charles Dickens”. John O. Jordan(ed). *The Cambridge Companion to Charles Dickens*. Op.cit. 1-15.
- Solveira, Beatriz. “La política internacional: relaciones exteriores y cuestiones limítrofes (1862-1914)”. En: Academia Nacional de Historia. *Nueva historia de la Nación Argentina*. Op.cit.
- *La evolución del servicio exterior argentino entre 1852 y 1930*. Córdoba: Centro de Estudios Históricos, 1997.
- Somerset Fry, Peter and Fiona. *A History of Ireland*. London: Routledge, 1988.
- Spencer, Theodore. *Shakespeare y la naturaleza del hombre*. Buenos Aires: Losada, 1954.
- Spurr, David. *The rhetoric of Empire. Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing and Imperial administration*. Durkham: Duke University Press, 1993.
- Stern, Mirta E. “Una excursión a los indios ranqueles: espacio textual y ficción topográfica” *Filología*, XX(1985):117-138.
- Sun Lee, Yoon. “A divided inheritance: Scott’s Antiquarian novel and the British nation”. *ELH* 64 (1997), *John Hopkins University Press*: 537-567.
- Taine, Hipólito: “Lord Byron”. En: *Obras escogidas por Lord Byron*. Op. cit. 1-59.
- Terán, Oscar. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo.1880-1910*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.

- Terry, José. *La crisis 1885-1892. Sistema bancario*. Buenos Aires: s/ed, 1893.
- Thackeray, William Makepeace. *The Newcomes: Memoirs of a Most Respectable Family*. London: Smith, 1884.
- Tombs, Robert. "Política". En: T.C.W. Blanning. *El siglo XIX*. Op.cit.
- Trifilo, Samuel. *La Argentina vista por viajeros ingleses.1810-1860*. Buenos Aires: Ediciones Gure, 1959.
- Upton, John. *Critical Observations on Shakespeare*. 1746.
- Varela, Florencio "Fragmentos de las Notas y apuntes de viaje". *Correo del domingo* 65 [Buenos Aires], 16 de abril de 1865.
- Videla de Rivero, Gloria- Marta Elena Castellino. *Literatura de las regiones argentinas*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 2004.
- Vinacua, Rodolfo. "Lucio V. Mansilla". En: *La Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1980-6. Segunda edición. Fascículo 26.
- Viñas, David. *Literatura argentina y Política. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1995.
- *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1982.
- *De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos a USA*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1998.
- Voltaire(Francois Marie Arouet). *Epistolario inglés. Cándido*. Madrid: Libsa, 2001.
- "La vuelta de la inmigración" *El Nacional [Buenos Aires]* , sábado 11 de marzo de 1871.1.
- Weber, Max. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península, 1997. Décimo quinta edición.
- Wellek, René. "The Concept of Romanticism in Literary Scholarship". En: René Wellek. *Concepts of criticism*. New Haven: Yale University Press, 1963. 147-172.
- Wells, Stanley W- Gary Taylor. "Introduction". *William Shakespeare: The Complete Works*. Oxford: Clarendon Press, 1986. I-LV.

- Welsh, Alexander. *The hero of the Waverley Novels with new essays on Scott*. New Jersey: Princeton University Press, 1992.
 - Wilde, Eduardo. “Mar afuera. El viajero se despide y se va” . En: Eduardo Wilde. *Escritos literarios*. Buenos Aires: Hemisferios, 1952. Edición de Félix Weinberg.
 - “Por mares y por tierras” (Primera y segunda parte). En: Eduardo Wilde. *Obras completas*. Buenos Aires: 1939. Volúmenes XIV-XV.
 - “Viajes y observaciones”. En: Eduardo Wilde. *Obras completas*. Buenos Aires: Imprenta Belmonte, 1939. Volumen XIII, I-II.³¹⁷
 - Wilde, José Antonio. *Buenos Aires desde setenta años atrás*. Buenos Aires: Biblioteca La Nación, 1917.
 - Williams, Raymond. *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós, 2001.
 - “The creation of Consciousness and Dickens’s Vision of the city”. En: Harold Bloom. *Charles Dickens*. Op.cit. 101-128.
 - Wu, Duncan.(ed) *A Companion to Romanticism*. Oxford: Blackwell, 1999.
 - Yenny, Laurent. “La strategie de la forme”. *Poétique* 27(1976): 244-267.
 - Zanetti, Susana. “La prosa ligera y la ironía: Cané y Wilde”. En: *La historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1980. 121-144.
 - Prólogo. *La lluvia y otros relatos*. Eduardo Wilde. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1980. I-VI
-